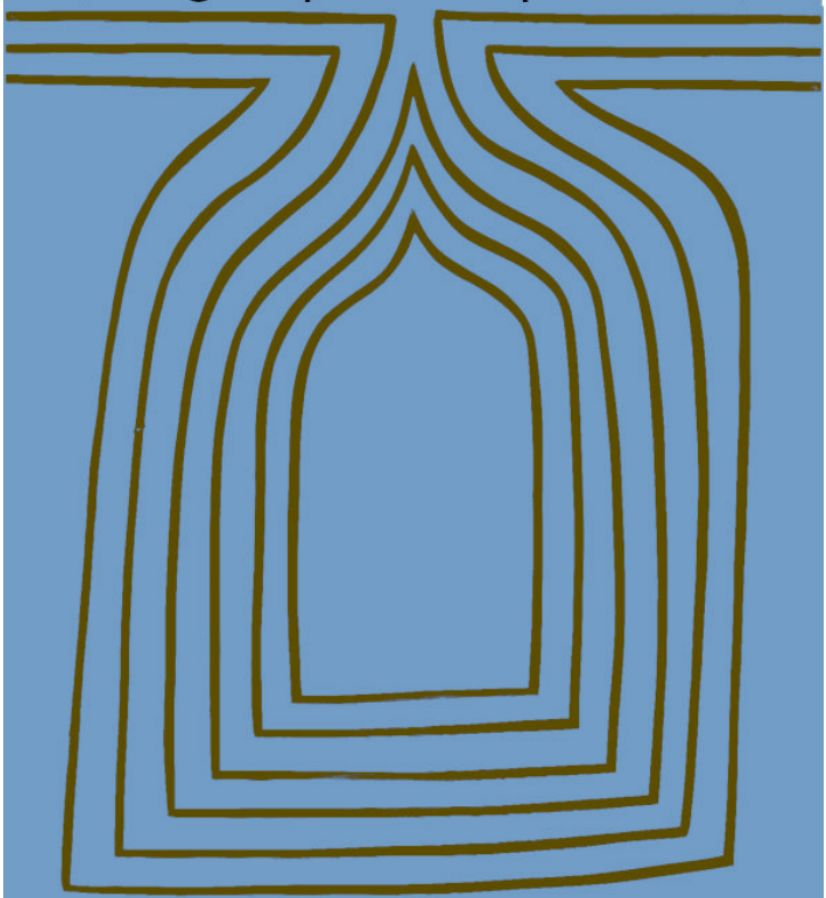
Santiago Lorén

V. I. P.

(Very important persons)



Toda la humanidad es analizada en esta novela centrada en veintidós VIP que envejecen. Cada una de estas VIP es un símbolo de poder o de influencia social decisiva, y juntas sus edades representan diecisiete siglos de experiencia humana. Un ordenador de Dupont ha seleccionado a estas personas para que participen en un psicodrama organizado por un tal
Dr.
Zacharias Sutsu bajo los auspicios del Comité de Salud Mental de la Organización Mundial de la Salud. El objetivo de la reunión es que las personalidades, separadas de su esfera de influencia, se examinen a sí mismas y se examinen mutuamente durante un psicoanálisis de grupo para aprender cómo la humanidad ha evolucionado hasta convertirse en una criatura violenta que representa el racismo, el imperialismo, el chovinismo, el religionismo, el proletarismo y muchos otros *ismos* que caracterizan su comportamiento.

Los representantes proceden de todos los continentes, pero la mayoría son de Europa y Norteamérica. Representan el poder político, la religión, la industria, la banca, la ciencia y las artes.

Dos de ellos son mujeres: una cosmonauta rusa y una periodista suizo-italiana. Es fácil identificar a algunos de ellos: el alto tejano, expresidente de Estados Unidos; el altivo francés, expresidente de Francia; y el rico financiero de Grecia.

El pesimismo es evidente en gran parte de la novela, que, sin embargo, termina con un tono optimista.

Santiago Lorén

V.I.P.
(Very important persons)

ePub r1.0
Titivillus 07-05-2023

Título original: *V.I.P. (Very important persons)*
Santiago Lorén, 1971
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
385

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo I

1

Los altos abedules, con las copas inclinadas al noroeste por los vientos monzones; las palmeras, todavía más altas, formando con sus palmas extendidas generosamente un segundo *plafond* verde que escalonaba la perspectiva vertical, y los sauces, nostálgicos de agua, cuyas ramas colgantes con vocación de raíces cerraban sobre las cabezas el más bajo cielo raso, habían estado enseñando a los hombres durante milenios los secretos de la cúpula como geometría confinadora de grandes espacios. Pero los hombres de Oriente no habían entendido la lección, la simple lección de los arcos de medio punto y de la graciosa ojiva, y por eso desde Egipto hasta Formosa los hombres habían construido sus templos con la esperanza de encerrar en ellos el Universo y con el resultado de que este quedaba siempre al margen por desmesurado que fuera el colosalismo de sus estructuras piramidales. —¿Se da usted cuenta de su tremenda frustración? Esa es la primera de sus frustraciones. Empleaban millones de esclavos, lo mismo aquí, para construir estos templos brahamánicos, que en Egipto para levantar las pirámides. Y al final *todo* se quedaba fuera; no solo el Universo, desbordante en su magnitud y en su sentido, sino hasta la más pequeña porción de la más doméstica naturaleza. Ante el infinito de afuera, tanta pétrea y muerta grandeza resultaba siempre ruin, ignorable. Y por dentro solo habían conseguido lóbregas espeluncas, donde enterraban un rey para ennoblecer la trampa, o entronizaban unos supuestos e inaccesibles dioses para disimular el enorme fracaso. A este respecto los japoneses llegan a unos extremos de falsía y de ingenuidad

inconcebibles: en sus minúsculos templos de base piramidal en piedra, terminados en un infantil arquitrabado de madera, meten hasta dieciséis millones de dioses *sinto*.

El hombre que escuchaba a Marco Wenzel le interrumpió abruptamente para preguntarle en un inglés oxfordiano hasta en el distinguido tartamudeo:

—¿Y usted cree que la frustración de las razas orientales se debe a que no inventaron a tiempo el arco de medio punto y la ojiva?

—En principio, sí —continuó Wenzel añadiendo a su doctoral vehemencia un matiz de obstinación—. Vea lo sucedido en Occidente y lo comprenderá. Los griegos aprenden pronto a confinar la naturaleza en sus ágoras y en sus estadios. Los romanos en sus circos. Era el pueblo entero, aglutinado por su arquitectura a la que todavía le faltaba la tercera dimensión, la de la altura. Por eso dependían del capricho de los cielos, de sus dioses, con la rigidez del hado, porque el cielo siempre gravitaba sobre sus cabezas. El arco de medio punto y los limitados arquitrabes solo sabían emplearlo en sus casas, en sus pequeños *curriculum* individuales o familiares, para conseguir una mínima e indispensable abstracción del cosmos. Solo cuando le sacaron todo el partido posible a esta arquitectura, solo cuando pudieron meter bajo techado en los templos medievales a las multitudes, a toda la sociedad cristiana, empezaron a llamar a Dios de tú, a tratar con Él de igual a igual, porque se sintieron segregados de la divinidad, lo que equivale a decir liberados. Ya no era el cielo, lo que pesaba encima, sino un artificio humano lo que protegía sus cabezas.

—No obstante, cayeron en el fanatismo, o al menos en la mística más sojuzgadora.

—Naturalmente. Se sintieron más cerca de Dios desde su propia libertad. La ojiva lanzada hacia arriba pero bien sustentada sobre el suelo completa este anhelo de trascendencia, desde una base de libertad. En cambio, vea usted los templos judaicos, las pagodas chinas, los cubículos budistas de todo el Oriente: una enorme y maciza base de piedra con minúsculas construcciones de madera encima, o simplemente con mazmorras lóbregas y pasillos estrechos que no llevan a ninguna parte entre la estructura pétrea. Nunca pensaron que en estos huecos casuales de una arquitectura fracasada (desde un punto de vista social, claro) pudieran

albergarse multitudes; pudieran los pueblos sentirse libres frente a la tiranía caprichosa de sus divinidades.

—La divinidad no debe ser abstraída de la humanidad. Es todo y uno. La estructura piramidal representa en el brahamanismo, que por otra parte es la sublimación definitiva de todas las religiones orientales, una sucesiva ascensión sin interrupción alguna, desde la materia cósmica bruta, a la vida, de allí al hombre y del hombre a Dios. De la tosquedad maciza del universo inorgánico al templete estilizado y aéreo o al *sancta sanctorum* oculto y recatado donde se alberga el Espíritu Supremo. La pirámide no es un error, sino una teología hecha piedra.

—¡Ah, vamos! ¡Usted es orientalista!

—Algo más. Soy oriental.

Marco Wenzel asestó la imprecisa mirada de sus ojos glaucos, que siempre parecían estar observando más hacia dentro que al mundo externo, sobre el rostro de su interlocutor. La piel era blanca, los ojos castaños, los rasgos nobles y regulares, solo desmentidos por unos pómulos ligeramente mongoloides que por lo demás podían también encontrarse en un napolitano. Quizá estuviera la pista en el tenue reflejo azulado del pelo negrísimo peinado, no obstante, con raya a la europea.

—Rabinshiva Memnom, de Delhi, caballero —dijo con una leve inclinación.

—Marco Wenzel, de Múnich —contestó el sociólogo con un suspiro, resignado ya a su torpeza—. Pero, no obstante, creo que me entenderá cuando digo que la frustración oriental con relación a la evolutividad de las relaciones humanas, depende de su incapacidad para comprender las integraciones sociales.

Y después de decir todo esto sin una sola equivocación, añadió señalando la estupa central del templo:

—Ahí adentro no caben más que los bonzos mayores y si acaso el rey con unos pocos nobles. Nunca el pueblo que hizo el templo y que pudo pensar en acercarse con su trabajo al favor de Brahma.

—Estamos hablando lenguajes diferentes —dijo el hindú oponiendo una escueta frialdad a la obstinación del alemán.

Y abandonó a su interlocutor apresurando su paso. Al verle marchar, Wenzel quedó murmurando:

—¿Qué hará aquí este jovencito? Creí que solo habíamos venido

viejos.

Pero contemplando la estilizada figura que se alejaba —traje blanco de corte europeo, camisa abierta de seda rizada y color crema— sorprendió una sobrecarga incipiente de los hombros, una rigidez en el talle, haciéndole pensar que nada o muy poco se sabe acerca de las ideas y de los años que pesan sobre una cabeza oriental.

—¿No viene, profesor? —dijo a su lado Laura Hedoni—. La representación es ahí arriba. En la explanada del rey leproso.

—Al aire libre, naturalmente. Vea lo que estoy intentando demostrar. Vea tantas piedras, tan enormes esfuerzos de millones de esclavos para levantar estas colosales edificaciones y ni siquiera pueden darnos albergue en el interior a una veintena de personas. Un chaparrón tropical y se acabó la función. ¿Le he explicado a usted, señora o señorita, la frustración que representa la pirámide frente al arco y la ojiva?

—Vayamos por partes mientras caminamos. Su síntesis, muy alemana, me ha lanzado tres preguntas a la vez: si por señora entiende estar casada, no, no lo estoy ni lo he estado nunca. Si en lo de señorita implica usted la doncellez, le aseguro formalmente que mi virgo no se lo comerán los gusanos. Y si pretende hablarme de no sé qué frustraciones, espere a que le corresponda su turno. Parece ser que de nuestras frustraciones y quizá de las frustraciones de pirámides… (¿qué aberración sexual puede haber en una pirámide?), vamos a hablar largo y tendido durante toda esta semana, en la explanada del rey leproso.

—¿He dicho alguna inconveniencia? Sería la segunda de la mañana. Temo estar convirtiéndome en un tópico, por lo demás muy vulgar…

—La segunda no cuenta. ¿Cuál ha sido la primera?

—¿Ve usted aquel hombre alto vestido de blanco? Resulta que es hindú. Y además lo es con notorio entusiasmo.

—*Chaise, mein liebe!* ¿Y le ha hablado usted de frustraciones? Precisamente al hombre más frustrado del mundo, perteneciente a una raza en perpetua frustración.

—¿Habla usted alemán? Lo prefiero. Tengo la impresión de que en inglés estoy siempre ofendiendo a alguien.

—Solo lo empleo para decir palabrotas. Pero ¿no quiere usted

saber qué callo le duele al hindú?

—No me importa demasiado. Usted sabe… Mi preocupación son las sociedades enteras, no los mezquinos problemas individuales.

—¡Pero si ese guapo señor es el símbolo de un problema planetario! Es hijo espurio de la vieja Indira y es uno de los primeros que cayeron bajo los efectos de la Castración General Planificada que decretó su madre, Y ni siquiera le regalaron un transistor.

—¡Hermosa idea aquella para resolver la presión demográfica! Una idea solo posible en un matriarcado. Porque lo cierto es que el nefasto sembrador de vidas condenadas solo es el hombre, pero nadie hasta entonces lo pensó.

—Diga más bien que nadie quiso pensarlo porque resultaba más fácil transformar en híbrida a la mujer-objeto. La mujer sufre sus ovarios, mientras que el hombre enaltece sus testículos. Pero, de cualquier modo, también fracasó la idea genial de capar indios. Ni regalándoles transistores como consuelo y sucedáneo.

—Bien, pero el fracaso se debió a la falta de integración social de la India. La campaña de Castración General Planificada fue difundida tan solo entre las minorías instruidas de la India, porque solo estas estaban integradas… Lo demás es pura tribu con ecología impermeable.

—Claro está. Solo entendieron los discursos y leyeron los afiches los pocos indios alfabetizados. Y el resultado fue que los parias, los montañeses y los gudejari del interior siguieron proliferando sin freno. La India siguió superpoblándose pero se hizo más primitiva, más ignorante y más pobre. Y los hombres selectos y castrados se volvieron, como Orígenes, más astutos y más clarividentes. Tanto que derrocaron a Indira bajo el peso de su resignada pureza.

—Sí… Es posible que fuera así… ¿Sabe? Me gusta hablar con usted. No es frecuente encontrar una mujer que capte los problemas sociológicos en extensión y en profundidad. A lo más que suelen llegar las mujeres corrientemente es a tener una visión testimonial de superficie. Una visión periodística, si usted me comprende. Por eso hay tantas mujeres periodistas. Y no hay nada que tema más que esa curiosidad con derechos, que es el periodismo ejercido por una mujer. Creen estar dispensadas de su antiguo pecado, de entrometimiento, solo porque lo han convertido en oficio pagado.

—¡Me lo va a decir usted a mí! A mí, que soy mujer y periodista.

Marco Wenzel jadeó audiblemente, y, aunque estaba justificado el jadeo porque iban los dos ascendiendo la corta pero empinada escalinata que llevaba hasta la explanada del rey leproso, el resoplido fue como un contrapunto grotesco a la conversación, aplastada por las últimas palabras de Laura Hedoni. La periodista caminaba erguida y por su estatura podía mirar de arriba abajo la calva ornada de una corona de blancos cabellos del viejo Wenzel. Este pareció volver aún más sus glaucos ojos hacia el interior de su mente-estanco y las obstinadas arrugas del entrecejo se aplanaron para prestar el pellejo de la cara a otras arrugas, las que caían a los lados de su boca, apretada con pesimista hermetismo. Estaba pensando en no volver a abrirla sino para hablar en alemán. Laura, regocijada y compasiva, continuó:

—Por lo demás me parece excesivo comparar a nuestro bello hindú con el filósofo Orígenes. La mayoría de los indios víctimas del matriarcado de Indira escaparon con una ligadura de los conductos eferentes, hecha muy limpiamente a través de los agujeros inguinales. Impotencia *generandi* pero no *coeundi*. ¿Usted me comprende?

—No muy bien, la verdad —reconoció Wenzel con conmovedora humildad—. A veces pienso si mi poca atención a determinados impulsos de mi fisiología, será la causa de mis despistes. Quizá el radar de nuestras relaciones humanas sea de naturaleza glandular.

—Bien. Lo cierto es que el bueno de Rabinshiva Memnom, hace unos años, y durante un cóctel en la Embajada de Teherán, me pidió que me acostara con él para demostrarme las ventajas de su… hibridación.

Marco Wenzel, dispuesto por el momento, y mientras no consiguiera poner en marcha sus siempre torpes y convencionales mecanismos de orientación, a no opinar ni indagar más, alzó el rostro para mirar ante sí, ya en el nivel de la explanada. Era esta de piedras planas, bien ensambladas, aunque entre las grietas bullía una obstinada vida vegetativa. La misma que, en un triunfo de su obstinación, había levantado poderosamente en vilo los bloques del templo cercano, acabalgándolos sobre los lomos —entre serpentinos y pulpescos— de las raíces de los sequoias milenarios. Porque en Angkor Vat, la voluntad vegetal de la Mente que sueña en la planta,

respetaba la humildad de unas losas planas y sin peso que a lo sumo podían poner un manto duro sobre el suelo de la selva, pero si esas piedras donde la Mente solamente duerme se alzaban unas sobre otras en desconsiderada audacia, buscando los cielos a través de la fronda, la voluntad vegetal, como en largo desperezo de los brazos de su sueño, desbarataba el temerario proyecto de trascendentalidad, desplazando a razón de diez centímetros por siglo los bloques de la clave, hasta que toda la estructura se venía abajo. El hombre, es decir, aquel en el que se supone que la Mente debe despertar, volvía a colocar —*faber* pero no *sapiens*— unas sobre otras las piedras, paciente y seguro de su razón; últimamente hasta encontraba gracioso y decorativo el espectáculo de la obstinación vegetal frente a la poderosa gravitación inorgánica, y había dejado indemnes las blancas raíces, como monstruosos gusanos surgidos de la absoluta oscuridad telúrica, procurando integrarlas en la geometría de su arquitectura, apoyando en su aparente firmeza nuevos centros de gravedad, imaginativos arranques hacia imprevisibles cimeras y, de este modo, blancas raíces vivas cuyo reloj biológico contaba sus minutos por generaciones, coexistían con ocres bloques de caliza férrica sin reloj conocido, porque eran nada más que la concreción del polvo de la eternidad. El resultado en el apresurado reloj del hombre parecía seguro e inmóvil, anárquico pero respetuoso; y es que el hombre —*ludens* que no *sapiens*— gusta de jugar siempre en niño al *deus ex machina*, impreso en el fondo de su subconsciente como vocación ignorada pero insoslayable. Cuando en el siglo siguiente el maridaje de la piedra y la planta se derrumbara otra vez, el hombre, eterno maestro relojero de sí mismo y de su Universo, intentaría de nuevo ajustar los siempre inajustables horarios en una nueva e imaginativa concordancia.

Los huéspedes del doctor Smuts estaban llegando, remisos y sudorosos a la explanada. La estatua del rey leproso mostraba su total desnudez en la primera posición del yoga. Estaba flanqueada por dos budas, también yogas, sentados sobre los anillos caudales de unas serpientes nagas, que extendían sobre las mofletudas cabezas búdicas el capuchón siniestro y desplegado como una sugerencia natural del paraguas. Amshorry Prag, quizá por un condicionamiento de su protocolaria mentalidad de expresidente

del país más poderoso del mundo, preguntó imperativamente y sin dirigirse a nadie en particular, cuál de los tres era el rey. Von Pentahome, que se hallaba junto a Prag, recordó de pronto con ira, aquella vez en que acompañando al presidente a Francia le oyó decir, a los pies de la escalerilla de avión, aquellas palabras que aplazaron quizá por un siglo el abrazo trasatlántico de las naciones: «¿Cuál de ustedes es De Gaulle?». El recuerdo hizo ahora que Pentahome volviera la espalda con desprecio y rencor a la impermeable y fabulosa ignorancia tejana.

Contestó a Prag, en un inglés-americano de ocupación —cortesía oriental y servilismo de vencido convencido—, Tju Ngoda, el viejo naviero de los *containers*:

—Es natural que no lo reconozca, presidente. Es la primera vez que un rey oriental se presenta desnudo.

—¡Ah! ¿Es ese? ¿Y la lepra son esas manchas verdes?

—Eso es liquen, presidente, que en cierto modo es una suerte de lepra vegetal. Siglos de humedad pero no microbios. Los microbios terminaron mucho antes con todo eso que falta ahí.

Y Ngoda señalaba con la afilada bota de su zapato de corte europeo a la entrepierna del poderoso rey Kmer, Asesor del Juez Supremo, Inspector de las Virtudes y de los Defectos en el Día del Juicio.

—¡No tiene testículos! —exclamó Amshorry Prag, con un asombro notoriamente desproporcionado.

Toju sonrió enigmático y continuó explicando al margen del asombro de Prag.

—Fue un rey virtuoso y un excelente gobernante.

—No me cuesta ningún trabajo creer en su virtud, pero en cuanto a lo de gobernar…

Rabinshiva Memnom, que había alcanzado el grupito reunido junto al rey leproso, al huir de Marco Wenzel, sintió abrirse antiguas y nuevas heridas en su sensibilidad morbosamente antioccidental, ante la carcajada del tejano y explicó con seca contundencia:

—En Oriente, caballero, preferimos gobernar con la cabeza. Es más adecuado y menos peligroso.

Amshorry volvió la cabeza hacia el hindú y le miró frente a frente, endureciendo más las duras aristas del rostro curtido y

toscamente poroso, como secos surcos de secano bajo el sol implacable de cualquier llanura. Tenía unas cejas hirsutas en acento circunflejo que junto con el azul metálico de los ojos redondos y pequeños daban a su rostro una especie de obtuso asombro, exento sin embargo de curiosidad; los labios carnosos con un belfo sensual se fruncieron matando la risa pero incapaces de sonrisa, sombríos y esquivos bajo la larga nariz agresiva. Y entonces volvió a pronunciar las célebres palabras que resumían todo un modo de ser, y que constituyeron la barrera insalvable que ninguno de sus colaboradores pudo franquear y la desesperación de cuantos llegaron a USA de otras tierras en demanda de comprensión:

—*It's not my problem now*.

Von Pentahome, que había quedado cerca aunque al margen de la conversación, dijo como hablando para sí mismo:

—Y sin embargo fue un gran hombre.

—No lo dudo —Katia Soleva Sedova a su lado espiaba entre los claros de la cúpula vegetal al sol que desplazaba con poderosas manos invisibles las nubes que habían arropado la mañana—. Solo siendo inhumano se puede ser gran hombre.

Luego la Sedova, en dos zancadas elásticas, alcanzó el centro de la explanada donde los rayos del sol mostraban, como si se tratara de una lección solo inteligible para desaparecidos astrólogos orientales, una estela jeroglífica esculpida profundamente en la piedra central de la terraza. Seguramente que la matemática cita del sol y la piedra, repetida durante 2500 años, tenía una honda significación en orden a los próximos acontecimientos humanos, pero la Sedova solo miró al limpio azul que estrenaba el día; sentía permanentemente una angustiosa nostalgia de firmamento, desde que tripulando uno de los Soyuz subió hasta allí, y se sintió por primera y única vez en su vida, colmada en sus ansias, libre de todo freno, en perfecta comunión, a medias mística a medias sensual con todo lo creado, burbuja de vida inmanente y ávida en un cosmos que la poseía con el mismo bramido con que el viejo Júpiter olímpico debió de poseer a diosas inmortales y a doncellas mortales, en los jóvenes, viriles y poderosos tiempos de la Creación. Sintió de pronto una cálida y honda ola que rugiendo surgía de lo más profundo de su ser, arrastrando todo a su paso, inhibiciones y represiones, eslóganes del Partido que supuso indelebles en su

conciencia, efímeros frenos de una voluntad que había forzado al sexo, y hasta al tibio e insinuante flujo de sus hormonas; barreras que creía insalvables entre el subconsciente y el consciente, entre la más recóndita hondura de la libido y los más depurados sentimientos de su femineidad. Sola dentro de la cápsula espacial, recibió el beso inolvidable de un sol desnudo, agresivo, sin nubes ni celajes, sin hipócritas velos moderadores de su poder viril y creador, como si fuera el sexo irresistible de un cosmos en continua, vigorosa y alegre repetición reproductiva de sí mismo. Entonces Katia, excitada hasta el paroxismo en cada célula, en cada milímetro de su piel que ansiaba confundirse con el Amor universal y deshacerse en átomos irisados con la eternidad repetida en infinitos de espacio y de tiempo, se desnudó por entero; casi arrancó una a una todas las prendas, todas las conexiones, todas las envolturas de su traje espacial. Mostró al beso del sol a través de la ventanilla del Soyuz, los senos enhiestos y temblorosos, la parábola de su vientre, la larga y fina convergencia de sus muslos y sufrió y gozó a la vez del más hondo, más dulce, más desesperado y más imposible orgasmo que mujer alguna nacida sobre el barro y del barro de la Tierra, pudo imaginar jamás.

Una hora después de la inconcebible experiencia, el sol dejó de iluminar al Soyuz por haber este completado una órbita, y la Luna pálida de ira y de envidia, se vengó de Katia haciéndola despertar sola y abandonada, como amante que, en las altas horas de la noche, se pregunta en amarga y negra desolación cuánto tiempo hace que el amado saltó del lecho. Los rayos de la Luna tuvieron la fácil crueldad de recordar a Katia que nadie, ni ella, la primera bacante del Universo, podría robarle por una eternidad el beso limpio del sol que usufructuaba por millones de años. También mostró a Katia la Luna, con sus rayos incisivos y duros, como latigazos vengativos, el panel de los controles del Soyuz, que en la última hora vibraban y centelleaban enloquecidos, pidiendo noticias de la astronauta, llevando hasta allí la ansiedad de los que en tierra estaban empezando a creer que se había desvanecido por alguna misteriosa agresión espacial o quizá muerto por avería de algún circuito. Katia se vio de pronto desnuda, con el traje a sus pies, mientras las conexiones de este estaban lanzando a la Tierra señales de fláccido vacío; y se sintió aterrorizada y avergonzada, en versión

moderna de una Eva consciente por primera vez de su desnudez y de su debilidad.

No le permitieron repetir otra órbita. Ni atendieron a sus inconexas explicaciones sobre un desvanecimiento sin importancia. Ante su obstinación, lanzaron escuetamente la orden de regreso y todos los complejos dispositivos de la vuelta se pusieron en marcha desde la Tierra, sin contar para nada con ella. Cayó minutos después en una llanura siberiana, en el mismo momento en que de nuevo el sol llamaba juguetón e insinuante a la claraboya capsular. Y nunca más volvió al cielo, porque los técnicos no pudieron elaborar un informe verosímil con sus *reports*, repetidos hasta la náusea, y falseados también hasta sentirse manchada e indigna para siempre. Y para siempre quedó prendida su nostalgia y su mirada del primer azul de la mañana, su único lecho nupcial, que ahora desde el centro de la explanada del rey leproso miraba intensamente mientras las lágrimas corrían por el diedro, todavía terso y delicado, que formaban las aletas de su nariz con sus mejillas.

2

Camboya es en sus tres cuartas partes y durante cinco o seis meses el fondo de un lago, el lago Tenlo Sap, que el resto del año se repliega con humildad hasta fingirse río. La tierra se entrega al agua como pasivo animal de celo cíclico y con la misma mansedumbre el agua toma a la tierra, sin herirla ni cambiarla, sin llevarse con furor celoso nada de lo que sobre la tierra se alza. Una y otra vez la selva y sus árboles, los arrozales, las alimañas, el ganado, las aves, los perros domésticos y hasta las viviendas perpetuamente encaramadas sobre gruesos bambúes, quedan y son como eternos invitados a las bodas y a las tornabodas, de unos elementos encadenados a una coexistencia de matrimonio, en el que nunca la pasión pudo convertirse en rutina, porque nunca hubo furia ni pasión en la fértil coyunda. Brahama, desde lo alto de sus templos —Angkor-Wat, Bayón,

Ta-Prom
— vigila con sus cuatro caras de piedra la repetición cadenciosa de los ciclos inmutables y las otras dos formas de su Trinidad, Visnu el conservador y Siva el destructor, duermen como guerreros sin posible contienda, en los frisos de piedra que de tarde en tarde se alzan sobre las copas de los árboles o se derrumban por unos cuantos siglos hacia el suelo de los manglares, como se derrumba la conciencia de un durmiente por debajo de las pesadillas y las ensoñaciones, cuando el sueño se hace muy profundo. Los reyes *kmer* temerarios e inconformistas porque venían de la brutal Tahi, levantaron los templos, trazaron los regadíos, pero los templos cayeron hasta formar una armónica cosmogonía con la selva, los regadíos se anegaron y los *kmer* fueron absorbidos por el pueblo como el agua del Tenlo Sap es absorbida por la tierra y como las almas serán conducidas a la integración nihilizante del Nirvana. Hasta la serpiente del Paraíso, portadora de óvulos mutantes, para transformar al Hombre de Dios, en Hombre contra Dios, es en Camboya la serpiente Naga, que nada más cubre la cabeza del Profeta Buda con su capuchón para salvarle de las lluvias monzónicas y nunca le hace caer en la tentación de sentirse divino.

—En la divinización de los profetas está el fermento polémico de la Historia de Occidente. Los dioses antropomorfos de nuestros clásicos, no eran en principio más que oráculos de Júpiter, pero ante la rebelión de Prometeo, Júpiter los acoge en el Olimpo, para formar su propio partido frente al partido de Prometeo, que es tanto como decir el partido del Hombre. Luego, Cristo y Mahoma son inducidos a la divinización, por los mismos hombres que les siguen para meter su propia oposición en el Empíreo, y ahí empieza todo. O por mejor decir, así continúa todo.

—¿Quiere usted decir las guerras, las nacionalidades, las herejías, los progroms, los imperios…?

—Todo —continuó Hans Liberano— todo lo que constituye a la vez la creatividad y la destructividad de la civilización occidental.

Brainfullen Cohen movió la cabeza dubitativo:

—Pero en Asia también ha habido grandes guerras…

—Asia es como el agua madre de la humanidad junto con África. Y en toda agua madre (los bioquímicos saben esto bien), las reacciones, las fermentaciones y hasta las ebulliciones pueden

verificarse, pero dejándola igual al final del proceso. En Asia hay guerras, Asia sufre las guerras, pero no participa en ellas. Las guerras, los saqueos, las depredaciones vienen a lomos de los caballos mongólicos, de los carros de Tamerlán, de los elefantes que sirven de cabalgadura a los euro-indios, de los camellos que cabalgan en el nombre de Alá. Es decir, son los pueblos marginales y luego los colonizadores europeos los que traen hasta aquí el morbo polémico.

—Se olvida usted que Moisés también fue profeta y no fue divinizado. Pero el pueblo judío ha sido y es a la vez el gran guerrero y la gran víctima.

—Pero ¡mi querido señor! ¿No es verdad que Moisés ha sido también el Gran Indeciso? En el Sinaí fue asaltado por la tentación de la divinidad. Nada se oponía a su divinización, cuando empezó a ascender las laderas del monte. Pero una vez arriba temió por un lado la grandeza de Dios y por otro la despiadada crítica de su pueblo. Y el pueblo judío es tan despiadadamente crítico que puede llegar hasta la genialidad o hasta el masoquismo. Una genialidad capaz de transformar el mundo por un lado, y un masoquismo capaz de sufrir por todo el mundo en el extremo opuesto. No olvidemos que Jesucristo, Marx y Einstein, los grandes críticos transformadores, son los tres judíos; pero también lo son los Últimos Justos del campo de concentración de Treblinka que vieron morir gaseados a un millón de hermanos antes de poder terminar su crítica de la violencia.

—Bien, pero ¿cómo acabó lo de Moisés?

—Lo sabe usted mejor que yo, porque usted es judío. Bajó del Sinaí con las tablas de la Ley en la mano y las entregó a su pueblo como una decisión de la Divinidad en la que él no había tomado arte ni parte. Quedó al margen y confundido; como en adelante habría de quedar su pueblo para siempre: marginal y confuso. Por eso en adelante este pueblo no pudo enfermar del morbo polémico, porque su Profeta no alcanzó la divinización, pero se encontró en medio de todas las polémicas y de las más sangrientas persecuciones por no haber sabido a tiempo tomar partido.

—¿Qué partido?

—El de Caín, naturalmente. Caín heredó de Prometeo la dirección del partido del Hombre, porque si el primero robó el

fuego a los dioses este les robó el arma fulminadora capaz de acabar con los dioses; al fin y al cabo los dioses no son más que un epifenómeno de la humanidad que hoy tiembla bajo la amenaza de la bomba nuclear.

Si Hans Liberano, el raro teólogo holandés, hubiera tenido menos de teólogo con vehemencias de profeta, que de teólogo con escepticismos de filósofo, se hubiera dado cuenta de que Brainfullen Cohen no era un oyente con posibilidad de converso, sino un oyente con curiosidad de científico. Para el matemático judío que había conocido el límite desalentado de las ciencias exactas como lenguaje común a todo el Universo, todo aquello que los hombres decían, pensaban y sentían era fuente de conocimiento para su especulación y quedaba incorporado a los circuitos neuronales de su cerebro estructurado como un objetivo ordenador de la quinta generación de IBM. Por eso sonrió levemente, con una sonrisa como en paréntesis, entre el negro perfilado de su bigote y de su barbita que encerraban los finos labios entre bien delineados grafismos abstractivos.

—¿Usted «ya» sabía que yo era judío?

Liberano continuó con generosa preocupación:

—Por favor, no crea que hay en mí nada contra los judíos. Por el contrario sé muy bien que ustedes, precisamente por no haber tenido ningún profeta divinizado, quedaron en libertad para hacerse responsables de sus propios actos, para sufrir por ellos o triunfar por ellos. Sin el apoyo ni la excusa de intermediarios celestes.

—¿Excusa, dice usted?

—Cierto. Los profetas divinizados no han sido más que la excusa utilizada por los hombres para actuar como Caín, sin sentirse caínes. La culpa quedaba transferida a la contabilidad divina, formulada con otros módulos de moral, y así se mató en nombre de Alá o de Cristo como se sigue matando en nombre de unos presuntos derechos cristianos o de una tácita moral ideológica. Esto les permite a la vez sentirse santos cargados de razón, y asesinos cuyo delito es constante y eternamente sobreseído, por la suprema instancia de los profetas divinizados.

Hans Liberano, clérigo progresista de nuevo cuño, llamado al orden en Roma por sus acotaciones al tercer catecismo holandés, desautorizado por la Santa Sede, estaba sobre la terraza de los

elefantes dirigiendo sus voces a la selva como si hablara para catecúmenos convictos. Tenía cara de niño rubicundo, frente abombada como de feto hidrocéfalo y en ella la misma obstinada descarga parabólica hacia el occipital, que a los pediatras observadores les advierte que un hidrocéfalo va a seguir viviendo contra el deseo de todos; como también había en la rotundidez parabólica y aplastante de la gran cabeza de Liberano, completamente calva, la advertencia de que el macrocerebro albergado dentro tendría la pretensión de hacer sobrevivir sus verdades. Formaban las cejas una amplia marquesina para dar sombra a los ojos claros que chispeaban desde la profundidad cavernosa de sus órbitas y el resto de las facciones menudas y delicadas se difuminaban en el anonimato de la inexpresividad. Vestía en *clergyman* su corpulencia adiposo-ginecoide. Continuó imprecando a invisibles catecúmenos:

—*Polemos*, la guerra, la violencia, la mentira de la competencia vital como fundamento de un equilibrio progresivo. Mientras Asia nos enseña sin hacerse oír la supervivencia inmanente del que nada disputa porque nada pretende.

Había alzado los brazos el nuevo profeta hacia las copas de los árboles que parecían mostrar las galas irisadas de sus hojas de mil formas y colores, los grafismos de las lianas suntuosas, pendiendo sobre las cabezas de los hombres; la inmensa diversidad reticular de las ramas, aparejo de un pescador de los cielos, tendida a las corrientes alisias para apresar pájaros. El canto átono y perseverante de una abubilla fue interrumpido por un desgarrado piar agónico.

—¿Ha oído usted? —preguntó Brainfullen Cohen.

Hans Liberano dejó caer los brazos, yugulado el clímax de su trance profético, para mirar sorprendido y en regreso al judío. Este explicó:

—Una abubilla asiática acaba de ser atrapada, masacrada y engullida por un gavilán igualmente asiático.

—No comprendo su parábola.

—Es que no es una parábola. Todo lo más una anecdótica introducción según la antigua y acreditada manera del *Digest Reader's*, para ilustrar mi teoría de la intersección. La intersección fija el

límite de las existencias y está matemáticamente comprobado que una existencia solo es el producto de muchas intersecciones… Muchas intersecciones que la configuran a la vez que la ponen en conflicto con las otras existencias.

—Pero ¡eso es tan solo Geometría!

—Geometría simple aunque no euclidiana, cierto. Pero uno de los parámetros de la existencia del gavilán se ha cruzado con otro parámetro de la abubilla y ya ve usted el resultado: una muerte y una definición de conducta. En suma, un límite y una caracterización de existencias.

—Pero ¿todo eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—¡Ah!, no sé. Es usted el que está intentando relacionarlo. Continúe usted por ese camino: quizá llegue a la conclusión de que *polemos* y el morbo polémico no son más que un corolario de la geometría no euclidiana. Yo no me atrevo a tanto. Por otra parte cada vez me voy atreviendo menos… Desde que calculé la energía de Quasar-
W.
todo lo que pasa aquí me parece una tontería.

Brainfullen Cohen se alejó moviendo tristemente la cabeza. Liberano dirigió una intensa mirada al punto de la inextricable selva donde la abubilla había cantado por última vez, después alzó la mirada al cielo, a través de la celosía del ramaje y a continuación, como si no tuviera más sitios a los que mirar, descendió a la explanada del rey leproso donde poco a poco se iban aglutinando grupos de discretas personas que entablaban los primeros contactos humanos en aquella reunión jamás conseguida en la Historia. Dudó, en principio, hacia qué grupo dirigirse para poder exponer los fundamentos básicos de su profecía, ante oídos medianamente permeables, cuando una voz ligeramente destemplada y evidentemente autoritaria le atrajo. Hans Liberano, el debelador de los profetas dogmáticos y divinizados, perseguidor implacable del morbo polémico, tenía una paradójica debilidad por todo el que hablara en posesión de la verdad absoluta y siempre oscilaba hacia todo conato de discusión.

Pero cuando se acercó al discreto oyente de Víctor de Lisle, se dio cuenta de que aquella amplia espalda, aquella nuca de grasienta

generosidad que desbordaba el cuello de la chaqueta gris oscura, y los ralos cabellos blancos que intentaban tapar con flequillo a lo Nerón la rosada frente, le traían desagradables recuerdos. Cuando el hombre colocó el rostro de modo que pudo aguantar un poco al sesgo las rotundas aseveraciones de De Lisle, mostró el perfil clásico de patricio bien comido, la nariz aguileña entre dos ojos vivos y bellos sobre la sotabarba sensual. El teólogo Liberano huyó entonces sin recato de su enemigo natural, el cardenal Dominici Régula, defensor de la Fe, exsupremo del Santo Oficio, que pudo en un tiempo ser Papa, pero que no lo fue porque la aceleración de la Historia le pilló en *off-side*. Víctor de Lisle le aseguraba a grandes voces:

—Fuimos nosotros y no los ingleses los que descubrimos y pusimos todo esto en pie para beneficio de todo el mundo. Enrique Mohuot, en 1863, descubrió los templos que estaban derrumbados por las raíces de los árboles y cubiertos por la maleza. Cuando Paul Doumer fue gobernador general de Indochina comenzó la limpieza y la reconstrucción…

—No querrá usted que además le esté agradecido —interrumpió el cardenal con plácida firmeza—. He visto cómo viven los católicos en Phnom Penh y también me han venido a llorar su desdicha, su aislamiento y hasta su pérdida de fe los misioneros de Siem Riep. He visto también a los bonzos proliferar gordos y satisfechos alrededor de los templos reconstruidos por la católica Francia.

—Nada tiene que ver la arqueología con la expansión del cristianismo.

—Hay algunos, hace ya mucho tiempo, que piensan que todo es arqueología —replicó con suave tristeza Dominici Régula.

—Bien, pero de todos modos, fueron los jesuítas los que empezaron el pastel; los que difundieron por todo Occidente la cultura y la religión de todo el sur de Asia. Usted sabe que un jesuíta francés, Abel Remusat…

Régula, con una crispación de todo su cuerpo, amenazó:

—Si me nombra usted a los jesuítas le vuelvo a nombrar a los ingleses.

Víctor de Lisle se interrumpió sorprendido ante el exabrupto del cardenal. Tenía un acusado sentido del humor, según sus biógrafos, para las fobias de los demás, pero carecía de él en absoluto cuando

se trataba de sus propias fobias. Manifestó perplejo:

—Es que si no hablamos de ingleses y de jesuítas no sé de qué diablos vamos a hablar usted y yo.

Dominici rio complacido, para añadir luego:

—El francés es la lengua de las paráfrasis y los amables rodeos, y estamos hablando en francés. Podemos por tanto referirnos a las cosas más repelentes sin perder nuestro elegante comedimiento…

De Lisle se sintió obligado a forzar su sequedad para lanzar un cumplido:

—Y usted lo habla muy bien.

—Tuve que aprenderlo bien para poder discutir hace muchos años las tonterías de Teilhard de Chardin.

—Otro jesuíta.

—Sí. Protegido por los ingleses y los americanos para poner en tela de juicio toda la Biblia católica.

—Está visto que no hay manera de evitarlos.

—Más bien diría yo que son ellos los que nos «han evitado» a nosotros. Los que nos han puesto al margen.

—Todavía hay mucho que hablar. Tengo cartas en mi manga… Hoy les enseñaré algunas aquí, sobre estas piedras que los franceses mostraron al asombro del mundo.

—¿Es usted el que rompe el fuego?

—Naturalmente. Yo. Es decir, la Francia.

Régula no contestó al pronto. Se limitó a mirar con regocijo la alta figura del expresidente francés que con automatismo insoslayable se había puesto firme, la cabeza erecta mirando al frente, los toscos labios fruncidos y la mirada arrogante en un tiempo, y ahora dispersa en la irradiación de las mil arrugas de la piel de sus órbitas. Había una quietud mórbida y senil en el fondo de la ósea estructura del rostro, que parecía labrado con un hacha del Cro-Magnon pero reblandecido con queso de Dordoña. El cardenal abandonó su silencio para decir, como hablando para sí:

—Tenía entendido que nuestra concurrencia en este… digamos *show* catártico, es a título meramente personal y para nuestro único provecho.

—Nunca hubiera venido, de pensar como usted. Estoy aquí porque tengo algo que decir y precisamente a los que deben oírlo. Representando a mi país como siempre que salgo de él y en tierras

reivindicadas por Francia para la civilización.

—*Vive la France!*

La voz que sonó a sus espaldas hizo volver la cabeza del general como un rudimentario periscopio independiente del resto de su enorme estructura. Un hombrecito de tez aceitunada y cabellera crespa, completamente blanca pero abundante como algodón lavado y cardado, le miraba impertérrito. El expresidente le preguntó con helada sequedad:

—¿Tiene usted algo que decir en relación con la supervivencia de Francia?

—Lo he dicho ya, presidente. ¡Viva siempre! Soy tahitiano.

El radar hipersensible de las suspicacias históricas de Víctor De Lisle se tomó algún tiempo para analizar la intención del intruso. Sus siguientes palabras tenían un matiz de reconvención superior, como de maestro que recuerda a un alumno, antiguos favores mal correspondidos:

—Usted es Marcel, el pintor. Yo le he impuesto a usted el botón de la Legión de Honor.

—Cierto, Excelencia. Aquí. —Marcel señaló su propio hombro—. Me di cuenta en seguida de que usted desde su altura no veía mi solapa; los sastres se empeñan, no sé por qué, en colocar las solapas de los hombres pequeños, más o menos, a la altura del corazón. Quedó muy bonito ensartado en mi hombro como una pequeña mariposa que se hubiera detenido a descansar en su vuelo.

Dominici Régula, riendo, acudió a disimular el desconcierto de De Lisle, otra vez víctima de su unilateral sentido del humor:

—Vamos, Marcel… Esa imagen no es suya. ¡Una mariposa en el hombro! ¡Como cualquier surrealista de los años cincuenta!

—Mi ojo es como una cebolla —explicó el pintor—, una cebolla a la que le voy quitando las capas para poder sentir más de cerca la realidad. Al principio solo apreciaba el cosmos. Ahora estoy más próximo a los hombres, pero no lo suficiente. Aunque hay hombres que son capaces de hacer caer de vez unas cuantas peladuras de mi ojo. Son una realidad demasiado rotunda.

Y mientras hablaba, su rostro, en el que todo era curvo y móvil (los ojos prodigiosamente esféricos, la boca como desmayada greca de afiche póster, la minúscula nariz suavemente agarbanzada, las mejillas animadas de una especie de ondulante movimiento

sísmico), seguía afrontado de abajo arriba contra el del expresidente, como hipnotizado por una conspicua y excluyente presencia.

—¿Qué ha hecho usted de la Legión de Honor?

Ni el cardenal ni el pintor tuvieron duda de la intención en la pregunta. Los últimos cuadros de Marcel «*le Tahitien*», habían sido rechazados en la exposición antológica de París; en ellos el Panteón, Notre Dame, la torre Eiffel, la catedral de Reims, el castillo de Saint-Michel… estaban claramente representados, pero desintegrados, en el fondo de una composición alucinante entre fragmentos de los famosos pósteres que, en el año 70, acreditaron a los publicitarios de la
Coca-Cola
como los notarios universales de todas las decadencias, y entre superados barroquismos sicodélicos; todo ello dominado en una transparencia de primer plano por fragmentos de músculos y de cerebros, quizá del superhombre pragmático y fuerte que habría de prevalecer. Pero Marcel decidió tomar la pregunta al pie de la letra y contestó simplemente:

—¡Ah, el glorioso botón! Tiene un útil imperdible para ensartar los billetes menudos que llevo en el bolsillo. Nunca dólares, ¡eso no! Siempre francos devaluados.

Dominici Régula tomó a De Lisle por el brazo y le dijo mientras se alejaban de Marcel:

—Vamos, amigo. Parece que ya van llegando los demás. Hay personas sumamente interesantes entre ellos.

3

Entre la terraza de los elefantes y la explanada del rey leproso hay unos frisos dejados allí por los arqueólogos reconstructores, no se sabe si por desconocer su ubicación o porque podían ser mejor admirados cerca del suelo que en las casi inaccesibles estupas superiores del templo. Los frisos, tallados en blanca piedra caliza, están bastante deteriorados por la erosión del tiempo, pero se

aprecia en ellos claramente las escenas de la vida en Angkor-Tom, la capital del reino kmer que llegó a tener un millón de habitantes, un rey con cuatro mujeres, esposa principal y cuatro mil concubinas. En los frisos se puede ver la nave real, fantasmagórica con sus recamados, sus diablos-nereidas y sus dioses navegantes, enzarzados en el milenario conflicto de las aguas y sus espíritus contra los que de ellas obtienen el sustento, o las sojuzgan para usarlas como vías de penetración en la naturaleza. Los simbolismos fálicos de los ríos, violando las tierras, tenían su representación en los obvios mascarones de proa y sobre su castillete de proel el rey recibía las aclamaciones de sus súbditos, esclavos que cosechaban arroz y construían palacios y templos. La nave, tras el rey, estaba llena de hermosas mujeres, felices cortesanos, sacerdotes, como siempre, embarcados junto a los dominadores, y funcionarios reales que miraban ceñudos a las orillas cubiertas por innumerables cabezas minúsculas de los que con el sudor de sus cuerpos someramente vestidos hicieron posible todo aquel esplendor.

—La nave se hundió, naturalmente, con todo lo que llevaba dentro. En cambio esos tipos de la orilla se salvaron y todavía puede usted verlos por ahí, encaramados a sus chozas lacustres, seguros de que van a prevalecer siempre. Los reyes mueren, el pueblo queda.

Breckfield el galés señalaba en el friso, con el asta de su pipa, la somera lección de historia.

—La moraleja es demasiado simple. Faltan datos para la conclusión última. Por ejemplo: ¿quién hundió la barca?

—El pueblo, sin duda alguna. El pueblo que algún día se cansó de entregar sus cosechas, su sudor y sus mujeres.

Jameson Fairplaying negó recalcitrante, aclarando luego:

—Sin embargo, el pueblo, hoy, dos mil años más tarde, todavía le echa la culpa al río y por esa razón cada año procuran propiciar la voluntad de las aguas a su tímida coyunda. Hacen unas fiestas para llenarle de flores, arrojarle animales sacrificados y pedirle perdón por surcar sus aguas, cobrar sus peces y limpiar los cuerpos. Y es que los verdaderos culpables del naufragio vinieron por el río: los birmanos, los indios musulmanes, los chinos luego y por último los franceses. Surgieron del vientre de la selva por el mismo cauce de penetración de las aguas, como simiente bastarda y monstruosa,

furias encarnadas del espíritu fluvial, anhelando venganzas. Los colonizadores, que siguieron robando las cosechas, acostándose con las doncellas y empleando mano de obra esclava. El pueblo nunca crea ni destruye, es solo arcilla para recrear o para romper una vez cocida por el fuego y labrada por la espada. En el caso, claro está, de que por ese río no hayan bajado nunca ingleses, como por desgracia les ha ocurrido a los camboyanos.

Li-Chiang, el último superviviente de la revolución cultural de Mao, estaba también contemplando los frisos junto a Paco Villalobos, el abogado cubano, y se dirigió al antiguo ministro de la Commonwealth con una tímida reverencia.

—Mil perdones, señor, por interrumpir su lección de historia. Solo quería preguntarle: ¿ha estado usted en el pueblo? Quiero decir en Siem Riep.

Jameson Fairplaying tardó algunos segundos en comprender que el chino se dirigía a él y miró al ex líder laborista Breckfield como en solicitud de aclaración a través de un intermediario conocido y, en cierto modo, subordinado a la insólita intromisión. Su cabeza de pájaro viejo ornada por unos pelos pajizos tan bien peinados que parecían un bisoñé, movía en un estrecho ángulo de posibilidades el pico —la nariz—, desorientadamente. Desorientada era también la mandíbula ortognata y huidiza hacia el cuello pellejudo de gallo a medio desplumar, porque siendo la mandíbula inferior única parte de su cara que se movía al hablar, temblaba ahora balbuceante en atropellados «*sorry*» y «*pleases*», que Breckfield, apuntando ahora al chino con su pipa, remitió a su verdadero destino:

—Es a usted.

—Sí, *of course*… en Siem Riep indios, chinos o franceses. A mí me hizo la sin duda errónea impresión de que solo había camboyanos.

Breckfield el galés endureció su tosca cara de antiguo minero, entrecerrando los ojillos azules y alzando la pipa, que ahora llevaba en la boca como asta de desafío, hacia la nariz huesuda y mal labrada. Dijo:

—Confío en su mejor punto de vista, como asiático, para distinguir las variadas etnias en los tenderos y en los *porters* de la única calle del pueblo. A mí todos me han parecido lo mismo.

Paco Villalobos intervino con apasionada entonación y hablando

en inglés de Miami-Beach:

—Li: ¿no recuerda usted que fue en Inglaterra donde se inventó aquel viejo chiste de «estamos matando siempre al mismo chino»?

Jameson Fairplaying abrió sus manos rechazando la insinuación:

—Es un chiste demasiado viejo. Ya en la segunda guerra mundial aprendimos a conocer uno por uno a todos los chinos que nos ayudaron a librarnos de los japoneses.

Breckfield, dirigiéndose al exministro de la Commonwealth, opinó:

—A mí personalmente, siempre me ha resultado más difícil distinguir a los sudamericanos.

Paco Villalobos enrojeció súbitamente, pero se dominó pronto y dejó asomar bajo el bigotillo ya canoso, pero siempre bien recortado, una fina sonrisa. Sus palabras tenían ahora la seguridad de una fácil repentización. Se le veía orgulloso de la docilidad de su ingenio:

—Los psicoanalistas tienen varias explicaciones preparadas para sus dificultades, señor. Son las mismas que justifican el que ustedes no distingan las virtudes de nuestro café y lo desprecien por ese caldo de hierbas al que le llaman té. El té les trae nostalgias de su Imperio mientras que el café les podría recordar al único continente de donde fueron arrojados para siempre.

Breckfield, exclamó dubitativo:

—¡Pero si a mí me gusta el café!

—¿Y le gustan también las mujeres? —preguntó Villalobos.

—¡Naturalmente!

—Vigile su subconsciente, señor. Me temo que está usted traicionando a la nunca enterrada reina Victoria y al complejo de Edipo que dejó impreso en todos ustedes.

—¡Bah, tópicos, siempre tópicos! —rechazó Fairplaying—. El colonizador inglés jugador de golf, consumidor de té y pederasta.

Y abandonó el campo arrastrando tras él al laborista galés, quien por un momento pareció dudar entre continuar la esgrima verbal o encogerse de hombros. Hizo esto último, no sin pensar que los ingleses se estaban encogiendo de hombros en los últimos cincuenta años y que por tanto estaba sirviendo ya a una tradición. Breckfield, de piernas cortas, cuerpo cuadrado, desaliñado en el vestir, hacía una mala pareja con el pulcro y estirado Fairplaying, pero todo en

él era así de discorde, incluso la pipa que usaba como prolongación de su cara excesivamente aplastada y vulgar, o como tosco florete con que amagar al contrario en las polémicas que un acceso de casi morbosa autocrítica le impedía casi siempre terminar. Por lo demás, en el hogar de la pipa no quemaba de cuando en cuando más que una maloliente mezcla de malvavisco con unas briznas de tabaco, por sumisión a un jeremíaco doctor que siempre le estaba hablando de sus coronarias. Alicorto en el vicio, alicorto en la dialéctica, Breckfield sufría hondamente su condición de inglés autocrítico, sin desertar no obstante del pueblo menos autocrítico de la Tierra. Mientras se alejaba de Villalobos iba pensando en que su antipatía por los sudamericanos era como una especie de extensión de su antipatía a los españoles, a quienes hubo de devolver Gibraltar años atrás siendo jefe del Gobierno y convirtiéndose por ello en el último liquidador del Imperio. También durante su Gobierno, o en sus anteriores etapas de ministro de Trabajo, asistió a la dimisión del rector Muggeridge por el escándalo de las píldoras y a la votación de los derechos de los homosexuales. Ahora todo se unía en un raro puzle de la memoria crítica sobre el que sobrevolaba su yo analítico. También cuando se sobrevuelan en avión de hélice, de bajo techo, los países del sudeste asiático, hay una norma para identificar lo que se ve. Si son campos de golf, el país es, o ha sido, posesión inglesa; si se ven granjas bien cultivadas, los dueños son o han sido los franceses. Una vez con los pies en tierra, ya no son los paisajes los que sirven para la identificación sino su caracterología humana: donde hubo ingleses quedan hermosos *boys* andróginos desocupados, en los aeropuertos o en los muelles, que espían en los ojos de los forasteros las pálidas chispas de viejos deseos con nostalgia de oficiales rubios; donde hubo franceses pululan siempre pequeños mestizos de mirada viva, casi siempre con sus madres fondonas y de alegre sonrisa, que creen ver en cada latino que desembarca al Dupont que se fue.

Los ingleses solo ocuparon; los franceses fecundaron. Los campos de golf y los *boys* fueron pequeños placeres de ocupación para un *spleen* misógino y estéril; las granjas y los acogedores regazos de las nativas fueron fértiles campos para una simiente que perdurará, como perdura, a pesar de todo, la simiente española en América. Los ingleses que asistieron a la liquidación del Imperio se dieron

cuenta un día de que de su paso por medio planeta no quedó absolutamente nada, porque civilizaron sin comprender, vivieron sin amar y oprimieron sin sufrir.

La liquidación del Imperio coincidió en su clímax con la dimisión del rector de la Universidad de Edimburgo, Muggeridge, por negarse a que la farmacia de la Universidad proporcionara a los estudiantes píldoras anticoncepcionales, sin restricción. Esta insólita petición —mantenida especialmente por las jóvenes estudiantes— fue, por su descaro y por su estimulante intención, un hecho antípoda de aquel puritanismo Victoriano, que llevó a los fríos colonizadores a encerrarse en sus clubs, en sus campos de golf y en sus vicios secretos. Fue como una sana reacción de las muchachas inglesas de aquella hora contra la tradicional misoginia de los hombres que hizo infecunda su huella en tantos lugares del planeta; infecunda sobre la tierra, e infecunda sobre la carne, porque ambas, tierra y carne de mujer, se confunden en el mismo concepto de voluntad vitalista y creadora.

Pierre Daninos aseguraba entonces en sus libros que, tras cada —rara— consumación de amor conyugal, la inglesa pregunta: «¿Te sientes mejor?». Y es claro que así no se puede llegar más que a la aprobación de la ley protectora de la homosexualidad y al abandono displicente de un Imperio, donde solo quedaban estructuras técnicas desangeladas y sin alma. Es verdad: la reina Victoria —nunca enterrada del todo— originó en sus súbditos un monstruoso complejo de Edipo, origen de todas sus inhibiciones, subconscientes repulsas del prototipo materno-victoriano que informó y configuró varias generaciones. La esperanza estaba quizás en aquella juventud que pedía píldoras, quizá con ánimo, nada más, de extirpar para siempre las últimas represiones morbosas, los últimos restos de la hipocresía puritana. «Cuando nos quedamos solos en la metrópoli, sin dinero y sin colonias. Por entonces solo nos quedaban dos:

Hong-Kong,

baza política del no-abandonismo ante China, y Gibraltar. Pero ¿Gibraltar por qué? Porque es el único sitio donde había quedado un simulacro de fecundación en la raza de los “llanitos” donde emerge, por más que lo nieguen, la estirpe ibera. Y, paradójicos siempre, nos resistimos a marcharnos del único sitio donde algo de

nosotros quedará siempre». Li-Chiang había quedado junto a Villalobos, situados los dos de espaldas a los frisos kmer. Li destacando en la amarillenta lisura de un rostro de luna llena las tres blancuras rectangulares de sus dientes incisivos centrales como tres fichas blancas de dominó o como tres azucarillos a medio comer; los ojos planos y acuosos sin expresión ni profundidad, como deliberada ocultación de su fondo, y las arruguillas radiantes que partían en varios sistemas fecales de las órbitas, de los orificios de la nariz y de la boca, como bordes de cráteres viejos, erosionados por las aguas y los vientos. Nadie podría calcular su edad a no deducirla por el corte del traje de aspecto militar, liso, sin galones ni hombreras, que se podía recordar como visto en las más antiguas fotografías de Chiang-Kai-Chek. Villalobos a su lado resultaba brutalmente evidente y definido, una antítesis natural en la que a veces la etnología parece divertirse entre el ejemplar humano diluido y mimético con su entorno, y el hombre que emerge y se concreta de una vez por todas contra el fondo natural que parece rehuirle. Porque Villalobos parecía haber surgido de la jungla de Sierra Maestra —era el último superviviente de la última guerrilla cubana—; negros los ojos, de ardiente compromiso con su fe, escueto y altivo en el traje de rayadillo, y el rostro de rasgos bellos con sombras lívidas sobre un blanco resistente al curtido de todos los soles de la persecución y del exilio. La edad solo estaba en las preponderantes canas del bigotillo de antiguo amador, y en la cabellera echada hacia atrás en una sola onda de ala mercurial.

Viendo marchar a Breckfield y a Fairplaying, Li-Chiang preguntó:

—¿De verdad cree usted que todos los ingleses son maricas?

—No de condición. Solo por aburrimiento.

—Dudo que esos dos se hayan aburrido jamás. Han aguantado a pie firme todos los tortazos que la historia ha dado a su nación en los últimos cincuenta años.

—Es verdad. Por lo demás, el único marica reconocido de este curioso *party* lo tiene usted allí, sentado en el regazo de Buda y en monólogo con el rey leproso. Quizá esté recitando versos al falo perdido.

El cubano señalaba a Cirilenko Orlov. El chino dejó ver un poco más de la blanca doble de sus dientes con una risita denunciadora:

—Abogado, usted no perdona.

—¡Pero Li, por favor! ¡Cirilenko no deseó ser perdonado por nadie! A lo más que aspira es a que perdonemos a su puta madre el haberlo traído a este mundo. Mire usted: cuando vino a Cuba para recitarnos su Canto Proletario y restablecer la moral de nuestros estudiantes, estábamos esperándole con banda de música y coronas de flores en la pasarela noble del barco, pero nos arruinó la recepción porque en aquel momento unos marineros lo arrojaron contra el muelle desde el portalón de proa. Su entrada en La Habana la hizo en una ambulancia, con los coches oficiales detrás y la banda de música en una camioneta, tocando la Internacional a ritmo de merengue. Fue un producto más de la ayuda soviética; como la gasolina, que en vez de quemarse chisporroteaba, y los tractores recompuestos con tanques de la batalla de Stalingrado.

—Sin embargo, fue en Cuba donde renegó de su patria soviética, acusando a los soviets de revisionistas traidores.

—Sí, y al viejo Fidel, que andaba por entonces a matar con el cobarde Kosiguin por haber abandonado a su suerte a los guerrilleros de Colombia, le hizo gracia el tipo y le dio la cátedra de ruso de la Universidad de Santiago. Yo era entonces ministro de Cultura, pero cuando me enteré de lo que los chicos estaban aprendiendo era demasiado tarde. Aquel año la zafra la hicimos casi exclusivamente con dos batallones de maricas y drogados. Yo hubiera mandado también de buena gana al gran Cirilenko a cortar caña, pero entonces colmó su propia medida: se fue a pedir protección a los yanquis de Guantánamo.

—Usted no debió sentirlo demasiado.

—En absoluto. Tengo la convicción de que permitiendo que llegara a la base el poeta Orlov, hicimos mucho más daño que si la hubiéramos atacado con cohetes y bombas napalm. Cuál sería el relajo que Cirilenko llevó a Guantánamo, que por las noches los soldados nuestros, apostados en el manglar, oían llorar con total desconsuelo a los reclutas jóvenes de la base mientras estaban de guardia. Por fin se lo llevaron en un bombardero, pero Guantánamo ya no intimidó nunca más a los cubanos. Poco después comenzaron las negociaciones que usted conoce.

Li-Chiang afirmó, y abandonando la risita que fluía comedida pero continua de los blancos azucarillos, calló sin solicitar más

noticias del increíble Cirilenko. Sabía que la animosidad contra el poeta de la revolución tenía en Villalobos una motivación muy personal. Los chinos y los latinos —pensó— no podemos evitar ser heridos en lo profundo cuando alguien hace daño a nuestros hijos. Casi setenta y cinco años de comunismo no han alterado este hondo sentido familiar de la estirpe. Chiang sabía que en la Universidad de Santiago el hijo mayor de Villalobos conoció a Orlov. No obstante, Chiang comentó abstraído:

—A pesar de todo es un poeta. Un gran poeta.

Pero por grande que sea un poeta, por mucho que sus versos hablen de libertad, de toda clase de libertades, hay unas cadenas que nunca podrá romper: las de su propia lengua. Cirilenko Orlov, a sus sesenta y ocho años de edad, había descubierto que sus versos solo tenían un valor sobreentendido, que fue fijado hacía ya treinta años por el aparato propagandístico de la Tercera Kominform, y sostenido más tarde precariamente por la traducción al idioma de cada país de las rotundas estrofas en ruso georgiano, su lengua nutricia. Su monumental canto *El paraíso buscado*, pretendió ser una terrible y devastadora réplica al otro paraíso, el que Milton perdió. Pero cuando lo escribió Cirilenko, el ruso no era todavía una lengua de creación poética, que pudieran comprender los pueblos de Occidente, y más tarde la extensión del idioma ruso se hizo a favor de su necesidad, para la difusión de los tecnicismos científicos que el desarrollo de la investigación soviética propagó por todo el mundo. Se convirtió de una riquísima lengua hecha para definir y matizar las complejidades del alma eslava, en un instrumento tecnológico, reducido a mil quinientos vocablos y una larga lista de neologismos de uso internacional. Y sin embargo Cirilenko había buscado su paraíso mediante una praxis rigurosamente moderna, situado en la última posición marxista, de acabar ya de interpretar el mundo para decidirse de una vez a transformarlo, exigiendo el relevo de Dios. La rebelión pragmática del hombre tenía en las viriles estrofas georgianas una pugnacidad similar a las melopeas guerreras de los montañeses dagestanos cuando bajaban a saquear Petrovsk, demostrando así que la rebeldía humana es única y ancestral, sea cualquiera el objetivo magnificado, a través de los siglos. Pero ese mismo y monumental canto, disperso, dicotomizado, traducido y traicionado, para servir a específicas

necesidades revolucionarias de cada país, sonaba como pueden sonar las mentidas exclamaciones pasionales de una prostituta que al fin del día sirve al placer del último hombre que se le vacía encima.

Ahora Orlov, sentado frente a la mutilada figura del rey leproso, se sentía mudo y también castrado. Le parecía haber muerto, con su lengua primera, el verdadero y casi desconocido instrumento de su creación poética, arrastrado por las monstruosas palas de un *bulldozer*, el mismo quizá que arrasó también las verdes colinas de Samur, su aldea natal, para construir la primera planta nuclear del mar Negro.

—¿De qué te quejas imbécil? —le decía a su ombligo en mimetismo con el Buda, sobre cuyo regazo se había sentado—. ¿No querías transformar el mundo?

La blanca piel de su vientre todavía escueto y terso en su blancura caucasiana, asomaba entre los bordes de la camisa de seda abierta hasta el pantalón escurrido hacia las caderas que copió de los *teen-agers* de los años sesenta. El bigote de pelos negros y duros caía profuso como las desalentadas ramas de un sauce a los lados de la boca en rictus amargo. Un rayo de sol filtrado y matizado de verde por las copas de los árboles más altos incidía verticalmente sobre la cabeza completamente calva. La nariz afilada como un cuchillo que partiera en dos la profunda sombra de sus órbitas, en cuyo fondo brillaban —como agua vieja y negra en el fondo de un pozo— las quietas y dilatadas pupilas, daba, junto a la profunda y enfermiza depresión de sus mejillas, la imagen acabada e irredimible de un viejo drogadicto. La verdad era que no; que no quiso nunca transformar el mundo, sino tan solo cantar la transformación que otros lograran, sentado en lo alto de la colina que nunca pensó fuera arrasada. Y ahora estaba aquí, a favor de un requerimiento de la Organización Mundial de la Salud y mediante su subvención, ¿para qué? No iban a entenderle ni los iba a entender. Su inglés, aprendido en el Politécnico de Jaroslav y corrompido luego en su peregrinaje por
USA
, no podría servirle nunca para expresar lo hondo de su frustración. ¿Qué querrían hacer ahora con él o, mejor dicho, con lo que representaba?

—Siempre he sido el papel con el que los demás se limpian el culo. Siempre usado para hacer parecer digno algo sucio: la venta de los líderes estudiantiles al Politburó, la purga juvenil de Bulgaria, la rotura del movimiento anarquista de París, la hipnosis de un pueblo —el cubano— hecho para vivir y no para ideologizar aburridamente, y, más tarde, ya del otro lado, la justificación capitalista del odio y el temor al socialismo, al erigirlo en el Ilustre Desertor. Siempre un símbolo, nunca un hombre:

Ser yo mismo pide a gritos aquel hombre que no obstante en el
fondo de la mina con su pala se confunde
con el cosmos apagado
mientras sueña que algún día cuando salga mendigando por
su pan y por su aire
otro hombre victorioso le asegure que hay un puesto solo
suyo bajo el cielo.

Nunca fueron traducidos esos versos de su Canto, para los mineros bolivianos, ni para los forzados en las minas de uranio de Damslinsky, ni para los macheteros de la zafra cubana, ni para los bubis diamantistas del Camerún, ni para los fogoneros de las acerías de Seattle… Cirilenko Orlov abandonó el regazo del Buda, alzando su larga y cansada osamenta. Luego administró una salvaje patada en el sitio donde el rey leproso debería tener sus órganos genitales y dijo:

—¡Mierda!

4

En el extremo oeste de la terraza de los elefantes, la selva, silenciosa y agazapada, esperaba su hora con paciencia medida en siglos. La última columna truncada parecía poner de acuerdo su hito con el primer abedul, de un amplio semicírculo de razonables abedules que parecían haber prestado, a las fuerzas de orden de una humanidad recalcitrante, su uniforme verdigris, para formar un cordón de contención, a la aplazada pero inevitable invasión. Más

allá de esta tranquilizadora jardinería provisional, las bambalinas verdes de follaje mentían, con los matices innumerables de su monocromía, perspectivas cada vez más sombrías hasta un infinito demasiado cercano. Y al igual que en un escenario donde los fondos de los forillos pintados se ven de pronto desmentidos en su falsa lejanía, por la repentina aparición de personajes demasiado evidentes y demasiado próximos, unas manchas amarillo-anaranjadas, que se deslizaban suavemente de una a otra sombra, demostraban la existencia de otro acecho más impaciente, más inmediato, que jugaba un actual protagonismo sobre el secular acecho inmóvil de la naturaleza.

—Son bonzos —explicó Laharbi Mossadeck.

—Nos vigilan —temió Amaranto Goulardo.

—O nos esperan para pedirnos algo —opinó Mickey Golden—. En todas partes hay bonzos o algo parecido que aguardan la hora de pedir.

—En mi país no piden, sino que dan. Pero mi país es una teocracia. Lo más sensato es asociarse en el Gobierno, con Dios, para evitar mayores males.

Laharbi Mossadeck hablaba un inglés casi sin acento, con el mismo tono con que recitaría en su mezquita particular discretos versículos del Corán. Tenía un perfil de halcón senecto que ya no caza, si no es con la mirada, enfocada para largas lejanías de nostalgia; la nariz como pico depredador y la barbita aún negra y bien peinada, como la curva sin objeto de una babucha demasiado usada. El convencionalismo evidente de su caracterización se afirmaba con el turbante galoneado en oro, la blanca chilaba, de la que solo emergían las manos afiladas y de pronunciadas venas que daban un diseño reticular de sombras mates a la piel morena. Estaba sentado sobre la barbacana de la terraza junto a Goulardo y a Mickey Golden.

El brasileño comentó:

—Nunca se me hubiera ocurrido a mí dar entrada en el Gobierno a los dominicos o a los jesuítas que infestan toda la Amazonia. Hay una vieja leyenda española sobre el clavo del fraile.

Mickey Golden afirmó, moviendo su pequeño y vivaz rostro con muecas de aquiesciencia:

—Debe ser la misma leyenda del archimandrita del monte

Pathmos que pidió asiento en la lumbre a un campesino de Larissa y acabó acostándose con la dueña.

—¿Usted ha vivido en Grecia? —preguntó el exemir de Kuwait con curiosidad.

—Soy griego. Y como griego tradicional, nacionalizado en el país donde más dinero haya en mi momento histórico.

—Es decir, en Estados Unidos —terminó el *fazendeiro* de Minas Geraes, con amargura de proscrito—. A mí, en cambio, no me quisieron admitir aunque durante muchos años les administré los dólares de la Alianza para el Progreso.

—Quizá no le admitieron por eso —manifestó con fina sonrisa el exemir—. La honradez y la claridad del *fifty-fifty* solo claudica ante la avaricia y la clandestinidad del *forty-sixty*. Los beduinos socialistas que me hicieron salir de Kuwait a punta de ametralladora (fabricada en Pittsburg, por supuesto) cobran ahora solo el cuarenta por ciento de la Petrol Oil Company.

Mickey Golden, pequeño, entrecano, con la frente que debió tener nobleza clásica, deformada ahora como toda su cara por un viejo acné que le confería el aspecto de una isla volcánica, asestó los ojos astutos sobre sus compañeros, uno por uno, al mismo tiempo que curvaba hacia abajo con suspicacia los labios apretados, y adelantaba la barbilla que resultaría enérgica por su prognatismo, si no pareciera infantil por su pequeñez. Habló sin rodeos:

—Me estoy preguntando qué hacen ustedes aquí.

Laharbi Mossadeck bajó los ojos de halcón nostálgico hacia la figura del griego y contestó con suave condescendencia:

—Lo mismo que usted, supongo. Vivir unos días a costa de la Organización Mundial de la Salud.

—Los dólares de la Organización son míos —replicó Mickey—, al menos son míos en parte.

—¡Ah! ¿Es esa su forma de evadir impuestos?

—Sí. Puede hacerse —explicó con aburrimiento Amaranto Goulardo—. Siempre que se paguen a través del Fondo Monetario Internacional y con su complicidad, por descontado.

—No es esa la cuestión —insistió el menudo y obstinado Mickey, poniéndose en pie para poder hablar de igual a igual con los otros dos—. A mí se me informó de este proyecto a su debido tiempo. Estoy muy enterado de sus fines y quiénes deben ser sus

protagonistas. Y por lo que yo sé no tienen cabida en él dos proscritos fracasados como ustedes.

El emir entornó, soñador, los ojos quizá para disimular un brillo sospechoso y explicó plácidamente:

—Una vez un mercader griego entró en mi palacio a reclamarme en tono airado no sé qué pago por una joya para una concubina mía. En un tono muy parecido al suyo, amigo.

—¿Y qué pasó, Alteza? —preguntó Amaranto abandonando por unos instantes su murria.

—Un lancero mío le curó para siempre las hemorroides con su alabarda.

Golden hinchó el pecho como una paloma buchona y se crispó dentro de su bien cortado traje color *whisky*. Unas frases cortantes en incomprensible dialecto de las montañas de Larissa sonaban a insultos personalísimos, que parecían incidir como puñetazos sobre el rostro mate e imperturbable de Mossadeck. El *fazendeiro* brasileño abrió sus amplias manos en un gesto a la vez de repulsa y conciliación:

—No se arruinen la digestión por tan poca cosa, cuitados. Tiene que haber una explicación para todo. También la hubo para los que esperaban a Godot.

—¿Quién es Godot? —preguntó el griego-americano sin abandonar su engallamiento.

—No lo sé bien. Alguien al que siempre estamos esperando. Yo también me enfadé mucho cuando aquellos faranduleros universitarios representaron la piececita en el corral de mi *fazenda*, para la peonada. Como no estaba en mi mano balear a Becket les dimos una corrida a golpe de bolas hasta la frontera de São Paulo. Pero luego reflexioné bastante… Ahora, por ejemplo, me parece estar esperando a Godot.

El emir de Kuwait sonreía en silencio mientras, en un gesto de noble tedio, entreabría la blancura de la chilaba para buscar el pañuelo con que enjugarse un sudor inexistente. Golden pensó de pronto en los árabes, animales solares fabricantes de desiertos, que nunca sudan, y miró de reojo el puñalito taraceado que pendía a la cintura de Mossadeck en un tahalí de plata. Optó por dirigir sus iras, ya embotadas, al brasileño.

—Creo que no sabe lo que dice.

—Creo que no sabe lo que pasa —replicó sin acrimonia Amaranto—. ¿Cuánto hace que construyó usted el último «*container*»?

Golden, tomado de sorpresa por la pregunta del brasileño, miró a este de arriba abajo. Amaranto Goulardo, con su aspecto blando y decadente, sudorosos los belfos que limitaban la boca roja y húmeda y la nariz amorfa como patata vieja, tenía unos ojillos grises y fríos solo visibles cuando como en este caso se decidía a tomar parte directa en lo que pasaba a su alrededor. El resto del tiempo estaban velados por unos párpados rugosos de hipopótamo en siesta, y la grasa que desbordaba todo su cuerpo bajo el traje claro y arrugado, sugería también largas siestas tropicales tras copiosas comidas bien regadas de oporto. A su pregunta no respondió el griego, sino el árabe:

—Las flotas griegas nunca tuvieron «*containers*». Eso lo recuerdo bien.

—Si usted supiera de qué está hablando —aclaró el griego— sabría también que los «*containers*» no los hacían entonces más que los japoneses. Esos hijos de mala madre hicieron inútil el canal con sus grandes salchichas que no cabían en él.

—Pero que transportaban el petróleo por la ruta del cabo de Buena Esperanza con fletes más baratos —aclaró Amaranto.

—Sobre todo desde que los judíos yanquis a los que usted sirve quisieron acabar con los países árabes, con su canal y con su petróleo —continuó Lahardi.

—Para administrarlo todo por su cuenta —siguió Goulardo.

—Y usted, en vez de construir «*containers*» tuvo que seguirles el juego porque iban en el mismo tren.

—Y dieron tiempo a que la Unión Socialista Árabe, de acuerdo con la Internacional Socialista Judía, se quedaran con el canal, con el petróleo y con el *royalty* japonés.

—Al mismo tiempo que me expulsaban de Kuwait —terminó Mossadeck.

Los tres hombres durante unos segundos quedaron en silencio reflexivo. Luego el exemir añadió con voz cansada y exenta de agresividad:

—Ya ve usted como todos hemos sido expulsados de algún sitio. Usted también. Y por los mismos que me echaron a mí.

—Pero yo cuento todavía, y mucho, en los negocios mundiales —replicó Mickey—. Los bancos de todo el mundo hacen honor a mi firma.

Amaranto rio sin alegría y Mossadeck le acompañó con su fina sonrisa.

—¡Y a la nuestra también, amigo! —afirmó Amaranto—. Expulsados no quiere decir arruinados. ¿Cuánto tiempo hace que el mundo se las arregla sin contar con su opinión?

—Es mi opinión lo que he venido a dar aquí. Es mi Organización la que ha convocado en este lugar a los que tienen algo que decir al mundo…

—¿Usted cree? —siguió el brasileño—. Es la misma falacia de siempre. Cuando no se movía un dólar en el mundo sin pedirle a usted su parecer, calmaba usted a su conciencia moral contribuyendo en cosas como esta Organización de confortable nombre que además le ahorraba muchos millones de impuestos. Ahora, la misma hipocresía tranquiliza su conciencia de hombre de presa engañándole con la ficción de participar en algo que parece grande.

—Usted paga por mantener esa ficción. A nosotros que la descubrimos nos convida usted porque prefiere seguir engañado. Esa es la diferencia —concluyó Mossadeck.

Goulardo, ahora, hablaba como para sí mismo, continuando el curso de sus pensamientos:

—Mis vacadas ya no son mías. Otros hombres oyen los gritos de los peones arreando a los apriscos en la tarde, mientras un laúd desgrana sus notas en la corraliza…

Laharbi Mossadeck se levantó y su largo cuerpo era como un bostezo encarado a la selva. Dijo, dando unos pasos sobre la terraza:

—Me ahogo aquí. No puedo mirar más allá de cien metros delante de mí. En el desierto los ojos pueden mirar más lejos. A un infinito doméstico sin sombras ni engaños.

—¿Dónde va? —preguntó Mickey Golden, mucho más calmado—. Se va a encontrar con los bonzos. Seguro que le piden algo.

—No me importa. Les echaré unas monedas en sus cuencos y les preguntaré para qué diablos quieren el dinero en sus koljoses teocrático-socialistas.

—¿Cómo va a entenderse con ellos? —preguntó el brasileño a Golden.

—En francés, naturalmente. Es la mejor lengua para pedir dinero. Y para dar respuestas que a nada comprometen.

Pero la intención del exemir de Kuwait fue en cierto modo bloqueada por la firme apostura de Von Pentahome, quien aun disfrazado de paisano, como militar en vacaciones con su *tweed* de Massachusetts —su esperanza era poder parecer un coronel inglés retirado— y su cara vulgar y atenta de tendero al que le han encargado una misión importante, habló cortésmente a Mossadeck, antes de que este alcanzara la escalinata que descendía hacia un sendero de tierra ocre:

—Yo en su lugar no iría.

Mossadeck miró al hombre con el viejo gesto de sorpresa despreciativa. Siempre había mirado así a quien se oponía a su voluntad.

—Todavía uno de ustedes —dijo—. Siempre haciendo de gendarmes.

Von Pentahome apagó la sonrisa y endureció el rostro. A su lado Tju Ngoda, desplegando una rara sonrisa entre las innumerables pequeñas arrugas de su cara tan parecida a una ciruela pasa amarillenta, pareció querer defender un *statu quo* cortés. Era pequeñito y encorvado, pero iba vestido pulcramente a la europea con ceremoniosa chaqueta negra y pantalones grises a rayas. Los ojillos entrecerrados chispeaban cuando dijo a Mossadeck, contestando por el americano:

—No era más que un consejo amistoso. Venimos de allí.

—¿Y les han pegado?

—No. Peor. Preguntan. Preguntan mucho. Son bonzos jóvenes. Todos jóvenes.

—Es natural. En mi país siempre ha sido así: los jóvenes ignorantes preguntan a los viejos que por viejos han de ser más sabios.

Von Pentahome se apartó de la escalinata; dijo con sequedad:

—Vaya. Vaya si cree que puede contestarles a una sola de sus preguntas.

Ngoda seguía riendo suavemente y aclaró para el árabe:

—Ningún viejo. Todos los bonzos viejos han debido morir de

vergüenza por no tener ya respuestas para ellos.

—Parece tener mucho respeto a la juventud, señor…

—Tju Ngoda es mi modesto nombre.

Laharbi Mossadeck modificó el rictus altivo de su rostro para reír a su vez silenciosamente, mirando al pequeño japonés, mientras le decía:

—Acabo de conocer a un griego que muestra escaso respeto a sus antepasados señor Ngoda. Pero se alegrará seguramente de que usted también esté aquí.

—No aplacemos nunca la alegría de un hombre. ¿Quiere presentármelo?

—Creo que va a ser una conversación difícil.

—No tanto como las preguntas de los bonzos jóvenes. Verá como nos entendemos el señor Golden y yo.

Mossadeck quedó mirando unos segundos a los cercanos confines de la selva por donde las manchas color naranja pasaban acechantes de una sombra a otra. Luego se encogió de hombros y siguió tras de Von Pentahome y Ngoda.

5

Era una salamandra asiática de fantástica figura que parecía desafiar todas las hipótesis de los evolucionistas. De piel verde, mimética con la naturaleza que le rodeaba, tenía un lomo aserrado y erizado como una iguana, un afilado hocico puntiagudo y descarado que se partía en dos por la boca desmesurada de la que emergía una rapidísima lengua, instrumento infalible para cazar mosquitos. Las patas cortas, con los cuatro dedos desplegados en abanico, se sentaban firmemente sobre el suelo y, sobre el cráneo, con manchas verde oscuro se erguía una cresta desafiante y ridícula, si no confiriera a la cara un terrorífico aspecto de dragón legendario, como de cuento chino. La cola, extremadamente larga y bífida en su extremo, a semejanza del escorpión, se movía constantemente en un solo plano, barriendo la tierra al mismo ritmo que acezaba su respiración haletante, hinchando y deshinchando el

tórax y el vientre, a la manera de un sapo que espera su presa bajo el ramaje de su refugio.

Estaba la salamandra también refugiada bajo una gruesa raíz reptante que se había introducido entre dos grandes bloques de piedra desplazándolos de su asiento, y el reptil, disfrazado de vegetal, había aprovechado esta forzada simbiosis de la raíz y de la piedra, para guarecerse en la grieta ante la amenaza de un eventual enemigo superior. Porque la salamandra, pese a su terrorífico aspecto, parecía tener conciencia de la inferioridad de su tamaño —diez o doce centímetros— frente al colosalismo desbordante de la naturaleza en cuyo seno había nacido. Asomaba tímidamente la cabeza y luego el resto del cuerpo, cuando las esferas convexas de sus ojos, obsesionadamente fijos, no distinguían ante sí amenaza alguna, y volvía a esconderse cuando alguien alteraba con sus pasos indiferentes la soledad habitual de su entorno. Una baba viscosa pendía filante de la mandíbula inferior y con ella bañaba la lengua agresiva, con la que cazaba los insectos que acudían volando en demanda de la umbría húmeda de la cueva.

Cuando Semembutu Doc se puso a cuatro patas ante el agujero de la salamandra, dispuesto a perturbar la inmanencia de sus costumbres, el pequeño reptil se ocultó por entero y quedó inmóvil como una hoja muerta y olvidaba, mientras su coloración verde iba cambiando a un pardo sucio, casi igual al de la piedra y la tierra que formaba el suelo de su hogar. Cesaron los movimientos flagelantes de su cola bífida y el ritmo haletante del vientre; oscureció los ojos y cerró la desmesurada boca. Era una brizna muerta más de tantas cosas muertas como coexistían con la ebullente naturaleza vegetal y animal que le rodeaba. No se movió, ni cuando el negro, con un palito, le acarició el lomo donde se habían plegado hasta confundirse con la lisa piel, las sierras y las crestas. El camuflaje del miedo estaba agotando sus últimos recursos.

Semembutu Doc entre tanto había hecho más evidente su negra anatomía porque al quitarse la camisa abierta mostraba la larga espalda, todavía tersa, y reluciente en su negrura. Las piernas que aparecían a continuación de los pantalones cortos tenían un aspecto más fláccido y un dibujo tosco, como abotagado en los tobillos, solo cubiertos a medias por unos calcetines blancos plegados; llevaba

zapatos también blancos, de tenis. En la posición cuadrúpeda solo se le veía la cabeza redonda, cubierta por un pelo entrecano, rizado y grueso. El trasero, cubierto por los pantalones cortos de un azul escandaloso, era puntiagudo y prominente y parecía la parte más evidentemente expuesta a la atención de todo el que le contemplara al pasar. Un trasero expresivo y móvil, como si manifestara con él las reflexiones o los estados de ánimo de la cabeza que se mantenía fija y atenta sobre la salamandra. Rabinshiva Memnom desde lejos contemplaba absorto las evoluciones de aquel culo que parecía seguir el ritmo de un tantán festivo, mientras que Cirilenko Orlov tuvo que reprimir al pasar junto a Semembutu un casi irresistible impulso de administrarle una patada. Laura Hedoni, que estuvo contemplando durante casi media hora la —en cierto modo— provocativa postura del exrey y médico africano, hacía conjeturas sobre los pensamientos de todo el que pasaba mirando a Semembutu Doc. Indudablemente, Amshorry Prag tuvo motivos sobrados, al contemplar el trasero de Semembutu, para afirmarse en su racismo inconfesado y en sus teorías sobre el infantilismo patológico e irredimible de los negros. Víctor de Lisle es casi seguro que al mirar al negro sumó más agravios contra los que le habían forzado a admitir tan heterogéneas compañías. Hans Liberano se quedó observando un buen rato al africano, quizá conjeturando a qué dioses telúricos estaba mostrando devoción, y Marcel «*le Tahitien*» asestó sus ojos de cebolla sobre diversas perspectivas de aquel trasero porque para él todo lo insólito y conspicuo sobre la confusión cósmica general era una llamada visual digna de análisis.

Tan solo un hombre de los allí presentes se mostró interesado no por el culo sino por la cabeza, y sobre todo por los ojos de Semembutu Doc y colocándose junto a él en cuclillas miró lo mismo que estos ojos miraban, es decir, la salamandra. En aquel momento, Semembutu Doc estaba apilando piedrecitas y tierra con las que claramente el negro se disponía a tapar la única salida al exterior del reptil. Curioso y atento, Teodoro Gil de Albornoz preguntó:

—¿Por qué hace eso?

Semembutu Doc levantó la cara, plana y tosca, como de primate inteligente, en la que destacaba la evidencia blanca de las córneas y la blancura riente de unos dientes perfectos:

—Voy a cambiar el futuro de su especie —manifestó con plácida

seguridad.

Y siguió amontonando piedrecitas y tierra frente a la guarida de la salamandra.

Semembutu Doc había contestado en un inglés cantarín, pero casi sin acento. El bioquímico, interesado y sin burla alguna en sus palabras, continuó:

—Me gusta la idea. Pero no comprendo la intención.

—La intención siempre es más profunda que la idea. Le explicaré primero esta: este estúpido animal está empeñado durante toda su vida en alimentarse de los mosquitos que buenamente lleguen hasta él. Pero en cambio tiene ahí dentro y al alcance un nutrido hormiguero que sin trabajo le proporcionaría comida de sobra.

—Quizá no le gusten las hormigas.

—¿Por qué no le han de gustar? Son sabrosas y nutritivas.

—¿Quiere usted emparedarle para que no tenga más remedio que comer hormigas?

—No, la salamandra está hecha y acondicionada por una evolución rígida para comer mosquitos. Pero si usted se acerca un poco verá que en el fondo de su refugio hay gran cantidad de huevos. La salamandra morirá de hambre a buen seguro, pero sus hijos comerán hormigas.

—Quizá no. Comer mosquitos es una ordenanza hereditaria impresa en sus genes. No se rompe de una generación a otra así como así una clave genética.

—Quizá no en la primera generación, pero sí en la segunda o en la tercera… Le diré lo que va a pasar: las larvas de esta salamandra morirán de hambre o serán devoradas por las propias hormigas, pero alguna de aquellas, protegida debajo de una piedrecita o más decidida a aferrarse a la vida, luchará contra las hormigas y devorará a las que pueda. Sus descendientes comerán hormigas sin remilgos.

—Yo más bien creo que la segunda generación de salamandras seguirá suspirando nostálgica por unos mosquitos desconocidos. Si es que esa segunda generación nace, lo que es mucho suponer.

—Supóngalo usted todo, amigo. La naturaleza creando vida va siempre por delante de todas nuestras suposiciones. Si la segunda generación fuese de salamandras adultas, la historia volvería a

empezar o más bien terminaría pronto. ¡Pero son larvas! Serán larvas nada más lo que nazca, viva y muera en el fondo de esa cueva; no tendrán luz, ni concurrencia vital, ni estímulo alguno para volverse animales adultos. Seguirán siendo larvas de por vida y en las larvas, es decir, en los embriones todo es posible. Seres inmaduros, infantiles con la clave genética al aire, donde toda huella pueda ser impresa y convertirse en una orden hereditaria. Nacerán larvas, vivirán como larvas, se reproducirán como larvas. Nunca llegarán a estúpidas salamandras adultas y en esas condiciones su clave genética se adaptará del mejor modo posible a las condiciones del medio.

—¡Ah, la *neotenia*! Usted cree en la neotenia.

—Neotenia. Ese es el nombre de mi esperanza.

Semembutu Doc se había incorporado para colocarse en cuclillas frente a Teodoro Gil de Albornoz, quien se hallaba sentado sobre la gruesa raíz. El bioquímico español tenía una estatura aventajada, vestía austeramente en seda gris marengo de corte clásico y ni siquiera en la camisa y en la corbata tradicionales había la menor concesión a la fantasía de los tiempos, que hacía siempre imprevisibles estas prendas. La frente, muy amplia, de línea noble, donde la cabellera blanca, lisa y bien peinada empezaba muy atrás y la nariz larga sobre la cara angulosa y austera, le daban cierta semejanza con un caballero del Greco a no ser por los ojos vivos y atentos y los labios gruesos y sensuales, que descartaban cualquier posible predisposición a la mística.

Semembutu, el famoso médico de los Estados centrales africanos, rey de tribu en su juventud, y, que durante tantos años había sido motivo de exhibición y de confortable afirmación de los congresos antirracistas de todo el mundo, ni se presentó ni quiso saber con quién hablaba. Gil de Albornoz daba siempre a su interlocutor, cualquiera que fuera este, la seguridad implícita de que era comprendido y escuchado y por otra parte el africano tenía ya en su todavía despierta vejez una larga práctica para conocer a los que podían entenderle, a los que pertenecían a esa amplísima masonería de la biología y las ciencias naturales, que estaban demostrando ser las firmes charnelas sobre las que se iban abriendo la puerta de un mundo nuevo. El bioquímico español, con seria vivacidad, dijo algo que llevaba una pregunta inexpresada:

—Esperanza es una palabra que no parece apropiada para un concepto tan… escuetamente científico.

—Soy negro, señor. Y los negros no hemos hecho otra cosa durante siglos que asomar nuestras cabezas fuera de las chozas de bálago como salamandras asustadas. Detrás de nosotros no hay historia, sino tan solo un poco de antropología y millones de años zoológicos. Por eso la ciencia es más apoyo para nosotros que la literatura histórica.

—¡Bah! El viejo cuento de las razas fuera de evolución…

—Es un cuento que inventaron los blancos, pero que sufrimos nosotros, los negros. Porque es verdad, ¿sabe usted? La descolonización nos convirtió de pronto en hombres de tercera clase, perpetuamente semejantes a nosotros mismos, sin posibilidad de progreso y dependiendo siempre de lo que los blancos nos dieran para comer, para vivir, para aprender. Cuando mis tribus se convirtieron en una nación quise que esta nación se cerrara sobre sí misma, impulsé el arte negro en la pintura y en la escultura, intenté codificar los dialectos, favorecer la musicología negra, poner los fundamentos de una historia de mi pueblo sobre las sagas legendarias de los antiguos cazadores y guerreros. Pero no puede impedir que los de la

Coca-Cola

nos vendieran sus productos, ni que las mujeres de mis enviados a las Naciones Unidas, o las Embajadas de otros países, compraran ropa interior de Dupont, coches de la Ford y transistores. Todas estas cosas eran como los mosquitos sabrosos para las salamandras…

—¿Pero todo ello qué tiene que ver con la neotenia?

—¿No lo comprende aún? Yo pretendía que los niños y los jóvenes vivieran como negros, solamente como negros dentro de las fronteras de la nueva nación. Más pronto o más tarde una generación negra nacida naturalmente, de inmaduros e ignorantes negros, comenzaría a edificar la historia y la sociedad negra sobre su propia biología. La historia del hombre no es más que su esfuerzo para trascender de especie en sociedad. Pero la raza negra es demasiado vieja, demasiado hecha, esta transformación solo puede ser incorporada a la clave hereditaria de los embriones.

—*Reculer pour mieux sauter*.

—La primera ley de la neotenia ¿no es así? Pero los míos solo vieron la reculada y no pensaron en el salto posterior. Me acusaron de regresivo, de antiprogresista, y tuve que salir del país perseguido a tiros por los esbirros de un coronel al que acababan de regalar una nevera Westinghouse. Poseer una nevera Westinghouse fue un título suficiente como para que el coronel se convirtiera en dictador. Truncó el sueño de futuro de mis alevines. Usted también sabe algo de eso.

Gil de Albornoz, que escuchaba atentamente al africano, preguntó sorprendido:

—¿Me conoce usted?

—Su fotografía se prodigó mucho en la prensa cuando se vio obligado a romper el huevo.

El español, encogiéndose de hombros con un suspiro, añadió:

—Ya ve usted. En cierto modo nos parecemos. Usted trabajaba con embriones sociales, yo con embriones humanos. A ninguno de los dos nos dejaron llegar hasta el final.

En aquel momento los grupos desorientados y oscilantes que vagaban por la explanada del rey leproso, parecieron tomar una determinada orientación hacia un punto cerca de la terraza de los elefantes. Semembutu Doc miró hacia allí y dijo:

—Las viejas salamandras parece que empiezan a reunirse.

Gil de Albornoz sonrió mientras se incorporaba y decidió:

—Sí. Vamos allí. Después de todo también nosotros somos viejas salamandras.

Semembutu se puso en pie con un elástico salto y manifestó mostrando toda la hilera de los blancos dientes sobre la cara negra y plana:

—La diferencia está en que nosotros lo sabemos.

Capítulo II

1

Hubo un tiempo —los cuatro años que siguieron al comienzo de la guerra de 1939— durante el cual, el más importante punto de referencia que hubo en la línea ferroviaria entre Berlín y Varsovia, fue el busto de Úrsula Niederwerfer. Los soldados que hicieron este trayecto de ida o vuelta al frente ruso, conocían este particular porque la fama de las tetas de Úrsula, fue a lo largo de la guerra como una saga que se transmitía de trinchera a trinchera, de cuartel a cuartel incorporada ya al acervo épico-lírico del milenio ario que por aquellas fechas se suponía estaba comenzando. Podían olvidarlo todo, respecto al tedioso trayecto, incluso el nombre de la pequeña estación —Follenburgo— donde la bien dotada valquiria vivía, pero ningún guerrero podía olvidar nunca el momento en que el tren se paraba a repostar agua en el andén aldeano y Úrsula colocaba el amplio busto sobre el repecho de la ventana, como heroica insignia ofrecida al heroísmo de los forjadores de la Gran Alemania. Un clamor de admiración a los más depurados valores de la raza surgía de todas las ventanas del tren militar, clamor que curiosamente, en el plácido aire bucólico y rural, sonaba como inmenso rebuzno.

Úrsula vivía sola en la diminuta estación de Follenburgo, que era más bien un apeadero para aquella comarca campesina de la Prusia Oriental. Sus dos hermanos estaban guerreando en África, siguiendo el imprescriptible destino que los dioses del Wallhalla había marcado para los prusianos; y el padre viudo, siguiendo una orden de la Dirección General de Ferrocarriles, igualmente imprescriptible, estaba prestando servicios en el nudo ferroviario Berlín-Brandemburgo, por lo que en Follenburgo no había otro

trabajo que hacer que poner en marcha la bomba del agua para que las audaces locomotoras del Tercer Reich arrostraran sin sed las dilatadas llanuras polacas. Más adelante, cuando las audaces locomotoras del Tercer Reich comenzaron a regresar apresuradas de las dilatadas estepas polacas, también tuvieron que parar en Follenburgo, para mitigar la sed espantosa que traían de la tierra seca y quemada. Es preciso decir que la admiración por los senos de Úrsula no decayó en ningún momento de la contienda y el mismo entusiástico rebuzno surgía de las gargantas de los guerreros de ida que de los guerreros de vuelta. También es obligado consignar como un hecho cierto para la épica histórica de aquellos días, que nunca pasó un tren militar por Follenburgo sin que de él saltara un soldado ario impulsado por el insoslayable mandato de la eugenesia racial intentando un ataque al gineceo de la valquiria. Que penetrara o no en él dependía de muchas circunstancias, del mismo modo que de los millones de espermatozoos que intentan forzar un óvulo solo uno de vez en cuando consigue su propósito. Limitando el comentario al caso de Úrsula, la posibilidad del asalto consumado dependía de la necesidad de agua de la locomotora en relación con sus propias necesidades de plenitud. Pero en honor a la disciplina prusiana, hay que señalar que casi todos los triunfadores que llegaron hasta su alcoba fueron sargentos, con lo que a la vez se cumplía el primer postulado de la eugénesis racial: el premio y la posteridad siempre para el mejor.

No obstante, por un curioso capricho de la naturaleza, la posteridad de la raza aria solo la obtuvo, en el bien conseguido molde que Úrsula era, un soldado muniqués al que el sargento, veterano y cansado, le cedió la vez una tarde del cuarto año de guerra. Cuando Úrsula se dio cuenta de que estaba embarazada, se consideró herida en combate y en consecuencia proyectó su propia evacuación a retaguardia. Pero por entonces dejaron de pronto de pasar trenes por Follenburgo, lo mismo de ida que de vuelta, y el busto y las trenzas de la chica de la estación colgaron ociosos y sin objetivo alguno en la ventana durante días interminables. En un amanecer del verano de 1944, Úrsula fue despertada por el chirrido de los frenos de un tren que procedía del Este y la joven decidió aprovecharlo para abandonar la temerosa soledad. Se lanzó de la cama, se puso su mejor *déshabillé* y sacó a la ventana todos sus

encantos, para darse cuenta con asombro de que por primera vez en toda la contienda no se producía el tremante clamor acostumbrado. El tren, oscuro y silencioso, compuesto todo él por vagones de ganado, ciegos y mudos, estaba quieto como fantasmal oruga gigante. Solo la cabeza resoplaba vapor a lo lejos, mientras un maquinista de pesados movimientos tiraba de la cadena del depósito para hacer girar el tubo de suministro hacia el tanque del agua. En la apagada claridad del alba solo parecía vivir la torpe sombra del hombre sobre la locomotora y la silueta negra de la jirafa soltando el chorro estrepitoso que borboteaba en el tanque medio vacío. Como al fin y al cabo aquello era un tren que marchaba hacia el Oeste, Úrsula agarró la maleta de cartón, que tenía siempre dispuesta, y bajó al andén. Caminó a buen paso camino de la locomotora, sin dejar de mirar al tren dormido, esperando encontrar en él algún resquicio de su hermetismo, algún signo de vida. En uno de los vagones se abrió una trampilla inferior, de las usadas para evacuar la paja húmeda y los excrementos del ganado, asomando por la exigua abertura una extraña cabeza. Pertenecía a un hombre viejo y sonriente, con una nariz larga y vencida, sobre una prominente mandíbula dulcificada por un hoyuelo casi infantil. Había en su sonrisa brillo de oro de la dentadura falsa y los ojillos lucían alegres y sagaces bajo unas cejas hirsutas completamente blancas. Tenía la cabellera también blanca y muy despoblada en fuga vaporosa hacia la espalda y mezclada con sucias briznas de paja. El viejo mostraba a Úrsula una cantimplora de metal en la mano, mientras decía, señalando la fuente de piedra y hierro que se erguía al final del andén:

—Tengo sed. ¿Podría llenarme esto de agua?

Úrsula, amable, sonrió cariñosa al anciano y le cogió la cantimplora para ir con ella a la fuente, pero cuando se hallaba llenándola, sonó un silbato y de un vagón situado detrás de la máquina saltaron unos hombres de uniforme, a los que Úrsula recibió con una sonrisa provocativa y familiar, la misma que forjara su fama a lo largo de la guerra. Él que parecía mandar a los cuatro soldados de uniforme pardo aulló en el aire de la solitaria estación como clamando contra tremendas culpas:

—¿Por dónde se ha escabullido esta cerda?

Sorprendida por tales maneras, tan desacostumbrada en el

ejército que conocía, Úrsula no contestó. Por otra parte, las contestaciones las iban dando por ella los esbirros del sargento de las
SS
:

—Ha debido salir por allí —dijo uno mostrando la trampilla por la que ahora no se asomaba nadie.

—¡Y ha sacado también la maleta! —dijo otro mostrándola como evidencia de una clara intención.

El sargento miró la trampilla, miró a Úrsula con mensuradora apreciación de sus rotundas carnes y luego miró también con desconfianza los precintos del vagón. Úrsula había dejado la cantimplora en la fuente y muy ofendida intentó arrancar la maleta del soldado que la había confiscado. La acción sorprendió indeciblemente a este, que se dejó quitar la maleta convencido de que se hallaba ante una loca delirante. El sargento rugió:

—¿Qué haces, imbécil? ¡Vamos, metedla por donde ha salido!

Los cuatro hombres agarraron a Úrsula sin hacer caso de sus chillidos y pataleos, introduciéndola de cabeza por la trampilla. La primera dificultad de la maniobra surgió en el momento de hacer pasar las tetas por la escotilla, lo que obligó a uno de los soldados a sacar de nuevo parcialmente lo introducido y levantar por encima de la cabeza los brazos, para que fueran estos en vanguardia. Pero ni siquiera así disminuyó lo suficiente la circunferencia del busto, por lo que el sargento, exasperado, gritó:

—¡A ver los de adentro! Tirad de los brazos o ametrallo el vagón.

Úrsula sintió que muchas manos le asían en la oscuridad y tiraban de ella salvajemente, consiguiendo estirar tanto los músculos pectorales, las glándulas y la grasa, que Úrsula pasó por la trampilla sin más dificultades, una vez franqueada la parte más conspicua de su cuerpo. Posteriormente Smuts, el viejo de la cantimplora, comentaba lo sucedido en la divertida expresividad que daba a todas las locuras que ocurrían en este mundo:

—Fue como el parto de un feto muy grande. Pero un parto al revés. Un parto hacia dentro.

En el andén del apeadero de Follenburgo los soldados que habían colaborado empujando a la parturición de Úrsula en el

interior del vagón, respiraron aliviados y uno de ellos se dispuso a meter también la maleta. Pero una maleta aunque sea de cartón carece de la capacidad de adaptación a las más estrechas condiciones, característica solo propia del cuerpo humano y no hubo medio de meterla dentro. Requerido el sargento para resolver el problema, miró la maleta, miró la escotilla y dijo, moviendo la cabeza con atemorizada admiración:

—¡Son el diablo estos judíos! ¿Cómo habrán hecho para sacarla?

Pero como el maquinista hizo sonar el pito de la locomotora indicando la partida, tiró la maleta a la vía, bajo el tren y se fue con sus soldados al vagón de cabeza. La maleta con los mejores vestidos de Úrsula además de sus papeles de identificación, fue concienzudamente destrozada por las ruedas del convoy, en el que Eichmann había metido los últimos judíos polacos. Los judíos que, ante el avance de los tanques rusos habían sido víctimas de su esperanza y de su impaciencia, al abandonar un poco demasiado pronto sus últimos refugios.

Úrsula Niederwerfer, enloquecida al ser arrojada de tal modo del Wallhalla de los héroes, vivió justo los meses suficientes para dar a luz a un ejemplar de la buena raza en el campo de concentración de Wierbein. Smuts, el doctor Smuts —era médico psiquiatra durante la engañosa calma que precedió al más grande progrom de todos los tiempos— se hizo cargo del niño lo mismo que había protegido a la madre hasta la muerte de esta. El
Dr.
Zacarías Smuts, gozaba de cierta tolerancia y de un mal confesado respeto en el campo de Wierbein, porque había logrado ser el psicoanalista particular de Peter Schulz, el comandante del campo. Así pudo conseguir que el hijo de Úrsula fuera considerado como uno más de los efectos personales que podía conservar, y el pequeño ario pasó a habitar una caja de huevos, donde Smuts guardaba unos libros, las piezas del ajedrez, una bufanda de repuesto y las memorias donde día a día dejaba constancia de la evolución de la locura humana. Por las noches, tras de la sesión de psicoanálisis al comandante, le pedía leche «para su pequeña larva aria», asegurándole que si la larva vivía, se comprometía a hacer con ella el principio de una nueva raza mutante capaz de emular las muchas glorias del pueblo puro. Peter Schulz, que solo conseguía

conciliar el sueño gracias a las sesiones de psicoanálisis y a las regocijantes historias del
Dr.
Smuts, consideraba como un chiste más aquel cuento del niño ario en una caja de huevos, y accedía a sus peticiones de alimento. No solo con leche contribuyó Schulz a preservar la vida del hijo de la valquiria de Follenburgo, sino que además Smuts hizo correr la voz de que el niño gozaba de la protección del jefe del campo y de este modo pudo impedir que fuera usado, durante sus ausencias, como calorífero para los pies de sus compañeros de barraca. Porque los demás confinados en el campo sí que sabían que «aquello» era de verdad semilla aria y contemplaban con odio cómo iba engordando con la leche no *ersatz*, mientras ellos enflaquecían de hambre y de terror.

Peter Schulz, cada vez necesitaba más del doctor Smuts para aplacar insomnios y pesadillas. Las sesiones de psicoanálisis, que Smuts había montado en el *living* del *bungalow* del comandante, comenzaban casi siempre con la expresión de una idea-émbolo atascada en las circunvoluciones cerebrales de Schulz:

—A veces me asaltan pensamientos por demás extraños.

—Como por ejemplo…

Peter Schulz, orondo pícnico de vientre salvajemente comprimido en los pantalones de montar, con leguis brillantes que no se quitaba ni en casa, tenía un rostro de redonda interrogación, cuyo punto negro y rotundo podía muy bien ser el bigote hitleriano completamente cuadrado, única cosa remarcable en el rostro vulgar, chato y de barbilla débil. Antes de responder a la insinuación de Smuts, miraba alrededor con aprensión, fruncía compungido el hociquito y se decidía a revelar:

—Como por ejemplo qué no está bien lo que estamos haciendo.

El judío Smuts levantaba la cabeza del cuaderno donde escribía las insólitas reacciones de su paciente y señalando con el lápiz a la ventana del *bungalow* a través de la cual se veían las oscuras barracas, las torres de vigilancia y las ominosas siluetas del gasógeno y del crematorio, preguntaba:

—¿Se refiere usted a…?

—Exactamente —respondía Schulz con valor.

Smuts movía la cabeza consternado por los complejos disturbios

de aquel cerebro alemán y le conminaba suasorio:

—Vamos, cálmese, cálmese. Analicemos el fondo de ese aparente disparate.

Y Schulz, agradecido, así como incapaz de sorprender el más leve matiz de ironía en las palabras o en el rostro de cabra vieja de Smuts, miraba a este con sumisión y alivio, seguro de que iba a limarle las aristas de su angustia. El viejo judío continuaba:

—En primer lugar ¿a quiénes se refiere usted cuando habla de «lo que estamos haciendo»?

—Naturalmente a nosotros, a los alemanes del Tercer Reich.

—Es decir, a los forjadores de la Gran Alemania.

El comandante miraba ahora con alguna suspicacia a Smuts, porque era débil, pero no tonto, y en el cuarto año de guerra hablar de la Gran Alemania resultaba peligrosamente sarcástico. Sin embargo, el psicoanalista no le dejaba pensar y seguía hablando con contundencia:

—Es decir, a una colectividad a la que usted pertenece. Y usted transfiere sentimientos y prejuicios de una moral personal a la moral de una gran colectividad, sin darse cuenta de que los impulsos morales de una colectividad actúan en otro cuadro de valores radicalmente distintos.

—Sí, pero es *a mí* a quien miran esos ojos en la inspección de la mañana. Y soy *yo* el que percibo el hedor de los cuerpos vivos y el otro hedor, el de los cuerpos muertos. Y es a mis oídos a donde llegan los gritos de desesperación.

—Un claro caso de asunción de culpa original. Reliquias de la educación cristiana. Transferencia de *libidos* a *tanatos*. Vamos, vamos, recuéstese, relájese y conteste: ¿Alguna vez su padre y su madre hicieron el amor en su presencia?

No había nada como las expresiones técnicas de Smuts para calmar la acezante angustia del jefe, que así veía referidos a síndromes ya estudiados y previstos en los libros de psicoanálisis, los fantasmas que llenaron de horror sus noches antes de la llegada de Smuts. Dejar de sentirse un perverso inicuo para pasar a ser un enfermo debidamente atendido por la ciencia, era tan consolador y confortable que toda su blanda carne parecía extenderse mansa en la poltrona, como gelatina buscando sin prisas su nivel de equilibrio en un tazón.

—No conocí a mi padre.

—Me lo estaba figurando. ¿Y su madre supo quién fue el padre de usted?

Peter Schulz, con los ojos entornados y en el umbral de un nirvana de sumisión al judío, decía lentamente:

—No entiendo su pregunta.

—Es lo mismo. Esa también es una respuesta. ¿Qué imagen le sugiere a usted una vagina de mujer?

—La puerta de un horno crematorio, donde se abrasarán los débiles.

—Siempre *libidos* junto a *tanatos*. Es típico.

—¿Usted cree?

El lento susurro de la pregunta de Schulz hacía saber al doctor que el comandante estaba a punto de dormirse, por lo que le sacudía rudamente por el hombro diciéndole:

—¡Eh! Despierte. Se ha olvidado de darme la leche para mi pequeña promesa aria.

El comandante se incorporaba pesadamente y sacando una botella llena de leche se la daba al judío, mientras aseguraba complacido que aquella noche tenía mucho sueño.

Zacarías Smuts volvía a la barraca y cada noche tenía que hacer uso del guardián que le acompañaba para calmar los ánimos exasperados por los vigorosos berridos del niño de Úrsula, que reclamaba su ración de leche, con egoísmo e inconsciencia de lactante bien alimentado, indiferente a las dificultades por las que atraviesa el medio donde vive. El guardián volvía a cada prisionero a su camaranchón a fuerza de empujones pero sin demasiado esfuerzo, porque en la barraca de Smuts reinaba un clima ambiguo de terror y de esperanzas: el tiempo iba pasando y la entresaca feroz que despoblaba poco a poco el campo de concentración parecía haberse olvidado de aquel puñado de hombres famélicos, pero todavía vivos gracias, quizás, a la benéfica proximidad del
Dr.
Smuts y a las debilidades e indecisiones del comandante, con las que Smuts jugaba una apasionante y definitiva partida de ajedrez. Por eso no odiaban, sino que respetaban y a veces temían al psiquiatra. El que gozaba de un odio universal, en la barraca y en todo el campo, era el niño, que por entonces empezaba a ser

llamado ya «el chico Smuts». Era odiado por sus prietas y sonrosadas carnes, por el vigor de sus pataleos y de sus protestas, por la desproporcionada cantidad de calorías que podía ingerir diariamente, por su pelo rubio, sus ojos azules y su chata nariz, pero sobre todo por la pujanza de aquella semilla diabólica en el triste reino de Los Justos, desafiando triunfante la venganza de Jehová desde el fondo de la caja de huevos. Jamás niño alguno vio asomarse a los bordes de su cuna tantas trágicas caras iracundas, ni vio cernerse, desde el cielo impreciso de su protoinfancia, tantos puños amenazadores, ni caer tantas fulmíneas maldiciones en yidish. Se diría que alrededor de su cuna se habían concitado todas las hadas malas y una sola hada buena, al revés de lo que sucede en los cuentos tradicionales, aunque el hada buena tuviera un aspecto de cabra enloquecida y risueña como si hubiera ramoneado en arbustos de melisa. La cabra Smuts, entre balidos de voz cascada y cortas risitas le arropaba en la vieja bufanda, le daba golpes cariñosos en el traserito y le limpiaba con cuidado un escupitajo inevitablemente lanzado por algún Justo, más colérico que los demás. Mientras, le iba diciendo:

—Vas a ser algo importante, muy importante. Ya lo eres en realidad, alevín de puta aria, porque consigues unir en este momento al pueblo elegido en un solo odio personal cosa que no ha ocurrido en toda nuestra historia.

Luego ponía a hervir en el infiernillo de alcohol —excesivo lujo solo a él permitido— un viejo guante de cuero y una vez hervido y escurrido lo llenaba con la leche del comandante, procurando no se saliera por el dedo pulgar, previamente agujereado. El guante negro y ajado se inflaba con el líquido tomando el aspecto de unas negras ubres de cabra. El chico Smuts callaba, por tener sus reflejos acondicionados ya a todas aquellas maniobras, o lanzaba gruñiditos de deseo, hasta que podía aferrar ansiosamente con la boca el pulgar del guante, al mismo tiempo que Smuts procuraba ir rellenando las negras ubres.

—Chupa, chupa, pequeño engendro de la locura humana. ¿Oyes cómo roncan tus pobres enemigos? Si no hubieran descargado en ti todo su instinto de agresividad ahora estarían desvelados por sus terrores, por su espera sin esperanza. Dios también está loco ¿sabes? Y por eso premia con la misericordia del sueño al que te ha

escupido en la cara. Solo un Dios loco puede conceder el sueño al que acaba de escupir en la cara de un niño.

Chico Smuts se dormía ahíto. Su padre putativo extraía de la caja de huevos los sucios papeles donde escribía sus memorias y escondía caja y niño bajo su camastro. Luego, con un lápiz rojo continuaba vertiendo en aquellos papeles la constancia de la paranoia universal, como si se tratara de establecer la historia clínica de un paciente incurable pero instructivo:

> Ver como vive pujante en el seno de la tribu de Abraham una larva aria es como ver crecer en el jardín del Edén la semilla del diablo. Aunque no pudiera olvidarme de todos los cuentos judíos que desde antes del Sinaí y después del Gólgota han fallado en el intento de dar un sentido al absurdo histórico, este niño logrado con los más acreditados métodos pecuarios, y que ahora ocupa el sitio del orinal bajo mi cama, lleva en su misma existencia un hondo significado. Dicen los sociólogos, con la complicidad y aquiesciencia de los psicólogos, que las larvas humanas, los niños, no nacen, sino que pasan del útero biológico de su madre al útero social que les espera con todos sus dispositivos a punto para configurar al futuro hombre, moldeando la arcilla de la clave genética según los presupuestos de otro patrimonio hereditario —el histórico-social. Pero ¿qué va a pasar con este subproducto de un gineceo de valquiria en el más recóndito y sórdido rincón de un útero social hebraico? La experiencia es fascinante y quizá a lo largo de ella se pueda encontrar el camino diagnóstico del síndrome paranoico que la humanidad sufre. Solo tengo una preocupación: ¿hago bien en criar al niño con leche de vacas alemanas? Si pudiera encontrar alguna escuálida hebrea recién parida para colgarle de sus ubres al chico, el experimento alcanzaría un mayor rigor científico. Se lo diré mañana a Schulz.
>
> Por cierto: cuidado con Schulz. Hoy me ha mirado de mala manera cuando le he hablado de los forjadores de la Gran Alemania. Está aquí por loco pero no por tonto, y a mí me pierde el deseo de divertirme. Es lo malo de ser psiquiatra: me aburro. Cualquier otro médico no ve a sus enfermos más que en la consulta o en el hospital, mientras que yo no tengo forma de librarme de mis locos, porque no hay otra cosa alrededor; a la larga esto aburre; y por otra parte, solo la burla hace asomar una chispa de lucidez en los ojos

humanos…

Por suerte, el comandante Schulz tuvo cada vez más necesidad de dormirse con el doctor Zacarías Smuts a su cabecera, debido a que la cercanía de las tropas rusas añadía a sus reparos de moral personal unas preocupaciones de orden pragmático no menos inquietantes y desveladoras. En cuanto a la petición de una nodriza semita no pudo ser atendida, a causa de que la producción de larvas judías estaba suspendida a la sazón por causas comprensibles. Pero el comandante tranquilizó, en cierto modo, al doctor, al decirle que la leche no procedía de vacas alemanas —muy escasas ya por entonces— sino de cabras de Córcega, lo que añadía a la crianza de chico Smuts un factor de incertidumbre latina que hacía más fascinante la experiencia.

2

La historia de Chico Smuts no es fácil de seguir a lo largo de la otra historia, la envolvente y a veces torrencial que arrastró destinos y existencias en los años de la posguerra. No obstante, es seguro que aquella historia fue informada siempre por la determinación del doctor Smuts de lograr una completa integración de su prohijado en las masas oscilantes, conturbadas y perpetuamente errantes del pueblo elegido. Por un raro azar de la estrategia de invasión, el campo de Wierbein no fue liberado por los rusos, sino por una distraída unidad inglesa, introducida como una cuña en el frente oriental, sin enterarse, hasta que notaron algunas diferencias en los uniformes de las filas que iban hendiendo. El mayor inglés encargado de liquidar las existencias del campo de Wierbein, congénitamente incapacitado para distinguir un judío polaco de un indio de Calcuta —aunque podía distinguir perfectamente a un londinense del Bronx de otro de Mayfair en la manera de empuñar el paraguas—, hizo caso omiso de todas las mezquinas historias de los prisioneros acerca de la existencia de un niño ario entre los liberados, y concedió a Smuts y a su caja de huevos la misma

credencial semita que más tarde permitiría a ambos convertirse en enemigos de Inglaterra llegando a Palestina clandestinamente, consignados como fardos de dátiles argelinos.

Smuts y Chico Smuts vivieron algunos años en Israel, asistiendo al nacimiento del Estado judío. El viejo Smuts atendió cumplidamente a la educación del chico, entre otras cosas porque en Israel el doctor Smuts tuvo muy poco trabajo. Para poder vivir tuvo que complementar los escasos ingresos de su consulta con un sueldo de redactor en una revista ilustrada de Tel Aviv. El director de la revista creyó tener una buena idea adjudicando al experto psicólogo doctor Smuts la sección de Grafología, pero el doctor se olvidó de que por entonces en Israel la beatería patriótica obligaba a todo el mundo a aprender a escribir en caracteres hebraicos, olvidando la lengua escrita que hasta entonces habían practicado en cada nacionalidad. En consecuencia no pudo hallar en sus diagnósticos grafológicos más que personalidades infantiles, inmaduras y crónicamente inestables. El día que hizo un informe grafológico del Gran Sanedrín, diciendo que su escritura revelaba una ansiedad de regreso al seno materno, al mismo tiempo que una balbuceante predisposición a la inseguridad en decisiones y creencias, colmó la medida. La escasa concurrencia a su consultorio y la educación del chico fueron desde entonces sus únicas ocupaciones, pero en especial la segunda fue apasionante, porque en efecto, Zacarías Smuts Junior colmó las esperanzas de Zacarías Smuts Senior. El muchacho se reveló como un extraño y prometedor engendro de inteligencia, cinismo, objetividad y descompromiso. A los ocho años conseguía la comida de los dos recorriendo en bicicleta los kibutzs cercanos y contando complicadas historias de emigrados casi muertos de hambre que habían llegado al puerto en una barca de remos desde Chipre. A los diez años preguntó al doctor:

—¿Por qué tienes tan pocos clientes, papá?

—No necesitan un psiquiatra. ¿No ves que están demasiado atareados?

—¿A más trabajo menos locos?

—No, hijo. El manicomio es el mismo aquí que en todas partes. Y en los manicomios se considera buen tratamiento hacer trabajar a los internados. Aquí, la terapéutica ocupacional ha dado buen

resultado. Por el momento al menos. Hacer trabajar a los locos va siempre bien. Tendremos que esperar a que descansen algo.

—¿Y no será que no tomas en cuenta sus preocupaciones religiosas? Los tratas como si Dios no existiese para los judíos, porque para ti no cuenta. Y un judío sin Dios ya no necesita ser judío. Y si deja de ser judío ya no puede ser un judío loco.

—¡Dios, Dios! ¿Cómo voy a tratar a un pequeño loco apoyándome en la influencia de un loco mayor?

—No sé, papá. Ese es problema tuyo.

—De todos modos, hijo, me has dado una idea. No hay más que un sitio en el mundo donde los judíos no necesitan contar con Dios para sentirse a gusto, ganar dinero y darse el lujo de visitar al psiquiatra.

Una semana más tarde Smuts y Smuts «inmigraban» a Estados Unidos.

3

Nunca podrá saberse si Zacarías Smuts consideró o no fracasado su experimento noético con su hijo adoptivo. Aquel trozo de arcilla prusiana que un acceso maníaco de la humanidad paranoica puso en sus manos fue violentado grave y profundamente en todo el programa que el patrimonio hereditario de su raza había impreso en cada partícula de su ser. Zacarías Smuts júnior, por parte de padre y de madre, tenía fijado el destino de alemán homozigoto, es decir, de hombre de una pieza, obediente a los dictados de la patria, de un *Führer* —el que le cupiera por suerte histórica— y de un Dios de las victorias. Pero nada de esto le fue dado a conocer desde su cuna, nada pudo moldear la arcilla así concebida en orden a su destino genético, y en vez del principio de autoridad paterno, anticipo de otras autoridades no menos configuradoras, no tuvo más que las cortas risas del psiquiatra, mientras le limpiaba de la cara los escupitajos del odio, anunciando el inseguro aunque regocijado escepticismo en todo principio que matizaría toda su infancia. En vez de la confortable seguridad en los destinos del hombre, de su

pueblo y de las intenciones evidente y favorablemente parciales de la divinidad, no pudo entender más que la confusión y la más despiadada crítica de todo lo que los hombres, los pueblos y los dioses hacen, dicen y creen. Y esto, no solo por las parábolas y las opiniones, muy prontamente entendidas, que su padre putativo iba vertiendo en sus oídos desde el principio precario de su existencia, sino porque siguió muy de cerca el absurdo errabundeo teológico-intelectual del pueblo en cuyo seno cayó. Pudo conocer muy pronto los jeremíacos lamentos de las sinagogas, las heroicas desesperanzas de los kibutz israelíes, las interminables discusiones sobre la razón y la sinrazón del sionismo, en las reuniones sabatinas de municipios tribales, las violencias macabeicas en los sótanos de Tel Aviv, donde se escondían los alijos de armas procedentes de Norteamérica, las resignaciones cobardes y masoquistas de los ezequieles perpetuamente castigados por Jehová, y las rebeliones ardientes de los judíos marxistas, convencidos unos de la defección de Dios, otros de su muerte y otros de su inexistencia.

Zacarías Smuts júnior creció así rubio, espigado, blanca mate la color de su piel y un azul metálico en los ojos siempre sagaces y críticos, como si miraran con independencia de su dueño algo que nunca se refería a sí mismo. Esta casi inhumana objetividad de su observación es lo que hizo imprevisible los efectos que el medio imprimió en su naturaleza primera. O quizá fuera un instintivo sistema de defensa para poder seguir sobreviviendo y realizándose a sí mismo, al tiempo que le daba la posibilidad de influir sin ser influido, de seguir desde fuera los destinos de una colectividad que desde adentro le hubieran hecho fenecer en el compromiso. Si es esto lo que Smuts padre se propuso como hipótesis de trabajo en su experimento, quizá no lo supiera ni el mismo investigador, del que por otra parte se sabe bien que nunca jugó a brujo, ni jamás programó hipótesis demostrables. Quizá lo único que pretendió fue hacer de un prusiano un judío y esto lo consiguió plenamente, porque el pequeño Zacarías se sentía judío, aunque en un sentido de superación como miembro mutante de una raza, punta agresiva de la inquietud, en la raza más inquieta de todas las humanas, elegida no se sabe por qué azar de la evolución para hacer eternamente de levadura.

Smuts y Smuts se entendían, pues, muy bien, de judío a judío,

aunque en un plano difícilmente comprensible para el resto de los judíos. Cuando llegaron a Estados Unidos, Smuts viejo dijo a Smuts chico:

—En cualquier país de Europa cuando el caricaturista de moda publique en un periódico un dibujo representando a un hombre encorvado, de mirada siniestra y nariz ganchuda, ya puedes hacer las maletas y marcharte aprisa, porque pronto empezará el progrom. Si ocurre lo mismo en este país, el que tiene que hacer las maletas es el caricaturista.

—¿Sabes, papá, el cuento de los judíos y de los barberos?

—Ese no ¡qué raro!

—Dicen que en la Alemania de ahora, tan vencida, tan rica y tan portentosamente antinazi, un judío es sorprendido por un amigo alemán haciendo las maletas. «¿Qué haces, Levy?», le dice. «Me voy», contesta el judío. «Tengo miedo porque pronto comenzaréis de nuevo a perseguir judíos». «Pero no seas tonto, Levy. Aquello ya pasó. Todos somos buenos hermanos». «No te creo. Estoy seguro de que pronto empezaréis a matar judíos y barberos». «¿Barberos? ¿Por qué barberos?». «¿Te das cuenta, Fritz? —contesta Levy—, solo preguntas por los barberos».

—¡Jo! Es bueno. Tiene gracia.

—Algo más que gracia, papá. Tiene sentido. Levy comenzaba así, por su cuenta y gratuitamente, a justificar el inmediato progrom.

—Tienes razón. Pero en cualquier caso no cuentes ese chiste en Estados Unidos porque no te lo van a entender. Y no hay nada que un norteamericano odie más que a quien le cuenta chistes que no entiende.

Los Smuts llegaron a Estados Unidos con dinero del movimiento sionista internacional, al parecer con el propósito de convencer a los norteamericanos de que Israel era la tierra prometida y este encargo divertía mucho a Smuts viejo, porque estaba convencido de que la verdadera tierra prometida era Estados Unidos. Con aquel dinero, Smuts montó un consultorio psiquiátrico en el que, cosa curiosa —dado el auge sin precedentes que Freud había conseguido en el país—, no había ningún sofá para psicoanálisis individual. En vez del sofá compró varias sillas, para comenzar a poner en práctica una idea acariciada durante muchos años y que le divertía más: el

psicoanálisis de grupo. Una idea que demostró ser muy buena, porque los norteamericanos, sociables y cooperativos, se mostraron encantados de poder vomitar sus complejos en amistosa compañía. Por otra parte, los psicoanálisis colectivos demostraban la utilidad del primer principio de la productividad: diez dólares por hora multiplicados por diez neuróticos eran muchos más dólares que diez dólares por un solo neurótico, en el mismo espacio de tiempo. Smuts el joven pudo terminar los estudios secundarios e ingresar en la Universidad de Nueva York con todos los derechos que la Universidad de Nueva York concede a las cuentas corrientes bien provistas. Pero los Smuts se dieron cuenta muy pronto —muy a menudo pensaban en parámetros paralelos aunque sin influjo mutuo— de que el éxito de los psicoanálisis colectivos también tendría una profunda razón para analizar, y cada uno por su lado llegaron a la conclusión de que el pueblo norteamericano no había sido entendido por sus propios psiquiatras, a pesar de su enorme proliferación (más psiquiatras que médicos generales); estaban empeñados en referir a disturbios en la individualidad la mayor parte de los procesos, cuando lo cierto es que el norteamericano tiene más problemas con el subconsciente colectivo que con el personal. Los Smuts daban mucha importancia a la existencia de un subconsciente colectivo, idea apuntada por Freud, pero solo desarrollada por Jung. Sabían que es un hecho turbador y de delicado manejo. Es, en cierto modo, la suma de todos los subconscientes personales, pero a la vez es su potenciación, porque cada subconsciente personal influye en los demás y lo incorpora a la infraconciencia común, patrimonio caracterológico de la colectividad, sea cualquiera la raza, el origen y la educación de sus individuos. Así, por ejemplo, es evidente una influencia negroide en el subconsciente de los ciudadanos de
USA
, que se manifiesta en las escandaleras de sus convenciones nacionales, en sus preferencias musicales, en su ingenuidad… Del mismo modo que también puede ponerse de manifiesto su subsconsciente de piel roja, por ejemplo, en la admiración por el eslogan, reminiscencia de la creencia en el poder mágico de la palabra que los indios sustentaban, así como en los símbolos de sus monedas y de sus monumentos. Y todo esto independientemente de

que estos ciudadanos sean descendientes de los pasajeros del Mayflower o emigrados de clarísima ascendencia europea. Del mismo modo que en la sensibilidad artística de un polaco, en su tendencia a la lamentación y en su nostalgia de tierra propia hay tanto de judío como de eslavo, porque judíos y eslavos han coexistido históricamente bastante más de un milenio.

El subconsciente se nutre especialmente de las represiones e inhibiciones que la educación —la civilización, cuando se trata de pueblos enteros— ejerce sobre los instintos más brutales. A este infrafondo de la personalidad son rechazados los impulsos vergonzosos, los deseos inconfensables, las tendencias bestiales que la convivencia social y la propia formación moral nos impiden poner de manifiesto. Son rechazados y olvidados, pero no por eso son inoperantes, porque quedan constituyendo el patrimonio y motor del infra-yo, la parte demoníaca de nuestro ser. A la manera como obraban los exorcismos sobre los endemoniados medievales, la educación obra expulsando de nuestra conciencia y de nuestra voluntad estos demonios, pero quedan agarrados al último repliegue de nuestra alma, matizando oscuramente nuestra personalidad y dándonos también la fértil inquietud de la lucha y del vencimiento constantes.

Pero en algunos de los pueblos donde coexisten razas diferentes tienen otro escape, esta vez completamente exterior, para sus represiones e inhibiciones. La raza sojuzgada, la que vive en precario, paga su pecado de haber influido en el subconsciente colectivo, cargando con todas las pasiones y bajos instintos de la raza que domina. Esta última rechaza sobre sus vecinos inferiores, por un último y subconsciente fenómeno de transferencia, todo lo que odia en sí mismo, todo lo innoble y vicioso de su ser. Basta leer las novelas de Erskine Caldwell y alguna de Faulkner para darse cuenta de que los negros perseguidos lo son precisamente por las pasiones que dominan a sus perseguidores, en especial la codicia y la sensualidad, y es curioso también que las principales acusaciones de los nazis a sus víctimas los judíos eran el afán de dominación mundial y el odio indiscriminatorio a todo el que no fuera de su raza.

Los habitantes de pueblos que poseen un mayor sentido religioso de la vida tienen resuelto el problema de su infra-yo por referirlo a

su propio fondo bestial, demoníaco. Su salud mental descansa en el equilibrio logrado entre Dios para su superación y el diablo para la repulsión de sus peores instintos. Todo el proceso de afirmación de su personalidad, por anhelo de trascendencia y por represión de sus pasiones, se logra enteramente en el ciclo cerrado de su mística interior. Esta es la razón de que pueblos místicos, como España y Portugal, no hayan tenido nunca en su historia colonial problema de razas.

En cambio, las civilizaciones materialistas, al renunciar a todo código espiritual para informar la existencia de sus individuos, deja a estos desamparados, flotando en un vacío sin cielo para lo mejor de sí mismos ni infierno para lo peor. Entonces es cuando se ven obligados a anclarse por arriba y por abajo en otros seres iguales y cifran su anhelo de espiritualidad en los camelos de cualquier ocultista o cualquier histérico, a la vez que rechazan su parte más bestial hacia los hombres de otra raza que tienen a su lado. El joven Smuts concluía:

—De todo este diagnóstico no parece deducirse más que un tratamiento si hemos de mantenernos en la lógica terapéutica para los países enfermos: «catarsis» o purga mental realizada a escala colosal por unos equipos de psiquiatras.

—¿Quieres decir que habrá que tratar sociedades, pueblos enteros?

—Sí, ¿por qué no? ¿Quién lo necesita más? Este asunto del racismo, aún tan enconado y tan complejo, no es más que un aspecto parcial de la locura de toda la especie humana Zacarías el viejo sonreía al ver el aplomo del joven Zacarías haciendo suyas ideas que había hecho llover sobre su cerebro desde la infancia. Luego dijo:

—Un aspecto fundamental, no lo olvides. El racismo será el último motivo de enfrentamiento bélico, una vez superadas las nacionalidades. Lo dijo Spengler y sabía lo que decía.

—Bueno, papá. Deja ya de lamerte las heridas como un perro sin dientes. El racismo no es más que una forma y no la más importante de todas las locuras que se han cometido desde hace diez mil años en nombre de un ente colectivo. Llámese pueblo, raza, nación, estado, clase, casta, burgo, partido, sociedad, religión. Nadie se ha dado cuenta hasta ahora de que, cuantitativamente, el egoísmo, la

pasión, la envidia, la ira, la simple maldad si se ejerce individualmente alcanza una escasísima productividad, en lo que se refiere al número de víctimas, comparada con las víctimas que caen por defensa u ofensa de una colectividad. Ante los asesinatos y las maldades cometidas en nombre, por ejemplo, de cualquier religión de las llamadas civilizadas, el marqués de Sade, mister Hyde y demás protervos clásicos e individualistas, no pasan de ser modestísimos artesanos de muy corto vuelo. Pero tenemos acondicionado el cerebro, para condenar a estos sin apelación y justificar la noche de San Bartolomé, la guerra de los Cien Años y las masacres de los derviches en el mismo expediente de amnistía.

—Si es eso lo que ahora enseñan en la Universidad de Nueva York, están cambiando mucho los programas de enseñanza.

—¡Vamos, viejo zorro! Demasiado sabes que la universidad, cualquier universidad, nunca extrae consecuencias de sus enseñanzas, porque entonces sería clausurada como peligroso centro de subversión. En la universidad se habla inocentemente de historia, de hormonas, de los fundamentos del gregarismo, de polémicas peripatéticas, o de la localización de los estímulos agresivos en el encéfalo. Si de la digestión de todo eso puede salir lo mismo un director de banco que un guerrillero boliviano, la universidad remite toda responsabilidad a las particularidades digestivas de cada cual.

—De modo que en definitiva es el individuo el que dice la última palabra. El individuo, no la colectividad, porque esta no es al fin y al cabo más que la suma de individuos.

—Una suma muy especial porque no se suman las inteligencias, sino las pasiones. Las inteligencias no son susceptibles de aritmética, porque cada inteligencia es una operación única, cuyos términos no son intercambiables.

—¿Y las pasiones sí?

—Naturalmente, porque no son otra cosa que una elaboración más o menos disimulada de un instinto. Y los instintos son de estirpe animal; son un patrimonio común de todo lo que pulula sobre la tierra. ¿Pero es que a ti no te enseñaron nada sobre neurología ni sobre hormonas?

—Poca cosa, la verdad —replicó humildemente el viejo Smuts—. En la escuela de Viena pesaba demasiado la sombra de Freud, que

despreciaba a los mecanicistas.

—Instintos, pasiones, sentimientos, pertenecen al terreno de las hormonas y a los dominios del paleocórtex, es decir, el cerebro residual e inferior que en nosotros queda como herencia animal. Y a todo eso le damos el pomposo nombre de subconsciente.

—¿Quieres decir que cuando yo psicoanalizo a un semejante mío no hago más que procurar sacar a flote al animal que lleva dentro? ¿Pretendes que durante tantos años he estado acostando en mi sofá de la consulta a unos pobres cocodrilos?

—No del todo. A veces cocodrilos, a veces, cerdos, a veces gallinas… Pero consuélate. Aun sin saber por qué, has renunciado al sofá.

—He hecho mal. Estoy sentando en mis sillas a todo un parque zoológico. Porque, según tú, los psicoanálisis colectivos solo pueden comprenderse como un intento de lograr un equilibrio mental en la *ménagerie* de un circo, lo que sería imposible. No; creo que no tienes razón. De acuerdo, que es más fácil sumar pasiones que sumar inteligencias, pero esto último no es imposible.

—Hasta ahora sí, viejo. Hitler arengaba, en nombre de instintos primitivos a rebaños de borregos o manadas de fieras. No ha habido un solo líder nunca que haya arrastrado a las masas en nombre de la razón, sino apelando a instintos de gregarismo animal. La Sociedad de las Naciones, después de la guerra del catorce, asoció esperanzadamente a unos cuantos hombres razonables y razonablemente convencidos de que las guerras debían de acabar. Pero ya ves lo que pasó: bastó que se juntaran para que allí dentro empezara a incubarse la segunda guerra mundial. La lógica inteligente e individual se quedó fuera del palacio de Ginebra y solo afiliaron sus pasiones. Es lo mismo que está pasando en la ONU. La inteligencia es personal, única y aislada, incapaz de mezcla, porque es lo único nuestro que poseemos.

—Pero ¿y el trabajo en equipo de tantos investigadores?

—Solo suman sus conocimientos.

—¿Y la concientización planetaria?

—Te estás ablandando en exceso, papá. Ya hablas como Teilhard de Chardin. Debe ser porque haces buenas digestiones. Teilhard tenía un buen estómago además de un cerebro reblandecido por la mística. Y la mística no es otra cosa que una monstruosa batidora

de donde sale un repelente puré llamado conciencia que parece contenerlo todo y en la que es imposible encontrar ya nada.

—Me temo que si hablas así en la Universidad no vas a caer bien. Este es un país en que el progresismo optimista no es una idea: es una religión.

—Ya no tengo que preocuparme de caer bien o mal. Me han echado.

—¡Ah, bien! En ese caso ayúdame a pensar qué hago con mis cocodrilos, mis cerdos y mis gallinas.

—Tengo una idea, papá. Pero antes me voy a Argentina a cantar tangos con Caldeiro y sus muchachos.

—Me parece una idea razonable. Un cocodrilo no la tendría. ¿Tú crees que Caldeiro está en trance de poner de acuerdo cerebro humano con cerebro animal; al neocórtex con el paleocórtex? He oído grandes cosas de los psicodramas de Caldeiro.

—Al menos tengo entendido que lo intenta. Alguien tendrá que hacerlo una u otra vez. Si no, nos vamos todos a la mierda.

—Tienes mi bendición. La cuantía de la misma va en este cheque.

4

El psicodrama consiste en una representación escénica improvisada, algo así como una comedia de arte italiana para psicopáticos, en la que los actores son los mismos enfermos dirigidos por el psiquiatra. Comienza invitando al enfermo mental, sometido al tratamiento, a constituirse en el protagonista de su problema, planteando a la concurrencia el motivo de la angustia, de la duda o de la turbación que le atenaza. A medida que el problema va concretándose en hechos y personas, el psiquiatra hace intervenir a los concurrentes en la representación de estos hechos y personajes, pero dejándoles inmediata libertad para responder y reaccionar de acuerdo con su idiosincrasia. El conflicto así corporeizado obra como un catártico poderoso en el enfermo, que ve vivir, ponerse en pie repentinamente sus soterradas preocupaciones; quizá surjan en el

calor de la improvisación sus más ignoradas represiones y hasta la más honda motivación de su angustia. Otras veces no se obtiene la solución del conflicto del mismo psicodrama que queda irresuelto, pero al menos suministra al psiquiatra preciosos datos para el conocimiento de sus enfermos, de todo aquello que les atormenta, les modela y les mediatiza.

Es un psicoanálisis activo, hiriente, en el que el dato revelador no surge de un hombre sojuzgado y humillado tendido en un sofá, vagando sin norte por un subconsciente que desconoce, sino de la fricción chispeante de humanidad contra humanidad, del hombre en pie, acusado o acusador, librado a la influencia de sus pasiones, pero en actitud de defensa o al menos de justificación para sus actos. Del hombre, al fin, en trance de buscar un sentido para su conducta o la encrucijada donde perdió el camino. Entre el psicoanálisis de sofá, de confidencias gemebundas a la luz crepuscular y el psicodrama hay la misma diferencia que entre la confesión a lo eslavo, llena de ansias dostoyevsquianas de castigo, y la defensa del César ante el Senado, queriendo mantener por encima de su razón o de su sinrazón su dignidad de hombre. El psicodrama no es solo una técnica psiquiátrica nueva, sino algo muy aleccionador y revelador para la humanística de nuestro tiempo.

El joven Zacarías —solo contaba veinte años cuando llegó a Buenos Aires— aprendió pronto con el doctor Caldeiro todo lo referente a la técnica del psicodrama, pero perdió a la vez todo interés en los fines que Caldeiro se proponía, porque se trataba nada más que de resolver problemas personales por una catarsis provocada a favor del intervencionismo latino en los problemas de los demás. No veía gran diferencia entre el método de su padre adoptivo de hacer mostrar sus complejos en una confesión pública, y en un silencio comprensivo, a los ricos neuróticos de Manhattan, o lograr el mismo resultado tras de un montaje dramático, con la participación de los demás enfermos del grupo, que accedían con fruición a convertirse durante la farsa en víctimas o acusadores del protagonista. Es más —pensaba Zacarías Smuts júnior—, Caldeiro no consigue con esto más que remontar a la conciencia la exploración subconsciente, y por el estímulo del razonar de los demás, transformar en problema lógico el conflicto represivo

profundo, que así queda sin desvelar y tan virulento y escondido como antes. Habría que conseguir no salir del terreno del subconsciente durante todo el curso del psicodrama y esto resulta casi imposible porque el único que puede establecer una relación con sus inhibiciones y represiones profundas del problema que le aflige es el protagonista; los demás le confundirán proporcionándole solamente soluciones lógicas que son las que menos necesita. Un día un ayudante de Caldeiro hizo subir al estrado a un psicópata deprimido por su impotencia sexual; estaba casado hacía poco con una ardiente criolla a la que amaba tanto como deseaba, pero su impotencia estaba a punto de justificar una anulación de matrimonio no consumado. El infortunado marido, hijo único de madre viuda, había sido mimado, cuidado, lamido, besado y adorado por su madre durante una larguísima infancia, demorada en la inmadurez por la madre absorbente. En la noche de bodas, el desgraciado muchacho no se sentía desgraciado, porque estaba cumpliendo bastante bien sus obligaciones, o al menos los prolegómenos, aleccionado por la innata sabiduría de la criolla. Esta, partidaria de la parsimonia en el trámite, estaba a punto de conseguir de un tímido y correcto joven de la buena sociedad un pasional instintivo a punto de arrollarlo todo, cuando sonó el teléfono en la mesilla de noche: era mamá, que estaba ansiosa por saber cómo se encontraban los dos, pero sobre todo Nanín, al que le afectaba mucho el destaparse en la cama, por lo que recomendaba encarecidamente que hicieran sus cosas bien tapaditos. Naturalmente que tras de la llamada de mamá, terminó todo arrebato tumescente y tal fue el origen del conflicto actual.

Esta triste historia constaba en la ficha clínica y el ayudante de Caldeiro, siguiendo una rutina establecida por el protocolo de otros psicodramas, se la hizo contar al interesado delante de un grupo de psicópatas elegidos y de Zacarías Smuts como observador alumno. Tras el relato expresado con educada consternación, el ayudante hizo subir al estrado a una dama presente, cuyo problema era, en cierto modo, la contrapartida del otro y le dijo que debía de representar el papel de esposa. Los enfermos del sanatorio de Caldeiro «estaban siempre en escena» y carecían de toda timidez y aun de todo pudor en sus representaciones; por esto la dama, una morena madurita, menuda y prieta de carnes dijo con toda

naturalidad:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me rechazas? ¿Es que no me quieres?

Zacarías Smuts se dio cuenta de pronto del error cometido por el doctor ayudante y por un impulso irreprimible interrumpió el psicodrama ante el asombro de todos y la indignación del ayudante. Con grandes dificultades de expresión porque su dominio de la lengua castellana era todavía muy limitada, saltó al estrado y se convirtió en director de escena exigiendo a la señora que cambiase el papel: tenía que representar a la madre del impotente, comportarse como una madre excesivamente cariñosa, apretar al hijo contra su regazo, prodigarle caricias y hablarle como se habla a un niño que está triste sin saber por qué. La morenita —arrastrada violentamente por sus inhibiciones— se negó indignada a este cambio, manifestando que se la estaba insultando al suponer que podía ser la madre de aquel joven, quizá una vieja chocha que había malcriado al nene. El nene manifestó con toda vehemencia permisible por su floja sangre, que su madre no era ninguna vieja chocha, sino una mujer bandera a la que los hombres todavía le decían cosas en la calle. «¿Yendo con usted?», preguntó vivamente Zacarías. «Sí, incluso yendo conmigo». «¿Y eso no le disgustaba? ¿Nunca reaccionó contra alguno de aquellos hombres?». «No había más hombre que yo en su vida». «¿Cómo puede asegurarlo?». «Me lo decía por las noches cuando me dormía apretado contra su hermoso cuerpo». «¿Hasta qué edad durmió usted con su madre?». El joven impotente no contestó al pronto. Miró a Smuts, luego volvió los ojos a la penumbra donde los demás componentes del grupo esperaban en tenso silencio la respuesta. Por fin, clavando sus ojos —unos ojos en los que había una luz nueva— en los de la mujer morena que aún chispeaban de cólera, dijo: «Hasta los diecinueve años».

El clímax se rompió con la intervención del doctor Caldeiro conducido por el ayudante quejicoso y enfadado contra la intromisión de Smuts. Pero Caldeiro había oído los últimos parlamentos del inusitado psicodrama, y comprendió rápidamente todo lo sucedido. Pidió a Smuts que le acompañase a su despacho.

—¿Qué cree usted que hubiera sucedido si todo continúa según la norma de mi ayudante?

—Es fácil de suponer: la esposa y el marido nos hubieran aburrido con un tedioso diálogo de novela sentimental o…

—Continúe.

—O equivocándose de otro modo en lo que se pretende de ellos, nos hubieran asqueado con los pormenores acerca del mejor modo de practicar un coito sin tropiezos. Pero todo sin profundidad. En el terreno de la lógica más superficial.

—¿Se da cuenta usted de que ese chico gracias a su intervención acaba de descubrir que padece un complejo de Edipo con todas sus implicaciones?

—Sí, claro. Pero no tiene ningún mérito. Lo mismo podría haberse conseguido hablando con él a solas. En un psicoanálisis clásico e individual, quiero decir.

—No es muy halagüeño lo que dice para mi método…

—No estoy haciendo crítica. A no ser que esta conversación entre usted y yo no sea también un psicodrama…

El doctor Caldeiro rio, añadiendo luego:

—No, de ningún modo. Sabe Dios adónde nos llevaría. ¿Quiere usted quedarse aquí? Podrá ser el primero en este sanatorio.

—¿Por qué me propone tal cosa?

—Porque mi problema es la despersonalización de mi método. Yo no puedo hacerlo todo, y mis ayudantes… Ya ve lo que acaba de pasar. Usted, en cambio, tiene una asombrosa intuición para dirigir un psicodrama.

—No. Se lo agradezco, pero…

—¿Es a causa de lo que piensa usted acerca del sistema?

—No es un asunto de medios, sino de fines. No me interesa resolver aquellos problemas personales. La psicopatía realmente apasionante de descubrir no es la de los individuos, sino la de las colectividades. La de la sociedad entera.

—¿Por medio del psicodrama?

—Quizá.

—Eso ya me suena mejor. ¡Es una deslumbrante esperanza, che!

El doctor Caldeiro quedó en efecto tan deslumbrado por la personalidad y por las intenciones de Zacarías Smuts, que le concedió toda clase de libertades para sus investigaciones. Zacarías se aprovechó a conciencia de tanta generosidad y así es cómo pudo reunir una tarde en la salita de representaciones del doctor Caldeiro, y en ausencia de este, a un abigarrado grupito de psicópatas no reconocidos, ni sabedores de su tara, porque su

psicopatía dependía solamente de la adscripción a su colectividad. Estaba formada por un peronista de primera hora, por una hincha del Boca Junior, por un comandante del ejército, y por una militante de la Christian Science de Mary Baker. Trajo también a un travestista, asiduo a un bar especial de la calle Corrientes, único miembro del grupo que no representaba ideología ni colectividad alguna, pero que vino de buena gana estimulado por el color de los dólares de Smuts, y por el atractivo físico de este. Los motivos que dio a los demás miembros del grupo para reunirlos allí no están muy claros, pero parece ser que echó mano de un documento del Ministerio de Instrucción Pública en el que le autorizaba para realizar estudios sociológicos en el país. Debió de apelar al enconado y romántico patriotismo argentino para convencerles de lo importante que era disipar las dudas y colmar las curiosidades de un universitario yanqui. El trasvestista estaba ya —vestido naturalmente de mujer— en el estrado, muy acicalado y bien puesto, por lo que a pesar de la luz de los focos despertó al pronto apreciativas miradas de admiración en los recién llegados. Pero casi inmediatamente el hincha del Boca Junior lanzó la denuncia:

—¡Pero si es un marica de «La Palomita»!

Y este intempestivo reconocimiento hizo naufragar de mala manera toda la experiencia. El militar confesó abruptamente que «ningún cochino yanqui tenía derecho a poner en evidencia los trapos sucios de su patria» e intentó sacar el revólver. El peronista se abalanzó contra el militar en nombre de la ciencia y del progreso haciendo saber a gritos que si el ejército clasista no hubiera expulsado a Perón, este habría decapitado ya a todos los homosexuales comenzando por los que nutrían los cuadros de la milicia. Mientras el peronista y el militar peleaban salvajemente, el socio del Boca Junior había utilizado el echarpe que llevaba el travestista para intentar estrangular a este, con toda evidencia, aunque anunciaba demorar el estrangulamiento para poder colgarlo de una portería del estadio como ejemplo para los flojos amariconados que habían hecho perder al Boca el campeonato mundial. La proselitista de Mary Baker atizaba al pobre marica unos tremendos golpes en la cabeza con su bolso debidamente reforzado con la gran biblia, que llevaba dentro; se sentía herida en lo más hondo de sus sentimientos; tanto más cuanto que al entrar había

puesto muy buenos ojos al feminoide creyendo habérselas con una bella extraviada que redimir. El feminoide lanzaba unos gritos de gallina a medio plumar en vivo, y todo el conjunto de específicas pasiones desencadenadas originó un tumulto que hizo acudir a la sala a fornidos enfermeros y a unos cuantos facultativos y personal diverso, que a duras penas pudieron dominar a los polemizantes y ponerlos en la calle, incluyendo a Zacarías Smuts.

A pesar de que el joven Smuts ya no volvió al sanatorio de Caldeiro, no consideró fracasada la experiencia: pensaba que cada uno se había producido en el sentido conjeturable, dada la tara paranoica de la colectividad a la que pertenecía; la elección del travestista como espina irritativa común también estaba bien hecha y los acontecimientos lo habían demostrado. Él no tenía la culpa de que la intempestiva denuncia del hincha hubiera hecho imposible todo intento de dirigir convenientemente aquel puzle pasional, controlando útilmente la explosión. De todos modos, como una comisión de oficiales ofendidos le iban buscando por todo Buenos Aires con los revólveres amartillados, y tuvo noticias de que un comité clandestino de peronistas deseaba verle para nombrarle enviado especial cerca de los dólares de la Alianza para el Progreso, chico Smuts se fue a la Patagonia. Quería estudiar allí, concienzudamente, estilo de vida y costumbres de los indios de Tierra de Fuego, los onas y los aínos. Eran estos indios, en la creencia de muchos antropólogos, razas marginales, residuos del hombre del Neanderthal, algo así como una rama perdida de la evolución. Hasta la fecha se habían mostrado incapacitados para la asimilación y ni siquiera para la convivencia cerca de los demás indígenas fueguinos. Su tipo de asociación era el clan más primitivo, sin llegar a tribu, y practicaban la endogamia o más bien una forma de coyundas sin ceremonia alguna, salvo la prescripción del patriarca, entre hermanos y hermanas y aun entre padres e hijos. Smuts pensaba que allí estaba la humanidad primigenia en estado puro sin tara asociativa alguna, y sería posible establecer el punto en que el subconsciente perdió sus conexiones lógicas con la consciencia. O más bien el momento en que el desarrollo del neocórtex cerebral arrinconó en el paleocórtex los instintos de la vida animal para sublimarlas en pasiones falsamente humanizadas. Encontró muy sugerentes las danzas tribales, verdadera expresión

de antiguos terrores y de deseos supraanimales, frustrados ya, en la larga noche prehistórica, de la que todavía no habían salido. Al carecer de toda integración asociativa —descontando el instinto gregario primitivo— el subconsciente colectivo y el personal era todo uno, y, aun este, casi completamente exento tanto de represiones e inhibiciones añadidas como de construcciones intelectuales. Eran hombres crudos, almas desnudas como moluscos sin concha, en los que los sueños no tenían solución de continuidad con la realidad, y los instintos carecían de todo camuflaje. Allí hubiera sido posible encontrar el momento de la evolución en que la especie humana adquirió una tara, se produjo el error trágico que incomunicó para siempre el paleocórtex con el neocórtex, la emotividad con el pensamiento, las pasiones con la lógica. Pero Tierra de Fuego había sido invadida por los últimos dominicos tradicionales, misioneros católicos que huyendo del viento de fronda procedente del Vaticano encontraban en el medio millar escaso de onas, y en el millar o poco más de aínos, la última carnada humana, capaz de ser configurada con los viejos sistemas paternalistas, sin necesidad de leer a Marx. Al conjuro de las experiencias de chico Smuts, también se alertaron los misioneros protestantes. Eran estos los que, habiendo abandonado el juego al haber sido convencidos por los antropólogos evolutivos de la inutilidad de su influjo en los últimos y amortizables hombres de Neardenthal, temieron quizá ser desmentidos en sus presupuestos científicos y caer en descrédito si Smuts conseguía alguna forma de integración de aquellas tribus. No se sabe de quién partió la denuncia, pero el caso es que un comando israelita que andaba por aquellos lugares cazando nazis escondidos, atrapó a Zacarías Smuts una tarde en que estaba intentando montar una especie de psicodrama al ritmo de tantán. Los hijos de Talión justificaban el secuestro en las características arias que Smuts exhibía con descaro: los cabellos rubio pajizo, la cabeza braquicéfala, la mandíbula enérgica y ortognata, la espigada estatura y sobre todo los rasgos finos de su cara de piel blanca y suave, además de su modo de mirar por encima y a través de sus interlocutores. Cuando chico Smuts pudo demostrar sus credenciales judías y sus relaciones con el movimiento sionista internacional, ya estaba en Río de Janeiro, donde fue soltado con los ojos vendados en la playa de Copacabana,

después de vencer las perplejas suspicacias de los miembros más radicales del comando clandestino.

En Río le llegó al joven Zacarías la noticia de que el viejo Smuts acababa de morir de risa en su consultorio de Nueva York. El acceso de regocijo, que le provocó la rotura de un aneurisma de la aorta en plena carcajada, se lo produjo mientras estaba haciendo la ficha psicoclínica al alcalde de un pequeño pueblo de Connecticut. Este pueblo, cuyo nombre han olvidado piadosamente las crónicas, estaba totalmente sojuzgado por su alcalde Merrit Kendall, que absorbía todo el poder político, ejercía una total hegemonía sobre las empresas industriales y comerciales y se acostaba o se había acostado con todas las señoras de los hombres más notables de la colectividad. El viejo Zacarías se enteró de estos hechos porque poco tiempo antes había tenido que montar un psicoanálisis colectivo con los más conspicuos hombres de aquel pueblo, llegados a Nueva York en demanda de la ayuda del famoso psicólogo. Querían saber cuál era su pecado o su minusvalía; cuál era la razón profunda de una inferioridad que les hacía humillar su dinero y su honra ante un hombre al que, además e ineluctablemente, votaban para alcalde año tras año. El doctor estaba muy preocupado con aquel extraño caso, no sabiendo si catalogarlo como un complejo de patriarca o como un síndrome neurótico de Agamenón. Le interesaba enormemente la figura del alcalde Kendall, en el que veía la personificación moderna del macho tribal, exclusivo y excluyente, casi un tótem a punto de ser divinizado, con poderes mágicos sobre el clan exógamo. Estaba pensando en la manera de conocerlo y hablar con él cuando el mismo Kendall pidió hora a la secretaria para una consulta. En el día de su muerte el doctor Smuts comenzó la historia clínica del alcalde Kendall haciendo las advertencias de rutina:

—Usted sabe que mi técnica psicoanalítica no es la clásica individual. Después de hacer su ficha clínica veré la manera de incorporarlo a un grupo al que pueda beneficiar y al mismo tiempo le beneficie con sus problemas.

—A mi grupo ya lo conoce usted. He venido porque sé que está tratando a mis más destacados paisanos en bloque.

—¿Quiere usted unirse a ellos? —preguntó Smuts muy extrañado.

Merrit Kendall resopló como un toro antes de contestar. Era un hombre quizá cincuentón, robusto y congestivo, con mirada un poco aborregada, pero penetrante. No había nada en sus rasgos vulgares y en su tipo —similar al de millones de norteamericanos mal vestidos— que evocara al macho tribal dominante y sojuzgador. El pelo cortado en cepillo y erizado le daba más bien un aspecto de animal asustadizo en constante alerta.

—Verá, doctor. He pensado que ya que conoce mi caso indirectamente, nos vamos a ahorrar muchas enojosas indagaciones a la hora de plantear mi propio problema. Yo quiero un tratamiento personal y en solitario.

La curiosidad enorme que el tipo habíale despertado, impidió al doctor ponerle reparos a esta exigencia, por lo que sin añadir nada más comenzó a hacerle las preguntas de rutina:

—Háble me primero de las enfermedades y disturbios que ha padecido usted desde la infancia.

—Siempre he estado sano. Lo único que padezco es enuresis nocturna. Creo que es así como le llaman ustedes a esa cosa tan molesta.

—¿Quiere usted decir que se orina por las noches en la cama, involuntariamente?

—Me orinaba. Yo mismo me busqué el remedio, después de probar muchas cosas, y de consultar a muchos médicos desde mi niñez. Ahora ya sé que lo único que me impide mojar las sábanas es dormir cada noche con una mujer distinta. Zacarías Smuts tuvo la premonición de que toda la doctrina de Freud, el viejo monstruo, empezaba a tambalearse. A punto ya de soltar la risa que iba a ser fatal, preguntó:

—Y ¿es esa la razón de sus… digamos variadas prácticas sexuales?

—No hay otra. Yo soy un hombre más bien tranquilo y casero. Le aseguro que nada me gustaría más que acostarme en mi cama a las diez de la noche y dormir de un tirón nueve horas sin preocupaciones ni problemas.

—¿Y en vez de eso…?

—En vez de eso, es a las diez cuando me veo obligado a salir de mi casa a buscar otro lecho, y otra mujer. Allí paso hasta las tres o las cuatro de la mañana. Si puedo me quedo traspuesto unas pocas

horas más, y si no, he de levantarme para volver a mi cama, donde tengo un sueño inquieto y corto. Un sueño no lo bastante profundo como para hacer esa gorrinada que me atormenta… ¿No hay un sistema para curar la enuresis que consiste en hacer dormir a los niños con la cabeza apoyada en una toalla llena de nudos?

—Sí. Era una burrada, pero a veces surtía efecto. De ese modo el niño no dormía bien. La enuresis solo sobreviene en el sueño profundo.

—Bueno. Pues es como si yo estuviera durmiendo sobre almohada de nudos hace veinte años.

—¡Ja! Lo que se llama dormir no duerme mucho. Porque… ¿qué es lo que hace hasta las tres de la mañana en lecho ajeno?

—¿Y a usted qué le parece?

—Por lo pronto mucho tiempo. Demasiado para una sola ocupación.

—Bueno… Hablamos.

—Y hablando gobiernan el pueblo.

—Es natural. En algo hay que pasar el rato. Conozco un poco de historia y sé que las decisiones más importantes de los que han hecho la historia han sido decisiones de alcoba. Por otra parte no sabe usted qué poder de decisión tiene una mujer americana, si su marido sabe que se acuesta con el alcalde vitalicio del pueblo.

Antes de que Merrit Kendall pronunciara estas últimas palabras ya estaba riendo Zacarías Smuts en una serie de carcajadas, como de reacción en cadena, porque los motivos de su risa se iban sucediendo, múltiples y cada vez más plenos de significado. Reía porque tenía ante sí la última consecuencia del matriarcado que es USA. Reía porque el caso Kendall suponía la reducción al absurdo de todo el sistema democrático que los norteamericanos querían ver implantado en todo el mundo. Reía porque, después de todo, Kendall era un hombre de una pieza, que con toda dignidad estaba intentando superar pequeñas miserias de su naturaleza y el medio que había encontrado era absolutamente original. Pero sobre todo reía porque allí delante de él —que había vivido toda su existencia en la fe de Freud y del psicoanálisis aumentando de paso su cuenta corriente— toda la doctrina freudiana se estaba viniendo abajo estrepitosamente: no había complejo de patriarca, ni síndrome de Agamenón, ni tótems divinizados, ni machos tribales arquetípicos,

ni poderes mágicos del sexo, ni nada de nada. Solo un hombre que se meaba sin querer y que supo aprovechar su defecto para convertirse en un jefe indiscutible, en un dominador eficaz y constructivo, en el símbolo del poder sobre la masa sojuzgada. Sus carcajadas se fueron haciendo ya incoercibles, histéricas. Ahora reía también porque se le acababa de ocurrir que quizá Napoleón mojaba también las sábanas y por eso planeaba de noche las batallas más triunfales, las del amanecer; y por eso quizá no esperó a dormir con María Luisa de Austria sino que la poseyó dentro del carruaje que la traía a Francia. Y que si Hitler… Pero las últimas consecuencias de su inmensamente regocijante descubrimiento no pudo llegar a establecerlas. Perdió del todo el control de su risa ya salvaje y de pronto un viejo aneurisma de la aorta a la altura del plexo solar empezó a agrietarse y el torrente cálido de su sangre salido del cauce vital corrió desbordado por las vísceras. Supo instantáneamente que iba a morir y en un arranque de decisión valerosa tomó el micrófono del magnetofón que estaba empleando para tomar las confesiones de Kendall y dijo con el último estertor:

—Zacarías, hijo: de todo lo que te dejo lo mejor es un cliente que se llama Kendall. Aprovecha…

Merrit Kendall, con la larga práctica que le habían dado veinte años de cotidianos asaltos a gineceos extraños, mantuvo la serenidad y el autodominio ante la muerte del doctor, caído como fulminado ante él. Comprobó que su corazón ya no latía, recogió la cinta magnetofónica, se la metió en el bolsillo y llamó a la enfermera. Vino luego un médico forense, le hizo algunas preguntas y le dejó marchar. Pero el alcalde de Connecticut decidió enterarse de qué clase de pájaro era el joven Zacarías cuando este apareciera.

5

Chico Smuts, después de hacerse cargo de la testamentaría de su padre adoptivo, se fue a California, ingresó en Berkeley y se graduó de doctor psiquiatra en un tiempo récord, por el sencillo procedimiento de tomar como buenas las enseñanzas de los libros y

las de sus profesores, callándose sus propias opiniones. Luego volvió a Nueva York para decidir qué iba a hacer con la consulta del finado Smuts en la calle Seis Oeste. Pasaba allí largas horas, releyendo las memorias del viejo judío, examinando sus libros, descifrando sus particulares anotaciones en las historias clínicas de los pacientes, y pensando en el rumbo que habría de dar a su vida. Una tarde apareció en el consultorio el alcalde Kendall, le explicó quién era y por qué había venido a ver al viejo Smuts. El joven doctor le escuchó con atención y seriedad. En un momento de la entrevista, Kendall preguntó:

—¿Usted tiene idea de por qué le dio a su padre tanta risa lo que yo le estaba contando?

—Creo que sí. Mi padre reía por muchas cosas, pero sobre todo, cuando algo venía a demostrarle que nada hay de firme en lo que pensamos o en lo que creemos; que todo, aun las verdades universalmente aceptadas, pueden ser reducidas al absurdo.

—¿Era absurdo mi caso? ¿Era yo mismo un absurdo?

—No. Lo absurdo era querer explicar lo que a usted le sucede por las teorías psicoanalíticas consideradas hasta ahora como plenamente demostradas. Es más: su caso le reveló de pronto que las motivaciones humanas pueden ser tan extremadamente complejas y variadas que no hay teoría capaz de generalizar sobre ellas.

—Resulta un motivo de risa muy sofisticado.

—Mi padre era así.

—¿Y usted?

—¡Psh! Yo funciono sobre otras bases. Carezco de los compromisos que mi padre tuvo que adquirir con los principios del psicoanálisis.

—En ese caso, ¿qué piensa de mí?

—Si se refiere a su enuresis nocturna, le diré que ese es problema para un neurólogo. Ahora bien, si en el fondo lo que a usted le preocupa no es el orinarse en la cama, sino en la forma de ser lo que usted es, de realizarse a sí mismo plenamente sin necesidad de debérselo a los disturbios de su fisiología, merecería la pena reflexionar sobre ello.

—Le diré un secreto: ya no me orino.

—Lo esperaba. Su sistema nervioso vegetativo ha tomado, al

cabo de los años el control de su vejiga. Suele ocurrir muy a menudo: los esfuerzos y los trucos de la voluntad suelen dominar los trastornos involuntarios si les damos algún tiempo para hacerlo.

—Lo supe tras la muerte de su padre. Tuve que pasar unas noches en Nueva York, para reponerme de la impresión sufrida y dormía en un hotel como un tronco nueve horas cada noche…

—Bien. Le felicito.

—Pero en mi pueblo no puedo dormir. He de seguir mis costumbres nocturnas si quiero mantener mi poder. Y mi poder no lo puedo perder, porque me harían pedazos.

—Nombre otros concejales. Concejales viejos con mujeres más allá de los disturbios de la menopausia.

—No parece darme usted la importancia que me dio su padre.

—Ya le he dicho que todo depende de lo que usted quiera de mí.

—Ni yo mismo lo sé. Su padre debía de saberlo. Oiga esto. Merrit Kendall sacó de su bolsillo la cinta magnetofónica con las últimas palabras de Zacarías Smuts. Chico Smuts, abandonando de pronto su actitud displicente, tomó el carrete, lo puso en el aparato y escuchó la estertorosa voz del viejo doctor diciendo: «… lo mejor es un cliente que se llama Kendall». Luego Chico Smuts quedó en un silencio abstraído, entornó los párpados y profundas arrugas cruzaron su frente que empezaba a ampliarse un poco en exceso a costa de la línea de nacimiento del pelo. Kendall pensó que el oír las últimas palabras pronunciadas por su padre le habían emocionado y calló también respetando su dolor, pero estaba muy lejos de pensar que el cerebro de Chico Smuts estaba funcionando a la velocidad de una computadora que hubiera puesto en marcha sus circuitos al recibir una orden surgida del magnetofón. Indudablemente, el viejo Smuts tuvo en el momento de morir una inspiración. Sabía perfectamente las preocupaciones de su hijo intelectual, más que hijo adoptivo. Conocía muy bien sus andanzas explicadas en largas cartas desde la Argentina y, aunque no lo confesaba, vigilaba atentamente de lejos la evolución de una nueva Psicología de las colectividades, mucho más importante y trascendente, quizá, para explicar a fondo el problema humano que todo el psicoanálisis de salón, donde no solo Freud se degradaba, sino que se había olvidado por completo de Jung, de sus arquetipos sociales, y de los complejos del subconsciente colectivo, indudable causa de la actual

encrucijada en que se encontraba la Humanidad. Pero ¿qué papel podía jugar Kendall en todo esto? Zacarías Smuts conocía demasiado bien a su hijo, y ni en la turbación de la agonía pudo pensar en Kendall simplemente como un buen cliente al que convenía seguir tratando con la mirada puesta en su cartera. Había dicho: «… lo mejor es un cliente que se llama Kendall» y la cuenta bancaria de los Smuts era lo bastante fuerte como para no considerar importante el cobrar la última minuta. Kendall debería representar algo más, algo verdaderamente inapreciable. ¿Qué podía suponer Kendall desde el punto de vista social o psicológico, o moral o simplemente humano? ¡Claro! El Poder. El Poder primitivo, desnudo. *El Poder como medio y como fin*. Es decir, un arquetipo; es decir, un símbolo vivo. Chico Smuts aquella misma tarde había estado mirando los papeles manuscritos del doctor Smuts donde este vertía, al margen de sus memorias, reflexiones y anotaciones diversas y a veces verdaderamente estrafalarias. Pero entre ellas había dejado constancia de unas palabras, oídas en viejos tiempos a un judío rumano sefardita, que conservaba el idioma castellano puro, transmitido de antepasados expulsados de España en tiempos de los Reyes Católicos. Había dicho el sefardita: «Tres cosas mueven el mundo, tres cosas muy simples y de nombres también simples: la bolsa, la cama y la vara». En la traducción del castizo castellano del sefardita, la bolsa no era otra cosa que el dinero, la cama, el sexo, y la vara —la vara de los antiguos alcaldes españoles— el poder. Pero allí, ante él, silencioso y vigilante, poderosa fiera de la jungla humana, Merrit Kendall era como un resumen trinitario absoluto de las tres dinámicas, porque en un rincón del mundo ejercía él solo la hegemonía del sexo, la del dinero y la del poder. Como los antiguos emperadores francos, ceñía tres coronas, y por eso desbordaba el sentido de todo arquetipo, era algo más que el símbolo de uno solo, el Poder, ya que había llegado al mando por el camino del sexo y del dinero. De este modo demostraba, como monstruo encarnado de la esencia de un Platón diabólico, que no eran tres sino una sola la palanca verdadera, la verdadera llave que abre el arcano humano, siempre que esta Trinidad humana mantenga la Unidad en la acción y en la eficacia; Kendall superaba, pues, los arquetipos de Jung, pero además estaba a la puerta del Gran Misterio, porque tras él se abría todo el oculto

sentido de la sociedad humana, de sus motivaciones y de sus inhibiciones, de sus pasos y de sus traspiés. Pero —y aquí la computadora Smuts encendió sus señales de alarma indicativas de que los circuitos iban a cerrarse en un *impasse*— el alcalde de Connecticut solo podía ejercer su triple reinado, en pequeña escala, en un villorrio de la campiña del Este. Nadie puede ser un amador a escala de nación y ni siquiera de provincia. Nadie podía capacitarse para sojuzgar una economía tan compleja por ejemplo como la de una ciudad grande. Solo el poder podía ser intentado a gran escala, solo el poder podía llegar a ser una entelequia abstracta, capaz de encerrarse en los inmensos límites de una mente humana porque no estaba sometido a las servidumbres de funciones inferiores. Un Casanova o un Rothschild no podían con su sexo o con su dinero alcanzar la influencia sobre las masas que poseyeron, por ejemplo, Hitler o Napoleón. Y por tanto Kendall —se apagaron los centelleos de alarma y una larga secuencia de luces verdes brilló en la computadora— estaba limitado fatalmente a su pequeño pueblo, a la servidumbre de su capacidad viril y de sus posibilidades administrativas. Se desplomó el gran símbolo. Era un arquetipo, sí, pero un arquetipo chiquito, sin posibilidad de crecimiento, condenado a su pequeñez dentro del aspecto terrorífico. Como los minúsculos reptiles adornados con todos los atributos de un dragón, solo podía aterrorizar a insectos, solo podía sojuzgar y asustar a los pocos que cayeron bajo el peso de sus testículos y de sus dólares, pero nunca podría llegar a ser —estaba atrapado por los límites y las posibilidades escuetas de su pobre humanidad— un símbolo en grande, capaz de proyectar su sombra sobre una gran colectividad. En ese caso ¿qué demonios había visto papá Smuts en aquel vulgar hipersexual? Zacarías miró largamente a Merrit Kendall, que soportó nerviosamente la observación y por fin le habló.

—¿Se considera usted un hipersexual?

—No. Por el contrario. Solo es cuestión de entrenamiento. Nada me gustaría más que meterme a las diez en mi… Pero, oiga: esto ya se lo dije a su padre.

—¿Y qué más le dijo?

—Quizá llegara usted a saberlo todo si oye esa cinta magnetofónica desde más atrás.

Zacarías Smuts asintió a la lógica de Kendall y manipuló en el

magnetofón. Se oyó de nuevo en aquel despacho la conversación que precedió a la muerte del viejo Smuts. Su sucesor escuchaba atentamente y reconoció la característica técnica de su padre y mentor. Una técnica interrogatoria que ponía el acento, no sobre entidades mentales abstractas, sino sobre concretos detalles humanos, como por ejemplo la enuresis nocturna de Kendall. ¡La enuresis! ¡Ahí estaba la razón de todo! Por la enuresis, la falsa hipersexualidad; por el sexo, el precario dominio de la economía, amenazada de quiebra tan solo con que sobreviniera una orquitis o una hernia; por el dinero, el poder no menos precario, porque estaba montado sobre fundamentos tan efímeros… Un hombre solitario y atemorizado debajo de todo esto. Un hombre que no podía dejar de hacer lo que hacía, que estaba cogido en una trampa, que debía de espiar cada mañana en su cuerpo y en sus apetitos cualquier signo de declinación, que sería también el anuncio de su destrucción. Un hombre siempre en el fondo de la cueva, viendo las sombras platónicas pasar ante el sol de la entrada. Y una explícita lección de humildad para el joven Zacarías que, despreciando hasta ahora al hombre solo, al hombre individuo, estaba intentando elevar su capacidad de análisis hasta colectividades enteras, sintiéndose capaz de comprenderlas en bloque como si fueran colonias pululantes de microbios vistos en la platina de un microscopio; cuando lo cierto es que cada hombre es la explicación no solo de sí mismo sino de todo lo que le rodea, la medida de todas las cosas. Cuando lo cierto era que todos los arquetipos de las masas, todo el motor subconsciente de una Humanidad en marcha, estaba ahí, sentado ante su mesa y reducido tan solo a un hombre que desde niño se orinaba sin querer por las noches.

6

El magnetofón continuaba funcionando y Merrit Kendall observaba al joven doctor Smuts con atención ansiosa. Cuando se empezó a oír la risa trágica que había de llevar a la muerte al viejo Smuts, Kendall paró el magnetofón y esperó en silencio. Esta vez no hubo

risas; solo el callado funcionar de aquella computadora viva, manifestándose únicamente en el fruncido de las cejas, en la lejanía de la mirada, en el entrecruzado enérgico, como agarrotado de los dedos que sostenía la barbilla pulcramente afeitada. Pasados unos minutos el alcalde Kendall preguntó:

—¿Y bien?

Zacarías salió lentamente de su abstracción, enarcando la frente en un gesto asimismo interrogante:

—¿Y bien qué?

—Se supone que he venido a consultarle.

—Olvide eso. No le voy a cobrar. Por otra parte su caso está resuelto. Cambie de residencia y comience otra vida.

—Es muy fácil de decir…

—Fácil o difícil no tiene otro remedio. ¿Cuánto tiempo cree que va a poder sostener la situación? Debe de estar ya por los cincuenta.

—¿Es eso todo lo que puede decirme?

El desencanto casi ridículo del alcalde de Connecticut hizo sonreír compasivamente a Smuts, quien añadió:

—Ya veo. Usted confiaba en las últimas palabras de mi padre. Usted esperaba de ellas una salida digna para su historia. Lo siento: esas palabras solo tienen importancia para mí. Son… algo así como una última enseñanza. Mi padre nunca desaprovechó una enseñanza que pudiera darme.

Merrit Kendall se incorporó lentamente como dispuesto a marcharse. Alzó por fin su fuerte estructura. Era alto y bien formado. Tenía un aspecto dominador y resultaba evidente que en las reuniones sociales de su comunidad su presencia debía hacerse conspicua, casi excluyente. Aun ahora, a pesar de la mirada entre desengañada y ofendida, irradiaba fortaleza y un hondo atractivo netamente humano. Zacarías pensó: «He aquí el fin de un dictador nato». Pero casi instantáneamente y como llevado de una inspiración le habló:

—Oiga, Merrit: ¿cómo funciona su pueblo?

—Creo que bien. No sé qué pueda importarle a usted eso, pero hasta diría que muy bien. Es próspero y bien organizado.

—¿Pone usted pasión en gobernarlo?

—¿Pasión? Ninguna. ¿Para qué? Basta con buen sentido y dotes de mando. Aunque estas proceden de donde proceden…

—Sin embargo, es de creer que en su comunidad existen pasiones; fuertes pasiones soterradas.

—¿Es de creer? Recuerde que mis mejores hombres vinieron a ver a su padre como clientes. Y en cuanto a las mujeres…

—Creo que le entiendo. Usted es el receptáculo de todas ellas. Ninguna queda dispersa. Y por eso funciona aquello… —¿Continúo siendo un conejillo de Indias?

Sin hacerle caso, Zacarías hizo otra pregunta al parecer inconexa:

—¿Hay negros en su pueblo?

—No. O más bien muy pocos. No se siente su presencia en la comunidad. Aquello no fue tierra de esclavos.

Igual pudo haber hablado un nieto de Lincoln. Y como Lincoln, Kendall tenía la personalidad magnética concitadora de odios y adhesiones. Zacarías Smuts se levantó a su vez, dio la mano a Kendall con amistoso ademán. Luego le acompañó hasta la puerta.

El joven doctor pasó varios días pensando en Merrit Kendall y en la comunidad perdida en el Estado de Connecticut. Poco después supo que el alcalde había sido presentado a gobernador del Estado para las cercanas elecciones, por propuesta unánime de sus vecinos. Supo también que esta propuesta dio una salida digna a Kendall, quien se trasladó a Nueva York, aparentemente para establecer conexiones políticas y preparar su campaña, tras de liquidar sus empresas. No salió gobernador, naturalmente, porque era ya viejo para cambiar de métodos electorales y los suyos eran inaplicables a escala estatal. Pero lo que resultó muy instructivo para Smuts y hasta puede decirse que configuró su vida y sus actividades posteriores, fue lo que ocurrió en el pueblecito de Connecticut tras de la dimisión de su alcalde Kendall: fue elegido alcalde un ciudadano respetable, que hasta entonces había sido juez, casado con una ciudadana no menos respetable porque, por años y por carencia de atractivos físicos, nunca pudo ofrecer su lecho al apuesto Merrit. El nuevo alcalde y la nueva alcaldesa instauraron una era cromwelliana a pequeña escala, restaurando las buenas costumbres dentro y fuera de los hogares, con pasión y furor de cruzados del Bien. Fueron excluidos del poder y en algunos casos expulsados del pueblo los antiguos concejales y hombres públicos que apoyaron su influencia en las andanzas extraconyugales de sus

mujeres. Se cerraron los bares equívocos y hasta los bailes de juventud; la iglesia baptista conoció una época de esplendor inusitado y el pueblo entero, identificado con su virtuoso alcalde, integrado pasionalmente en la reforma y en la persecución del vicio, consiguió resquebrajar sus estructuras sociales, la sutil trabazón penosamente tejida de convenios tácitos, tolerancias y silencios por efecto de la drástica *razzia* de pecadores, y tras de estas estructuras cayeron las económicas, emigraron las empresas más fuertes, se apagaron los fuegos de las chimeneas de las fábricas y de muchos hogares, y, poco tiempo más tarde, el pueblecito de Connecticut, completamente saneado y puro, casi desierto y pobre, viviendo frugal y saludablemente de los recursos de su campiña, quedó mucho más tranquilo y también más olvidado que antes. Casi tan olvidado como lo fue su nombre de las crónicas piadosas.

Zacarías Smuts supo de todo esto y siguió paso a paso la historia de aquella comunidad en la que vivió algunos meses, ya en los finales de su desintegración. Durante este tiempo meditó mucho, tomó abundantes notas y poco después lanzaba a la calle su primer libro: *Del matriarcado a la sociedad perfecta*.

Sus críticos más sagaces estuvieron de acuerdo en que el libro del joven doctor estaba mal titulado, o mejor dicho que su título limitaba en exceso la verdadera extensión de la tesis, que resultaba más sugestiva en su complejidad. No puede decirse que fuera un libro de escándalo porque en
USA
existe el prurito de no escandalizarse cuando alguien insulta o parece insultar a la nación entera. Le llaman a esto democrática y sana actitud ante la crítica, pero Smuts atacaba también en su libro a estos tópicos de la salud mental colectiva americana, fundados en la tolerancia a la crítica; para él era masoquismo, promovido por un monstruoso complejo de culpabilidad. Porque Smuts en su libro era fiel a Freud y a su padre putativo, en principio, aunque luego sus conclusiones desbordaron los conceptos y las motivaciones freudianas.

Para Zacarías Smuts el complejo de culpabilidad colectivo de los habitantes de
USA
se originó en la matanza de indios pieles rojas, sistemáticamente

masacrados y exterminados de mil maneras en un genocidio muy bien organizado que luego Hollywood se encargó de convertir en epopeya sublime. Nada habría de nuevo ni de históricamente censurable en esto, sobre todo teniendo en cuenta que la Historia siempre la han escrito los vencedores y que Homero nunca hubiese podido nacer en Troya. Pero los nuevos pobladores de una tierra vacía tenían que construir una nación sin pasado, sin leyendas, sin sagas, sin héroes ni romances con que echar el suelo firme sobre el que se ha de edificar la realidad histórica. Todo, hasta los mitos, tuvieron que fabricarlo rápidamente en el curso de una o dos generaciones, porque toda la carga secular que traían los nuevos pobladores desde sus países europeos, tuvieron que dejarla al embarcar en la definitiva aventura de poblar un mundo nuevo, y, por otra parte, la gran variedad de las procedencias les vedó el aporte de una nostalgia común y sobre todo de un subconsciente colectivo sobre el que todos a la vez pudieran flotar. Solo muy pocos psicólogos, que llevaron hasta allí la semilla de las escuelas europeas, empezaron a sospechar que la nueva nación había absorbido, o, mejor dicho, se había apropiado, el subsconsciente colectivo de los primeros pobladores de aquella tierra y así se dieron cuenta con horror de que las efigies de los sellos y de las monedas tenían el perfil aguileño de los comanches y de los iowas, el águila —tótem piel roja— se prodigaba en monumentos, en banderas, en frontispicios de palacios y edificios oficiales, iba apoderándose de todas las mentes el gusto por el eslogan publicitario o político como un remedo y una revivificación de la creencia piel roja en el poder mágico de la palabra; se unificó y se hizo masivo el gusto por los colores chillones, por las convenciones ruidosas y variopintas de los partidos, de las asociaciones, de los clanes de extravagantes nombres, a la manera de las convocatorias de las antiguas tribus para repartir los pastos, fumar la pipa de la paz o desenterrar el hacha de la guerra; en las reservas, los últimos supervivientes de la Prehistoria americana, los pocos indios que habían quedado al margen de la nueva sociedad pudieron vivir de vender *souvenirs* de otras edades, figurillas mágicas, collares de huesos, sombreros con plumas, toscas mantas de colores y signos reminiscentes de una cábala perdida, que los nuevos pobladores de su territorio compraban y coleccionaban codiciosamente como

impulsados por un misterioso anhelo de identificación del que ni siquiera se daban cuenta. Pero este anhelo no era más que un síntoma más de una secreta y profunda angustia surgida de las tumbas olvidadas que nutrían la única raíz que unía aquel pueblo positivista y vital con el pasado de su tierra.

Los psiquiatras y psicoanalistas que invadieron Norteamérica tras de la primera guerra europea, equipados con el bagaje de Freud y con los libros de la Escuela de Viena, supieron mucho de esta angustia, cuya catarsis buscaron en el subconsciente personal (la idea firme del subconsciente colectivo no surgió en Freud, sino en Jung su discípulo) y así remitieron la misteriosa insatisfacción a la inmadurez de unos hombres quemados demasiado pronto en el empeño fundacional, y que —estereotipos y dogmas freudianos que en ninguna otra parte se degradaron más— les hacían desear el regreso al seno materno, o a la autoridad agresiva del padre. Todas las mujeres sufrieron complejos de Electra y todos los hombres complejos de Edipo, pero como estos eran los que tenían que construir aquel fabuloso mundo, la madre fue el tótem nacional y hasta las esposas sin hijos, y las novias se identificaron con la madre arquetípica y el país entero se convirtió en un matriarcado, donde no solo la suerte de la familia, sino también la política, la sociología, la economía y hasta la lengua —que se fue poco a poco plagando de monosílabos guturales y de deformaciones y abreviaturas simples, como balbuceos de niños— se fraguaban y estructuraban en las cocinas y en las alcobas. Del mismo modo, los terrores y las culpas fueron concitados y referidos al vecino, pero extraño; a la manera como las madres para conseguir la obediencia de los hijos o castigar sus desmanes atribuyen las peores intenciones al hombre mal afeitado que pasa por la calle, o a los seres diferentes que moran cerca de la casa, los norteamericanos aprendieron a ver en la raza negra que quedó viviendo precariamente a su lado, pero separada —después de la abolición de la esclavitud—, particulares y cómodos demonios domésticos. A ellos había que referir todo lo inmundo de su conciencia, todos los impulsos reprimidos por las convenciones sociales, todos los bajos instintos que podían entorpecer la marcha y el desarrollo de una sociedad que, a fuerza de aceptar tolerantemente, en nombre de una libertad engañosa, todas las religiones, se quedaron sin ninguna propia y

específicamente suya. Sin religión no hay demonología, y sin demonios para las descargas del infra-yo el hombre no puede vivir, no puede hacer eficaces y positivas las tendencias del supra-yo arquetípico que camina hacia la trascendencia. Los negros por su color quemado y sus oscuros orígenes antropológicos, poblaron unos prácticos infiernos nacionales. Fueron todas estas, soluciones pragmáticas que permitieron funcionar a todo aquel pueblo, a pesar del pecado original de su fundación, a pesar de la injusticia de verter sus represiones sobre los negros y a pesar de la tara de inmadurez que sobre ellos hacía pesar el matriarcado. De vez en cuando un dirigente más lúcido mentalmente y más fuerte espiritualmente intentaba hacerles partir de otras bases, mostrarles los vicios recónditos de su condición y de sus postulados vitales, hacerlos hombres adultos y conseguir que obraran como tales, pero la experiencia era demasiado fuerte, la aventura muy arriesgada, y ese hombre era suprimido violentamente o condenado al ostracismo. Uno de los asesinados fue Lincoln, luego hubo algunos de más o menos monta, aislados o muertos en el curso de una corta historia, pero cuando esta historia se aceleró, y sobre todo cuanto USA
se enfrentó a otras civilizaciones, a otros pueblos que podían hacer luz sobre tanta tiniebla, los magnicidios se sucedieron en el lapso de pocos años: el primer Kennedy, Lutero King, el segundo Kennedy… En todas estas muertes resultaba sintomático y revelador para todo el mundo, menos para ellos, que la mano asesina siempre pertenecía a un demonio oportuno: a un extranjero o a un loco. Y USA seguía viviendo y prosperando, a condición de que Jung no sustituyera a Freud, a condición de que los *ghettos* negros siguieran hirviendo en su propio fuego y a condición también de que el país siguiera gobernado por tenderos y contables, habituales lectores del *Digest Reader's*
, razonablemente convencidos de que sabiduría y sentido común son sinónimos, y poseedores de una cultura de *mass-media* limitada en el pasado por Benjamín Franklin y prolongada en el futuro por los cómics de ciencia ficción. Los reformadores, los idealistas, los que pretendían asumir y denunciar las culpas de todos y mostrarlas catárticamente, para transformar la nación y reconstruirla sobre bases más dignas, debían ser proscritos o suprimidos. De no hacerlo

así, la nación entera se desintegraría como aquella pequeña comunidad de Connecticut, destruida por un juez puro que cometió la imprudencia de ventilar todas las alcobas del pueblo. Un pueblecito que fue próspero mientras estuvo sometido al matriarcado de unas cuantas Clitemnestras y, a falta de negros, con un pecador único como alcalde, duplicado en demonio.

El libro de Zacarías Smuts no produjo escándalo porque el masoquismo autocrítico de los habitantes de
USA
es un valor convenido y muy útil para no alterar su *statu quo* por libro más o menos, pero en las esferas dirigentes de la nación, alguien más objetivo o más temeroso pensó que aquel joven podía ser un fermento peligroso en la blanda masa, y obró con talento y prudencia: convenció a alguien de la ONU de que las concepciones de Smuts sobre psicología colectiva eran demasiado buenas como para desperdiciarse en beneficio de una sola nación, y el joven psicólogo fue destinado con todos los honores a presidir en Ginebra un comité de Salud Mental de la Organización Mundial de la Salud. Durante algunos años, Zacarías Smuts gimió bajo el peso de una burocracia aislante y laberíntica, en su despacho de Ginebra; pero poco a poco fue emergiendo de aquel pantano de papeles, y comprendiendo que la Historia, que las demás naciones habían escrito sobre la dura corteza del planeta con sangre, sudor y lágrimas, en Suiza solo podía escribirse con Underwood y sobre documentos. Al poco se trasladó con todo el equipo humano y documental al palacio de la UNESCO en París, abierta la perspectiva al Trocadero y el Sena, comprendiendo que estaba por primera vez y como un obelisco erosionado, a la vez que enriquecido por las huellas de mil vientos y tormentas, en el centro del mundo. Era este un momento muy oportuno de la historia de Zacarías para conocer a Sandra, y así, pues, la conoció.

Sandra era *public relations* de la UNESCO. Tenía en el ángulo en que confluían sus largas y maravillosas piernas, toda la sabiduría de la especie, y la suave y tersa frente que coronaba un cuerpo esculpido en curvas de ecuación imposible y un rostro de esfinge sin secretos, la profunda transparencia del vacío. Sandra era un violín que del arco no guarda más que el polvo de resina que se sacude en los *pizzicatos*, y todo lo que de ella podía conseguirse dependía del

músico. Pero los concertistas habían sido muchos, las partituras muy variadas y a su compás se estaba bailando en el mundo, sin que Sandra tuviera conciencia nunca de que todos aquellos hombres, tan importantes, tan decisivos, abrían sin esfuerzo ante ella, no solo sus glándulas, sino también sus mentes, porque todos los machos para amar necesitan mostrar su plumaje, su pelaje o sus pensamientos en el mayor esplendor. Es un condicionamiento instintivo, común a todas las especies que ha permitido, por lo que se refiere a la especie humana, la repetición del mito de
Mata-Hari
en todas las épocas. Pero Sandra, la refugiada letona, maravilloso violín siempre templado, imposible
Mata-Hari
de la paz, no supo «cuánta nota dormía en sus cuerdas» hasta que no conoció a Zacarías Smuts. Solo él supo tocar sus propias partituras y despertar compases de las anteriores, aunque para ello tuvo que someter a Sandra a unos psicoanálisis muy particulares, con transferencia afectiva mutua, incluida la descarga catártica en beneficio de ambos.

Gracias a Sandra, Zacarías Smuts cobró verdadera conciencia de que se hallaba en el centro del mundo, de que ni al este ni al oeste pasaba nada que antes no se hubiera pensado, previsto, incubado, planificado, teorizado, anunciado, allí en siete u ocho kilómetros a la redonda de la torre Eiffel. Gracias a Sandra, magnetófono vivo y placentero de tantas confidencias en la oscuridad o en la penumbra de alcobas complacientes, Zacarías Smuts volvió a recordar para no olvidarlo jamás que detrás de cada fenómeno de masas, de cada convulsión económica, de cada subversión sociológica hay un hombre a solas con sus pensamientos, dispuestos a eyacularlos también para aliviar sus sobrecargas. Volvió a pensar en Merrit Kendall, el insomne, como símbolo de un protagonismo de la historia que se repetía incansablemente.

—¿Con quién saliste anoche, Sandra?

—No salí. Más bien entré.

—Bravo Michou. Sigue recordando. ¿Dónde entraste?

—En la *suite royal* del Monceau. El general
L.
ha venido a liquidar la OTAN. Tiene la manía de las liquidaciones.

Antes de la guerra vendía saldos de los grandes almacenes por todo el Medio Oeste. También a su hija la dio de saldo a un granjero después de hacerla reñir con su amante, un mestizo de Harlem.

—¿Y antes de anoche, Sandra?

—¡Huy! Es mucho tiempo. ¿Espera, quieres? Deja quieta esa mano por ahora.

—Me dijiste que estabas citada con uno de los chicos que mandan en la Sorbona.

—¡Ah sí! ¡Pobrecillo! Se hurga la nariz como un niño cuando está muy nervioso. Conmigo se la hurgaba tanto que le reprendí y se echó a llorar. Para compensarme me presentó a un secretario de no sé qué cosa vietnamita. De los que hablan y hablan sin arreglar nada. Conmigo habló poco.

—¿Se fue?

—No. Se quedó. Por eso habló poco. Oye: te asombraría ver a un hombre que solo tiene pelo en la cabeza. Es práctico pero da no sé qué.

—¿Vendrás mañana a mi despacho? Te podré presentar a Marcuse y a Mac-Luhan juntos. Ocasión única. Están en el Congreso, ya sabes.

—¿Marcuse es ese viejecito tan simpático que quiere eliminar los tabús sexuales?

—Sí, el mismo.

—Nadie lo diría al ver cómo me miraba esta mañana.

Y así fue poco a poco naciendo en Zacarías Smuts júnior la idea que impulsó toda su vida desde entonces. Una idea madurada poco a poco, como final de una etapa de pensamiento, que llevaba en su germen todo lo que Smuts pretendía conocer, interpretar y si era posible cambiar. Sí, siempre estaba el hombre en el fondo de cada escenario de la Historia; si no había protagonismo de pueblos de civilizaciones ni de sociedades, porque cada una de las encrucijadas en que cada una de estas colectividades fue confrontada, probada o vencida, tuvo su origen en un acto humano solitario, imprescriptible, habría que tomar siempre al hombre, al hombre preciso en cada caso, como clave, norma y medida de lo sucedido, y, hasta si fuera posible de lo que tenía que suceder. Un hombre en cada situación, o mejor, unos cuantos hombres, individuales, trágicamente solos, parados en el *carrefour* desierto y en la

situación de tomar un camino. ¿Qué tremendos, qué sugerentes psicodramas se podrían montar con unos cuantos de estos hombres si se pudiera reunirlos en algún lugar de este mundo, después de que todo haya pasado o antes de que todo vaya a pasar? ¿Qué imprevisibles cosas sabríamos, aprenderíamos o tendríamos que olvidar para siempre si unos pocos hombres clave, de la historia recién terminada o todavía por empezar, pudieran enfrentarse, objetivamente, sabiéndolo todo y no temiendo ya —o todavía— nada? ¿Qué desconocidas, quizá terroríficas equivocaciones, omisiones o peligros se podrían revelar si por una vez al menos algunos de estos hombres no se encontraran solos, y, en el estrado de psicodrama, se les proporcionara *partenaires* desinteresados, pero conflictivos, para contrastar, revelar, denunciar o probar?

Tuvieron que pasar unos cuantos años y muchas cosas hasta que Zacarías Smuts pudo ir dando cuerpo a su proyecto, y hasta que consiguió ir integrándolo en los programas de la OMS. Entretanto viajó mucho, asistió a la acelerada transformación del mundo, asomó sus metálicos ojos azules a todos aquellos nudos de la cerebralización planetaria que Teilhard de Chardin llamó noosfera. Oriente le cautivó tanto que estuvo a punto de abandonarlo todo para dedicarse nada más a recorrer aquella cuna de la Humanidad consciente, después de haber ya conocido y tomado la medida de la cuna de la humanidad inconsciente, prehistórica de América y África. Los simbolismos, los mitos, los sueños hechos leyenda y sentido de una humanidad que ya sabe que lo es y comienza a trascender desde la oscuridad animal de la especie, le fueron revelados en Oriente mejor que en parte alguna, porque Oriente, de norte a sur y de este a oeste, es un espíritu impúdico, desnudo, sin tabús ni represiones, obediente nada más a los dictados escuetos de moral natural de unos escasísimos arquetipos: Buda, Confucio, Lao-tsé…

En Sudamérica y en África estaba la más vieja especie; en Asia encontró la más vieja sociedad. Entre las dos sumaban millones de años y en el último minuto de esta larga jornada del Hombre sobre la Tierra, la convicción cada vez más segura de que algo había que hacer para transformarla, a menos de que todo aquel camino en el cosmos no tuviera sentido alguno.

Un día, Zacarías Smuts pudo abrir una residencia-sanatorio para

VIP (very importants persons) en las cercanías de la ciudad de Siem Riep en Camboya, y bajo los auspicios de la OMS. Comité de la Salud Mental. Pocos meses más tarde, y bien entrada la década de los setenta, el doctor Smuts pudo conseguir reunir, sobre la explanada del rey leproso, a veintidós VIP:

1. Amshorry Prag. Expresidente tejano de USA
   .
2. Víctor de Lisle. Expresidente francés.
3. Dominici Régula. Cardenal «expapable», en jubilación.
4. Brackfield, el galés. Líder de las Trade Unions, disidente del Labour Party.
5. Mickey Golden. Financiero internacional de origen griego.
6. Brainfullen Cohen. Matemático judío.
7. Katia Soleva Sedova. Exastronauta rusa.
8. Paco Villalobos. Abogado cubano, último superviviente de Sierra Maestra.
9. Semembutu Doc. Antiguo rey tribal, poeta y médico de Kilimanjaro.
10. Li-Chiang. Exministro de Mao, descendiente de mandarines.
11. Tju Ngoda. Naviero japonés.
12. Von Pentahome. General jefe del Tratado de Disuasión Internacional.
13. Hans Liberano. Teólogo y filósofo holandés, profeta de nueva religión.
14. Laura Hedoni. Periodista suizo-italiana, vagabunda internacional.
15. Rabinshiva Memnom. Hijo espurio de Indira Ghandi.
16. Teodoro Gil de Albornoz. *Biofísico* español nacionalizado en USA
    .
17. Laharbi Mossadeck. Emir de Kuwait destronado por la U. R. A. S.
18. Amaranto Goulardo. Fazendeiro brasileño de Minas Geraes.
19. Jameson Fairplaying. Australiano de origen inglés. Exministro de la Commonwealth.
20. Cirilenko Orlov. Eslavo, poeta de la revolución, ex líder estudiantil.
21. Marco Wenzel. Catedrático de la Universidad de Múnich,

sociólogo.

22. Marcel «*le Tahitien*». Pintor-escultor de propia y novísima escuela.

Capítulo III

Zacarías Smuts llegó al pequeño aeropuerto de Siem Riep un poco antes del amanecer. Venía en un helicóptero desde Phnom Penh, y en la pista le esperaban Sebastián, el jefe del aeropuerto y la enfermera Sisowat. Cuando puso los pies sobre el concreto, unos pequeños servidores de tierra vestidos de azul claro iban apagando una por una las antorchas de la señalización, balizas de la pista que flanqueaban un ancho camino de cemento y asfalto, como incruenta cuchillada asestada en el cuerpo vivo de la selva. Smuts aspiró el aire húmedo y fragante y sonrió al mestizo Sebastián y a Bali Sisowat, porque gozaba de la agradable sensación de sentirse de nuevo en casa.

—¿Ha habido bromas acerca de tu sistema natural de balizas? —preguntó a Sebastián.

—Sí. Como siempre. Solo un señor lo ha tomado en serio y ha insistido en hablar conmigo.

—¿Cuál de ellos?

Bali Sisowat, que había tomado la valija de cuero de su jefe, contestó por Sebastián:

—Amshorry Prag, desde luego.

—Sí —continuó Sebastián—. Me ha dicho que una de las compañías que preside estaría dispuesta a instalarme un sistema de señales, ultramoderno, completamente gratis; es un regalo piloto para optar a la exclusiva de señalización de todos los aeropuertos de Camboya.

—El bueno de Amshorry… No se le escapa la ocasión de hacerse con un dólar.

—Cuando le he dicho que ya lo tuvimos pero que los insectos atraídos por la luz y los pájaros atraídos por los insectos tapaban los fanales, solo tardó cinco segundos en encontrar la solución: hay fanales que queman una sustancia repelente para toda clase de

bichos.

—Déjame adivinar: ¿resina de sicómoro?

—Adivinó. La misma resina que queman mis antorchas. Se lo dije, pero no le encontró gracia al chiste.

—Ten en cuenta, Sebastián, que acaba de llegar.

La claridad precursora del alba iluminó la risa silenciosa de Sebastián, que mostraba la dentadura sobrecargada de piezas de oro. Bali Sisowat y Smuts subieron al *jeep*, que condujo la enfermera por un caminejo aledaño a la pista del aeropuerto, y flanqueado por la verja de alambre y bambú que oponía cierta resistencia efímera al poderoso y eterno acecho de la selva. El camino quedó pronto bloqueado por un rebaño de elefantes que marchaban de uno en uno en pos de su baño matinal. Tenían un semicírculo en el amplio trasero, grabado a fuego con una leyenda en francés: «Elefantes reales de Camboya». El último elefante de la fila mostró su desprecio a la audaz alfombra de concreto y asfalto que hendía la selva, apoyando sus enormes posaderas en el borde superior de la verja y depositando sobre la pista una gran bosta, que hizo salir chillando de su túnel de escape a la civilización a una pequeña comadreja. Luego los elefantes se internaron en el boscaje hacia el arroyo. Bali aceleró, mientras contestaba las preguntas de su jefe:

—Llegaron anoche. Muy cansados aunque curiosos y preguntadores. El reencuentro con el aire acondicionado y la Coca-Cola, satisfactorio como siempre. Son corteses y educados. En general, más con nosotros que entre ellos.

—¿Qué te preocupa, Bali? —preguntó el doctor adivinando, sin mirar, el matiz de reserva.

—Chachari ¡son muy viejos! Tengo la impresión de que lo que más les molesta es el verse tan viejos unos a otros.

—Yo también me llevé una sorpresa cuando la computadora de Ginebra, el honrado y siempre objetivo Dupont IBM, me entregó las fichas. Yo mismo intervine en la programación; yo mismo introduje en el honrado Dupont los datos precisos, lo que queríamos ver reunido en nuestros huéspedes: capacidad de decisión, experiencia ejecutiva, personalidad, cociente mental por encima de 110, encrucijadas vitales, gravitación social, sugestión personal,

mando… Y ya ves: la computadora me entregó veintidós nombres famosos, indudablemente; pero veintidós nombres que han vivido casi todos los años de este siglo.

—El mundo es muy viejo, Chachari. Y quizá por serlo tanto, solo tenga en cuenta a sus más viejos habitantes. ¿Tú crees que esos viejecitos cuentan algo en todo lo que pasa o en lo que va a pasar?

—Sin duda alguna. Aunque de un modo muy sutil.

—Pero… ¡si ninguno de ellos está en activo! He leído los *dossiers*. Tu computadora nos ha enviado aquí a veintidós VIP a los que nadie va a echar en falta en parte alguna.

—No se trata de eso. Aunque quizá (tú no puedes creerlo, claro, porque eres muy joven), si todos ellos murieran a la vez el mundo se empobrecería de repente.

—Sí. También se empobrecería si se destruyeran a la vez veintidós piezas de museo.

—Tienes casi, casi, la crueldad de los niños. Aunque sea una crueldad compensada: los jóvenes sois crueles con los viejos y los viejos han aprendido a odiar a la juventud. De todo eso tienen la culpa los médicos.

El gesto de interrogación que mostraba Bali, volviendo por un segundo la cara para mirar a Zacarías, obligó a este a explicarse.

—Los pediatras han conseguido que no muera casi ningún niño de los que en otro tiempo morían antes de terminar su infancia, por lo que las estadísticas de población han rejuvenecido en forma alarmante. Es una onda juvenil expansiva que presiona cada vez más en todos los países. Y por otra parte, los geriatras hacen que los viejos vivan más y estén en activo más tiempo. Los jóvenes empujan mucho, pero los viejos resisten más. Y unos y otros glorifican a los médicos, que son, sin embargo, los que han provocado el conflicto.

—Tú eres médico, Chachari. Hablas como si no lo fueras.

—Soy un médico algo raro. Para mí no hay más que un enfermo, de nombre Humanidad.

—¿Y esos veintidós ancianos VIP te van a ayudar en el diagnóstico?

—¿Quién mejor? El honrado Dupont me asegura que cada uno de ellos representa un síntoma capital. Y yo lo creo. La enfermedad es como el vino: madura y se afirma en los viejos toneles. Y por otra parte el vino no es más que una enfermedad de vejez del zumo de la

uva.

—Tengo miedo, Chachari. Son veintidós viejas máquinas poderosas. El mundo puede vivir sin ellos, pero ellos no pueden vivir sin hacer sentir su peso y su poder en el mundo… Todos aquí juntos… Tienen secretos. Sus resortes aún funcionan.

—Ese miedo ¿es también por mí?

—Sí, claro. Sobre todo por ti. Te necesito. Te necesitamos. Hoy he recibido una carta de la Sorbona toda llena de preguntas. Temen aún al partido de los gerontes y piensan si tú…

Zacarías Smuts emitió una risa corta que se parecía asombrosamente, casi como un eco, a las cortas risas del otro Smuts, en las que el viejo judío implicaba su opinión personal sobre errores universales.

—Me hubiera gustado que conocieras a mi padre, preciosa. Era el apóstol del descompromiso. Y yo soy su fiel imagen, aunque no tenga nada que ver con sus testículos.

Bali imprimió al vehículo un agudo viraje y tomó una corta carretera sin asfaltar que, flanqueada de abedules, conducía al complejo sagrado. Muy pronto las filas de abedules se abrieron para mostrar, como tempestad de piedra caída de otro planeta, los bloques, las estupas, las torres hendidas y la irregular llanada pétrea: la explanada del rey leproso. —¿Vas a darles la bienvenida, Chachari?

—No sé. Quizá no. Los formalismos matan la espontaneidad.

—¿Es que esperas que empiecen a actuar sin más?

—Nunca se sabe cuándo comienza un psicodrama. Procura reunirlos delante de la escalinata.

La enfermera Sisowat aparcó el *jeep* bajo los árboles, tomó la maletita plana de cuero que parecía un apéndice de su persona y trepando por un flanco de la enorme terraza, saltando ágil de bloque en bloque, apareció a los ojos de los forasteros en lo alto de la escalinata. Era una minúscula figura entre tanta grandeza de selva y de piedra; como una estatuilla de porcelana policromada sacada a la luz del día desde un recóndito nártex sacralizado. El uniforme azul y blanco ceñía un cuerpo erguido, menudo, de delicadas curvas, amorosamente modelado, a través de innúmeras generaciones de anamitas puros. Solo la cara había perdido el gesto de humilde sumisión de las mujeres del Asia, para mirar de frente

con franqueza desconcertante y una turbadora ausencia de parpadeo; era un rostro de óvalo ancho donde la tersura de la piel —no amarilla, sino tostada clara— hacía que los ojos, la nariz y la boca, delicadamente orientales, parecieran dibujados por un pintor-calígrafo del siglo III. Sonreía suavemente, mientras invitaba con el gesto y con corteses demandas a la reunión bajo la escalinata. Abrió la maletita plana y por un momento pareció una maestrita dispuesta a pasar lista a su grey. Víctor de Lisle, situado muy próximo a Bali, en la primera fila de los concurrentes, demandó un poco abruptamente:

—Me siento como un recluta del 14. ¿Es que nos va a formar como a soldados, señorita?

—De ningún modo, general —replicó Bali sin oscurecer la sonrisa— solo pretendo que puedan oírme… que puedan oírnos —rectificó al adivinar la aproximación del doctor Smuts tras ella.

—Bien. Pero confío en que establecerá usted alguna forma de protocolo. Nombre usted a los que formamos la presidencia.

Un rumor de protesta se alzó entre los demás reunidos que se apiñaban ahora ante la escalinata. Zacarías Smuts apareció al lado de Bali Sisowat y dirigiéndose a Víctor de Lisle preguntó, con deferencia levemente irónica:

—¿Considera usted necesaria una presidencia en este caso?

—Naturalmente. Siempre es preciso que alguien presida o dirija. Pero para darle mis razones me gustaría saber antes quién es usted.

—Soy el doctor Smuts. Y ustedes unos distinguidos huéspedes de la Residencia que dirijo. Ya ve que, en cierto modo, yo encarno todo el protocolo necesario.

El desconcierto del expresidente francés solo duró unos segundos:

—Dejando aparte lo informal de su presentación, me gustaría que me aclarara algunos puntos acerca de esta reunión.

—Por favor, general —Smuts había acentuado su ironía—. No está usted solo. Buenos días, señores, y bienvenidos sean, en nombre mío y de la Organización Mundial de la Salud.

—Esto es lo que menos entiendo —continuó recalcitrante De Lisle—. ¿Qué tiene que ver en todo esto la Organización Mundial de la Salud? Ni cuando di albergue en Francia a todos esos organismos internacionales entendí una palabra de sus

jurisdicciones respectivas.

La voz bronca de Amshorry Prag sonó por encima de los murmullos de los concurrentes:

—¡Que se calle! Está hablando el doctor.

Con un gesto apostólico de sus finas y blancas manos, Smuts apaciguó las voces mientras decía:

—Ustedes verán, a lo largo de nuestras sesiones de trabajo, cómo puede aprovecharse todo en esta confrontación. Incluso las personales dudas y suspicacias de su excelencia —dijo señalando a De Lisle.

Marcel «*le Tahitien*», que observaba desde el principio con regocijo el duelo verbal de Smuts, con el expresidente, emitió una risita chillona y manifestó moviendo desmesuradamente la cabeza lanuda:

—Me temo que sus suspicacias van a aumentar. Sobre todo cuando sepa que el doctor es el presidente del Comité de Salud Mental.

Víctor De Lisle se volvió fulmíneo contra el pintor y le acusó:

—Solo los locos recelan de los loqueros.

—Sí, pero el doctor Smuts es una especie de loquero planetario. Y nosotros, los locos planetarios que han hecho del mundo un manicomio.

Hubo un repentino silencio y las miradas quedaron asestadas contra Zacarías Smuts, quien observaba con curiosidad al extraño y redondo Marcel.

—Gracias, amigo —le dijo—. Ha convertido usted un recelo personal en un recelo colectivo y esto me resulta más fácil de arrostrar.

—*Pas de quoi*, señor. Y por favor, siga hablando en inglés para entenderlo todos. No se deje atrapar en los cepos patrióticos de nuestro expresidente. Habla él en inglés tan bien como usted o como yo.

Víctor De Lisle dio un bufido y se dispuso a abandonar la reunión, imprimiendo a su pesado cuerpo un giro militar de 180 grados. Pero no llegó más que a la periferia del grupo, pues una vez allí se volvió para oír decir a Smuts —en francés— con renuente complacencia:

—Francés, inglés y español son los idiomas oficiales, por decirlo

así, de estas reuniones. Ya fueron ustedes advertidos. Solamente que espero estén de acuerdo en que sea el idioma francés el que nos permita comenzar a conocernos, en homenaje merecido a los hombres de ciencia franceses que nos han permitido congregarnos en este incomparable escenario. Por lo demás, espero que se habitúen al continuo cambio de idiomas. Aquí, todos vamos a decir cosas que solo podrían expresarse en la lengua con la que cada uno pueda tocar todos los registros de sus emociones y de sus reflexiones.

—Mis emociones solo conocen la lengua rusa —chilló el poeta Orlov en francés, alzando como aspas de molino sus desmesurados brazos.

—Solo en árabe puede hablar mi alma —se oyó la grave voz de Laharbi Mossadeck, hablando en inglés.

—¿Y por qué diablos nadie se acuerda nunca del portugués? —gruñó indignado Amaranto Goulardo, saliendo a medias de su modorra. Hablaba en un castellano arrastrado en las vocales.

De nuevo Smuts tuvo que imponer su estatura y su firme voz para pedir, esta vez en inglés, un poco de calma ante lo que iba a convertirse en la querella de una minúscula Babel:

—¿Por qué ahora para defender a sus lenguas no han empleado ustedes otras que el francés, el inglés y el español? Voy a decírselo: ustedes aceptan tácitamente una medida práctica como es la de emplear las tres lenguas que se han ganado una internacionalidad cuantitativa por su extensión en el planeta. Pero cualquier estímulo les empuja a salir en defensa de sus lenguas madres. ¿Es por patriotismo? No. El patriotismo se define como el conflicto de una patria frente a otras patrias. Pero no hay conflicto posible entre lenguas vernáculas y lenguas planetarias. Sería estúpido. Simplemente lo que les ocurre es que la lengua inscribe a cada uno de ustedes en una colectividad, y la identificación con esta colectividad es lo que hace cometer a los hombres los mayores disparates. Todo, hasta los mayores crímenes y las explosiones de locura social más funestas son permitidas en nombre de una colectividad, aunque sean condenables y perseguidas si se hicieran a título individual.

Y esto nos lleva de la mano al motivo de nuestra reunión: alguno de ustedes ha lanzado la sugerencia de que esto podía ser una cita

entre el psiquiatra y sus posibles clientes. Lo es, en cierto modo, pero nunca a título individual. Cada uno de ustedes representa un aspecto definido de la sociedad planetaria; son cada uno como el símbolo, o la quintaesencia, o la encarnación de un ente colectivo, y estos entes colectivos sí que pueden necesitar los servicios de la Psiquiatría. Porque por alguna razón que muchos querríamos conocer cuanto antes, el mundo es, verdaderamente, un manicomio lleno de cuerdos.

—Perdone, doctor —las manos de Dominici Régula que parecían tener nostalgia de bendiciones papales, hablaban con más expresividad que la suasoria voz— pero lo que acaba de decir es un antiguo tópico en Occidente.

—Los tópicos son verdades cristalizadas, monseñor —intervino Villalobos, el cubano—. El doctor tiene razón. ¿Asumiría usted como responsable individual la más mínima parte de las matanzas que se han hecho en nombre de su religión, en nombre de todas las religiones?

—¡Dios me libre! —rio el cardenal.

—Y sin embargo no duda en sentirse partícipe de la colectividad de fieles. Y muy importante partícipe, por cierto.

—Participar, y hasta identificarme con una… colectividad, como usted llama un poco impropiamente a la comunión de los fieles con Dios, no es aprobar lo que un grupo de mis correligionarios hayan hecho alguna vez llevados de su…

—¿Fanatismo, tal vez? —interrumpió Paco Villalobos.

Las manos de Dominici Régula, con las palmas hacia arriba, eran una tolerante disculpa para la incompresión, pero sus palabras fueron esta vez bloqueadas por otra protesta estentórea de Amshorry Prag:

—¡Cállense! ¡Estaba hablando el doctor!

Al tejano, indudablemente le molestaba toda aquella dialéctica latina. Prefería la tajante pragmasia del que parecía dirigir todo aquello a perderse en los meandros de un diálogo compartido. Pero quedó sorprendido cuando el doctor Smuts desautorizó su conservador anhelo de orden:

—No, no. Es mejor que hablen. Y no solo monseñor y el ilustre doctor en leyes, sino todos ustedes. Es más importante lo que ustedes digan que lo que yo pueda decirles. Por ejemplo: el señor

Villalobos ha hablado de fanatismo…

—Impropiamente, desde luego —interrumpió Régula.

—¿Aceptaría usted sustituir esa palabra que no le gusta por otra expresión…? ¿Compulsión emocional, por ejemplo?

Dominici Régula endureció levemente los rasgos de su cara que ya no sonreía. Intuía, casi veía ya la trampa en que Smuts quería hacerle caer. Intentó ganar tiempo:

—¿Para hacer qué?

—Para justificar el uso de la violencia por parte de una colectividad de adeptos a cualquier religión contra los que no la acepten.

—Hay emociones sublimadas en la comunión con Dios, que pueden confundir la pobre razón humana.

—Pero usted, personalmente, es incapaz, lo ha reconocido, de atentar contra su prójimo, ni siquiera en nombre de su religión, o en arrebato místico…

Régula descompuso un poco su guardia para responder con vehemencia:

—Mi religión no es solo emoción, no es solo instinto sublimado. Mi religión es, para mí, lógica y razón antes que sentimiento. Pero sobre todo es caridad.

—No hablamos de su religión, monseñor, sino de las religiones en términos generales. Y según parece por sus palabras, la razón personal es fuerte e incapaz de ser confundida y llevada a la violencia, mientras que esta razón, esta lógica repartida entre todos los miembros de una colectividad es escasa, pobre, débil. Una compulsión emocional puede llevarles a cometer actos que cada uno, personalmente, condenarían.

—Volvemos a los tópicos: «multitud, monstruo de mil cabezas».

—Monstruo, sí, monseñor, pero sin cabeza. Suponiendo que hagamos de la cabeza el domicilio de la lógica y de la razón, cosa que está sometida a juicio. Mejor diríamos que toda colectividad es una suma de emociones y una resta de razones. ¿Acepta como válida esta conclusión?

Dominici Régula volvió a sonreír con cierta expresión de alivio. Dijo:

—Si solo es eso…

Smuts comprendió que el cardenal había temido un ataque

dialéctico más profundo, y más directo al corazón de la fe. Por esta razón sonrió también, comprensivo, pensando: «estos cristianos nunca entenderán a los judíos». Luego añadió en voz alta:

—Esto es todo… por ahora.

De todos los que asistían a la esgrima verbal del cardenal y el psiquiatra, tan solo unos pocos estaban ausentes de su hondo significado: Amshorry Prag, por ejemplo, importunaba constantemente al general Von Pentahome preguntándole, con un cuchicheo perfectamente audible, «¿qué demonios quieren esos dos?»; Semembutu Doc había atrapado un insecto de alas brillantes y procurando no dañarle lo mantenía en el fondo del cuenco que formaba con sus grandes manos de palmas blancas, mientras le cantaba una extraña melopea en un susurro ronco. Rabinshiva Menom había reconocido desde lejos a Laura Hedoni, la periodista suiza, y se había deslizado entre el grupo hasta ponerse a su espalda, pero una vez allí no la había abordado, sino que contemplaba con cierto gesto de repugnancia el cuerpo rígido —indudablemente sostenido en su esbeltez por la ortopedia de la industria corsetera—, las arrugas de su cuello y las piernas varicosas. Los demás, tras de las últimas palabras de Zacarías Smuts, habían quedado en silencio, que en unos era reflexivo e íntimo, en otros sorprendido, les impulsaba a mirar a la cara del vecino. La pausa quedó rota cuando Hans Liberano, alzando las manos al cielo en ademán imprecatorio, comenzó a exclamar:

—¡Es la Nueva Bizancio! ¡Es la Nueva Bizancio! ¡Vamos! No perdamos tiempo. ¿Cuál es el sexo de los ángeles? Averiguadlo antes de que los bonzos de cabeza rapada nos echen de aquí a palos.

Como Hans Liberano ocupaba casi el centro del grupo, este se escindió lentamente, dijérase que en una explosión controlada, dejando al teólogo holandés libertad para sus desmesurados movimientos; no solo alzaba los brazos por encima de la cabeza, sino que movía esta hacia delante y hacia atrás, con una clara amenaza para su estabilidad, dada la desproporción de aquel cráneo de niño hidrocéfalo. Como consecuencia tenía que mover también los pies a compás buscando constantemente el centro de gravedad desplazado. Brainfullen Cohen, el matemático judío, quizá por impulsión profesional no se había apartado sino que parecía fascinado observando el baile y calculando la ecuación del

movimiento pendular. Cuando le pareció que no era lógico lo que Liberano decía, ni matemáticos sus movimientos, le tocó el hombro y le dijo:

—Perdone, pero no creo que hayamos estado perdiendo el tiempo.

Hans Liberano, como arrancado bruscamente de un trance, dejó caer los brazos, quedó quieto y mirando asombrado a Cohen. Este siguió:

—Si de lo que se trata es de demostrar que los hombres pueden parecer sanos, mientras que las colectividades están indudablemente enfermas, a mí me ha convencido la discusión última. Es evidente que la salud mental está en función del equilibrio entre la razón y el sentimiento, entre la lógica y la emoción. Si puede demostrarse que un ente colectivo, que una multitud, que quizá toda la sociedad humana está mucho más sometida a las emociones que a la razón, esa colectividad está enferma.

Liberano, por un momento, pareció que iba a reemprender el baile, pero consideró la comedida actitud de su oponente y se limitó a apuntarle con un dedo rígido, acusatoriamente:

—¡Razón y emoción, lógica y sentimiento! ¡Siempre Aristóteles! Siempre el simple, el equivocado, el funesto Aristóteles. Siempre el Aristóteles partiendo en dos las realidades, en dos piezas inencajables toda la Realidad. Alma y cuerpo, espíritu y materia, esencia y existencia, física y metafísica, el bien y el mal, el cielo y la tierra… Fue demoníaco su dualismo. Nos cegó para siempre divorciando la unidad maravillosa del Universo, nos volvió incapaces para entenderlo nunca. Me niego a seguir discutiendo sobre una base aristotélica. Me niego a creer que razón y emoción son diferentes, porque para Buda, para Confucio, para
Lao-tsé,
para todos los grandes iluminados que no cayeron en la tentación diabólica de ser divinizados, razón y emoción no son más que aspectos diferentes de la misma realidad…

Zacarías Smuts había descendido de la escalinata acercándose a Liberano y a Cohen se hallaba situado ahora entre los dos como un árbitro benevolente. Liberano, sorprendido al verle de pronto tan cerca de él, se interrumpió en su vehemente diatriba, pero se repuso

inmediatamente para lanzarle a la cara la suprema acusación:

—¡Aristotélico!

Smuts aguantó la palabra a la que el holandés le daba tono de insulto y la proyectaba envuelta en gotitas de saliva. Luego, como Liberano no continuó, intervino para decir:

—Mire a su alrededor. ¿Cree usted que todo esto son los jardines de Academos?

Y Zacarías Smuts le mostraba la vasta terraza de enormes bloques mal asentados sobre las raíces de árboles milenarios que con la incontenible fuerza de la vida levantaban, para dislocarla, la obra del hombre. Le mostró a Brahma y sus cuatro caras emergiendo como otro vegetal más, como un vegetal antropomorfo hierático y vigilante, sin perder la dignidad aunque las ramas altas de un abedul le envolvían en un abrazo confuso, en el que parecía que la piedra se iba integrando en los tejidos vegetales ensayando una unidad armoniosa del cosmos. Algunos bloques de granito, alzados sobre los poderosos lomos de las raíces de sequoias, desplazaban las estupas puntiagudas de caliza cincelada como si llevadas en brazos oferentes se mostraran a los cielos. Y sobre este caos en que todo, lo inerte y lo vivo, la obra humana y el aliento cósmico, se confundían en un solo *todo* significativo, la erguida y fina figura de Bali Sisowat en lo alto de la escalinata, como prodigiosa destilación de los siglos y producto último de una línea evolutiva que hubiera cumplido sus más recónditas promesas, mostrando la cara serena, inteligente, aunque impenetrable en sus últimos pensamientos: esfinge oriental cruzada con una hermosa Venus del Mekong.

Quien primero comprendió lo que Smuts quería decir fue Li-Chiang, el descendiente de mandarines y superviviente de la guardia de Mao. Emitió una risita cascada, mientras decía, moviendo la cabeza a derecha e izquierda:

—No, desde luego que no. No estamos en los jardines de Academos.

El doctor Smuts, taumatúrgico y oportuno siempre, invitó al chino a adelantarse hasta el centro casi geométrico de la explanada ocupado por Hans Liberano. Parecía que Smuts obedeciera a un guion no escrito pero exacto, que previera el momento de la entrada en escena de un nuevo personaje. Cuando vio que Li-Chiang

se adelantaba hacia Liberano, sin dejar de sonreír y de mover la cabeza, Smuts se retiró de nuevo a la escalinata y quedó indiferentemente apoyado de espaldas sobre el cuerpo decapitado de un elefante de piedra. Mickey Golden, el financiero griego, se revolvía inquieto entre los demás convocados, quizá preocupado con lo que aquellas raras gentes iban a hacer a costa de sus dólares. Con voz que todos pudieron oír exclamó:

—¡Y ahora el chino! ¡Lo que faltaba!

—Mi querido señor —decía Li Chang a Liberano—. Nunca podrá levantarse sobre estas piedras y bajo estos árboles el espectro de Aristóteles. Por lo demás, Aristóteles nunca pudo salir de sus jardines.

—¡Lo sé, lo sé! —saltó el teólogo holandés—. Asia es la unidad, es la armonía del Cosmos. La Mente duerme en la piedra, sueña en el árbol y se despierta en el hombre. Eso es lo que dijo el más grande oriental de todos los tiempos: Buda. Es pura blasfemia hablar aquí de dualismos y entidades separadas. Nunca el aristotelismo pudo ni siquiera entrever una realidad como esta maravillosa unidad. Unidad en la armonía universal del Cosmos.

—Me parece comprender —siguió Li— que ha sido deliberadamente elegida esta tierra para la confrontación de unos hombres, nosotros, que tenemos que discurrir sobre estas piedras y bajo estos árboles. La intención es buena, y usted no puede pretender que de buenas a primeras los hombres de Occidente abandonen sus condicionamientos mentales. Celebro que usted, hombre de Occidente, esté a nuestro lado, pero no puedo aprobar su intransigencia, ante lo que en el fondo no son más que nombres distintos para la misma realidad.

Por un momento quedaron en silencio los dos hombres, y tampoco vino ningún otro murmullo del grupo que les escuchaba. Ninguno, con una sola excepción: el antiguo rey tribal y médico negro, Semembutu Doc, hizo ahora audible la melopea que cantaba al insecto atrapado entre sus manos. La sílaba se oyó clara y reiterativa sobre una música bitonal.

—Bla, bla, bla, bla, bla, bla…

En este momento Zacarías Smuts se alzó sobre la escalinata y con un amplio gesto de sus brazos reclamó atención:

—Amigos: se está hablando aquí de un difícil (al parecer)

encuentro con la realidad. No es mal comienzo para nuestro empeño. Creo que puede ser esta una nueva hipótesis de trabajo.

—¿Qué hipótesis y qué trabajo? —preguntó el sociólogo Marco Wenzel.

—La hipótesis es que la realidad existe.

—*Imposibile est sitnul esse non esse*. La antítesis es evidente. La hipótesis innecesaria.

Estas palabras del cardenal Dominici Régula hicieron replicar a Zacarías:

—Hablo de una realidad objetiva, exterior a nosotros mismos. Usted, monseñor, ha podido escuchar hace poco cuán discutible es la interpretación de la realidad que puede hacerse según nuestras diferentes estructuras mentales.

—De acuerdo —manifestó Marco Wenzel—. ¿Y el trabajo?

—Encontrar esta realidad, desde luego —contestó Smuts.

Régula rio despectivo:

—¿Según Aristóteles o según Buda?

—En cuanto a eso, habrán de determinarlo ustedes mismos. Pero si hemos de proceder democráticamente, creo que lo mejor sería comenzar por lo que la mayoría propugne. Podríamos hacer una especie de votación.

Mickey Golden, por primera vez en toda la mañana, oyó hablar de algo en lo que creía ser entendido: votación. Por ello pidió con voz chillona:

—Antes de votar (no sé por qué), sería preciso aclarar una cuestión previa. ¿Qué diablos tiene que ver esta filosofía, todas estas jerigonzas y caldos de cabeza, con la salud mental de la Humanidad, y con los dólares que la Organización Mundial de la Salud se ha gastado para reunirnos aquí a todos?

—Indudablemente la Humanidad está enferma —dijo sonriendo Tju Ngoda, el naviero japonés, a su vecino Von Pentahome.

—Sí. Sobre todo si se considera que ese tipo tiene aquí alguna representación.

Teodoro Gil de Albornoz, el biofísico español, levantó en este momento la mano, como pidiendo intervenir en la polémica. Su alta apostura y su autoridad personal hizo que todos le escucharan cuando dijo:

—Confieso mi ignorancia en filosofía budista y mi casi

ignorancia también en filosofía aristotélica, por lo que en cierto modo —con fina sonrisa volvió la cabeza hacia Mickey Golden— estoy de acuerdo con el señor. Al menos en su petición de explicaciones. ¿Se trata de decidirnos por una concepción unitaria de la evolución del Universo y de nuestro mundo, o por un estudio *ad partibus* de sus presuntos componentes físicos y metafísicos?

Mickey Golden gruñó indignado:

—Se pone de mi parte y luego habla en latín… Zacarías Smuts contestó a Gil de Albornoz.

—Más o menos de eso se trata, profesor.

—En ese caso —continuó el biofísico— sobra la discusión y la votación: si nuestro objetivo aquí, es, al parecer, sacar alguna conclusión acerca de la salud mental de la Humanidad, vayamos a ello sin más. La mente individual o colectiva es una parte de la realidad. No me importan las palabras; me he acostumbrado a trabajar sobre hechos. Si es una parte o un aspecto, creo que nos da lo mismo. No hay ningún inconveniente en estudiar una parte o un aspecto nada más de la verdad, sin necesidad de perdernos por arriba o por abajo en la complejidad del Cosmos.

Sorprendentemente para todos, cesó en aquel momento la melopea de Semembutu Doc, quien soltó al insecto alzando los brazos y dejándolo volar hacia el verde firmamento vegetal. Sin mirar al español, Semembutu dijo, con extraña voz monocorde:

—Usted se ha perdido por abajo, profesor.

Smuts, encantado de contar con un nuevo personaje y tan pintoresco como el negro, le invitó a seguir:

—¿Quiere aclararle al profesor sus palabras? Está considerablemente sorprendido.

El médico negro continuó, esta vez mirando a Gil de Albornoz:

—Tengo entendido que usted ahora se hace llamar biofísico. ¿Podría decirnos la razón?

Gil de Albornoz tardó unos segundos en contestar. Se le veía perplejo en cuanto a las intenciones de Semembutu.

—Bueno… mi título universitario es en realidad bioquímico. Pero cuando la segunda generación de discípulos de Ochoa nos dimos cuenta de que habíamos tocado fondo en la química de las células vivas… (es difícil de sintetizar un tema tan complejo), pero… el caso es que ya nada quedaba por descubrir en las grandes

moléculas proteínicas, las conocidas nucleínas
ARN
y
DRN
. A menos que escindiéramos las moléculas y buscáramos los átomos…

—O sea, a menos que profundizando más en la materia se hicieran físicos. Es decir, biofísicos. Biofísicos provistos de cámaras de Wilson y ciclotrones.

—Sí, así es, en cierto modo…

—Y dígame. Antes de los bioquímicos con sus microscopios electrónicos y sus reactivos ¿quién estudiaba la materia viva?

—Los histólogos, naturalmente…

—Con su microscopio óptico, nada más, ¿verdad?

—Desde luego. Pero…

—Y antes de los histólogos con sus microscopios ópticos —insistió Semembutu sin dejar continuar a Gil de Albornoz— estaban los anatómicos solo con sus manos, con sus ojos y su lanceta. Y antes de los anatómicos los filósofos respetuosos con los muertos que no osaron profanar los cuerpos más que con el pensamiento; y los teólogos que hacían cuestión de debate teológico hasta de la circulación de la sangre, porque querían dejar sola y pura al alma redimible… ¿Cómo se llamaba ese teólogo que se hizo quemar después de incluir su descubrimiento de la circulación de la sangre en un tratado de teología?

El negro alzó la mirada al cielo en demanda de ayuda para su memoria; memoria deliberadamente pobre en humanismos occidentales. Pero la ayuda le vino de Zacarías Smuts, que muy divertido con la elucubración del exrey tribal le apuntó:

—Miguel Servet. Y el que encendió la hoguera fue Calvino. Naturalmente en nombre de una colectividad asesina, que fue la Iglesia reformada.

—Gracias. Como verá, profesor, siempre los hombres se han perdido hacia las alturas y hacia las profundidades. Pero usted está tan perdido como Calvino.

—La verdad —dijo Gil de Albornoz—. No sé adónde quiere usted ir a parar.

—A ninguna parte por ahora. Solo quería convencerle de que no

hay nada malo en volver a recorrer el camino desde las profundidades. A ver si esta vez acertamos a poner cada cosa en su sitio.

Dominici Régula alzó su voz bellamente timbrada y autoritaria para decir:

—¡Bah! ¡Otra vez Teilhard de Chardin!

—¿Usted cree? ¿Dónde está? —preguntó Smuts.

—Teilhard fue el maniático de la megaevolución. Para él había una línea evolutiva sin tropiezos desde la materia a la vida y de allí al espíritu.

—Es natural, monseñor —replicó Semembutu—, que no le guste Teilhard. Tiene usted tres poderosas razones: fue jesuíta, demostró que no hubo un solo Adán sino muchos adanes a la vez y lo peor de todo: todos estos adanes eran negros. Negros del Kilimanjaro.

Del grupo de los gerontes salió un murmullo de sorpresa mezclado con voces desaprobatorias, y en algunos casos escandalizadas. Jameson Fairplaying, el exministro australiano, manifestó comedidamente a su compañero Breckfield:

—Me temo que la discusión se va a complicar considerablemente. Casi todos estábamos ya conformes en descender de los monos. Pero habrá muchos que se negarán a ser descendientes de los negros.

Breckfield el galés, líder obrero y antirracista, dirigió una mirada rara al hombre de la Commonwealth y luego se aplicó a cargar de nuevo su pipa. Pero nunca pudo saberse su réplica porque Breckfield estaba situado en la periferia del grupo, mirando hacia la selva y fue el primero que sorprendió con perplejo susto la llegada de un extraño personaje, que al pronto nadie reconoció:

—Pero ¡si es la rusa! —aulló Breckfield señalando con el asta de su pipa a Katia Soleva Sedova, que estaba en este momento franqueando la primera fila de abedules dirigiéndose hacia la explanada. La astronauta rusa llevaba por toda vestimenta una amplia y basta túnica naranja, ceñida a su cuerpo con unas líneas embarradas. Traía el pelo desordenado y la cara de tez morena clara, empalidecida por el susto o por la vergüenza. Se veía obviamente por la manera como la túnica le ceñía el cuerpo y por el cuidado que ella ponía en evitar que sus pliegues se abrieran al andar, que por debajo de la tela naranja iba desnuda. Caminaba

descalza por el suelo de la selva. Al llegar a los bloques de piedras, irregularmente escalonados, que daban acceso a la explanada del rey leproso, se sentó en el primero de ellos mostrando agotamiento y cansancio, matizado quizá con un gesto de miedo. Su respiración acezante y los ojos que en este momento dejaron de mirar con susto hacia atrás, hacia la selva, se unieron en un sollozo espasmódico. Todos los ocupantes de la explanada se dirigieron hacia la mujer, quien alzó el rostro, conmovedor en su susto y sufrimiento. Explicó entre dos sollozos:

—Solo quería tomar mi baño de sol. Necesito que todos los días me bese el sol.

—Pero… ¿alguien le ha atacado? —preguntó Smuts.

—Unas figuras llameantes. Quizá elfos solares ardiendo en llamas de color naranja. No los vi bien, no parecían tener cuerpo, solo llamas saltando y burlándose de mí… Me robaron los vestidos, esos duendes de color naranja.

Von Pentahome exclamó con un matiz de alarma en la voz:

—Los bonzos. Los bonzos jóvenes.

—No puede ser —manifestó la Soleva—. Nacían de los rayos del sol que tocaban la tierra. Y saltaban con sus envolturas de llamas naranjas de una a otra sombra de los árboles…

—Esta mujer tiene una insolación —explicó prosaicamente Breckfield el galés.

—Escuche, amiga mía —pidió Smuts—. Si usted estaba de cara al sol es natural que se hallara deslumbrada. No pudo distinguir bien. Pero esa túnica que lleva encima es también de color naranja.

Katia Soleva miró asombrada el basto tejido que la envolvía como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de su color. Tras de unos segundos en que pareció recobrar algo de su propio dominio siguió explicando:

—Hui por la selva. O quizás iba buscando mis vestidos. No sé. Estaba muy trastornada porque pensé que todo era una broma del sol… O un castigo quizá… Pero le soy fiel. Mi cuerpo no acusa los años porque todos los días el sol me baña. Me envuelve en su aliento vivificante… Soy suya, me posee. No envejezco, mi piel es tersa, morena, suave…

—Dice usted que huía buscando sus vestidos —Smuts trataba de hacerle volver a la realidad.

—Sí. Llegué a una choza en el bosque. Un viejo salió de ella y me echó encima esta tela… Me la sujetó con unas lianas que encontró en un charco…

Víctor de Lisle se adelantó hacia los que rodeaban a la Soleva y exigió en su habitual tono enérgico:

—Es preciso que alguien garantice nuestra seguridad. Esos jovenzuelos de los alrededores no tienen derecho a importunarnos. Afortunadamente, los franceses dejamos en esta tierra un eficiente cuerpo de seguridad…

—Perdone, presidente —dijo Smuts alzando hacia él el rostro sonriente—. Por ahora no hay nada que temer. Y por otra parte no está nada mal nuestra viajera espacial con esa túnica. El color naranja es el más solar de los colores del espectro y a ella no puede disgustarle.

—Contestar con una tontería a una sugerencia sensata me parece una impertinencia.

—Pero ¡por favor!, Excelencia. Le repito que no hay nada que temer. Y me parece por otra parte que en el estado que se halla nuestra investigación, no nos va mal ahora una bonita leyenda acerca de los elfos solares y los amores terrenales del sol. Todo vale si al final llegamos a entendernos.

—Dirá usted mejor, que todo es posible en este manicomio al que nos han traído.

—Cierto, presidente —aclaró Smuts—. Todo es posible en este manicomio… —y al hablar hacía un amplio gesto con las manos como para abarcar todo el amplio mundo— al que vinimos. Hasta es posible que el sol fecunde trasgos y elfos al besar la tierra y pretenda burlarse de una amante desdeñada por una traición que él solo conoce.

Al pronunciar estas palabras Zacarías miró a los reunidos a su alrededor como buscando alguien que diera un apoyo a sus palabras de un tono sibilino. Sus ojos se quedaron fijos en el sociólogo Marco Wenzel, quien acertó de pronto con lo que de él pretendía Smuts; lanzó una risotada en do mayor:

—¡Jo, jo, jo! ¡Los viejos cuentos del bueno de Baschoffen!

—¿Quiere usted, profesor, explicarnos a qué se refiere? —pidió Smuts.

—Baschoffen fue un dilecto colega mío que situaba al sol y a la

mujer en el principio de la sociedad. Los hombres primitivos no relacionaban a sus hijos con sus cópulas ni a sus cosechas con las semillas. Creían que mientras ellos guerreaban y cazaban, las mujeres se las entendían con el sol que entraba en las chozas y hacía nacer los hijos y germinar los frutos en las basuras del albero. Así es como nació lo que Baschoffen llama la Edad de Oro de la Mujer, en que por su papel intermediario, de sacerdotisa o de instrumento del sol fue divinizada, al mismo tiempo que temida y respetada. Isis, Astarté, Minerva, Venus son distintas invocaciones de la misma Mujer. Diosa Madre que está en el principio de todas las religiones. Todavía hoy, en Borneo, las doncellas desnudas aran los campos para hacerlos fértiles y la poliandria de algunas tribus australianas es un recuerdo de aquella Edad de Oro. Hay un largo camino que recorrer en la integración de las sociedades desde que la mujer fue desmontada del trono.

La periodista Laura Hedoni cargó el acento en la ironía para preguntar:

—¿Lo ha sido en realidad?

—Sin duda alguna —manifestó Wenzel seriamente—. No hubiera sido posible, si no, la formación de la sociedad humana. La mujer representa lo inmanente, lo que debe permanecer y repetirse para que la especie sobreviva. El hombre es lo trascendente, lo que debe cambiar y ascender para que el hombre se realice plenamente. De la mano de la Mujer la colectividad humana hubiera permanecido en categoría de especie. Solo puede trascender desde especie a sociedad si es el hombre el que la conduce.

—Me rindo, cabeza de huevo —concluyó Laura Hedoni, con manifiesta descortesía—. Al fin y al cabo estoy sola para defender a la mujer, porque esa pobre puta solar no piensa más que en recomenzar su coito eterno.

Katia Soleva Sedova estaba en efecto ausente de la discusión. Tan solo algún sollozo espasmódico agitaba su pecho, mientras que con la cabeza inclinada miraba la túnica naranja que acariciaba con las manos como si se tratara de un rico tejido. Los que se hallaban más cerca comprendieron que nada podían hacer por ella y que era mejor dejarla a solas con sus pensamientos y sus emociones.

—Bien —habló Smuts, con aire de tomar de nuevo en sus manos el hilo de la situación—. Considero este incidente como

significativo. Notablemente significativo. Es como un recuerdo para el sol, de donde procede toda la energía que mantiene en marcha nuestro mundo y a nosotros mismos. No podemos olvidarnos de él…

Teodoro Gil de Albornoz le interrumpió riendo:

—No me diga que va a meter también al sol en nuestra polémica.

—¿Y por qué no? Ya ve cómo el sol intervino (nos lo ha dicho el profesor Wenzel) en el arranque de las primeras sociedades humanas. Ya ve cómo forma parte —Smuts señalaba a la Sedova— de un conflicto humano que empezó siendo razón, ciencia y técnica para ser quemado todo en una emoción incoercible. Siempre la misma indisoluble unidad, sí, siempre la empecinada continuidad de todo con todo. No sé cómo nos vamos a librar de que nuestro programa, o por mejor decir, nuestro guion dramático sea hecho por Buda, Teilhard y Semembutu Doc. Aristóteles pierde. Fue el abogado del divorcio entre espíritu y materia. Parece haber muchos que no se lo perdonan.

—Discrepo —manifestó Régula—. Para mí, Aristóteles ya fue depurado y plenamente autorizado por santo Tomás.

—¿Materia y espíritu confundidos? —exclamó indignado De Lisle—. ¡Qué disparate! Descartes iluminó y puso en orden, por un lado el mundo de la Materia y por el otro el mundo del espíritu. Y Descartes fue un buen francés.

—Bien —continuó Smuts—. Dos votos en contra. ¿Alguno más?

Paseó su mirada por sobre las cabezas de los reunidos y dirigiéndose al expresidente Amshorry preguntó:

—¿Qué dice usted, presidente?

Amshorry contestó acremente:

—No entiendo nada de lo que están hablando. Y lo que no entiendo me importa una higa.

—Podemos considerar su respuesta como una abstención. Dos votos en contra y una abstención.

Jameson Fairplaying se removía inquieto, y por fin levantó flojamente el brazo para pedir ser escuchado:

—Me gustaría dominar un poco más las reglas de este juego. Y para empezar, haga el favor de decirme en qué consiste.

Inesperadamente, Rabinshiva Memnom, que habiéndose alejado

de las proximidades de Laura Hedoni oscilaba aburrido por la periferia del grupo, intervino para decir con una curiosa voz de inestables registros, y en tono despectivo:

—Es un juego muy viejo, *sir* Jameson. En la India estamos jugando a él sin descanso desde hace milenios sin aburrirnos nunca; solo bostezamos por hambre. El juego consiste en averiguar quién sabe responder a la pregunta: «¿Qué somos, de dónde venimos, adónde vamos?».

—Gracias, señor.

Rabinshiva rio un poco insultantemente al leer en la cara de Fairplaying una perplejidad mayor. Sin embargo, el australiano, imperturbable, siguió preguntando:

—¿Y es preciso tomar las cosas desde tan lejos?

—Sí, si como hombre, se considera usted como último producto de una evolución, no interrumpida desde el caos…

Las palabras de Brainfullen Cohen fueron cortadas por la réplica contundente de Dominici Régula:

—No, si como hombre prefiere contemplar con otros hombres lo más trascendental de su naturaleza.

—Es la más rara campaña electoral que he visto nunca —comentó Mickey Golden agitando los brazos y como dispuesto a abandonar a su suerte aquella absurda discusión.

Jameson Fairplaying decidió:

—Está bien. Prefiero abstenerme por ahora.

Zacarías Smuts paseó, desde su altura, la vista por toda la reunión. Buscaba la opinión de los que todavía no se habían pronunciado. Su primera pregunta fue para Breckfield, el galés:

—¿Tiene usted alguna opinión que darnos, mister Breckfield?

—Soy ateo. Para mí no ha habido nunca más religión que la del hombre. Por eso y hasta cierta medida creo que estoy con los que pongan al hombre como última medida de las cosas.

—¿Y usted, señor Villalobos?

—Mi Cristo ha sido Fidel. Y Fidel surgió como una fuerza de la Naturaleza del suelo caliente de Sierra Maestra.

Llevaba en una mano un rosario y en la otra un revólver.

—Está claro. Venerable Ngoda, ¿quiere decirnos cómo afrontaría el estudio de la problemática humana?

—En la unidad del Cosmos, sin duda alguna. Dice una leyenda

de mi país que el Fuji Yama escupe piedras, fuego, semillas, demonios o dioses benéficos, según su talante. Y en mi larga vida he llegado a la conclusión de que solo las leyendas dicen la verdad.

Von Pentahome se adelantó a la pregunta de Smuts, con una sonrisa comprensiva:

—En Asia como en Asia. La estrategia se adapta al país y nunca al revés. Eso me enseñaron en West Point, aunque nadie pareció aprenderlo.

—En cuanto a mí —interrumpió Laura Hedoni— siempre me aburrió Aristóteles. Además que, según se dice, todos aquellos griegos eran maricas.

—¿Tiene algo que decir el emir de Kuwait? —preguntó Smuts dirigiéndose a Laharbi Mossadeck.

—Mi religión contesta por mí. Cuerpo y alma se confunden en Alá. Y, por otra parte, las huríes del Paraíso habrán de ser de carne y hueso, porque, si no, maldito para lo que servirían.

—A mí no me pregunte —dijo riendo Amaranto Goulardo—; aquí el árabe me ha sacado de dudas. Me voy, en compañía de él, al cielo y no con los tristes dominicos de mi Amazonia.

—Creo que no necesito preguntarle nada, *monsieur* Marcel —Smuts hablaba al pintor.

—Desde luego que no, si conoce mis cuadros. El hombre viene del caos y camina hacia el caos.

Hubo una interrupción en la encuesta. El doctor Smuts había cesado en su búsqueda y se dirigía con paso quedo y en cierto modo solemne, hacia donde estaba todavía sentada y ensimismada Katia Soleva Sedova. Pero antes de que llegara a ella, una oscura nube apagó de pronto el guiño constante de luces y sombras que la selva mimaba con el sol, y una repentina tromba de agua tropical cayó sobre la explanada del rey leproso y la selva circundante. Katia se levantó como una dalia agostada que de pronto reviviera al beso del agua después de haber sido quemada en el amor del sol. La Soleva recibió en su cuerpo esbelto y erguido el brutal golpe del agua que rompía sus gruesas gotas contra su rostro elevado a las alturas, y empapaba el tosco tejido que ceñía la carne desnuda, hasta dibujar como con un delgado molde de arcilla las curvas largas de sus caderas, la agresiva prominencia de los senos que desafiaban al tiempo. Sonreía mística y dichosa.

—Llora, llora sobre mí. Y mata con tus grandes lágrimas los elfos dañinos, las llamas naranja, los diablos selváticos, crueles lenguas vengativas de tu olvido. Cuando acabes de llorar, volverás a sonreír antes de sumergirte de nuevo, remolón y mimoso, en la cueva amorosa de mi sexo.

Estas palabras dichas en ruso, no por Katia, sino por Cirilenko Orlov, que soportaba acurrucado al abrigo de un grueso bloque de piedra la furia del agua, tenían la cadencia de un salmo o la fresca impudicia musical de una estrofa del Cantar de los Cantares. Zacarías Smuts contemplaba la imprevista simbiosis del poder cósmico, del amor universal y de la poesía humana con el escalofrío del que contempla un definitivo e insustituible final para un drama soñado. Bali Sisowat acudía junto a su jefe con una amplia lona impermeable que había sacado del *jeep* y bajo ella se cubrieron los dos, sin abandonar el lugar desde donde podían ver a la hermosa Sedova y oír al viejo poeta:

—Vierte tu esperma fecunda sobre el suelo de la Tierra porque no tengo celos de su vientre incansable. Ella es la Madre, yo soy la Amada. Y al lado suyo sobre el lecho donde duerme su plenitud confiada estallando en nuevas promesas de vida, retozo yo contigo, que cubres de oro moreno mi cuerpo estéril, pero siempre vivo, siempre fresco y juvenil para tus juegos adúlteros. Ella es la Vida, yo solo el Amor. Y a las dos nos confundes en la hoguera inextinguible de la Creación.

—Vámonos, Chachari —dijo Bali apretándose amorosa y transida de frío bajo la leve seda de su bata completamente empapada.

—Sí, vámonos —dijo Smuts—, creo que a esos dos no es preciso preguntarles nada.

La explanada del rey leproso se había quedado vacía. Por entre los abedules, buscando el abrigo de los sauces de cúpula caída, corrían los últimos huéspedes del doctor Smuts hacia el abrigo del hotel; por las tranquilizadoras márgenes de una carretera asfaltada; por donde nunca se habían visto saltar a los elfos color naranja.

Capítulo IV

—¡Chachari!, ven. Ven, por favor. No es posible que este sea el resultado…

El doctor Smuts también parecía perplejo. Se hallaba en su despacho, cotejando los datos suministrados por el receptor de doble clave que recibía órdenes de la computadora central de Ginebra. El honrado Dupont IBM no había tardado más de diez minutos en recibir desde la lejana Camboya las preguntas —para más seguridad y precisión cifradas en el novísimo lenguaje ternario— y contestar haciendo la distribución de los comensales en el sanatorio dirigido por Zacarías. Incluso, en una consulta previa, el mismo honrado Dupont había decidido que las mesas del comedor fueran de cuatro plazas, para repartir los veintidós huéspedes VIP, aconsejando que el doctor Smuts y su secretaria se sentaran completando la última mesa de dos.

—¿Por qué tanta prisa? Todavía no han sido llamados al comedor.

—¡Pero, Chachari…! ¡Si solo ver las tarjetas en las mesas produce escalofríos! No creo que acepte nadie el reparto.

—Sin embargo, es ese. No cabe duda —manifestó el doctor dando un manotazo a la lista escandida de sus huéspedes—. El honrado Dupont nunca me ha defraudado.

—¡Tú y tu computadora! —opinó nerviosamente Bali Sisowat—. ¿Por qué los occidentales estáis tan dominados por vuestras máquinas?

—No nos dominan. Nos ayudan. Dupont no me da más que lo que yo le pido.

—Creo que le has pedido la guerra total.

—Bali, Bali… Calma tus nervios. Confrontar unas tarjetas sobre una mesa no es lo mismo que poner unas personas civilizadas alrededor de ellas.

—¡Pero a ti también te ha sorprendido el reparto!

—Un poco. Lo confieso. Seguramente que las condiciones que he grabado en los *reports* tienen alguna asociación que se me escapa… Mira: confrontación constructiva. Disparidad de opiniones en orden a suscitar un conflicto positivo.

De cuatro a cinco opciones para una concurrencia de criterios…

—No sigas. Está bien. Veremos inmediatamente las caras que van a poner.

—Ya sabes que a nosotros nos corresponde sentarnos con los dos rusos: la astronauta y el poeta.

—Esa es la mayor de las genialidades de tu buen Dupont. Casi todos los viejecitos van a tomarlo como una provocación. Unos porque odian a Rusia; otros porque piensan que esos dos son la Antirrusia.

—¿Qué te pasa, preciosa? Nunca creí que tuvieras tan en cuenta los sentimientos y las opiniones de los gerontes.

—No son ellos los que me preocupan. ¿Recuerdas el incidente de esta mañana? ¿Y los cánticos burlescos desde la selva cuando nuestros huéspedes corrían a refugiarse en el hotel? Estoy segura que han tomado fotos de la Sedova desnuda haciendo muecas en el bosque. Y también que esas fotos saldrán mañana en todas las revistas de la

I. J.

—¿Y qué hacen ahora los representantes de la Internacional Juvenil en Camboya? Nunca pensé que los viejos bonzos de este país perdieran el control de sus alevines.

—Nos rodean. No hace falta más que asomarse a cualquier ventana para ver las manchas naranja en el mismo borde de la selva. Es muy extraño: hay cada vez más. Han debido venir de todo el país, pero aún con todo…

—¿Qué ocurre?

—Que resulta muy fácil raparse la cabeza y echarse por encima una túnica color naranja.

—No conozco un solo *hippy* europeo ni americano capaz de sacrificar su cabellera, ni siquiera por venir a este festival.

—Yo sí. Los postistas lo harían.

—¿Quiénes son los postistas?

—Los que están situados en el post-ismo. Los que están más allá

de todos los ismos: del comunismo, del anarquismo, del internacionalismo, del juvenilismo… He oído a algunos de ellos en la Sorbona y ya empiezan a predicar que la cabeza calva no solo es la mejor demostración de rebeldía, sino que es el verdadero símbolo del descompromiso.

—Aun así. Podrán renunciar a sus cabelleras pero no a sus chicas.

—He visto rostros muy delicados entre los bonzos que nos acechan.

—Pero ¿por qué nos acechan?

—Les hemos dado motivo para temer y para odiar. Los gerontes son todo lo que odian, todo lo que temen. Nosotros hemos reunido aquí mismo la más importante representación de sus enemigos. En la guerra de las generaciones que dura ya treinta años, tienen por primera vez y en un solo lugar a todos sus enemigos juntos.

—Lo sé, lo sé. Pero yo contaba con eso. Mi psicodrama planetario necesitaba ese telón de fondo. Es el viejo fondo tormentoso de las pinturas románticas para todo cuadro de batallas. Y siempre es muy importante la *mise en scene*.

—Está bien, si así lo quieres. Las nubes ya las tienes. Comencemos ahora la batalla del comedor con sus comensales imposibles. Solo que…

—Habla.

—Solo que preferiría más tranquilidad aquí dentro mientras no sepamos las verdaderas intenciones de los de afuera.

—No temas y confía en Dupont. Llama para comer.

—¿No recurrirás a los gendarmes del anciano Norodom? ¿Verdad?

—¿Para nuestros viejos?

—No. Para los jóvenes.

—No será necesario. ¿Y tú has pensado en el
LSD
nueva fórmula?

—¿Para los jóvenes?

—No, para los viejos.

—No será suficiente.

—Sin embargo están vivos todavía, ¿sabes? Nada significa que tus masajistas esta mañana hayan tenido poco éxito. Las represiones

sexuales en Occidente ya no existen hace años. Los asiáticos habéis perdido esa baza en vuestra ofensiva.

—Yo más bien creo que están más allá del sexo y de su liberación.

—Pequeña: te asombraría ver cómo resucitan con algunos pequeños cambios en los juegos de amor tradicionales. Con eso y con un poco de parsimonia en el trámite. Pero no tenemos tiempo. La química es más rápida. Pon un poco de
LSD
fórmula controlada en el aperitivo, y ordena servirlo.

—¿Habías informado a tu honrado Dupont de la posibilidad de usar el
LSD
?

—Naturalmente.

—Chachari: eres un cerdo.

Poco después, Bali y Zacarías pasaban al pequeño *hall*, que estaba separado del comedor por una gran cortina granate, corrida. Los gerontes estaban ya reunidos allí y las pequeñas y graciosas anamitas, con el cuerpo de suaves curvas ceñido por una túnica corta, de color azul, discurrían por entre los grupos llevando bandejas con diversas bebidas. Delicado matiz de los largos vasos o de las copas planas; variados colores de los líquidos, irisados por la luz tamizada que venía cenital de las claraboyas del techo, y, como fondo invitador detrás de cada bandeja ofrecida, la luminosa sonrisa de una muchacha. Apenas habían transcurrido diez minutos desde que los huéspedes del doctor Smuts habían iniciado el aperitivo con circunspecta renuncia, pero ya los conversadores comenzaban a elevar el tono de las voces y el trasiego y cambio de vasos y copas vacíos por otros llenos se estaban estableciendo a un ritmo creciente. Bali y Zacarías habían entrado en el *hall* con una copa de champán en la mano para evitar invitaciones y comenzaron a deambular por separado entre los circunstantes; contestando a los saludos, brindando amables con los contentos, sorprendiendo el brillo aumentado de las miradas, las frases disparadas ya con un poco de irresponsabilidad y esperando de un momento a otro el definitivo signo: una risa suelta, desbordada, libre de sarcasmos o de toda intención. Pero sobre todo una risa emitida por alguien que

hubiera olvidado reír. No hicieron caso de la carcajada escandida y como si se hubiera atragantado con una aceituna de Semembutu Doc, ni del gorgojeo entre risueño y ofendido de Rabinshiva Menom que conversaba con la Hedoni, ni de la rechinante risa de Mossadeck ante una vituperante actitud de Mickey Golden, ni del resoplido de Amaranto Goulardo, que estaba escuchando las barbaridades apostólicas del heresiarca Hans Liberano… Pero cuando oyeron reír libremente a Víctor de Lisle tapándose la boca con una mano para que su interlocutor —Marcel «*le Tahitien*»— no notara que se le movía la dentadura postiza, Zacarías Smuts y la enfermera Sisowat se miraron por encima de las cabezas de sus huéspedes y Bali corrió a descorrer la cortina granate, para mostrar el comedor. Escintilaban los tornasoles de la porcelana y la plata bajo el gran lucernario de vitrales belgas.

Víctor de Lisle con su copa de vino de Burdeos en la mano y Marcel «*le Tahitien*» con su vaso de *whisky*, fueron los primeros que partieron en busca de sus tarjetas y cuando se encontraron en la misma mesa frente a frente, continuaron conversando sin mostrar extrañeza alguna. Marcel quería saber con insistencia si el general se había acostado alguna vez con mujeres de busto tan desarrollado como Marianne, la representación clásica de la Francia, pero de Lisle aseguraba que solo se fijaba en el trasero de las mujeres. Le gustaban las mujeres de culo alto y expresivo, y tenía la seguridad de que las mujeres de grupa alzada habían siempre coincidido con épocas brillantes de la historia francesa, mientras que las de nalgas bajas y deprimidas constituían para él un símbolo de los tiempos rurales y conservadores, con hombres sedentarios y poco brillantes, de vientre orondo y estrechos horizontes.

—Es verdad, general —concedió Marcel con gesto soñador—. No hay horizontes más dilatados ni más bellos que los que podemos alcanzar montados en una yegua de piernas largas como Josefina de Beauharnais.

Y el presidente y el pintor brindaron solemnemente sobre la mesa que debían compartir. Los otros dos comensales de la misma mesa ya habían llegado: Dominici Régula mostraba más regocijado asombro por la entusiasta expresión de Víctor de Lisle, que por tener frente a frente, dispuesto a sentarse, al teólogo Hans Liberano. El cardenal romano preguntó cortés:

—¿Por quién brindan ustedes?

—Por el culo de nuestras mujeres —contestó de Lisle con convicción.

—¡Ah, ah!, amigos. Atención a mi colega de enfrente. Nadie más puritano que un hereje.

—El de enfrente no es hereje ni puritano —contestó amablemente Liberano partiendo en dos su cara de sandía con una sonrisa beatífica—. En la misión de Camagüey tenía un par de mulatas turnantes en el servicio de alcoba, merecedoras de cualquier brindis. Sus mismos cuerpos eran vasos de delicias. Pero el secretario de cámara que monseñor envió desde Roma para cerrar la misión ni siquiera las miró.

—¡Cuidado, hermano! La misión no se cerró por sus mulatas, sino por haberse refugiado en ella los frailes maricas de Cuernavaca.

—No comprendo entonces por qué monseñor envió a otro marica romano.

—¡Es cierto, enano! —decía muy alegre de Lisle dirigiéndose a Marcel—. ¡Qué fácil fue hacer correr a estos italianos y teutones montando una yegua como Josefina!

—¡Ríe, ríe, cara de nabo! —decía Marcel ahogándose con el *whisky*—. Nada me alegra más que verte borracho. Ahora podría pintarte hasta con cara de hombre.

Hans Liberano y el cardenal Régula interrumpieron su sonriente polémica para mirar con regocijo y asombro a los otros dos comensales.

—En fin —concluyó Régula—. La Iglesia no puede dar ejemplo de discordia cuando dos hombres como estos se ponen de acuerdo. Sentémonos en la paz del Señor.

La mesa de Marcel, de Lisle, Liberano y Régula fue la primera que se ocupó y cuando Bali Sisowat vio sentados a los cuatro comenzó a pensar que el IBM Dupont hacía bien las cosas. Más tranquila cruzó el comedor para dirigirse al fondo, donde el doctor Smuts la esperaba junto a la mesa para ellos destinada. No obstante, al pasar junto a la mesa que ocupaban Amshorry Prag, Von Pentahome, Tju Ngoda y Paco Villalobos hubo de detenerse al oír al expresidente tejano preguntar a Villalobos con voz grave:

—¿Qué quiere decir en español la palabra «cochino»?

—Cerdo, señor.

—¡Ah, ah, ah! Ya lo comprendo. Ahora lo entiendo por primera vez. Le doy las gracias, amigo.

La hilaridad del expresidente asombraba al japonés que, recién llegado a la mesa, no conocía los preliminares de aquella extraña conversación. Von Pentahome aclaró para él:

—Se trata de un chiste que se oyó por todo el golfo de México. ¿Recuerda usted el fracaso de nuestra invasión en la Bahía de los Cochinos?

—Sí. Pero eso es agua pasada. El viejo Fidel es recibido ahora en Washington con honores de jefe de Estado.

—Precisamente, precisamente. Los pueblos pobres del golfo de México dicen que antes se podía hablar de los cubanos con orgullo llamándoles, «los del golfo de los cochinos». Pero que ahora solo son «los cochinos del golfo».

Amshorry Prag llenaba los vasos con una botella de vino que había encima de la mesa, mientras invitaba a todo el mundo a brindar. Puesto en pie ofreció:

—Por nuestro amigo el cochino cubano.

—A la salud del cerdo tejano —contestó Villalobos amablemente.

—¡Levántese usted para brindar! ¡Usted, el chino! —conminó Prag.

—Estoy ya levantado, señor. Yo no soy chino, sino japonés.

Tju Ngoda, tras estas palabras, levantó también su vaso, haciendo una reverencia a cada uno de sus tres comensales.

—¡Ah, ah, japonés! ¿Sabe usted que el Japón es el país asiático más cercano a Texas? El otro día lo comprobé en un mapa. No comprendo por qué no hay empresas tejanas en el Japón. Tenemos que hablar de eso.

Se sentaron los cuatro. Von Pentahome, que no había bebido, aunque se había llevado el vaso a los labios, suspiró aliviado, aunque perplejo, por la manera de desarrollarse las cosas. Bali Sisowat siguió su camino cada vez más tranquilizada.

En una mesa situada casi al fondo del comedor, Laura Hedoni, la periodista suiza, contemplaba de hito en hito a sus compañeros, el biofísico Gil de Albornoz, el sociólogo Marco Wenzel y el matemático Brainfullen Cohen. Resopló indignada y preguntó:

—¿Quién diablos me ha puesto a mí al lado de tres cabezas de huevo?

Teodoro Gil de Albornoz, con una suave sonrisa contestó:

—Quizá el mismo espíritu maligno que me ha puesto a mí al lado de quien me obligó a romper un huevo.

Laura observó con detenimiento al sabio español y por fin exclamó regocijada:

—¡El españolito! ¡El que quería tener un hijo con una probeta!

—El mismo.

—Me debe de odiar. La entrevista que le hice a aquella mujer a la que operó para extraerle un óvulo…

—No la operé yo. En el curso de una operación por otro motivo muy justificado, un compañero obtuvo para mí un óvulo en buenas condiciones.

—Eso no es periodístico. ¿Cómo quiere que me lean si cuento la verdad? Aquella pobre tonta acabó llorando por su hijo que crecía dentro de un frasco. Y a propósito. Nunca lo supe y usted se enfadó tanto… ¿Fue usted mismo el que fecundó aquella cosa?

Gil de Albornoz, sin abandonar la sonrisa, respondió lentamente:

—Si tuviera usted menos años, menos arrugas y las cosas en su sitio, le haría una demostración de mis procedimientos particulares de fecundación.

—¡Socorro, socorro! —gritó riendo Laura Hedoni dirigiéndose a los otros comensales—. ¿Es que me van a dejar ustedes a merced de un *latin lover* rencoroso?

Marco Wenzel miraba asombrado al sabio español y comentaba para sí:

«Debe de ser cosa de la glándula. Nunca sabré a lo que obligan las reacciones de esas glándulas. Pero nunca esperaba una respuesta así del caballero Gil de Albornoz».

—Las actividades amorosas con las frascos y las probetas hacen perder la caballerosidad por completo —explicó Laura—. Por lo demás ¿de qué guindo se ha caído usted? ¿Es que no ha tomado ningún aperitivo?

—No bebo antes de comer.

—¿Ni siquiera Coca-Cola?

—Todavía menos.

—Usted es sociólogo como se puede ser zoólogo: para mirar

desde afuera a los animalitos más o menos sociales. Y de paso le ha hecho una jugarreta al raro pájaro del doctor Smuts. Sepa que se nos ha hecho injerir un euforizante desconectador con los tragos del aperitivo. Es la única manera que se le ha ocurrido al doctor para que terminemos el ágape en paz.

Teodoro Gil de Albornoz se había sentado muy circunspecto, colocando cuidadosamente la servilleta encima de sus rodillas. La réplica de Marco Wenzel fue ahogada por la actitud de Brainfullen Cohen, quien golpeaba con un tenedor en la copa de agua como reclamando atención para sus palabras. Con engolamiento de conferenciante profesional manifestó:

—No estoy conforme con las intersecciones *a fortiori*, La realidad se configura, se va configurando gracias al reforzamiento de las trayectorias existenciales en su incidencia con otras trayectorias. Las posibilidades del encuentro reforzador que es siempre el germen de una encarnación, de una sublimación o de una nihilización, están dadas por una amplia tabla estadística y se fija por ecuaciones goniométricas en las que entra el espacio y el tiempo…

Mientras hablaba, Cohen había sacado un lápiz rotulador de grueso trazo y como poseído de una inspiración febril dibujaba sobre el mantel unas líneas rectas rapidísimas, casi paralelas, que iban ennegreciendo la blanca superficie. En determinado momento cambió la dirección de los trazos siguiendo, al parecer, caprichosas decisiones y tras de cuatro o cinco de estos cambios en ángulo, sobre el plano inicial de negras líneas, iban surgiendo figuras, quizá paisajes, quizá angulosos perfiles de seres atormentados, o, tal vez, imágenes de sueños de un matemático posteuclidiano, que no sabe nada de rectas imaginarias sino de vectores dinámicos, o de posiciones fantasmales de los puntos del espacio según cómputos estadísticos. Lo cierto es que aquella demostración pictórica, si bien unítona, tenía una riqueza de configuración asombrosa, porque cuando las líneas coincidían en su encuentro con otras, lanzadas en todas direcciones, reforzaban en negro muy acusado, casi en relieve, los rasgos alucinantes de unas visiones interiores, subconscientes, que surgían como para imponerse y vivir sobre el caos aparente de las rayas negras, lanzadas como si fueran estelas de cohetes exploradores en el espacio. Mientras Cohen trabajaba velozmente,

ennegreciendo en pocos minutos el mantel blanco, iba hablando entrecortadamente:

—Esto es solo un ejemplo… Un ejemplo muy limitado… Aquí solo hay dos dimensiones… En la realidad puede haber cuatro, incluido el tiempo… Y también cabe la posibilidad de hacer intervenir las tensiones especiales que crean el infinito universo de lo curvo… Lo curvo es un mundo aparte que —en este momento, asombrosamente, Brainfullen Cohen sollozaba— a todos los matemáticos de nuestra generación se nos escapa. ¡Dios, cómo se nos escapa! ¡Dios, cómo odio a todos esos jóvenes que pueden encerrar en sus matemáticas poéticas todas las curvas posibles del Universo!

Laura Hedoni y Marco Wenzel contemplaban sugestionados y casi asustados en su maravilla la actuación de Cohen. Laura mascullaba:

—¡Es como la pintura automática de los drogados! ¡O la locura pictórica de los últimos surrealistas braquianos!

—La filosofía de la intersección… ¡Bah! —la exclamación de Gil de Albornoz asombró a todos—. Los biólogos la conocemos hace tiempo. Todo en la Naturaleza es intersección de existencias, nada existe sin un encuentro previo, una fecundación, una polémica. Pero también es verdad que todas las filosofías tienen un diluyente común: el agua madre de la vida.

Y el profesor, tomando una copa de vino, la vertió suavemente en un chorrito leve e insidioso que fue difuminando y haciendo una mancha informe, como de integración en el caos, todo el alucinante cuadro de Cohen.

El matemático judío contempló por un momento su obra destruida, se guardó el lápiz y con la mayor tranquilidad comentó:

—Es lo que les quería explicar a ustedes. No estoy conforme con las intersecciones *a fortiori*. Estamos sentados a esta mesa por una decisión *a fortiori* de nuestros anfitriones. Nada bueno puede salir de nuestro encuentro. Y para mí, bueno quiere decir matemáticamente posible. Pero entretanto podemos comer.

Y el matemático tomó su servilleta y cubrió con ella piadosamente, tal que si se tratara de un cadáver querido, la mancha de vino y lápiz carbón del mantel. Cohen y Gil de Albornoz se sonrieron en cómplice. Marco Wenzel movió la cabeza resignado

y Laura Hedoni, enmudeciendo quizá por primera vez en su vida en una situación anómala, miró desolada a su alrededor como solicitando auxilio.

A su alrededor, sin embargo, nada parecía turbar la placidez de unos comensales que se sentaban junto a otros como si se tratara de la habitual composición de mesas en un balneario a mitad de temporada. Al pequeño tumulto de voces que había señalado el fin del cóctel prepandial, había seguido una discreta confusión de los grupos en demanda de su plaza, hasta que cada grupo escindido de toda la masa se constituyó en unidad integrada y cada comensal pareció tomar conciencia de su situación y de su posición, frente a quienes habían sido designados por un sistema ignorado como sus compañeros. Este enfrentamiento tomaba distintas formas, pero todas discretas y casi todas cordiales. Este era el caso, por ejemplo, de Jameson Fairplaying, que con los ojos pajariles brillantes, y rojo hasta el arrugado pellejo, que parecía continuar la barbilla con el cuello, contemplaba arrobado a sus compañeros de mesa, Semembutu Doc, Breckfield el galés y Rabinshiva Memnom. Jameson iba por el cuarto *whisky* cuando se sentó a comer y esto influía bastante en su manera de contemplar el orden general de las cosas.

—Quienquiera que sea, ha sido una gentileza extraordinaria —manifestó guiñando un ojo.

—¿Quienquiera que sea quién? —preguntó extrañado Breckfield.

—El jefe de protocolo o el *maître*, o cualquier otra cosa que aquí se use. Me refiero a que resulta muy agradable sentarme a la mesa con todos ustedes. Me hace rememorar antiguos tiempos.

Breckfield comprendió al mirar al exrey de Kenya y al indio de casta superior y recordar cuál había sido la dedicación preferida de Fairplaying.

—¡Ah, vamos! Se siente usted presidiendo de nuevo una reunión de la Commonwealth.

—En cierto modo y ustedes perdonen —manifestó Fairplaying con un gorgojeo que parecía la expresión de una alegre gallina mientras enrojecía hasta el límite del morado.

—¿Por ejemplo, aquella reunión en que se fijaron las cuotas de inmigración? ¿Aquella que convirtió a los miembros de la Commonwealth en ciudadanos de tercera clase y a Inglaterra en un

paraíso perdido?

Las palabras de Rabinshiva Memnom hubieran sido más hirientes si no fueran pronunciadas con un leve tartajeo de ebrio, a medias irresponsable de sus expresiones. Breckfield, siempre celoso de la lógica dialéctica, apuntó al indio con la pipa enhiesta y le dijo:

—En todo caso, Jameson es australiano y por tanto también es miembro no metropolitano de la Commonwealth.

—Lo que automáticamente le convirtió en un traidor —dijo sonriendo Memnom, muy satisfecho de su prontitud polémica.

—Pero yo era el presidente… —explicó Fairplaying como hablando para niños de cortas entendederas. En sus simples reglas de juego no podía incluirse el insulto.

—Precisamente —siguió recalcitrante Rabinshiva—. Fue un presidente traidor.

Jameson Fairplaying eludió por automatismo mental el enfrentamiento directo, y dirigiéndose a Semembutu Doc, que parecía absorto en la contemplación de un panecillo, le preguntó:

—Me hace la impresión de que este señor está enfadado. ¿Sabe usted por qué?

—Si mi memoria no me falla —Semembutu comenzó a hablar premiosamente—, el establecimiento de las cuotas de inmigración se hizo al principio de los años cincuenta…

Y luego, dirigiéndose al indio, le espetó como si fuera una acusación:

—Debía ser usted joven todavía.

—Naturalmente. Alguna vez he sido joven.

Rabinshiva Memnom no podía disimular el tono despectivo al hablar con el negro, porque también era un condicionamiento mental en él deplorar por un lado el racismo y mantenerlo por otro intransigentemente.

—En la juventud —continuó Semembutu— no hacen mella las abstractas medidas políticas. Quizá solo mellen el alma las concretas penas del amor. ¿Quién era?

La mirada del médico negro, habitualmente vagorosa y como perdida en horizontes interiores, se había hecho directa, sagaz y autoritaria. Rabinshiva, cada vez más vacilante, sucumbió ante ella y tras beberse el resto de una bebida de color granate de una copa que aferraba con su mano, contestó con voz insegura, casi

sollozamente:

—Era un teniente de spahis de piel tersa y dorada, ojos azules y el pelo como gavilla de trigo recién segado…

Recobrándose a medias de su ensoñación, Rabinshiva miró con suspicacia a sus compañeros y añadió:

—No, no es lo que se figuran ustedes. No era yo su *boy*. Por el contrario, él era mi… Bueno: no había en la guarnición de Benarés un oficial indio que tuviera mi suerte. Para mí y para mis compatriotas fue como la reivindicación de tantos *boys* de color mate, sacrificados a la aburrida pederastia de los amos blancos. Y aunque Rodney consiguió expulsar de mis alcobas a todas las lindas muchachas que se habían repartido las lunas de mi vida, no lo lamenté, porque Rodney se hacía querer. Vino luego la despedida tras la caída del Imperio, las promesas, las cuotas de emigración… Mi madre, Indira, siempre consiguió que mi solicitud de visado fuera rechazada a última hora. Mi madre o el general Perkins, que me odiaba por haber conquistado a Rodney.

Breckfield lanzó un resoplido, no muy bien catalogado entre el alivio o el aburrimiento. Luego manifestó:

—Bueno, muchacho. Ya terminó su vómito. Ahora comamos en paz.

—Perdonen —intervino Fairplaying, con su más característico gesto de incomprensión—. Yo solo he entendido todo esto a medias…

—¡A medias, a medias! —exultó Memnom, que no parecía dispuesto a dar la cuestión por terminada—. A medias es como hacen ustedes las cosas siempre. Por ejemplo ¿no estaba usted en el diez de Downing Street cuando se votó la ley en favor de la homosexualidad?

El indio preguntaba a Breckfield con rencor. Este, al mismo tiempo que afirmaba con la cabeza, encogía los hombros con resignación. Rabinshiva continuó:

—Aprobaron el reconocimiento de las relaciones entre homosexuales y en cambio se negaron a reconocer el derecho de consortes entre homosexuales.

—No recuerdo si se hiló tan delgado en aquella deplorable ley.

—Claro que sí, claro que sí —Rabinshiva parecía estar a punto de estallar en una rabieta—. Rodney se había divorciado de la hija

del general Perkins y yo tenía toda la documentación y los testigos necesarios para acogerme al derecho de consorte y conseguir el visado.

—¿Tanto quería usted a Rodney? —preguntó suavemente Semembutu Doc.

—¡Tanto quería a Inglaterra! —dijo el indio en un sollozo—. ¡Tanto quería, tanto quiero a la bastarda, hija de perra, cloaca de mierda, sucia y triste Inglaterra!

Durante unos segundos los comensales respetaron el dolor del indio. El exrey de Kenia dijo como hablando para sí:

—Mariposas alrededor de la llama. Igual pretenden quemarse mis negros alevines. Mariposas alrededor de una llama que acabará extinguiéndose porque ya lo ha consumido todo. Fairplaying terció servicial:

—Díganme, señores, ¿habría posibilidad de arreglar los problemas de nuestro compañero sin vulnerar la legislación de la Commonwealth? Podríamos intentarlo.

Nadie le respondió porque el primer plato, nidos de avutarda, estaba ya servido.

En la mesa de al lado, Li-Chiang aprobaba el condumio:

—Tienen otro sabor, pero no están mal. En mi país comemos nidos de golondrina.

—¿Y qué hacen con el pajarraco? —preguntó Amaranto Goulardo, que contemplaba el plato con cierta repugnancia.

—Se ha ido. Cuando vuelve en la primavera, construye otro nido.

—Es la política del servicio pleno. Nada de viviendas desalquiladas. El socialismo tiene alguna ventaja.

Mickey Golden comía vorazmente mientras hablaba. Laharbi Mossadeck contemplaba también el plato antes de decidirse a comer:

—No sé si el Corán aprobaría este alimento. Por otra parte nunca hacen nido los pájaros en mi país. Solo pasan volando sobre el desierto.

—En el mío hacen nido hasta los alciones —explicó Li-Chiang—. Y ya saben ustedes que los alciones solo hacen nido en medio de las tempestades.

—Rara costumbre —Amaranto Goulardo se había decidido por

fin a meterle mano a la gelatinosa mezcla—. Un poco fatigosa quizá. Serán pájaros de izquierdas.

Mickey Golden hizo una pausa en la comida y levantó la cabeza perplejo:

—¿De izquierdas? ¿Por qué?

—Hombre… por eso de construir bajo la tempestad. Son cosas que no se les ocurren más que a los insensatos de la izquierda —explicó Amaranto.

—En el centro de todas las tempestades hay siempre un espacio de absoluta calma.

Li-Chiang, tras de pronunciar estas palabras se quedó mirando con regocijo a Goulardo.

—¿Y eso qué moraleja tiene? —preguntó el brasileño—. Porque ustedes los chinos siempre hablan con moraleja.

—Nosotros no entendemos la curiosa clasificación en derechas e izquierdas. Bueno, es que en realidad no hay derecha ni izquierda. Es todo un ciclón, un continuo torbellino en círculo vertiginoso sucediéndose sin pausa la luz a la oscuridad, el bien al mal, la vida a la muerte, el ying al yang… Y en el centro de todo un lugar que solo conocen los alciones (y quizá los chinos) de paz perfecta…

—¡Ah, ya! ¡Usted es centrista! —exclamó Amaranto como si acabara de resolver una charada.

Laharbi Mossadeck miraba ahora a Li-Chiang con curiosa insistencia:

—Yo me pregunto —dijo— quién ha sido el bromista que le hizo a usted sentarse a nuestra mesa.

—¡Pero si yo me encuentro muy a gusto! —manifestó sonriendo Li—. Llevo un buen rato con ustedes sin que nadie me haya preguntado dónde está la tumba de Mao.

Mickey Golden dejó caer con ruido su tenedor sobre el plato:

—¿Y para qué diablos querría yo saber…?

Con un ademán tranquilizador el emir de Kuwait hizo callar a Mickey, mientras se dirigía de nuevo a Li-Chiang:

—Si usted dice en esta mesa dónde está la tumba de Mao (en el caso de que lo sepa), lo mejor que puede ocurrir es que se cree una empresa internacional para enseñar el cadáver a dólar la entrada.

—Sería un propósito bien inocente. Hay por aquí viejas momias del comunismo que si encontraran la tumba de Mao irían a

escarbarla para conseguir quizás absorber su carisma. El carisma que le hizo convertirse en el líder de 150 millones de jóvenes a la edad de setenta y cinco años.

Amaranto Goulardo miró ahora con más respeto a Li. De pronto le preguntó:

—¿Usted sabe dónde está la tumba de Mao?

Laharbi y Li-Chiang rieron a dúo. Mickey Golden miraba al chino con suspicacia. Luego dijo, señalando con el pulgar a su espalda:

—Estoy seguro que muchos de esos gamberros color naranja que hay ahí afuera no han nacido aquí precisamente… ¿Están a sus órdenes?

—No —dijo Li-Chiang—. No los conozco… Y si se refiere usted a los jóvenes de la Revolución Cultural, sepa que a mí me dejaron fuera cuando Mao murió. La segunda generación, la que siguió a Mao, careció de su fuerza sugestiva y por otra parte todos éramos ya demasiado viejos… Teníamos una sospechosa cara de mandarines. Cuando vinieron los chinos de Berkeley, los chinos jóvenes nacidos en América para hacerse cargo del poder…

—¡Con mi dinero! —exclamó iracundo Mickey Golden—. Nos dijeron que iban a desmontar el comunismo, los hijos de perra…

—Bueno —dijo Li encogiéndose de hombros—, ellos terminaron con la Revolución Cultural por el procedimiento de ponerla al día. Demostraron que lo que nosotros llamábamos revolución no era sino una fase muy atrasada del conflicto de generaciones que se extendía por todo el mundo… La guardia roja de Mao entró en bloque en la Internacional Juvenil…

—Cada hora que paso aquí me acosa más la idea de que todos hemos sido expulsados de alguna parte… —dijo Mossadeck pensativo—. He hecho la cuenta. Resulta divertido pensar que entre todos sumamos más de diecisiete siglos. Diecisiete siglos de poder, de experiencia, de sabiduría… Y el mundo ha prescindido de estos diecisiete siglos con aterradora indiferencia…

—Yo pienso algo peor —manifestó tétrico Mickey Golden—. Esto es una encerrona. Una encerrona para suprimirnos… Yo no he sido expulsado de ningún sitio, diga usted lo que diga… Y ese doctor Smuts es un judío siniestro…

—Vamos, hermano. No nos arruine usted la comida —dijo

Amaranto comenzando a trinchar un dorado pez con aspecto de lubina, que acababan de servir—. ¡Pucha, qué manía! Beba y viva como dicen en Minas los sábados a la anochecida.

Mickey no aceptó la copa que le quería servir Goulardo, sino que echó mano de una botella plana sacándola del bolsillo trasero del pantalón.

—No bebo nunca más que del *whisky* que puedo llevar conmigo. Es mi dosis y mi seguridad.

Ingurgitó un buen trago del botellín. Amaranto Goulardo comentó estimativo:

—Hoy va a hacer corto, pucha.

Al fondo del comedor, Smuts, frente a Bali Sisowat, murmuraba:

—Uno, dos, tres, cuatro.

—¿Qué cuentas, Chachari?

—Los que están fuera de control. Ni el cardenal, ni Pentahome, ni Wenze, ni Mickey Golden han hecho honor a nuestro aperitivo.

Bali Sisowat, sentada enfrente de Zacarías Smuts, le pisó suavemente un pie bajo la mesa mientras movía expresivamente los ojos para señalar a sus compañeros de mesa, la astronauta Sedova y el poeta Cirilenko. Smuts miró a los dos y encogiéndose de hombros añadió:

—¡Bah! El control aquí es perfecto.

Obviamente se refería a la absoluta dedicación de Cirilenko Orlov a su compatriota. Los dos departían en ruso completamente aislados del entorno, pero quien más hablaba era el poeta, en largos párrafos crepitantes y rotundos. El efecto de sus palabras sobre la Sedova resultaba estimulante hasta para un poeta tan cansado como Orlov. Había momentos en que la cara de la rusa se iluminaba como si una luz interior surgiera bajo la transparencia de la piel. Bali Sisowat quedó mirándola con maravilla no exenta de perplejidad. Bali tenía la incomprensión de todo joven consciente e inútilmente orgulloso de su juventud ante la contemplación de entusiasmos en los rostros de los mayores.

—Está incluso bella. ¿Le recita versos?

Zacarías Smuts no contestó al pronto porque estaba intentando aplicar sus conocimientos de la lengua rusa a la rápida verborrea de Cirilenko, quien además matizaba su expresividad de conceptos y de gestos con unas variaciones georgianas que de pronto habían

hecho reír alegremente, juvenilmente a la Sedova.

—¿Son versos, Chachari? —insistió Bali.

—¡No! —contestó Zacarías riendo también—. ¡Son las leyes de Parkinson!

Cirilenko Orlov, que tenía una mirada chispeante y sarcástica se volvió al oír a Smuts y le preguntó, en inglés, con expresión jovial:

—¿Comprende usted el ruso?

—Un poco. Lo bastante para saber de qué habla. Mi secretaria creía que estaba usted recitando versos.

—¡Ah, las siempre previsibles mujeres! Sin embargo, no eran versos lo que necesitaba mi pobre Soliuska.

—Ya lo veo. Y confieso que me ha divertido. Y me ha intrigado, ¡demonios! Nunca he visto a una mujer reír con las leyes de Parkinson.

—¿Quién es Parkinson y qué tiene que ver en todo esto? —preguntó Bali.

—Ella nos lo puede explicar —invitó Orlov con un ademán a la Sedova.

La antigua astronauta enrojeció levemente, luego bebió un poco de vino y comenzó a hablar en francés cantarín y fluido:

—Tras de mi vuelta a la Tierra en el «Soyuz», tras de mi expediente nunca concluido, creí que me iban a castigar o retirar de toda actividad, pero no se atrevieron porque yo era un personaje popular y me dieron un alto cargo en la
USKA
. Es la agencia administrativa de los viajes espaciales.

—Es una forma de degradación muy sutil —aclaró Orlov—. La convirtieron en burócrata.

—Sí —continuó Katia Soleva—, pero yo no lo pensé así entonces. Me propuse servir en algo a los compañeros que podían seguir intentando la gran aventura. Decidí comprender y dominar toda la trama administrativa. Desde la asignación de los fondos para cada viaje espacial, hasta que un hombre o una mujer se introducían en la cápsula del Gran Vuelo… Pero nunca pude conseguirlo. Una y otra vez me perdí en los pasillos y en los despachos de la
USKA
. Resultaba mucho más difícil seguir la pista de un papel sellado y

cumplimentado por aquella absurda organización, que partir de la Tierra, sobrevolar Marte y regresar incólume. Cada impreso producía cinco más y cada uno de estos un *dossier* espesísimo que ya nadie se atrevía a leer hasta el final. Una orden dada por mí volvía como un *boomerang* enloquecedor convertida en una memoria de ciento cincuenta folios, que no explicaba nada ni servía para nada. Un intento de simplificación administrativa tenía como resultado la apertura de una nueva oficina, que acababa inevitablemente por complicar mucho más la situación. Creí volverme loca y cada vez que abría la ventana de mi despacho para mirar al cielo, me hacía la impresión de que todo el universo huía de mí, que perdía todo contacto con el Cosmos, que un suelo de arenas movedizas me iba hundiendo en las entrañas telúricas e insondables de las que siempre quise escapar hacia el sol. Smuts interrumpió admirado:

—Nunca pude esperar de una mujer una descripción tan maravillosa de la desesperación de un burócrata sin vocación. Ni siquiera Kafka lo hizo así.

Katia Soleva bebió un poco de vino y siguió hablando:

—Un día ya no me cupo duda de que mis enemigos o mis jueces habían montado todo aquel aparato para castigarme. Mi crimen debió de ser muy grande porque enorme era el castigo: me habían apresado en las mismas redes de mi pasión, demostrándome que nunca fui más que un despreciable insecto caído en un charco después de haber soñado surcar los cielos.

—¿Qué ocurrió aquel día? —preguntó Bali, que oía a la Sedova como prendida de sus palabras.

—Me enteré de que la
USKA
había perdido todo contacto con la realidad. Hacía meses que el proyecto entero de los «Soyuz» había sido sustituido por otro plan completamente distinto y en relación con estaciones espaciales en órbita.

Otras entidades, otras agencias, en otros lugares se encargaban de la administración del nuevo proyecto…

—Bueno… Era cuestión de liquidar, archivar y…

—Pero ¿no lo comprende todavía? ¡La
USKA

seguía viviendo! ¡Funcionaba más pujante que nunca! Incluso se admitían regularmente nuevos empleados. ¡Crecía, amigos! Despacio, pero crecía.

Cirilenko y Smuts se hacían mutuos guiños de inteligencia. El doctor ya no pudo contenerse y exclamó con un enorme regocijo:

—¡Ah, ah, ah, el bueno, el clarividente, el genial Parkinson!

Bali se revolvió indignada para pedir casi llorosa:

—Pero ¿me quieren explicar quién era Parkinson?

—Un profeta, Bali, un verdadero profeta. Floreció en la segunda mitad de los años sesenta. Era inglés, historiador y humorista. Había estudiado muy bien la vida y misterios de la burocracia universal. Había encontrado las constantes por las que se rigen en su desarrollo y en sus relaciones todas las oficinas administrativas del mundo. Como consecuencia de sus investigaciones dio tres leyes. Tres famosas, turbadoras y archidemostradas leyes áureas.

—Primero —interrumpió Cirilenko—. La burocracia produce su propio trabajo, independientemente del trabajo que pueda venirle eventualmente del exterior.

—Segunda —continuó Smuts—. Los burócratas se reproducen por generación partenogenética y por el simple estímulo de la acumulación de trabajo que ellos mismos segregan; burocracia engendra burocracia.

—Tercera —concluyó el ruso—, tercera y corolario resumen de las anteriores: al llegar a determinado número (Parkinson lo cifra en cien empleados) la burocracia funciona autónomamente y con total independencia de todo lo demás, habiendo perdido todo contacto con la realidad y con el primitivo y olvidado objetivo de su creación.

—Pero, eso quiere decir…

—Quiere decir que produce y consume sus propios informes, impresos, reglamentos, órdenes, ascensos, nombramientos, cambios de escalafón… sin necesidad de que todo esto sirva a nadie más que a ella misma. Una entidad burocrática con más de cien empleados es medio, objetivo y fin en sí misma y para sí misma.

El asombro de la enfermera Sisowat hizo reír contenta a la Sedova, que dijo:

—¿No es maravilloso? ¡Y yo que creí que la

USKA

era solo mi castigo! ¡Ah, si hubiera conocido antes las leyes de Parkinson!

—Ya las conoces, Soliuska —le dijo Cirilenko—. Alégrate y aprovéchate de ellas. Porque si nadie te persigue, si solo eres un burócrata que de pronto conoce las leyes de Parkinson, ya no estás apresada por ellas. En el limbo están solo los que no saben qué es el limbo. Basta con que inventes un bonito impreso para traslado de personal y saldrás proyectada con la fuerza de un cohete espacial…

—Y podré quizá volver al cielo… En un día de sol radiante, poderoso, viril… —Katia Soleva Sedova había quedado en éxtasis soñando despierta con el imposible amado. Cirilenko Orlov recitó con voz cálida y tremante:

> *Prometeo forjó él mismo las cadenas vergonzosas*
> *por mostrarse atormentado a los dioses que le ignoran*
> *no hubo nadie que le diera nombre nuevo a su mentira*
> *y los hombres en el valle agacharon la cabeza.*

Bali miraba a los dos rusos y dijo a Zacarías en un susurro:

—Es verdad, Chachari. Es verdad que el mundo está muy enfermo.

—Sin embargo, hay alguno además de nosotros que ya lo sabe.

Estaban ya sirviendo el café en las mesas del fondo. Comenzó a funcionar el sistema eléctrico que descorría los grandes *stores* del ventanal semicircular que cerraban la perspectiva del amplio comedor. Se abrió poco a poco el horizonte visual de los comensales al telón verde de la selva que se cerraba en torno al sanatorio. Entre la selva y la atrevida pared de cristal, apenas perfilada por delgadas líneas de aluminio, se abría un glacis de losas blancas y pedregullo multicolor. El comedor estaba un escalón más bajo que la amplia plataforma —diríase un escenario— semicircular, separada del exterior tan solo por los rectángulos de cristal que se desplomaban aéreos del plafón al suelo. Todos los comensales fijaron la vista en la amplia cristalada y miraron hacia la selva. Unos con aprensión, otros admirativamente y algunos hubo que interrumpieron el viaje de la taza de café de la mesa a los labios al contemplar unas inequívocas manchas de color naranja que oscilaban y parecían saltar de uno a otro de los árboles del fondo.

—¿Por qué abren las cortinas? —preguntó sin dirigirse a nadie

Mickey Golden—. Más calor… El acondicionador no va a poder con tanto sol.

—No —aclaró Mossadeck—, eso es el norte. El sol está ahora encima de nosotros.

El repentino silencio que siguió al deslizamiento suave de los *stores* fue interrumpido brutalmente por el escándalo de unos vidrios rotos, y una piedra caída como meteorito de cielo sereno entró en el gran salón, rebotó en el brillante terrazo de la plataforma y llegó casi rodando hasta las patas de la mesa más cercana al ventanal. Se paró muy cerca de los pies del cardenal Dominici Régula. Era un canto rodado de color ocre, no mayor que una manzana, que quedó ominosa y terrible en el suelo durante algunos segundos plenos de atemorizado estupor. Quien primero reaccionó fue el doctor Smuts: tocó en el brazo a Bali Sisowat y le ordenó:

—Vete afuera. Diles algo. Llévate el informe de lo sucedido esta mañana en la explanada del rey leproso.

Bali se había levantado ya para cumplir el mandato de su jefe. Smuts todavía añadió, reteniéndola por una mano:

—Insiste en la derrota de Aristóteles.

Dominici Régula sonreía mirando la piedra a sus pies. De pronto y como en una repentina inspiración, se agachó, tomó el canto en sus manos y levantándose de cara a todos los comensales dijo con voz solemne, casi apostólica, como de místico iluminado que se dirige a una multitud de conversos:

—Es solo una piedra, amigos. Una simple piedra, materia bruta para nosotros los aristotélicos; para los teilhardianos y demás ilusos esto es algo con conciencia, aunque aquí la conciencia esté dormida. Una conciencia dormida que no ha podido despertarse ni por la acción de otra mala conciencia muy despierta que la ha lanzado contra nosotros. En cuanto a mí, con esto basta: podría hasta predicar contra el error de esas conciencias vivas que nos acosan. Podría incluso salir y predicarles a ellos, aunque esta no sea mi parroquia. Pero no sé enfrentarme contra las piedras porque no creo que en ellas duerma una conciencia cósmica.

A una orden de Smuts, los grandes cortinajes del salón volvieron a ocultar el gran ventanal y, a la vez, otro mecanismo eléctrico hizo descender unas amplias persianas de madera oscura. Se encendieron

las arañas del comedor y las luces indirectas de la plataforma. El cardenal había subido el escalón y parecía un personaje histriónico en un gran escenario. Llevaba todavía en la mano la piedra que mostraba como un Hamlet extravertido mostraría la calavera de Yorik al público. A medida que los sistemas de cierre aislaban a los gerontes de los horizontes selváticos, a medida que la luz artificial sustituía a la luz del sol, la tensión de todos disminuía. Por otra parte, la temida continuación del ataque no se produjo y los comensales se removieron en sus sillas, sustituyendo su ansiedad por curiosidad o asombro ante las palabras de Régula. Zacarías Smuts sintió como otras veces el clarinazo mental alertante que le avisaba cuándo un psicodrama promisorio podía estar comenzando. Se dirigió al pie del escalón que conducía a la plataforma sin franquearlo y contemplando irónicamente a sus huéspedes habló por fin al profesor Gil de Albornoz:

—¿No le gustaría a usted dar un vistazo a esa piedra? Teodoro Gil de Albornoz se levantó sonriente. Sabía lo que Smuts quería de él.

—¿Por qué no?

Subió a la plataforma, tomó la piedra de manos de Dominici Régula y tras de un somero examen manifestó:

—Lo suponía. Conglomerado de calizas y silicatos. Monseñor, dispense la pedantería, pero ¿sabe usted lo que está ocurriendo en este momento en la entraña misma de eso que llama usted materia bruta?

—¿Ocurriendo? Ocurrir es devenir. Una piedra no «deviene», solo «es».

—Lamento tener que sacarle de su error. Aquí dentro unos átomos de calcio, tras de haber conseguido que algunos de sus electrones tuvieran los quantos de energía suficiente para formar unas órbitas más o menos fijas, mantiene una órbita abierta, una zona de inquietud en su corteza, donde constantemente los electrones son apresados o a su vez apresan a otros electrones del átomo de azufre, según posiciones imprevisibles, inabarcables ni siquiera por ecuaciones matemáticas… Profesor Cohen: ¿podría usted establecer en un momento dado el comportamiento de un electrón libre del sulfato de calcio?

—Imposible. Necesitaría un cómputo estadístico y el auxilio de

un ordenador no creado todavía.

—¡Bah! —dijo despectivo Régula—. Interpretaciones nada más. Interpretaciones racionalistas que al fin y al cabo no son más que un anhelo de humanización del Cosmos.

—Pero es que hay más, monseñor… ¿Creería usted que en esa piedra hay un prisionero inconsolable? Un prisionero que pudo ser llamado a los más altos destinos y ahora yace sujeto bajo el poder de una conciencia pétrea.

—¡Esa sí que puede ser una estupenda historia! —exclamó Semembutu Doc, que escuchaba al biofísico con los ojos brillantes.

—Es el silicio, monseñor. Es el silicio, amigos —continuó Gil de Albornoz dirigiéndose también al resto de sus compañeros—. Hace ya tiempo que sabemos lo que ha pasado con el sílice en otros planetas. En el nuestro solo se le dio una *chance* al carbono, hermano del silicio, y dotado de sus mismas propiedades. El carbono tuvo la suerte y la ocasión de desplegar sus cuatro enlaces electrónicos para apresar hidrógenos y dar lugar así a las cadenas carbonadas que comenzaron el largo pero continuo camino que conduce a la materia orgánica, a la vida, al hombre, al espíritu. En cambio el silicio, el Esaú postergado de los complejos atómicos, terminó su vida en los silicatos y solo sirvió para llevar el sueño, casi la muerte al corazón de las piedras. En otros mundos fue el silicio el triunfador y en ellos continúa formando parte de una vida y una conciencia impensable aún por nosotros. Esa es la tragedia de nuestro silicio que ve el espejo de su destino truncado en otros planetas, en el mentir de las estrellas. Y todo porque en su zona de inquietud un electrón de corteza, un principio de incertidumbre quántica, un postulado de libertad de conducta, una conciencia electrónica, eligió el camino de ninguna parte.

—¡Bah, bah, bah! —el cardenal pareció encontrar su réplica en medio del torrente científico pero casi lírico del sabio—. ¿Una conciencia electrónica? ¿Ya tiene nombre esa conciencia? ¿Es el electrón la conciencia? ¿Un electrón, es decir, una partícula atómica? La verdad: es demasiado el hallazgo de una conciencia material.

—Monseñor —aclaró gravemente Gil de Albornoz—, al electrón algún sabio y poeta le ha llamado «larva de luz». Los que no somos poetas nos debatimos aún en la duda de si es materia o energía,

pero son tantos sus misterios, son tantos sus poderes, sus libertades, sus inaprensibles comportamientos que ya a casi ninguno nos va cabiendo dudas de que el electrón es el principio de todo: un impulso, una voluntad, un deseo de existencias. Para los creyentes quizás el Verbo de todo principio. Para los demás, un *fiat*; el «hágase» de las divinidades de todas las religiones.

El cardenal Dominici Régula se revolvió inquieto. Había también en el comedor otras inquietudes, aunque de otra índole. Por ejemplo, Mickey Golden, el más asustado con el incidente de la piedra, estaba más atemorizado ahora por el sesgo de la discusión:

—Estoy entre locos. No son más que locos todos estos… No les importa quién tiró la piedra sino su composición química…

—Cállese el griego —impuso Mossadeck—, por primera vez estoy en camino de entender lo que aquí nos ha reunido. Régula había encontrado por fin su finta. Compuso una sonrisa forzada para preguntar:

—¿No cree que estamos hablando de cosas distintas? Para usted, conciencia es simplemente posibilidad estadística de comportamientos. Para mí es, además, atributo solo humano y para ello ha de estar enriquecida con un cuadro de valores éticos.

—Todo es conciencia —manifestó solemnemente Gil de Albornoz—. La electrónica, la molecular, la vegetativa, la instintiva, la moral… Basta con que en el principio de cada una de ellas haya una posibilidad de elección, una chispa de libertad… Libertad en el electrón para engarzarse o ser engarzado en una u otra molécula, libertad en la molécula para seguir o no en la línea evolutiva que lleva a la materia orgánica, libertad en la célula para proyectarse en cualquiera de sus pluripotencias, libertad en el animal, para seguir o no por el camino de sus instintos, hacia la mutación que cambiará la especie, hasta llegar al hombre, libertad en el hombre para trascender hacia su divinización o hacia su destrucción… Todo es conciencia desde lo más simple a lo más complejo, desde la máxima dilución a la mayor concentración.

—Dios no solo ha muerto, sino que nunca hizo falta… Ahora me explico por qué no tuvo usted escrúpulos en intentar fabricar un ser humano en su laboratorio…

Estas palabras del cardenal Régula levantaron un clamor entre todos los gerontes. Se oyó la voz de Paco Villalobos diciendo

indignado: «Eso es un golpe bajo». En la mesa de Marco Wenzel, el sociólogo explicaba pacientemente a Laura Hedoni, que no le escuchaba, las reglas de una dialéctica justa, evidentemente rota por Dominici; algunos comensales se habían levantado de sus mesas y se aproximaban a la plataforma como para tomar posiciones frente a un escenario funcionante. Amaranto Goulardo arrastró con él la silla y se sentó al lado del escalón, dispuesto como siempre, a estar en la primera fila de los acontecimientos pero en cómoda posición. Hans Liberano levantaba los brazos por encima de su cabeza con el gesto de pedir testimonio a su Dios de tal abandono, porque en este momento Dominici aprovechaba el efecto causado por sus últimas palabras para iniciar la retirada. Se dirigió hacia un extremo de la plataforma, junto al que se hallaba un grupo formado por Víctor de Lisle, Amshorry Prag, Von Pentahome y Jameson Fairplaying. Teodoro Gil de Albornoz, todavía con la piedra en la mano, sonrió un poco indeciso y se dispuso a abandonar el escenario diciendo:

—La verdad es que yo tampoco tengo más que añadir. Rabinshiva Memnom, sin darse cuenta del despego y casi repelencia que Breckfield le mostraba, le confesaba resentido:

—Yo hubiera podido apoyar al profesor con algunos párrafos de los Vedas que hablan de una mente universal. Pero como siempre, nadie me pide mi opinión…

Víctor de Lisle apartó su sobresaliente mirada con indiferencia del escenario y manifestó autoritariamente:

—Bueno, si se han terminado estos *proposes* de sobremesa, alguien tendrá que averiguar si las fuerzas de seguridad han expulsado a esos jovenzuelos de afuera.

—Perdón —dijo Smuts alzándose en su rincón junto a la plataforma y dominando con su voz los rumores—. Creo que, por el contrario, esto no ha hecho más que empezar.

Marcel «*le Tahitien*» movió dubitativo su lanuda cabeza:

—¿Usted cree, amigo? Los actores han hecho mutis. Al parecer el libreto no daba para más. El escenario está vacío.

—Yo no lo veo vacío —insistió Smuts—. Ahí en medio ha quedado un personaje tremendamente importante. El cardenal y el profesor lo han dejado solo en el centro de la escena.

Las palabras de Smuts eran tan persuasivas que nadie pudo

evitar volver los ojos hacia la plataforma vacía. El psicoanalista no les dejó reaccionar de su perplejidad y añadió:

—Es el hijo no nacido del profesor Gil de Albornoz. El hombre engendrado en una probeta que quizá tenga algo que decir. Se piensa de él que es un error o es una esperanza. Que es una audacia o una profecía. Que es un pecado o una solución… Pero nadie le ha dado ocasión de explicarse a sí mismo…

—Pero ¿cómo diablos…? —Las palabras de Mickey Golden, cada vez más asustado del sesgo que tomaban los acontecimientos, fueron interrumpidas por Zacarías Smuts.

—¿Que cómo? Nada más fácil que darle cuerpo. Tenga usted en cuenta, señor, que nada en el psicodrama es lo que es, sino tan solo lo que representa. Por otra parte la representación es en cierto modo la realidad tanto en el escenario como en la vida… ¿Alguien entre nosotros hubiera deseado ser un hombre de probeta, genéticamente puro, humanamente sin raíces, socialmente sin compromiso, pletórico de porvenir y libre de pasado?

—Yo mismo —pidió con firmeza Semembutu Doc adelantándose hacia la plataforma—. Al fin y al cabo si Teilhard imaginó negro al primer Adán de la Naturaleza, ¿por qué no ha de ser negro también el primer Adán de laboratorio?

Y Semembutu Doc avanzó con pie firme hacia el centro del escenario.

Capítulo V

1

Cuando Bali Sisowat, cumpliendo las órdenes del doctor Smuts se enfrentó sola con el semicírculo selvático que sitiaba el sanatorio, no pudo distinguir entre los árboles ninguna sombra huidiza, ni una sola mancha naranja jugando con los reflejos del verde y el ocre.

Llevaba Bali su inseparable valija plana de piel y con paso decidido se internó entre los árboles. Después de lanzar una mirada en derredor, tomó un sendero que se abría flanqueado por altos abedules en el cuerpo mismo de aquella selva semidoméstica. El sendero conducía, atajando, a la explanada del rey leproso. Nada ni nadie interrumpió su camino. El bosque había quedado desierto y ella supo que los que buscaba se habían replegado a la zona sagrada de los templos. Temió que hubieran sido obligados por «los azules» a huir, pero por otra parte pensaba que Smuts no podía engañarla y que no había solicitado ayuda. No obstante, algo les había hecho retirarse y confiaba en hallarlos, al menos agazapados tras las grandes estructuras pétreas, porque no había ningún azul que se atreviese a perseguir bonzos en el recinto sagrado.

Sin embargo, la escena que vio de pronto sobre la explanada de piedra, al doblar el último recodo del sendero, alejó sus temores. Los bonzos jóvenes, las manchas de color naranja que tanto asustaban a Mickey Golden, los elfos solares de la Sedova, estaban todos allí, riendo, corriendo, jugando como niños en un parque. Su diversión tenía, no obstante, un sentido una vez que se observaba bien lo que estaban haciendo. Había uno, el más alto, que se había ceñido la túnica al cuerpo, andaba como de puntillas, y adoptaba un gesto autoritario y hosco; llevaba la mano derecha cruzada en el

pecho y la otra a la espalda, mientras miraba a los demás con absoluto desprecio. Otro, de facciones delicadas y curvas casi femeninas, se había echado la túnica hacia atrás mostrando el torso desnudo y se esforzaba en un contoneo muy especial entre disparatadamente nervioso y provocativo. Un bonzo delgado y encorvado llevaba la túnica sobre la cabeza ceñida con una liana imitando un turbante árabe, mientras colgaba de su labio superior un bigote lacio hecho con barbas de maíz, bajo el cual sonreía siniestramente. A su lado un compañero curvaba las piernas bailarinas, mostraba los dedos índices de cada mano señalando al cielo y acentuaba la sonrisa colocándose en la boca unas piedras blancas como enormes dientes…, Víctor de Lisle, la Sedova, Mossadeck, Li-Chiang… Iba Bali identificando a los personajes parodiados. Una estrafalaria pelambrera también de barbas de maíz servía a otro bonzo bufonesco para recordar a Breckfield mientras empuñaba una pipa imitada con cañas, como si fuera una pistola. Otro se había fabricado una especie de lira con ramas encorvadas y remangándose la túnica se hallaba sentado moviendo el trasero sobre la cabeza de un elefante de piedra al compás de su melopea; quizá quería representar a Cirilenko Orlov… Más o menos afortunadamente cada uno de los gerontes tenía allí su réplica burlesca, y los bonzos no actuantes, hasta un total de cincuenta o sesenta, reían ingenuamente, yendo de una a otra pantomima, insultando a cada personaje, echándoles hojarasca sucia como si fueran flores o haciéndoles reverencias burlonas.

Pero el regocijo de Bali no tuvo su clímax hasta que no identificó a tres figuras también envueltas en sus túnicas naranja, que se hallaban en la plataforma posterior de la explanada sin participar en el juego.

—¡Pero si son…! ¡Denis! ¡Riti! ¡Marco!

Riendo corrió hacia ellos. Le había costado reconocer con la cabeza rapada y la túnica naranja a sus amigos de la Sorbona y de Luxemburgo. Cayó en brazos de Denis le Plat estampando en su chata cara un beso.

—¿De qué te asombras? —preguntó Denis—. Hemos acudido a tu llamada.

—¡Bali, Bali! ¡Sierva de cama! —saludó Funny Rioter aceptando magnánimo el beso de la enfermera.

—No respires por la herida, Riti. Duele —dijo Bali. Entretanto Marco Spaghetti silbó con su habitual expresividad subrayando con el silbido las caricias que repartía por el delicado cuerpo de Bali. Esta se zafó de él riendo:

—Me haces cosquillas, cerdo tuberculoso.

Marco Spaghetti emitió un silbido lamentoso como expulsando el último aire de sus pulmones y plegó su larga y desgarbada figura para sentarse en el suelo en la primera posición del yoga. Bali cariñosa acarició la cara angulosa y cómicamente desconsolada:

—Espero que dejes de silbar porque hoy tenemos cosas importantes que decir.

—Está imposible —gruñó Denis le Plat—. Lleva silbando toda la mañana y eso me pone nervioso.

—Silbo cuando no hay más que tonterías que decir. Para una conversación insulsa y sin ideas un subrayado en silbido es suficiente.

—Eso es precisamente lo que me pone nervioso.

Se movía inquieto y con gesto de enfado por la plataforma de piedra. Tenía Denis las piernas cortas pero robustas, un cuerpo de luchador con los grupos musculares marcados en los brazos que asomaban bajo la túnica y una cabeza de mandíbula prognata cuya audacia estaba algo disminuida por lo cómico de una nariz espantosamente chata, casi un esbozo de nariz nada más. La planicie que mostraba su cara estaba acentuada por la línea recta de las cejas cobijando los ojos hundidos en cuencas redondas y sin perfil.

—Le pone nervioso el no decir a cada momento cosas trascendentes —aclaró Funny Rioter—. Y los silbidos de Marco se lo recuerdan a cada instante.

Marco silbó tres veces en corto con clara significación afirmativa. Funny rio y se dedicó de nuevo a cepillarse las uñas sobre el cruce pectoral de la túnica. Funny era el que parecía más joven de los tres por sus facciones delicadas de débil esbozo. Solía decir las cosas más insultantes con una sonrisa angelical e inocente y tan solo el color cambiante de sus ojos claros podía dar una incógnita a su rostro. Era de media altura, bien proporcionado, y aun con la cabeza rapada se adivinaba el color rubio de sus cabellos.

—¡Vamos chicos! —concilio Bali—. ¿Qué os pasa?

Marco Spaghetti explicó:

—Denis está enfadado. Denis se enfada por todo. Hasta por la piedrecita esa que les hemos enviado a los gerontes. Pero era de todo punto necesario que abriéramos un agujerito.

—¿Tú has sido? —preguntó extrañada Bali—. ¡Yo más bien pensaría en Riti!

Denis interrumpió sus zancadas para mirar acusatoriamente a Rioter. Este miró a Bali con inocente sorpresa.

—¡Naturalmente que he sido yo! Esos chicos, esos hijos de Buda y una cabra querían sentarse en corro alrededor del ventanal, para ver a los viejos moverse dentro como si fuera un acuario. Parecía en ellos un deseo irresistible. Los viejos peces de ojos obtusos y seriedad de besugos meneándose tras de los cristales… Entonces yo le he dicho a Marco…

Spaghetti se alzó para interrumpirle:

—Me ha dicho que eso es lo que estamos haciendo todos estos años. Mirarlos moverse sin escuchar lo que dicen… Y ahora es preciso saber lo que dicen porque…

—No divagues. Termina lo que ibas a decir. Y a ser posible sin silbar.

Marco continuó, obedeciendo a Funny:

—Bueno… Para no escucharles no merecía la pena venir hasta tan lejos. Y Riti ha pensado en abrir un agujero en el cristal…

—¿Qué ha ocurrido, Bali? —preguntó Denis le Plat—. ¿Se han asustado mucho? ¿Han llamado a los azules?

—No. No temáis, Smuts controla la situación. Ha sido él quien me ha enviado aquí para tranquilizaros.

—¿O quizá para que no tiremos más piedrecitas? —apuntó Marco.

—Para las dos cosas. ¿Por qué no? —se indignó Denis—. ¿No os parece estúpido lo que habéis hecho?

—No me gusta ese Smuts —opinó angelicalmente Rioter—. Dice estar de nuestro lado y hace de ti una mujer-objeto solo buena para la cama.

—¿Y a propósito, Riti? —preguntó Bali—. ¿No te habrás traído a alguna de tus chicas?

—No le he dejado —terció Denis le Plat—. Con tu informe sobre

los jóvenes bonzos hubiera sido una solemne tontería.

—No sé cómo diablos vamos a integrar a esos hijos de Buda y una camella en la
I. J.
si todavía no han podido liberarse de obsesiones sexuales.

—Todo se andará, Riti —dijo la Sisowat—. También la castidad es una fuerza aprovechable. Con célibes castos se dominó el mundo desde el Vaticano, casi dos mil años.

—Habla igual que Chachari Smuts en Luxemburgo.

—Sí —añadió Marco—. Y mientras tanto las *hippies* de California pariendo como conejas niños mutantes. Que ya no son tan niños.

—Dejad eso y que hable Bali —pidió Denis—. Concretamente ¿qué es lo que se propone el doctor con esa convención de gerontes?

—He de confesaros que no lo llego a comprender del todo. Mejor será que os cuente lo que ha pasado hasta ahora y luego examinaremos juntos la cuestión…

Bali Sisowat se sentó en la posición del loto, sobre una piedra desencajada de su solera. Puso a su lado la valija de piel que abrió, consultando mientras hablaba unas hojas estenografiadas que había tomado durante los sucesos de la mañana en la explanada del rey leproso. Comenzó a describir la confrontación de cada uno de los huéspedes del doctor Smuts con sus compañeros, en todas aquellas conversaciones que ella pudo sorprender a la llegada de los gerontes al sanatorio y después en la reunión de la explanada. Luego explicó la extraña manera que había empleado Smuts para conducir la discusión por derroteros, aparentemente, tan poco prácticos como la desautorización de Aristóteles para la comprensión de una realidad puramente existencial, y su empeño en que los problemas humanos fueran encajados en una totalidad cósmica, de la que nada quedara fuera, ni lo material ni lo inmaterial; es más, sin hacer distinción ni separación alguna entre materia y espíritu…

Denis le Plat comentó pensativo:

—Smuts quiere enseñarles a las momias la Semántica General de Korzybski.

—¿Qué es eso?

—Siempre he pensado, Bali, que perdiste mucho tiempo

aprendiendo técnica nada más. Korzybski es un viejo pajarraco de Polonia que quiso curar la neurosis del hombre moderno enviando al cuerno al funesto Aristóteles. Aristóteles partió al Universo en dos: el bien y el mal, la materia y el espíritu, lo natural y lo sobrenatural, la razón y la emoción, la intuición y la lógica, las matemáticas y la poesía. El resultado es que los hombres de hoy no pueden entender su mundo. Y por eso se angustian. Y por eso el mundo está lleno de esquizofrénicos bivalentes, porque viven inmersos en un universo en el que todo es uno, todo se continúa y cambia en la misma línea de transformación, pero no tienen más instrumento para explicarlo que el pensamiento aristotélico partido en dos. Bendecido por santo Tomás y refrendado por Descartes…

—Tenemos una ciencia del siglo veintiuno, unas instituciones del siglo diecinueve, un lenguaje del siglo quince y un pensamiento del siglo cuatro antes de Cristo…

Estas palabras de Spaghetti asombraron un poco a todos.

Denis dijo:

—Parece que has acabado de silbar.

—Es que empezamos a hablar.

—He de reconocer que tu Chachari tiene algo dentro —manifestó Rioter—. Pero debía de darte algo a ti. Aunque fuera en la cama en lugar de…

Bali interrumpió a Funny Rioter:

—¿Y quién te dice que no, lo está haciendo? ¿Por qué no sois consecuentes con la filosofía en que decís creer? Seguramente que esa Korzybski aceptaría la práctica del amor como un sistema pedagógico…

Marco Spaghetti moduló un largo y expresivo silbido.

—¿Ya empiezas otra vez? —gruñó Denis.

—Esta vez es como homenaje de admiración a Bali. Me ha recordado lo que pensaba Bergson de la Semántica General: «Vivimos en un mundo en que hay que esperar que el azúcar se disuelva. Pero no está prohibido menear un poco la cuchara».

Bali Sisowat emitió una corta risa nerviosa y luego dio un beso a Marco en la punta de la nariz. Denis preguntó preocupado.

—¿Cómo han reaccionado los viejos?

—Esos viejos son algo más de lo que piensas de ellos. Ahora me doy cuenta. Algunos ya habían renunciado a pensar en humanista

antiguo. Otros son orientales y unos pocos más son orientalistas, por lo que el pensamiento aristotélico no caló nunca en ellos. Y hay unos pocos que están dispuestos a romper sus moldes, lo que en hombres de más de setenta años es muy meritorio… Ha habido una especie de votación en la que Aristóteles ha salido completamente derrotado.

—Es muy poco y no hay tiempo… Comenzar a pensar de otra manera es una forma de aplazar la acción esperando conseguir una moratoria —dijo Marco.

—Smuts está quemando etapas. Por lo pronto antes de la comida les ha largado
LSD
, fórmula controlada. No sé lo que habrá ocurrido después de caer vuestra piedra.

—Dejemos eso —pidió Denis—. Ya no tiene remedio. Solo me gustaría saber el programa de Chachari Smuts.

—Más o menos yo lo sé —intervino Marco—. Lo expuso en la Universidad de Luxemburgo, cuando nos soltó el rollo aquel sobre la sociedad enferma… Hay que volver a reconsiderar toda la evolución desde el electrón a la divinidad y ver si en toda esa línea ha habido algún fallo gordo o más bien es el hombre el que se ha equivocado al integrarse en ella.

—¿Y qué saben de todo eso los gerontes?

Bali Sisowat intervino recordando algo:

—Creo que Smuts es un síntoma de la enfermedad de toda la sociedad. Piensa que va a demostrárselo y a obligarles a que lo reconozcan.

—¡Bah, bah, bah! —intervino abruptamente Rioter—. ¿Para qué va a servir todo eso? Ya no cuentan ninguno de esos carcamales en el mundo de hoy. Un par de bombas del gas del asma por el agujero que hemos abierto en los cristales y se acabó. No aguantarán sus viejos fuelles…

—Si ya no cuentan ¿por qué quieres acabar con ellos? —preguntó Bali suavemente.

—Porque juntos son peligrosos. Uno por uno ya perdieron su área de influencia, pero juntos pueden reaccionar, unir sus escasas fuerzas, hacernos perder todo lo que conseguimos. Tu Chachari es un loco temerario. O un traidor quizá… al fin y al cabo ya tiene

más de treinta años…

—Treinta cumplirás tú dentro de cuatro… ¿Vas a tener tiempo en cuatro años de saber lo que Smuts sabe, de lograr lo que él ha logrado…?

—No sigas por ese camino, Bali —dijo Marco sonriendo tristemente—. A ninguno nos gusta que se nos hable de relevo. Quizá porque fuimos nosotros, cuando éramos más jóvenes, los que luchamos por que los relevos se aceleraran. Y a Riti le gusta menos que a nadie…

—A mí lo que no me parece bien del plan de Smuts —dijo Denis como siguiendo el curso de sus pensamientos— es la elección de los gerontes. Algunos quizá… Pero hay otros… Unos viejos honrados, sinceros, capaces de reconocer en qué se equivocaron y confesarlo luego, serían inestimables en nuestro *planning*. Sus declaraciones y hasta sus libros de autocrítica estarían en la mejor línea de Marx y de Mao… Podrían incluso ser una buena ayuda para la biblioteca funcional de la Universidad Permanente, pero…

Denis le Plat se adelantó hasta el borde de la plataforma de granito que dominaba la explanada del rey leproso y se quedó mirando a los bonzos jóvenes que seguían jugando a las caracterizaciones burlescas. Habían conseguido algunos de ellos una máxima sofisticación de las *dramatis personae* y así Von Pentahome estaba indudablemente representado por un bonzo de aspecto menos joven por sus delgadas y hundidas facciones, que se ceñía la túnica con cuerdas a la cintura y en bandolera hasta conseguir el remedo de un uniforme militar y se había colocado una larga ristra de bayas rojas al pecho, simulando medallas bélicas. El pintor Marcel tenía su réplica en una especie de bufón con unos pedazos de piel de cordero sin pelar cubriendo el cráneo calvo; saltaba de grupo en grupo. Al parodista de Dominici Régula le asistían otros bonzos con grandes abanicos de palmas mientras departían bendiciones *urbi et orbe* con gran solemnidad; le habían colocado en la cabeza una especie de mitra imitada con el pellejo que los campesinos empleaban para transportar agua a las chozas más alejadas del río.

Denis mientras hablaba iba señalando por sobre las cabezas de los bonzos:

—… Pero ¿para qué pueden ser útiles Golden o De Lisle, o ese

estúpido tejano de Prag, o la vieja cotilla Laura Hedoni…?

—Los nombres de cada uno de ellos fueron dados por el IBM de la quinta generación que hay en el palacio de la Paz de Ginebra… —dijo Bali a sus espaldas.

—Tú los has visto, tú has hablado con ellos —dijo Denis volviéndose bruscamente hacia la enfermera—, ¿crees de verdad que pueden aportar algo a nuestra lucha? ¿O más bien están reunidos para su propio provecho?

—No sé, Denis. No lo sé. Creo que hasta para Smuts hay muchos factores imprevisibles en esta experiencia… A veces le veo preocupado, incluso ha escrito una semblanza de cada uno de los gerontes según sus propias ideas, sin tener en cuenta los *dossiers* del IBM. Las tengo aquí. Son unas notas muy personales de Chachari. Tienen algo de su humor y de su estilo… Pero parecen escritas para convencerse a sí mismo de que ha hecho bien invitando a esas gentes a su sanatorio.

—Dámelas.

—No puedo. Os las leeré y me las llevaré conmigo.

—Está bien. Vamos a casa del misionero jesuíta en Siem Riep. Creo que nos va a dar cama y comida.

—Antes voy a mandar a sus chozas a esos hijos de Buda y una mula tuerta.

Funny Rioter bajó a la explanada del rey leproso y se mezcló entre los grupos de bonzos, arreándolos como ganado hacia el cercano confín de la selva:

—Vamos, vamos, hijos de Buda y una vaca, a casita a comer el arroz de la tarde. A casita con los viejos machos cabríos de color de azafrán que os esperan para azotar vuestros lindos traseritos…

Los bonzos rodeaban a Rioter riendo y abrazándole o dándole palmaditas en la espalda. Marco se reía también viendo a Funny pastoreando la grey. Bali sonreía mientras Denis escuchaba preocupado lo que Riti iba diciendo.

—Si hay alguno que haya estudiado inglés elemental le parte la cara.

2

En las afueras de Siem Riep, la capilla católica de la misión mostraba su efímera y decadente arquitectura, en gótica imitación, de bloques de cemento y yeso. Los desconchados y la suciedad de las paredes denunciaban no solo el abandono material de la misión sino también el abandono de su primera motivación. Las misiones católicas y protestantes en Camboya quedaban solo como un recuerdo de un pasado que pretendió la occidentalización no solo de las costumbres sino de la metafísica de los pueblos. La antigua mentalidad que feneció por una reducción al absurdo y que unía indisolublemente la idea de progreso en determinado sentido a la idea de una determinada religión, recibió el golpe de gracia en Camboya cuando el astuto Norodom creó los koljoses budistas. Norodom Sihanouk, el príncipe de sangre real que renunció a su corona, no sin antes hacerse asegurar su elección como presidente de la extraña república dinástica, comprendió que en Asia nunca se puede edificar en el aire sino en la solera de la tradición. Su país estaba organizado en un régimen agrícola patriarcal, pero en él los patriarcas eran los grandes bonzos; alrededor del templo budista y del seminario-residencia de bonzos aledaño se apiñaban las aldeas y las pequeñas explotaciones agrícolas, que entregaban a Buda desde tiempo inmemorial los excedentes agrícolas como ofrenda y como objeto de intercambio en un comercio interior. Norodom, acosado por países comunistas a través de casi todas sus fronteras, convirtió estas células budistas en cooperativas de producción y venta, a las que llamó, de cara a sus vecinos, koljoses socialistas. Este curioso contubernio religioso-marxista funcionó desde el principio porque los bonzos, célibes y descomprometidos con la sociedad de la que emergían, se demostraron excelentes administradores a la vez que educaban a los hijos de los campesinos y segregaban de entre ellos los mejores para la grey burocrático-sacerdotal.

En esta organización, tan ecléctica como funcional, las misiones de religiones occidentales nada tenían que hacer, a no ser que, renunciando a toda confesionalidad proselitista quedaran como una especie de centros de educación, paradójicamente como escuelas laicas, complementarias de las budistas. En Siem Riep la misión católica era regentada por un jesuíta francés combativo, aunque profundamente desengañado, último alevín de las huestes del padre Arrupe que en los años sesenta pretendieron cambiar las estructuras

oligárquicas del tercer mundo. El padre Damián había demostrado por otra parte una capacidad de adaptación fuera de lo común, y que recordaba las mejores tradiciones de la Compañía de Jesús; había sido viejo amigo del anciano Norodom —lo que le obligaba a escuchar sus versos cuando viajaba a Phnom Penh— a la vez que se había convertido en un consejero desinteresado y expectativo de las inquietudes de los bonzos jóvenes. Últimamente en casa del padre Damián se había realizado la reunión de la Internacional Juvenil que andaba reclutando adolescentes de cabeza rapada y túnica naranja por los bosques de Camboya. El padre Damián, con la barba negra y continuada con el gran bigote y las patillas, casi no dejaba mostrar a los demás más que unos ojos muy vivos y móviles, llenos aún de juveniles entusiasmos, mientras que el corpulento y magro andamiaje de su estructura, siempre cubierto por un largo sayal negro de misionero recalcitrante, imponía la imagen de un místico venido de otras edades, hibernado por la historia y la adversidad del medio, en espera de su resucitación. Seguramente que si era aceptado y aun estimado por unos y otros se debía a que algo sincero e indestructible emanaba de su persona.

El padre Damián entró en la estancia donde Bali enfrentaba a Denis le Plat, Marco Spaghetti y Funny Rioter, sin hacer ruido, andando suavemente sobre las sandalias de suela de caucho. La Sisowat, situada de espaldas, no le vio y el jesuíta se sentó en una banqueta tosca de madera, junto a una pizarra colgada en la pared. Era este el único mobiliario de aquella habitación usada normalmente como aula escolar. Bali y sus amigos estaban acomodados sobre esterillas en el suelo de terrazo sin pulir. La enfermera acabó de leer las semblanzas de los huéspedes del doctor Smuts y guardó las fichas de nuevo en la cartera con su habitual escrupulosidad y precisión de movimientos. En este momento descubrió la presencia del padre Damián y le sonrió alegre con un encantador sesgo de su cabeza.

—¿Qué le ha parecido, padre? —preguntó al jesuíta.

—Un modelo de concisión judía. Así se debieron de escribir los evangelios originales.

Marco y Funny rieron. Denis, que contemplaba al padre Damián siempre con el gesto de no saber cómo catalogarlo en sus archivos mentales, le espetó:

—¿Usted qué haría?

—Rezar.

La risa de Marco y Rioter quedó cortada por el asombro. Denis le Plat encogió los hombros en un evidente signo de escepticismo, que expresaba lo lógico de la respuesta en boca de un fraile. Pero el padre Damián sonrió bajo la selva pilosa de su cara y explicó:

—No, no. No deben ustedes tomar la oración como un recurso resignado ante la amenaza de un peligro. La oración es muy práctica si se conocen sus motivaciones. Al fin y al cabo ¿qué es lo que hacen los psicoanalistas con la larga retahíla de asociaciones verbales? Pues, simplemente una letanía laica, mediante la que se enteran de lo que le pasa al enfermo.

La ironía en los que le escuchaban cedió el paso a la curiosidad. Denis comentó:

—¿El enfermo? Veo que usted también piensa como Smuts que se trata de enfermedades y de enfermos, pero nosotros tenemos la impresión de que todos esos viejos están aún muy sanos y van a crearnos dificultades.

—Recemos, hermanos.

Marco volvió a reír y preguntó luego:

—Recemos, pues. ¿Pero cómo?

—Muchachos, hay muchas maneras de rezar. Aquel viejo zorro de Aldous Huxley tenía alguna razón cuando dijo que la oración es un procedimiento hipnótico mediante el cual el creyente espera entrar en trance para identificarse con la divinidad. La hipnosis por medio de la reiteración de una frase. Yo lo sé muy bien porque es así como he podido sobrevivir, junto con los residuos de mi fe, en este limbo verde y ocre. Y rezando no solo he mantenido por autohipnosis mi relación con Dios, sino que he aprendido muchas cosas. Por ejemplo, que rezando se consigue también poner en orden nuestros pensamientos. O conseguir la relajación mental necesaria para ver claro en los problemas que nos conturban… Veamos. Si Bali va nombrando uno a uno a los gerontes, cualquiera de nosotros puede añadir a cada nombre la expresión de lo que en ese nombre le produce temor. Y luego todos unidos entonaremos el *Liberanos Domine*, tan confortable y esclarecedor.

Bali Sisowat sonreía en cómplice ante el asombro de sus amigos que habían venido de muy lejos para tenérselas que ver con un

fraile tan raro. Conocía bien al padre Damián y por eso propuso:

—Creo que no perdemos nada. Pero antes, padre, dé usted el tono con una oración preliminar. Una oración de las suyas…

Denis se revolvió inquieto en su esterilla mientras decía:

—A mí todo esto me parece una mojiganga…

Pero no pudo seguir porque los demás estaban escuchando al jesuíta su oración:

—Señor del poder y de la gloria, que algunos hombres ejercen y disfrutan con discriminación y vicio, olvidándose de que son solo usufructuarios temporales. A ti sometemos el juicio supremo de su dolo y te rogamos nos inspires en la justa apreciación de cada mentira y de cada verdad. Cada nombre es un poder y por eso está escrito que cada hombre ha de tener su juicio.

Había pronunciado estas palabras, el jesuíta, con la cabeza inclinada en humilde fervor, pero al terminar alzó el rostro sereno, miró a Bali y esta, leyendo en la lista que extrajo de su valija, anunció con voz cantarina de acólito en coro:

—Amshorry Prag.

El padre Damián esperó unos segundos y como nadie de los asombrados miembros de la

I. J.

dijo nada, fue él mismo quien añadió al nombre dado por Bali una calificación definitoria, en el mismo tono en que los católicos cantan en la letanía los títulos de la Virgen:

—Del Poder personificado de un Estado deshumanizado.

El jesuíta abrió las manos invitando a la expresión coral del estribillo, pero solo él mismo, Bali y Marco Spaghetti que estaba entrando en situación, dijeron unánimes:

—*Liberanos Domine*.

—Víctor de Lisle —continuó Bali.

Esta vez fue el italiano el que añadió inmediatamente:

—Del poder del nacionalismo exclusivo y excluyente.

—*Liberanos Domine*.

Esta vez todos habían contestado con la frase reiterativa del coro. Denis y Funny Rioter se habían mirado un poco turbados antes de entrar en el juego, pero ambos se habían encogido de hombros y un nuevo interés brillaba en sus ojos.

Continuó la extraña letanía:

—Dominici Régula.

Fue ahora Denis el que mirando desafiante al jesuíta dijo con fuerza e intención:

—Del poder de una iglesia vacía de Dios y burocratizada.

Junto con todas las demás, pero convencida y solemne sonó la voz del padre Damián:

—*Liberanos Domine*.

—Breckfield el galés.

—Del poder representativo de unas masas castradas —dijo Funny Rioter.

—*Liberanos Domine*.

—Mickey Golden.

—Del poder opresivo del dinero —expresó ya con entusiasmo Denis.

—*Liberanos Domine*.

—Brainfullen Cohen.

Hubo cierta perplejidad entre los orantes, antes de decidir la calificación del matemático judío. Pero fue el padre Damián el que salvó la situación:

—Del poder de una sabiduría esotérica que como la de Einstein amenaza al mundo.

—*Liberanos Domine* —corearon todos con ardor.

—Katia Soleva Sedova.

Fue la misma Bali Sisowat la que añadió a continuación:

—Del poder alienante de una técnica que destruye el corazón humano.

—*Liberanos Domine*.

—Paco Villalobos.

—Del poder de la ideología política —dijo Marco.

—*Liberanos Domine*.

—Semembutu Doc.

—Del poder vengativo del tercer mundo.

—*Liberanos Domine*.

—Li-Chiang.

—Del poder proliferativo e invasor de los miserables —calificó Funny después de una ligera vacilación.

—*Liberanos Domine*.

—Tju-Ngoda.

—Del poder del trabajo en hormiguero —fue Denis le Plat el que definió.

—*Liberanos Domine*.

—Von Pentahome.

—Del poder de las armas —coincidieron Denis y Funny en la definición.

—*Liberanos Domine*.

—Hans Liberano.

—Del poder del fanatismo místico —fueron las palabras del padre Damián.

—*Liberanos Domine*.

—Laura Hedoni.

—Del poder de la prensa prostituida al servicio del que más paga —dijo Marco Spaghetti.

—*Liberanos Domine*.

—Teodoro Gil de Albornoz.

—Del poder de la ciencia pura —fue la definición de Funny Rioter.

—*Liberanos Domine*.

—Laharbi Mossadeck.

A partir de este momento se alternaron en las definiciones los tres representantes de la
I. J.
Denis, Marco y Funny en este orden.

—Del poder de la reacción en los pueblos primitivos.

—*Liberanos Domine*.

—Amaranto Goulardo.

—Del poder de las oligarquías nacionales.

—*Liberanos Domine*.

—Jameson Fairplaying.

—Del poder orgulloso de la raza blanca.

—*Liberanos Domine*.

—Cirilenko Orlov.

—Del poder de la creación poética que traiciona al hombre.

—*Liberanos Domine*.

—Marco Wenzel.

—Del poder de la sociología lógica deshumanizada.

—*Liberanos Domine*.

—Marcel «*le Tahitien*».

—Del poder del arte nihilizante.

—*Liberanos Domine*.

Al terminar las invocaciones, hubo un silencio durante el que los cinco orantes se contemplaron curiosamente. Parecía que cada uno de ellos quería sorprender en sus compañeros el efecto del juego al que se habían entregado. ¿Pero era un juego? Se daban cuenta ahora, de que en las intenciones y las sabidurías del misionero jesuíta había unas razones profundas, quizá aprendidas y sedimentadas en largos años de soledad y desencanto. Por lo pronto, y quizá, por efecto de una extraña acción psicológica de la reiteración, o por una mínima acción hipnótica de urgencia del simulacro de rezo, habían completado entre todos un valioso cuadro de calificaciones personales de valor colectivo, que en una discusión abierta y —en apariencia— más lúcida, les hubiera llevado horas, en el caso de haber llegado a un acuerdo. El padre Damián, sin afectación circense, con sencillez de convencido dijo:

—Esos son los VIP.

Funny Rioter intervino premioso, con su habitual gesto ingenuo:

—Solo uno me falta.

—¿Uno? —se extrañó Bali mirando su lista.

—Sí. ¿Quién es Dominé?

Bali, Denis y Marco miraron al padre Damián curiosos y un poco turbados por la directa pregunta de Funny, pero el jesuíta explicó serenamente:

—El Señor tiene una definición personal en cada uno de nosotros. La mía ya la saben, la de cada uno de ustedes no me importa demasiado.

—¿Podría ser el Hombre? —preguntó Denis—. ¿El Hombre con mayúscula?

—¡Claro que podría ser! —dijo Bali sonriente—. ¿Por qué no nos reza usted su credo, padre Damián? El credo del Hombre. El padre Damián tiene un Credo del Hombre. Y a veces le he oído decir que sin el credo del Hombre no se puede llegar a comprender el credo de Dios. Vamos, padre, diga su credo.

El padre Damián sonrió suavemente, afirmó con un gesto de su poderosa cabeza y se dispuso a orar en actitud tradicional, con las

manos unidas ante el pecho. Pero Denis y Bali observaron —una mirada de inteligencia les hizo entenderse— que el jesuíta ya no inclinaba la cabeza como en la expresión devota del *Liberanos*, sino que miraba al frente, directamente a los ojos de las personas sentadas ante él. Comenzó:

—Creo en el Hombre todovaleroso, poblador de la Tierra, explorador del cielo, creo en el Hombre, hijo del Hombre. Concebido en Mujer para ser peso y medida de todas las cosas. Creo en el Hombre que padece bajo la opresión de los poderosos, que es crucificado y muerto cada día bajo una dominación diferente a lo largo de los siglos. Creo en el Hombre que resucita cada día de entre sus muertos y se sienta solo en el trono de su juicio soberano, para servir de fiel a la Historia; víctima de los errores del pasado, cuerpo de angustia en los esfuerzos del presente y héroe triunfante en las conquistas del futuro. Creo en el espíritu del Hombre, como garantía ante toda amenaza de alienación y cosificación de su humanidad. Creo en la santa alianza fraternal de todos los hombres, integrados en la sociedad planetaria proyección de la humanidad en el Cosmos, donde el Hombre, perdonado de sus trabajos, ha de alcanzar la vida perdurable del punto Omega. Amén.

Nadie dijo palabra alguna cuando terminó el padre Damián. En la humilde estancia, los tres jóvenes, con Bali y el misionero, componían un cuadro de recogimiento y meditación mientras la luz anaranjada del día se filtraba por entre las cañas de una persiana rústicamente engarzadas con cáñamo. Pudieron pasar algunos minutos hasta que una algarabía alegre se oyera en el camino y en el prado que separaba a la misión del poblado de Siem Riep. Fue Marco el que se levantó para mirar a través de la persiana y dijo:

—Ya están aquí otra vez esos diablos azafranados.

Funny se encogió de hombros y explicó:

—Es natural. Esta mañana les hemos prometido diversiones a costa de los VIP. Podría ir con ellos a romper unos pocos cristales antes de enviarlos a dormir.

—Pero Riti… —se dolió Bali—. ¿Es que no has aprendido nada?

—Sí, pero aquí, ellos son la turba. Siempre es la turba la que nos hace obrar. Lo difícil es, luego, justificar nuestro activismo con los resultados.

—No, Riti. No es el momento de la acción —dijo firmemente

Denis—. Hemos visto que Smuts tiene razón, por ahora. Nosotros mismos hemos encontrado, a través de libres asociaciones verbales, un síntoma de alguna enfermedad universal en cada uno de los gerontes. Mucho los odiamos, pero solo ellos pueden decirnos el nombre de la enfermedad.

—Yo creo que cascarían todos esos viejos con unos pocos petardos asmáticos —insistió Riti recalcitrante.

El padre Damián se levantó de la pequeña banqueta y dijo sin dirigirse especialmente a nadie:

—Cuando muere un pecador, su pecado fosforece lívido en el alma que escapa. Cuando muere por martirio un pecador, su pecado brilla y se justifica en su luz como una virtud. Siempre el pecado sobrevive a la muerte. Solo la confesión lo arroja por la cloaca del vómito.

—¿Pretende usted confesar a los gerontes? —preguntó riendo Marco Spaghetti.

—Yo, no, al menos por ahora. Smuts prueba el primero. El psicoanálisis es la confesión laica. Y cuando se hace en grupo, el vómito es más hediondo, pero, más hondo.

Funny Rioter se impacientó:

—Bueno, pero ¿qué hacemos con todos esos hijos de Buda y una serpiente? Si esta no es la hora de la acción…

—Puede ser la hora de la oración, hermano… —dijo el padre Damián.

—¡Otra vez! Ya me está jodiendo tanta…

La abrupta reacción de Funny quedó cortada casi en su principio. Miró atentamente al jesuíta y luego manifestó con sorpresa y regocijo:

—¡Oiga! ¿Sabe que tiene razón? Puede ser divertido.

Y Rioter, impulsivo como siempre, salió al pórtico de la misión. Desde el interior del aula le oyeron hablar con los bonzos en un francés gutural. La algarabía de los jóvenes había cesado, porque escuchaban atentamente a su líder. Asomados a la ventana de la misión, sus amigos y el fraile le observaban curiosos y expectantes. Por fin, y tras hacer sentar a todos los bonzos ante la escalera de la misión, se sentó el mismo Funny en lo alto de la misma y en posición de yoga. Con una actitud devota que suscitó las primeras risas ahogadas en la multitud de acólitos, habló en un francés

gutural:

—Del tejano ignorante nacido de una vaca que cayó en un pozo de petróleo.

Los bonzos jóvenes estallaron unánimes en una risotada casi infantil que se hubiera prolongado indefinidamente de no haberla cortado Rioter con un gesto imperativo de las manos, al tiempo que animaba al amplio coro cantando a voz en grito:

—¡Librémonos por la panza de Buda!

Luego continuó recobrando la compostura recogida:

—Del verdugo de la Sorbona, cara de patata y chauvinista.

—¡Librémonos por la panza de Buda! —exclamaron con regocijo y entusiasmo todos los bonzos.

—Del cardenal tripudo que nunca supo nada de los que pasan hambre.

—¡Librémonos por la panza de Buda!

Bali se volvió a mirar al padre Damián, que contemplaba tras de todos, a través de la ventana, a Funny y los bonzos. El jesuíta, con un matiz de tristeza en la voz contestó:

—Es listo ese Riti. Ha comprendido que para el oriental es lo mismo hacer que decir lo que va a hacer. No distinguen entre acción y expresión.

Bali Sisowat dio un suspiro y se apartó de la ventana dispuesta ya a volver al sanatorio. Pensaba que ya no podía hacer más por esa noche. Marco Spaghetti dejó también el lugar de observación y se puso a mirar goloso el cuerpo de Bali silbando suavemente. La enfermera le preguntó:

—¿Queréis que os traiga algo de comida?

Marco silbó en corto denegando con la cabeza.

—¿Os podré encontrar aquí mañana?

Marco se encogió de hombros, silbando tres veces. No cabía duda que, por ahora, habían terminado los hechos interesantes y las palabras inteligentes. Sin embargo, en el camino, allá afuera, se oía la voz de Riti:

—Del general asesino de vuestros hermanos y violador de vuestras mujeres.

Mientras el coro repetía con menos regocijo y más rabia:

—Librémonos por la panza de Buda.

Capítulo VI

En el centro de la plataforma elevada sobre el comedor de la Residencia había quedado Semembutu Doc, solo y erguido ante el telón de fondo de los grandes ventanales, ahora ciegos. En lo alto del ventanal central, el cristal roto parecía colocar sobre la cabeza del exrey negro una estrella opaca irregular, como ominoso signo de un universo herido y en desorden.

Tras de algunos segundos de expectación, durante los cuales el negro había alzado los ojos hacia lo alto dejando brillar el blanco intenso de las córneas, comenzó a mover los brazos lentamente y sus manos desabrocharon la sencilla camisa suelta. En muy poco tiempo Semembutu Doc se desvistió totalmente, dejando caer los pantalones cortos y quedando desnudo ante todos los gerontes. Nadie hizo un gesto ni un solo murmullo salió de la reunión. Tan solo Jameson Fairplaying comentó en un susurro a su compañero Breckfield:

—Es curioso. Esto me recuerda una vez que estuve en Canadá en una gira de buena voluntad. En una región del norte y mientras pedíamos a los habitantes del poblado colaboración para los planes del Gobierno, cinco mujeres de la reunión se desnudaron completamente.

—Sí. Habló la prensa de aquello.

—Eran de la secta de los dukhobors. Verdaderamente *shocking*. Al parecer expresaban así pureza de corazón y buenas intenciones…

—Cierto. Espíritu adánico y todo eso —el galés apuntó con su pipa a Semembutu—. Él piensa que Adán fue negro.

—Me parece biológicamente improbable y políticamente inconveniente.

Semembutu Doc mostraba la total negrura de su cuerpo, como de ébano viejo y agrietado, con tan solo el contraste de las palmas de las manos claras, vueltas hacia los invitados y algunas zonas

canosas en la vellosidad del pubis. Estaba delgado, pero ninguno de sus huesos se encorvaba todavía y podía apreciarse cierta dignidad residual en las largas líneas de la silueta, como recuerdo del viejo ritmo corporal del joven bello y fuerte que debió de ser el watusi.

Zacarías Smuts se había adelantado hacia la plataforma y mirando a los presentes dijo con un sardonismo sutil:

—Está bien. Teniendo en cuenta que nuestro hombre de laboratorio resulta un Adán muy poco bíblico, no creo que nadie ponga inconveniente a su autoelección.

Paseó la mirada por entre los rostros impasibles algunos, divertidos otros, y muchos expectantes. Luego continuó:

—El profesor Gil de Albornoz nos ha dejado este hombre de probeta aquí, después de haber situado la evolución cósmica en un punto de interés. En una apasionada síntesis nos ha explicado cómo los electrones en una danza creadora bajo el signo de la libertad quántica, consiguieron integrar la materia, y por el puente de la materia se llegó a la vida y por el puente de la vida se accedió al espíritu…

—Un momento, por favor… —pidió Víctor de Lisle—. ¿Qué es eso de libertad quántica?

—¡Jo, jo, el viejo nabo! —se regocijó Marcel «*le Tahitien*»—. No puede oír la palabra libertad sin pedir aclaraciones.

A un gesto de Smuts, Brainfullen Cohen, obedientemente explicó:

—Los quantos son como paquetes de energía. Los descubrió Plank y desde entonces sabemos que la energía no es un flujo continuo procedente de una fuente incoercible, sino un patrimonio «elegible» por cada partícula para situarse en su órbita y desde allí establecer sus relaciones internas y externas.

—¡Pero eso es un desorden! ¿Sin una fuerza central, sin una voz de mando, sin una distribución jerarquizada? ¡Eso es la anarquía!

—Sin embargo, señor, es así como se ha hecho el universo —manifestó severamente Brainfullen Cohen.

De Lisle enarcó las grandes cejas en un gesto de escepticismo escandalizado. Smuts continuó:

—En esta magna línea evolutiva, en esa cosmogénesis, se arriba al hombre, en el que el espíritu surge, eclosiona. Después de todo lo que hemos hablado, creo que interpreto el sentir de la mayoría si

digo que el espíritu es como una máxima concentración de conciencia. La conciencia que estaba ya en las primeras y más simples integraciones de la materia, se hace tan concentrada al mismo tiempo que tan compleja en el hombre que no tiene más remedio que manifestarse al exterior, abrirse como el capullo se abre para esparcir el aroma de la flor. Aparece ya como un atributo diferenciador, funcional y funcionante en el ser humano.

Dominici Régula, que después de bajar de la plataforma se había dejado caer en una silla, se removió inquieto en su lugar y por fin se levantó para decir con gran voz:

—Naturalmente, y aunque no sirva para nada, tengo que dejar constancia de mi disentimiento. El espíritu nos es dado desde arriba. Es la chispa divina que Dios pone en nuestra materia terrenal. ¿Cómo puede surgir el espíritu desde abajo, desde la indigna cloaca de nuestra naturaleza?

—Por la libertad —contestó sin saña pero con convicción, Teodoro Gil de Albornoz—. Primero es la libertad quántica la que rige los engarces de los electrones con los de otros átomos, y ahí ya se elige el camino del mineral o el de la proteína, que es el camino de la vida. ¿Sabe usted la diferencia que hay para un electrón del carbono entre elegir el casamiento con el sodio o con el hidrógeno? Se lo voy a decir: en el primer caso termina siendo bicarbonato y en el segundo puede llegar a formar parte de una molécula de
ADN
, proteína que es la clave genética de la vida.

—¡La vida, la vida! —interrumpió despectivo el cardenal—. ¿Qué importancia tiene la vida? Ustedes los biólogos han perdido todo respeto a la vida de un hombre y guardan en cambio una beata admiración por la vida de un virus, de un insecto, de un cerdo o de un… mono desnudo.

Las dos últimas palabras de Dominici incluían implícitamente un gesto de clara referencia a Semembutu Doc. Este recogió rápidamente la alusión y replicó su curiosa voz monocorde:

—Mono desnudo llamó en un buen libro Desmond Morris al hombre. Pero mucho antes, Pasteur llamó al hombre molusco sin concha. Yo personalmente prefiero ser un molusco, si en mí queda la chispa de libertad que me permita seguir en el eje de la evolución. La chispa que me ha librado de ser bicarbonato de sosa y

que puede llevarme a una impensable superación de mi naturaleza. Quizá el mono esté condenado a terminar en cardenal de la Iglesia de Roma.

Las palabras de Semembutu Doc fueron acogidas con risas por gran parte de los huéspedes. Dominici Régula se sentó con una sonrisa crispada. Pero Van Pentahome intervino para decir con un matiz de ironía en sus palabras:

—Me temo que la ciencia extreme sus hipótesis. ¿Qué libertad puede tener un molusco?

Semembutu Doc le habló con el mismo tono con que se dirige un maestro a un discípulo un poco duro de entendederas:

—Un molusco con concha, ninguna. Pero si es un molusco sin concha, indudablemente es un mutante. Y un mutante, o perece, o da un salto adelante en la evolución, siendo origen de una especie nueva. La concha es como el estigma de la adaptación, del conformismo.

Paco Villalobos, que seguía con gran interés la discusión, intervino con saña un poco inmoderada:

—Vamos… algo así como su uniforme de general o la birreta de monseñor.

Entonces Von Pentahome hizo gala de su capacidad dialéctica mesurada y agresiva a la vez que le hizo en su tiempo ser el más diplomático de los militares y el más militar de los diplomáticos:

—Me parece que ustedes con sus fobias y sus prejuicios han caído también en un conformismo más profundo que el mío. Yo me había limitado a pedir justeza en la expresión. Simplemente pedía la definición y el nombre de esa nueva libertad que el… doctor nudista postula para el molusco. Creo que esa… ¿cómo se llama?, libertad quántica, ya no se sostiene en un ser vivo.

—Es cierto —concedió Semembutu—. En el ser vivo la libertad es heredada por las mutaciones. Las mutaciones son saltos, en la clave genética, verdaderos errores en el mensaje hereditario. Otro principio de incertidumbre, de inquietud, de libertad en suma. Pueden dar lugar a monstruos, a seres deformes y precarios, destinados a perecer jóvenes. Pero también pueden dar lugar a entidades vivas, diferentes, promisorias, preñadas de futuro… como pudieron serlo los últimos recién nacidos en mi tribu, si la CIA no hubiera regalado neveras a sus padres. Por eso la CIA y el

Pentágono fueron factores letales para la nueva humanidad.

Las últimas palabras de Semembutu, dichas con dolida expresión casi imprecatoria, hicieron que muchos de los presentes se miraran perplejos. Marcel «*le Tahitien*» se adelantó a la plataforma y dijo al negro:

—No se haga mala sangre, amigo. Todo se andará. A mí me ha gustado eso del molusco sin concha. Yo mismo me siento casi siempre como almeja en cueros vivos. Todo lo que me rodea me golpea, me hiere o me impresiona. Pero ¿cómo pudo decir tal cosa Pasteur en el siglo XIX?

—Pasteur indudablemente fue un mutante cerebral. Lo demuestra adelantándose a su tiempo. Y tuvo intuiciones felices como esa frase. Con ella quería expresar que el hombre mismo fue un ser anormal, imposible, indefenso en la naturaleza que le desborda, sin garras para defenderse, sin pezuñas para correr, sin piel acorazada o peluda o plumífera para defenderse de las inclemencias. Con unos dedos articulados y verdadero lujo inútil contra tantos enemigos mejor dotados… Y una enorme cabeza que de momento no le sirve más que de peso molesto… Pudo perecer como una equivocación de la línea evolutiva, pero siguió viviendo y cuando esto le ocurre a un mutante es para algo…

—Le entiendo bien. Y me parece que usted, alguna vez se ha sentido como ese primer hombre…

—Ahora mismo me siento así… No olvide que soy aquí el hombre de probeta del profesor Gil de Albornoz. Pero en el mundo soy un hombre de un pueblo primitivo que no sabe distinguir entre la realidad y la ficción. Me siento primer Adán de una nueva evolución en la que es preciso corregir los errores de la otra… De la que se hizo sin participación humana inteligente. Porque es ya tiempo de que el hombre tome el relevo de la evolución. Ya es hora de que arrebate a los dioses todas las patentes de la Creación que la divinidad ha usado de un modo tan displicente y tan torpe.

Semembutu Doc alzó otra vez los ojos hacia lo alto y añadió con rabia:

—Cien millones de años y miles de millones de seres que han muerto maldiciendo a sus dioses, sintiéndose injustamente imperfectos, como prototipos defectuosos de una producción mal dirigida, ¿no son bastantes motivos para el relevo?

Algunos de los presentes quedaron en cierto modo sobrecogidos por lo que les sonaba como una blasfemia inédita. Pero hubo uno, Zacarías Smuts, que vio por fin abierto el camino de un psicodrama. El doctor Smuts se debatía en grandes dudas al oír hablar a los gerontes y la misma sensación había tenido por la mañana en la explanada del rey leproso. Por una parte no quería renunciar al amplio planteamiento que, deliberadamente, había dado al análisis toda la problemática humana a través de aquellos viejos representantes de toda la Humanidad. Pero por otra se daba cuenta de que este amplio y, por decirlo así, demasiado alto, demasiado despersonalizado, tratamiento de los problemas, restaba muchas posibilidades a la aparición del psicodrama, al prendimiento de una chispa dramática que encendiera hogueras de pasión o de razón en aquellos viejos troncos. Era el único modo de arrancar verdades escondidas, de mostrar el brillo interior de las pavesas. No estaba del todo descontento con lo conseguido hasta ahora. En un psicoanálisis colectivo, la mera dialéctica entre los participantes sitúa posiciones, descubre estructuras mentales, prejuicios y convicciones personales; pero todo esto nada nuevo enseña, y sobre todo, a nada nuevo conduce. Solo la luz de las grandes hogueras sobre el escenario (y esto lo descubrieron ya los grandes trágicos de la antigua Grecia), muestra el rostro sin máscara de los personajes en el momento de afrontar la terrible visión de la verdad.

Quizá la última imprecación de Semembutu Doc fuera la señal que Zacarías Smuts estaba esperando para que el verdadero psicodrama empezara.

Situado en una esquina de la plataforma dominaba con su alta estatura al disperso grupo y paseó la mirada por las caras, displicentes unas, interesadas otras, mostrando regocijo, indignación; meditativas algunas y quizá aquí o allá algún signo de aburrimiento. ¿Quién podía ser el oponente, el contramolde, «el otro» en el conflicto dramático? Expresó en alta voz sus pensamientos para buscar ayuda entre todos:

—Creo que nuestro amigo Doc no puede ya quedar solo en el escenario. Él mismo ha puesto en conflicto a un supuesto hombre nacido en un frasco, mediante las artes y la ciencia de una mente humana, con el otro Adán, el natural, el que sea resultado de una larga tarea evolutiva que equivocada o no ha durado millones de

años. Pero ¿quién de ustedes podría representar mejor a ese hombre, a ese Adán natural que, por lo demás, somos cada uno de nosotros?

Amshorry Prag propuso con cierto desabrimiento:

—¿Por qué no lo hace usted mismo? Ya es hora de que nos divierta usted un poco.

—Me temo, presidente, que yo no sirvo. Comprenda… tengo resabios y dudas… No estoy conforme con mi suerte ni con la de la Humanidad entera. Tengo premoniciones de cambio, y más que ningún hombre en el mundo desearía apreciar en mí los signos de un mutante…

En los ojos de Paco Villalobos brilló una chispa de regocijo y adivinando las intenciones de Smuts, preguntó:

—¿Qué condiciones debería reunir el Adán natural oponente de Doc?

—Pues… un Adán ya terminado, completamente adaptado, prototipo del conformismo y en paz con todas las cosas que en la naturaleza le han hecho como es. Todo cambio ha de repelerle, porque intuye que si es para mejor, él ya no participará en el beneficio… Piensa que es el producto mejor del mejor de los mundos y por eso rechaza astuto el más superficial de los análisis. Su familia, su clase social, su ciudad, son los nichos ecológicos impermeables y protectores que le bastan para asegurar su supervivencia, y en nombre de sacrosantos derechos que nadie le ha dado, luchará para defender todo eso…

—Amshorry Prag —dijo Villalobos sonriente—. Es a usted al que le toca divertirnos un poco.

El tejano se sorprendió ante el ataque directo, que indudablemente no esperaba. Miró en derredor, vio todas las miradas que confluían en él, sintió los impulsos atávicos que llevaron a sus antecesores en el ambiente tenso de un *saloon* a defender a tiros el orgullo propio herido en público, y, comprendiendo que no podría ahora escurrir el bulto, aceptó el reto, a pesar de que no conocía las reglas del duelo, y mucho menos sabía manejar aquellas armas dialécticas. Contestó como no podía por menos de hacerlo.

—¿Y por qué no? —preguntó saltando ágilmente a la plataforma—. Ya tenía yo ganas de decir algunas cosas a este negro

sabihondo.

—Un momento, presidente —habló Smuts—. No es esa la forma correcta del enfrentamiento. Tenga en cuenta que usted no es más que un símbolo que vamos a contraponer a otro símbolo. Los símbolos saben poco de sí mismos porque solo son símbolos para los demás. ¿Quién podría saber más cosas acerca de Adán que el mismo Adán?

—Naturalmente, Eva —dijo Laura Hedoni.

—Es cierto. Por favor, Eva, suba al escenario.

—¡Ahí va! —exclamó la periodista—. ¡Aquí el que habla paga prenda! ¿Pero qué quiere que haga yo con dos adanes?

—No, claro que no. Usted no puede ser Eva más que para un solo Adán. ¿Y cuál puede ser su Adán para usted, Eva… tan terminada, producto depurado de una civilización milenaria, último eslabón sin continuación en el tiempo de la línea evolutiva paralela…?

—No siga. Mi Adán es el tejano. No me importa. Siempre me han caído bien los usacos. Pagan en dólares cualquier servidumbre, pero no piden nada por servir a sus Evas hasta la abyección.

—¿Puedo yo elegir mi Eva? —habló, con sorpresa de todos Semembutu Doc, porque parecía seguir en una especie de semitrance.

—¿Elegir? —dijo la Hedoni ya desde lo alto de la plataforma—. Si no queda más que una…

—Precisamente por eso —contestó sonriente el negro—. No quiero que me la adjudiquen porque no haya otra cosa. Los negros sabemos ya lo que es cargar con los saldos de la civilización. Y por otra parte, sería un insulto muy inmerecido considerar a la señorita Sedova un saldo.

Con un matiz de curiosidad perpleja en la pregunta habló Smuts:

—Como usted quiera… Pero ¿qué va a hacer?

—Siendo como soy un Adán de laboratorio, un ser humano conseguido por el arte y la ciencia del hombre, debo de poseer albedrío inteligente para definir mi propia Eva. Mi Eva ha de ser…

Amshorry Prag había quedado en la situación desairada del personaje en escenario que no tiene papel que recitar; miraba inquieto alrededor, buscando en qué fijar su atención o desplegar su acción. Von Pentahome, que andaba cerca, le alargó una silla donde

el expresidente se sentó en una actitud tensa. Laura Hedoni se colocó de pie a su lado, y ante una intención de Prag por cederle la silla le obligó a continuar sentado diciendo:

—¡Jo! Es como para una fotografía de las que antes se hacían a los recién casados. Pero al revés. Esto me recuerda un chiste sucio sobre quién es el que se debe sentar antes y después de la boda.

Semembutu Doc, tras de una pequeña pausa reflexiva, continuó:

—Mi Eva ha de ser… espera y sueño, las dos condiciones de la inmanencia; y el despertar, en el comienzo de la aventura, ánfora y fuente, silla y espuela, como un haz de energía creadora que del Cosmos venga y al Cosmos retorna; como un molde blando de carne viva donde el cuerpo del guerrero descanse tras de vencer a los dioses…

Laura Hedoni, subyugada a su pesar por las palabras de Semembutu, dichas lentamente, solemnemente, como dictadas por una intuición profunda, a la torpeza de una expresión lógica, reaccionó al igual que otras veces con una chocarrería más bien defensiva que hiriente:

—Acertó. A este señor le ha tocado la señorita Katia.

Katia Soleva Sedova se había replegado hacia una pared lateral acompañada por Cirilenko Orlov, que sonreía con los ojos brillantes mientras le decía:

—Solo es un juego, Katiuska. Un juego nada más. Tan disparatado como el de vivir y, este, tampoco nos podemos negar a jugarlo.

—No. Yo no puedo. Yo no sé nada de los hombres. Y menos de los hombres negros.

La Sedova apoyaba la espalda en la pared como víctima acosada. Amaranto Goulardo dijo para sí mismo pero en voz audible:

—Siempre pensé que el antirracismo de los rusos es solo geográfico. Viven a diez mil kilómetros de la negritud.

—No se trata de saber algo sobre los hombres que existen, sino sobre los que deberían existir —dijo Smuts a la Sedova—. ¿Se negaría usted a decirnos cómo debería de ser un hombre que pudiera ser configurado, estructurado desde el embrión, en bien de una humanidad futura?

Katia Soleva dudó unos instantes, y luego, con voz insegura y apenas audible, como si dijera algo que pertenecía a lo más íntimo

de su pensamiento, pero que expresaba una convicción muy honda, dijo:

—Yo pienso que el hombre no es necesario.

Las palabras de la astronauta rusa fueron una sorpresa para todos; incluso para Zacarías Smuts, que no se sorprendía de nada. Por eso preguntó:

—Se refiere usted al hombre como representante de toda la especie humana o…

Katia Soleva no le dejó precisar más la pregunta:

—No, no. Yo hablo del ejemplar macho de la raza humana, nada más. No es necesario.

La sorpresa en todos los concurrentes estaba matizada desde la curiosidad al escándalo y el escándalo más expresivo era el de Laura Hedoni:

—¡Siempre he pensado que la puta solar era hermafrodita!

La Sedova se irguió orgullosa y agresiva para dirigirse a la Hedoni:

—No lo soy, pero hubiera querido serlo. Pero una hermafrodita haploide, que es algo así como un ser perfecto.

Solo unos pocos de los huéspedes de Smuts comprendieron la intención de la rusa, y entre ellos se hallaba el mismo Smuts, Teodoro Gil de Albornoz y Semembutu Doc, que cruzaron unas miradas de inteligencia. Zacarías preguntó a la astronauta:

—¿Ha vivido usted en Tobolsk?

—Sí. Allí me enviaron. Me dijeron que a descansar. Después de lo que pasó en el Soyuz.

—Creo que es a Tobolsk donde fueron desterrados los discípulos de Lisenko.

—Siberia es un buen sitio para refrescar las mentes de todos los equivocados.

—Pero Lisenko no se equivocó… Simplemente deformó algo su teoría antimendeliana de la herencia por orden de Stalin. Stalin necesitaba una Genética más… adaptable a la esperanza marxista de modificar el mundo. Pero el fundamento de la doctrina de Lisenko resultó válido.

—Sobre eso trabajaron sus discípulos en Tobolsk. Aún lo siguen haciendo.

Gil de Albornoz intervino para preguntar, con una curiosidad

incontenible:

—¿Ha conocido usted algún haploide?

—Sí… Creo que sí… Había una niña en el centro de Genética que se aseguraba había nacido sin participación de varón.

Al oír a Katia Soleva muchos de los gerontes comenzaron a darse cuenta del alcance que los iniciados en Biología de la reunión estaban dando a las revelaciones de la astronauta. Entre ellos Laura Hedoni, que se adelantó hasta el borde de la plataforma y exclamó en tono imprecatorio:

—¡Es el mayor disparate científico que he oído! ¡Mucho peor que el huevo del españolito! ¡Suprimir la coyunda y permitir el parto! ¿Para qué?

Katia Soleva abandonó su actitud defensiva y se adelantó hacia la Hedoni diciendo con voz y gesto más firmes:

—Para romper al menos una de las dos esclavitudes que nos destruyen. Basta con ser esclavas de nuestra naturaleza, del genio de la especie. Pero basta también de que el hombre nos sojuzgue solo porque es el intermediario en la cadena productiva de la especie. Un mundo para Eva, donde Adán sea un producto a amortizar.

Smuts se puso al lado de la rusa y tomándola de un brazo suavemente la obligó a ascender hasta la plataforma casi sin que ella se diera cuenta. Laura Hedoni colocada ya, frente a frente, con su oponente, no se dejó amilanar por la mayor estatura de la Sedova y contraatacó en la forma pugnaz y casi abrupta que le había valido parte de su fama en el periodismo:

—¿Y qué hacen ustedes con los varones que nazcan de esos estúpidos coitos de laboratorio?

—Nunca nacen varones. Solo el óvulo haploide hembra es fecundable. La descarga electrónica sobre el óvulo mediante un fermento activado, es un milagro de la técnica genética. Pero es más milagro y más significativo que solo puedan producirse hembras.

—¡Qué manía! No entiendo la ventaja de un mundo solo poblado por mujeres. Creo que me estoy reconciliando con los experimentos del español.

Y la Hedoni, dirigiéndose a Gil de Albornoz le preguntó:

—Porque supongo que su bicho en la probeta sería macho…

—No. Lo siento. Era hembra.

Laura aumentó su indignación y volviéndose hacia Semembutu, que sonreía, le espetó:

—En ese caso ¿qué hace aquí ese negro desnudo, con todo su viejo sexo al aire, haciendo de Adán de laboratorio?

—Yo represento la esperanza.

—¿La esperanza de qué? ¿De acabar en marica? Es ya muy viejo…

—Señorita, no se salga del escenario, ni de su papel. Mi Eva me rechaza porque solo sueña con el Cosmos. Quiere una naturaleza solo poblada por Evas, porque la mujer es el puente entre la naturaleza y el hombre. La mujer representa la inmanencia de lo natural, la repetición de los ciclos cósmicos, traducidos en sus ovulaciones cíclicas y en sus trastornos cíclicos. La mujer es más cosmológica que el hombre por su inmanencia natural, pero el hombre es la trascendencia. Una humanidad de mujeres no habría pasado de ser especie natural; solo el hombre ha podido hacer trascender la especie a sociedad.

—Todo eso es antropología pasada. Historia que no va a repetirse —dijo la Sedova.

—Desde luego que no. Pero la nueva historia no la van a escribir los discípulos de Lisenko. De momento, tanto ellos como los que siguiendo al profesor Gil de Albornoz pretenden corregir los errores de la evolución, apuntan la posibilidad de prototipos humanos estructurados inteligentemente. Pero solo han podido trabajar sobre embriones femeninos. ¿Sabe usted por qué?

Katia Soleva contestó inmediatamente con convencida vehemencia:

—Porque la mujer es más fuerte. Porque es el arquetipo humanoide de la perfección. Porque es capaz de adaptarse a las más adversas condiciones de vida, incluso a las inhumanas exigencias de los viajes intraplanetarios. Porque todas sus constantes orgánicas pueden oscilar entre límites imposibles para el hombre. Porque sufre el traumatismo de los partos sin quedar afectada ni en su psique ni en su soma, mientras que un hombre sucumbiría sin remisión. Porque la mujer no teme a la naturaleza, no la ha temido nunca porque ella misma es naturaleza… Tan fuerte, que hasta ahora ella nada más ha podido vivir en una probeta.

Semembutu Doc sonreía ahora ampliamente mirando al público

y la serenidad de sus palabras contrastaba con la apasionada apología de la rusa, que había ido subiendo de tono:

—Naturaleza, especie natural, perfección, adaptación, arquetipo… ¿Se dan cuenta ustedes de que nuestra Eva relapsa podría estar hablando lo mismo de una mujer que de una… yegua, o de una gacela o de una jirafa…? Ha hecho una perfecta descripción de cualquier especie animal que haya concluido su línea evolutiva alcanzando todas las metas de adaptabilidad en favor de su supervivencia. Afortunadamente no es así. La mujer todavía guarda dentro de su naturaleza zonas de inquietud, posibilidades de mutación en libertad… Aunque el hombre tenga más capacidades mutacionales… Una mayor dosis de libertades para estar en la misma punta de la evolución. El hombre es un ser peor terminado y por lo tanto más capacitado para el cambio, para la transformación trascendente…

—En ese caso —arguyó Laura Hedoni— ¿por qué en esos laboratorios del demonio no salen más que hembras como resultado de sus cochinaditas?

—Tanto los discípulos de Lisenko como los de Gil de Albornoz no son más que aprendices de dioses. Y como todos los aprendices, hacen mejor lo que resulta más fácil. Usted, profesor, ¿podría informarnos sobre sus dificultades?

Gil de Albornoz, situado cerca de la plataforma, tras de unos segundos de duda reflexiva, manifestó:

—Se trata del par de cromosomas XY. Como saben, el par XY determina el sexo masculino, mientras que el par XX es el determinante del sexo femenino. No hemos podido hacer funcionar todavía el XY. Resulta muy frágil, poco seguro, nada firme… En cambio el XX, reforzado por su paridad, funciona siempre. Los embriones hembra de cualquier especie prosperan casi siempre…

Semembutu Doc, que ya no sonreía, se volvió hacia la Sedova que había vuelto a caer en su mutismo habitual, que parecía replegarle sobre sí misma:

—Ya ves, Eva relapsa: es fácil hacer un mundo poblado de mujeres, un mundo sin Adán, pero será un mundo condenado a la inmanencia, quizá a la regresión hacia la animalidad. En esos frágiles, inquietos, inaprensibles cromosomas XY, está la posibilidad de cambio, de mutación, como siempre a lo largo de la evolución, la

inquietud, la imperfección es siempre la promesa de futuro…

La Hedoni habló con Amshorry Prag, que sentado en su silla atendía lo que ocurría en el escenario como un espectador a medias interesado:

—Ya ve usted, tejano. De ese futuro usted y yo, o sea los que seguimos pensando que la cama es el mejor lugar para fornicar y para parir, estamos excluidos.

—Cuando yo era presidente —replicó Prag— solía recibir cada semana informes alarmantes de lo que estaban haciendo los investigadores en sus laboratorios. Al parecer, en cualquier momento iban a cambiar la faz del mundo; o la manera de ser de los hombres, iban a configurar el porvenir a su capricho. Acabé por acostumbrarme: descontaba un 20 % de fantasía, otro 30 % por las dificultades publicitarias de la idea, de un 25 a un 40 % según sus posibilidades de industrialización, y si aun así quedaban muchas posibilidades de desequilibrar el tinglado universal, le cortaba el suministro de dólares al sabio genial.

Cuando Amshorry Prag había comenzado su comentario, dicho en tono convencional, monocorde, más como un informe que como una convicción, el cardenal Dominici Régula pareció perder todo interés por lo que pasaba en el escenario y observaba con curiosidad matizada de sarcasmo a Zacarías Smuts. Este se mostraba preocupado y en cierto modo —todo lo que le permitía su imperturbable y profesional impasibilidad— inquieto. Zacarías no estaba contento, con la manera de desarrollarse las cosas. Allí, en lo que había pensado iba a ser la escena de un psicodrama planetario, no surgía por ningún lado la chispa dramática. Aquello era todo lo que más una tertulia de gentes desavenidas, pero nada parecía anunciar el llamear brusco de una idea detonante que encendiera la hoguera catártica. No sabía qué pasaba, pero todo lo que se estaba diciendo entre los personajes que consideró como más representativos de una humanidad que tendría que debatirse en la angustia de su propia incomprensión, no resultaban más que fríos fuegos de artificio, apenas encendidos cuando ya se estaban apagando en la inocuidad de un comentario, solo válido como informe para no iniciados. Instintivamente, sin casi darse cuenta, Zacarías Smuts, al oír hablar al expresidente de
USA

movió la cabeza en un gesto de impaciente y negativa disconformidad, gesto que estimuló a Dominici Régula para decirle:

—¡Eh, amigo! Esto no le funciona.

Inmediatamente alerta, Smuts se repuso, y encaró a monseñor; para ganar tiempo preguntó:

—¿Qué es lo que no funciona?

—Su representación. Su psicodrama o como quiera que le llame.

—Bueno… Quizá no haya empezado todavía. El valor del psicodrama está en la espontaneidad, en la improvisación… A veces requiere tiempo por eso mismo la aparición del conflicto dramático.

—No se engañe. Usted sabe que no habrá ni conflicto ni drama. Sus *dramatis personae* no tienen aristas hirientes. Son como piedras gastadas y romas porque han rodado muchas torrenteras sobre ellas. Se deslizan unas sobre otras sin tropezar, sin herirse, ni soltar chispas.

—De todos modos, los psicoanalistas sabemos extraer conclusiones, igual de una acción conflictiva que de una conversación…

—¡Bah! Confiese deportivamente su desilusión. Ustedes los psicoanalistas necesitan la catarsis para poder actuar. Necesitan el vómito para saber lo que pasa en los entresijos de las almas. Lo demás es solo historia clínica y esa la tiene usted ya hecha.

—No obstante, todo sirve… Por ejemplo, sirve también la suposición de un fracaso. Admitiendo mi desilusión: ¿a qué cree usted que sea debida?

—Está claro: tiene usted en el escenario a cuatro símbolos que no solo no se entienden sino que simplemente se ignoran unos a otros y hasta dudo de que simbolicen algo.

—¿Quiere usted decir que son falsos?

—Completamente. En ellos puede más su propia realidad, lo que en verdad son, que lo que quieren representar. Como personas reales, nada hay entre ellos de común que les permita encontrarse en un plano dramático. Ni siquiera la frecuente animosidad individual de las gentes, porque estas son gentes demasiado cansadas para poner algo suyo en la discusión. Como símbolos les falta algo muy importante.

—Creo que a todos nos gustaría saber qué es.

—Es para reírse. Se han hartado ustedes de hacer la apología de

la libertad como motor de la evolución. La libertad quántica, la libertad mutacional y todo eso… Pero cuando la evolución está cumplida, cuando al fin aparece el hombre y su espíritu, se olvidan de reconocerle su específica libertad. Su libre albedrío. Que, naturalmente no puede venirle desde lo hondo de su naturaleza animal, sino desde lo alto: desde Dios.

Las palabras del cardenal promovieron fuertes murmullos entre los concurrentes. Pero la voz tonante y la alta figura de monseñor Régula, que además se había alzado en el primer escalón de la plataforma, se impuso; mientras se dirigía a toda la asamblea de gerontes iba señalando a los personajes situados tras él en el escenario:

—Un Adán natural, que sojuzgado por lo que se le pide en la representación, obra y habla según lo que todos esperan de él según lo que se supone que su circunstancia y su sociedad han hecho de él, negándose cualquier posibilidad de iniciativa personal. Una Eva natural, desencantada y de vuelta de todos los descaminos, que para no elegir la rebeldía frente al escepticismo, se refugia en tópicos y chocarrerías. Otra Eva antinatural que confiesa su deseo de ser enteramente producto de una técnica de laboratorio, precisamente para carecer de toda libertad humana, a la que le tiene miedo porque no sabe qué hacer de ella, dentro de un universo que avasalla hasta su sexo. Y por último, el Adán prometido, la esperanza que él mismo declara ser, el hombre surgido de un frasco como depurado producto de la inteligencia humana, que cifra todas las promesas de una humanidad mejor en el azar de una coyunda de cromosomas.

Las razones del cardenal expuestas con fervor de un raro y moderno Savonarola, con la vehemencia de un hombre de fe, más pasional que lógico, tenían una tremenda contundencia que momentáneamente, al menos, suspendían toda réplica crítica. Se había hecho un hondo silencio matizado de estupefacción en algunos y de convicción en otros, por lo que monseñor, maestro en los efectos oratorios de púlpito catedralicio, añadió solemnemente:

—¿Qué han hecho los unos de la libertad humana para sentirse humanos? ¿De dónde sacarán los otros la libertad que solo Dios puede dar a los hombres para serlo?

—¡No le escuchéis, hermanos!

Todas las cabezas se volvieron unánimes para contemplar otra lisa y enorme cabeza que surgía por encima del grupo; desafiante y peligrosamente oscilante; Hans Liberano se había subido a una mesa y desde allí lanzaba su reto, contra Dominici:

—¡No le escuchéis! ¡Es la misma voz de siempre! Es la voz de Roma que siempre se interpone en el camino hacia Dios porque Dios mismo es la libertad.

Monseñor Régula, al reconocer a su oponente hizo un aristocrático gesto de repulsa, pareciendo dispuesto a abandonar el palenque de la discusión, pero Smuts le impidió hacerlo diciéndole:

—No es justo, monseñor. Hace un momento me acusaba usted de no saber encontrar el punto de fricción, la chispa dramática. Si es usted el que lo ha conseguido no puede dejar a medias su lección.

Liberano aprovechó la indecisión de Régula para seguir hablando:

—Siempre Roma puso a Dios por encima de nuestras cabezas como inalcanzable gloria para nuestra ruindad. Siempre se puso en medio de ese supuesto camino hacia la divinidad como una aduana innecesaria. ¡Por eso no le conviene aceptar que Dios va con el hombre, que Dios camina con la naturaleza humana para surgir glorioso de la misma humanidad como una hermosa adoración de su espíritu! ¡Por eso condenaron al ostracismo a Teilhard de Chardin! ¡La Iglesia de Roma no tiene nada que hacer en una humanidad que camina sola, sin pastores vestidos de púrpura, y por la misma fuerza de sus conciencias, unidas en única voluntad mística, hacia el punto Omega de su salvación!

Dominici Régula clamó:

—¡Teilhard creía en el Cristo que vino a hablarnos en nombre del Dios que mora en las alturas!

Hubo unos segundos de silencio tras de las dos últimas intervenciones de los teólogos, y por ello pudo oírse la voz de Rabinshiva Memnom diciendo, en un tono de reflexiva convicción:

—Hay un Cristo que viene y un Cristo que va. Pero solo hay un Buda que se sienta a la sombra de un sicómoro para pensar en la mente que duerme en la piedra, sueña en el árbol y se despierta en el hombre.

Se oyó de pronto un revuelo en el vestíbulo de la residencia, tan

solo separado del comedor por el salón donde los gerontes habían tomado el aperitivo. Todos miraron con susto y sorpresa hacia allí, para ver pasar corriendo a las graciosas sirvientes anamitas de sanatorio. Camareras, mujeres de cámara, masajistas y todo el pequeño ejército que como atareado enjambre de jóvenes rostros y cuerpos de grácil porcelana pululaban todo el día alrededor de los gerontes, atravesaban la penumbra del *hall*, riendo y apresuradas, con revoloteo de las sugestivas batas entreabiertas sobre las suaves pantorrillas. Era evidente que escapaban del sanatorio y Smuts, inmóvil, las veía marchar tan sorprendido como todos. En el umbral del salón había aparecido ahora Bali Sisowat, que miraba a Zacarías con ademán de impotencia resignada. El doctor se dirigió a ella y a sus preguntas impacientes Bali respondió:

—Es su hora de asueto.

—Pero nunca han salido de esa manera. Parece una desbandada.

—Alguien les ha venido a hablar de un *happening* en el borde del glacis.

Mickey Golden, que había estado mirando aprensivo las grandes persianas cerradas, contemplaba ahora el vestíbulo ya vacío y dijo:

—Parece que las ratas abandonan el barco.

—En todo caso son unas ratitas muy lindas —opinó Marcel «*le Tahitien*».

—¿Van con los bonzos? —preguntó Smuts preocupado.

—Sí. Creo que sí.

—¡Pero eso está prohibido! ¡Vamos a tener problemas!

Bali se encogió de hombros.

—Ahí afuera pasan cosas.

Muchos de los gerontes miraban a Smuts y a Bali, por lo que el doctor se volvió para decirles:

—No hay nada anormal, señores. Simplemente tienen una hora libre.

Paco Villalobos demandó:

—¿Y nosotros? ¿Vamos a permanecer en completa clausura aquí dentro?

—No, ¿por qué razón…?

Las palabras de Zacarías quedaron interrumpidas al oírse en el exterior unas voces rítmicas que parecían entonar una melopea. No parecían estar muy cerca y por ello se entendían difícilmente,

aunque sí se apreciaba un silencio entre las intervenciones del coro, durante el cual una voz chillona declamaba alguna cosa. Fue Paco Villalobos otra vez el que pidió:

—Vamos, doctor. Levante las persianas. Necesitamos un poco de naturaleza joven para desintoxicar.

Hubo algunas protestas débiles, pero la lejanía de las voces y su tono nada belicoso parecían tranquilizar a casi todos. Bali, a una interrogación de su jefe, dijo:

—No hay nada que temer por ahora.

Smuts accionó el mecanismo de apertura presionando un botón en la pared. No obstante, tomó la precaución de apagar las luces del comedor, que quedó escasamente iluminado con la luz que venía del vestíbulo. Todos pudieron ver, a la luz de una gran luna clara que se alzaba sobre los árboles, un semicírculo de manchas color de naranja por las túnicas de los bonzos jóvenes y otras manchas de color azul de las batas de las anamitas, en el mismo borde de la selva que rodeaba el amplio glacis del sanatorio. Bonzos y muchachas estaban sentados, mezclados entre sí y se palmeaban rítmicamente en las piernas al compás de su cantilena. Eran dos y diferentes los estribillos, proclamado uno en un tono grave y el otro en agudo contrapunto. Amaranto Goulardo pregunto:

—¿Qué dicen?

Semembutu Doc, al que todo el mundo había olvidado en su desnudez, se estaba acabando de abrochar la camisa suelta mientras tendía el fino oído acostumbrado a escuchar los lejanos ruidos de la selva.

—*Liberanos Domine* y algo más sobre la panza de Buda —explicó.

En este momento, alguien dentro del sanatorio encendió unas luces exteriores, potentes focos situados sobre los árboles, que iluminaron violentamente el glacis, mostrando claramente los rostros rientes y las armoniosas manchas de color de los bonzos y las muchachas. Las luces tuvieron la virtud de hacerles callar de momento, y luego, unánimemente, muchachos y muchachas se levantaron riendo con gran alboroto para desaparecer corriendo en el interior de la selva.

—¡Qué lástima! —manifestó Li-Chiang—. ¿Por qué han encendido las luces?

—Todas las noches se encienden —explicó Smuts—. Es para alejar a los mosquitos del edificio.

—Es la primera cosa sensata que he visto hacer hasta ahora aquí —manifestó Víctor de Lisle.

Bali Sisowat, con ayuda de dos viejas indígenas atemorizadas, servía ya té con pastas y limón en las pequeñas mesitas del salón exterior.

Capítulo VII

Zacarías Smuts contemplaba, con la conocida sensación de angustia que en los últimos meses le acometía ante un esfuerzo físico prolongado, el cuentakilómetros de la bicicleta fija. Le faltaban aún cinco, pero después venía la sesión de pesas, y las veinticinco flexiones con las poleas. En total unos veinte minutos de fatiga y sudor que se le iban a hacer muy largos, porque recomenzaba su programa de forma física tras de unas semanas de ausencia. Sin embargo, de nada servía angustiarse, porque Bali le miraba en el umbral de la puerta del gimnasio, y ante Bali nunca confesaría ese extraño cansancio que venía de cada uno de sus huesos, de cada uno de sus músculos. En alguna región crítica de su cerebro, la fatiga era integrada con otras fatigas, en un cansancio supremo, que estaba hecho de profundas sensaciones que venían de muy lejos. Quizá de la astenia vital de una raza, que se prolongaba a sí misma en la historia, como él quería prolongar a fuerza de voluntad estos últimos kilómetros de la bicicleta fija, más allá de su vigor. Lo cierto es que no había razón, a los treinta y cinco años, para cansarse así, en un normal esfuerzo deportivo, y tenía la sensación de que era demasiado viejo por dentro, en los adentros más profundos e inexplorados de su ser. Pero Bali miraba, y Bali estaba desnuda bajo el cortísimo batín esponjoso, laxamente ceñido a la cintura breve, dejando ver en suave penumbra, más incitante, los senos redondos y firmes, cúpulas a la vez serenas y audaces sobre los suaves declives desplomados hacia el sexo de una carnación suavísima y morena, como rara porcelana palpitante. Bali en el umbral del gimnasio era como la imagen de una juventud vigilante y crítica, que espiara el menor signo de claudicación en el ídolo ambiguo, paternal y amatorio a la vez y por eso mismo doblemente vulnerable.

Zacarías sacó fuerzas de una oscura voluntad de desafío y

terminó sus ejercicios, sin transición ni reposo de uno a otro. En la última flexión de las poleas quedó sentado en la posición del loto, dejando que la fatiga se manifestara nada más que en un violento aleteo de las alas de la nariz. Bali se le acercó, le despojó del sandar mojado de sudor, le hizo extender sus largas piernas para sacarle el *slip* y le invitó con una sonrisa a acompañarle al baño. La bañera se abría en el suelo como una diminuta piscina y mientras Zacarías se introducía en ella, la muchacha generaba en una salida de agua caliente una especie de nube de espuma con mousel perfumado. El doctor, sentado en el centro del baño, emergía nada más que la cabeza, cuando Bali, de pie, y con la espuma y el agua batiendo sobre sus muslos, le frotaba minuciosamente cada zona de su cuerpo con unas manoplas de esponja rugosa, adivinando con vieja y natural experiencia toda la anatomía del hombre bajo la nube blanca. No se había desceñido el pequeño albornoz, que parecía batir unas alas, cada vez más pesadas por el agua que le estaba empapando, sobre los senos, sobre los muslos y el vientre en un suave chapoteo rítmico; sobre la carne que se iba irisando con los restos de la espuma mousel. Por último se lo quitó, arrojándolo al borde de la piscina, y en el momento en que había cubierto de espuma cara, ojos y cabellera de Zacarías, frotándole vigorosamente desde la raíz del cuello hasta la cima del cuero, cabelludo. Así, ciego, le hizo levantarse y le condujo a un rincón del baño, abriendo una ducha que cayó violenta sobre el cuerpo de Zacarías arrastrando todo el jabón y apareciendo en brillante desnudez junto a la desnudez de Bali, que se apretó contra él con naturalidad, para eliminar también bajo el agua de la ducha los restos de espuma que moteaba en blanco el cuerpo moreno. El agua hizo caer a los lados del rostro y sobre los hombros de Bali la cabellera negrísima, que hasta entonces tenía someramente recogida sobre la cabeza. Alargando el brazo, alcanzó la muchacha una gran toalla, con la que envolvió el cuerpo de Smuts frotándolo vigorosamente. Luego empleó la misma toalla para secarse ella y por fin se la ciñó a la cintura y sobre el hombro derecho, como un sari que dejaba nada más que la mitad del seno izquierdo al descubierto. Zacarías se había ya tendido en una poltrona de masajes, situada al otro lado del baño, y bien pronto estuvo a su lado Bali, provista de cremas perfumadas para comenzar la prolija y sabia tarea de amasar con

sistema y eficacia músculos, tendones y huesos en un largo y diferido placer relajante y dulce, que parece aplacar a la vez las tensiones de la carne y las abruptas convulsiones del espíritu. Esperó Zacarías a que Bali terminase de tratarle la nuca y los músculos de la mandíbula, para lo cual había de aplastarle la cabeza contra la blandura de la poltrona y luego ya, tendido de bruces, cómodamente apoyada la barbilla sobre los brazos cruzados, comenzó a hablar:

—Tengo la impresión —dijo— de que esos diabólicos biólogos saben lo que quieren pero todavía no tienen el medio de conseguirlo.

—Relájate un poco, Chachari. Tienes muy tensos los músculos del cuello.

—Semembutu lo sabe. Estoy seguro. He querido forzarle a decirlo en una confesión catártica. ¿Qué es lo que puede fallar en un hombre de hoy?, ¿qué podría quizá resolverse en un hombre conseguido en un laboratorio? Pero no lo he conseguido. O quizá ese negro esté demasiado alerta…

—¿Te refieres a un fallo… en la naturaleza humana… en las estructuras de la mente o del cuerpo?

—De la mente, sin duda alguna. Nuestro cuerpo no tiene más misterios que los que puede prestarle nuestra interpretación. O nuestra imaginación.

Zacarías miraba en este momento la penumbra perfumada que comenzaba en el borde de la toalla a medio ceñir sobre el seno izquierdo de la muchacha y se perdía en la suave curva palpitante hacia el vientre terso. Continuó:

—No hay otros misterios. En la mente, en cambio…

—No creo que la biología esté en condiciones del influir sobre circuitos mentales. Ni siquiera la bioquímica. Ni la biofísica.

—¡Claro que no! Los psiquiatras lo sabemos muy bien. Todo lo más que hemos conseguido con nuestra farmacología para el espíritu ha sido deprimir o excitar, conectar o desconectar. Pero no existe ninguna pastilla que controle los instintos, o la creatividad, o que seleccione las pasiones…

—Estate quieto, Chachari. Así no puedo trabajar… Tienes los músculos como cuerdas…

—… A punto de romperse —terminó la frase Smuts, sentándose

de un salto en el borde de la poltrona—. Y eso es lo que no tiene explicación.

—¿Qué es lo que no tiene explicación?

—Que en este momento todo yo, mi cuerpo y mi psique sea puro instinto. En el momento en que más necesito pensar, cuando hay algo en mi subconsciente que me avisa para que esté alerta, que mantenga abiertos todos mis circuitos intelectuales… yo solo deseo hacerte el amor.

—Simple apetito sexual —Bali hablaba con suave tristeza—. Ten en cuenta que faltas de aquí hace unas semanas.

—Con todo, no es una explicación válida para mí. ¿De qué me sirve uno de los cerebros más brillantes y mejor organizados que actualmente existen, si no es capaz de controlar y aplazar para su mejor momento un apetito animal? ¿Qué es lo que subyuga a pensar con los malditos testículos?

Bali Sisowat emitió una risita alarmada diciendo:

—¡No te enfades por eso, Chachari!

—No temas. Es una manera de hablar. De sobra sé que no sirven para pensar. Por lo demás, Orígenes se castró para pensar mejor y siguió produciendo los mismos caldos de cabeza.

—Tiene que haber algo dentro del cráneo que obra por su cuenta.

—Sí, bien lo sé. El paleocórtex. Pero ¿por qué? ¿Por qué su anarquía, su rebeldía, su disociación?

—Vamos, Chachari. Vuélvete a acostar y cuéntame qué es eso del paleocórtex mientras término.

Zacarías Smuts volvió a tenderse boca abajo y Bali se aplicó a amasar los músculos de su espalda. Algo más tranquilo Smuts habló:

—El paleocórtex es el cerebro animal. Ya sabes: paleo, antiguo. Antigua corteza. Es lo que en nosotros queda como residuo de la especie animal que fuimos. Es un cerebro pequeño y muy profundo, situado en lo más íntimo del encéfalo. Todo él está envuelto por otras formaciones más modernas, sobre todo el neocórtex, que es el cerebro humano propiamente dicho; el que piensa, examina, interpreta, juzga, asocia…

—¿Y el otro qué hace?

—Sentir, apasionarse, encender o aplacar los instintos… Es el que me obligaría en este momento a cubrirte de besos y de

mordiscos si no fuera porque con las caricias de tus manos le vas aplacando a medias, con migajas de placer diferido.

—Hablas como si la más importante tarea del paleocórtex fuera el instinto sexual.

—En cierto modo así es. La sexualidad tiñe o condiciona todos los demás instintos y pasiones. Freud reducía todo a la libido dándole un sentido muy amplio…

—Se me ocurre pensar que nuestros viejecitos tendrían que estar libres de esa… esclavitud. Bien sabes lo que ha pasado, o mejor dicho, lo que no ha pasado, con las masajistas del sanatorio. Deberían por eso ser hombres más controlados y sin embargo…

—La libido es una especie de diosa de mil caras, como alguno de vuestros ídolos orientales. En los gerontes la sexualidad se ha transformado en otros instintos no menos subyugadores y disociantes… Si pudiera saber lo que los biólogos se llevan entre manos respecto al paleocórtex… Pero ¿por qué mueves la cabeza? ¿No te convence lo que estoy diciendo?

—Es que esta tarde he oído cosas curiosas en la escuela de la misión. Los chicos de la
I. J.
y el padre Damián han rezado pidiendo a Dios ser librados de los poderes de los gerontes.

Smuts se volvió en la poltrona, quedando medio incorporado y riendo:

—¿Rezado? ¡Condenado padre Damián! ¡Los cuatro mosqueteros del activismo ateo, rezando!

—Ese jesuíta es muy listo. Les ha convencido del poder hipnótico de la oración para despertar asociaciones dormidas, para desvelar oscuros odios y escondidos temores. Parecía, más que un religioso, un psicoanalista.

Smuts, súbitamente interesado por lo que decía Bali, quedó sentado y le urgió a que explicase lo sucedido.

—Verás, Chachari… Ha sido muy curioso. Sea por lo que sea, ha conseguido una definición de lo que cada geronte significa para ellos de aberración, o de amenaza, o de motivo de odio y temor…

—¡Sigue!

—Solo quería decirte que en todas esas definiciones no entraba el sexo para nada… A mí ya me ha parecido extraño que…

—Deja el sexo por ahora. ¿Qué es lo que han dicho? ¿Han ajustado la evocación a cada nombre? ¿Los han nombrado y definido uno por uno?

—Sí, claro que sí. Al principio no entraban en el juego. Pero luego… ¿Sabes? Me ha hecho la impresión de que ellos mismos se sorprendían de sus definiciones. Miraban al padre Damián de una manera rara. Como si comenzaran a tomarlo en serio.

—¡Repítelas! Las definiciones digo…

Bali se sentó en la poltrona dejando caer los brazos. Tenía un gesto de consternación.

—No me acuerdo, Chachari. Lo siento. Debería haberlo apuntado en algún sitio, pero no lo he hecho.

Zacarías hizo un gesto de contrariedad y quedó en silencio pensativo. Bali continuó:

—Has de comprenderlo. No puedo comportarme con esos chicos como una secretaria eficiente. Creerían que les espío y anoto todo lo que hacen para contártelo a ti…

—Bien. Déjalo.

Smuts volvió a tenderse en la poltrona y Bali continuó el masaje aunque de un modo más renuente, menos aplicado. Al cabo de unos minutos de silencio, sin embargo, debió de observar que el doctor estaba ya relajado, quizás olvidando sus preocupaciones, y Bali, resonancia siempre fiel de su jefe y amante, sonrió suavemente y sus manos fueron otra vez insistentes, cariciosas, eficaces, sobre la carne querida.

En determinado momento fijado por la costumbre, Zacarías se volvió y tendido quedó mirando a Bali, mientras esta actuaba sobre los músculos del vientre. Permanecían todavía en silencio. Pero era este un silencio distinto porque era compartido en la comunión del mismo deseo. En voz susurrada, Smuts pronunció el nombre en un tono que más bien era una llamada de amor:

—Bali.

La muchacha, consciente de lo que estaba ocurriendo entre los dos solo enarcó las cejas para contestar.

—Eres muy hermosa.

Bali, como si obedeciera a una consigna, acabó el masaje, se inclinó sobre el cuerpo de Smuts y le besó en el ángulo del esternón con un beso muy suave. Luego comenzó un largo ritual de caricias;

en este ritual colaboraban con los labios, que recorrían, según un dulce itinerario, el cuerpo del hombre, las largas uñas incidiendo en la piel la profundidad justa para situar la caricia en el límite del dolor, recorriendo también las zonas suberógenas, según una guía no escrita, pero sabiamente intuida. Quizá desde el principio de oscuros milenios, por las primeras amantes orientales que transformaron el acto sexual en arte ofrendado a cualquier divinidad erótica. A Bali se le había soltado el seno izquierdo de la toalla ceñida y, al inclinarse, el seno puntiagudo y erecto acariciaba de vez en cuando también el pecho y el vientre del hombre, como un colaborador distraído y sugestivamente impreciso en el juego del amor. Hubo un instante en que Zacarías Smuts hizo un gesto a medias convulsivo para volver la cabeza de lado. La muchacha interrumpió sus caricias y preguntó con voz ligeramente enronquecida:

—¿Por qué vuelves la cabeza?

—Ahora le toca a la oreja derecha, ¿no?

Bali se incorporó a medias y se quedó mirando al doctor de un modo raro. Quizá intentase sorprender en sus ojos una chispa de burla; pero Smuts sonreía cariñoso y un poco asombrado de la actitud de Bali.

Preguntó esta:

—¿Crees que siempre hago las mismas caricias, incluso en el mismo orden?

—Bueno… ¿qué de malo hay en eso?

—Mucho. Sería como confirmar que la pasión se ha convertido en rutina.

—Pero, preciosa… Rutina no es la palabra. Di mejor ritual. El amor tiene un ritual. Un bello ritual para cada sacerdotisa.

—Y por eso, para cambiar de ritual es preciso cambiar de oficiante.

—Me quedo con el tuyo… si es eso lo que te preocupa. La religión es universal pero cada uno elige su iglesia.

—Del poder de una iglesia vacía de Dios y burocratizada, líbranos Señor.

—¿Qué has dicho? —preguntó Zacarías incorporándose sobre la poltrona.

Bali, que había hablado como en reflexiva concentración, miró a

su amante sorprendida:

—No sé. Me he acordado de pronto. Fue lo que dijo Denis le Plat del cardenal Dominici.

—¡Por las barbas de Yahvé! ¡Eso es memoria compulsiva! ¡Es un recuerdo que ha acudido a ti al salir del trance!

—¿De qué trance?

—¡Del trance de amor, vida mía! ¿No recuerdas nada más?

—No. Ni quiero —Bali se mostraba enfurruñada—. Cada vez eres más raro y más difícil de entender.

—Está bien, mi amor. Déjalo y ven comigo. Nada hay en el mundo más importante que tú y yo en este momento.

Bali se dejó arrastrar por Smuts a la poltrona. Quedó tendida sobre él, la cabeza reclinada en su pecho. Zacarías acariciaba el pelo de la muchacha con ternura y ella se dejaba acariciar hasta que levantando poco a poco la cabeza recomenzó de nuevo sus propias caricias. Un mohín delicioso y lo que dijo a continuación hicieron reír al hombre sordamente:

—Pero para la oreja derecha nada. Le irá bien un castigo. Bali inauguró una fantástica danza de manos, uñas y labios por todo el torso y el vientre del hombre, que hacían a este reír entrecortadamente y entrar en una larga secuencia de convulsiones que excitaban cada vez más a la acción de la muchacha. Se veía que estaba improvisando su juego de amor, como en un desafío a Smuts y sus previsiones, pero a la vez ella también era subyugada por el juego; enrojecía en mate su piel morena y murmuraba palabras a veces inconexas, a veces comprensibles:

—¡Ya verás lo que es bueno! Diez dedos míos valen por diez mil rituales… Todos trabajan a la vez… todos, con mis dos mil labios, van a destruir tus burlas, tus presunciones, tus complejos de superioridad… Del poder del trabajo en hormiguero, líbranos Señor.

Al acabar de pronunciar estas palabras cesó de pronto la febril danza y se quedaron los dos, muy juntas las caras, mirándose a los ojos, entre sorprendidos y casi asustados.

—¡Chachari! —dijo al fin la enfermera—. ¿Qué es lo que he dicho?

—Del poder del trabajo en hormiguero, líbranos Señor —recordó solemnemente Zacarías.

—¡Eso es lo que han dicho esta tarde en la escuela de la misión

evocando a Tju Ngoda!

Smuts quedó semisentado, apoyando su cuerpo en los codos y dijo:

—Bali, esto es muy serio. Es el juego de amor, con todas sus implicaciones instintivas lo que está iluminando a ráfagas tu memoria subconsciente… Debemos proseguir.

Bali de nuevo triste:

—¿Qué es lo que debemos proseguir? ¿El amor o tu psicoanálisis?

—Las dos cosas, Bali. No te enfades. No tengo yo la culpa de que nuestras mentes funcionen así… En todo caso deberías de pensar también en lo profundo de este erotismo tuyo y mío, que nos enerva tanto que es capaz de remover y sacar a flote el subconsciente.

—El mío solo, Chachari, el mío solo —aclaró Bali con suave tristeza.

—Lo siento, Bali. Pero déjame al menos que esté orgulloso de haber engendrado en ti ese amor. Es mi manera de quererte.

—No era todavía amor. Solo caricias. Solo una técnica erótica. Y no quiero continuar con ella. Es hora ya de que me digas que me quieres. La técnica erótica podría destrozar mi amor y el tuyo quizá, si existe… Toda técnica, hasta esta de los juegos de amor, destruye el corazón humano. Del poder de la técnica que destruye el corazón humano, líbranos Señor.

Tras de los pocos segundos de silencio e inmovilidad que siguieron a las últimas palabras de Bali, Zacarías preguntó suavemente:

—¿De quién han dicho eso, preciosa?

—De la rusa. De Katia Soleva.

Zacarías Smuts repetía las palabras de Bali como memorizando rápidamente. La muchacha preguntó resignada:

—¿Quieres que apunte todo lo que…?

—No. No hace falta… por ahora. Mi memoria retentiva es muy buena.

—Estoy haciendo el amor con un cerebro electrónico.

—Sí. Y le has puesto los circuitos al rojo vivo.

—De todos modos no me gusta. Te quiero a ti y creo que con este juego te voy perdiendo.

—Soy yo siempre. Pero siempre toda la persona es inaprensible.

¿Qué es lo que más quieres de mí?

—¡Solo nos faltaba una discusión ontológica!

—Sin embargo, no me negarás que esta discusión al menos no es utilitaria. Nos acerca más a nosotros mismos. A lo que cada uno pensamos del otro.

—Yo no pienso a tu lado. Solo siento. Solo quiero. Y quiero tenerte.

Smuts atrajo a la joven estrechamente contra su pecho. Siguió recalcitrante y como deseando hacerla hablar.

—¿A quién quieres tener? ¿Al doctor famoso que puede situarte en el protagonismo de esta hora del mundo porque está dotado de cierto poder?

—Del poder personal deshumanizado, líbranos Señor.

Como Bali intentase escaparse del doctor al acabar de pronunciar estas palabras, Zacarías le apretó más contra sí, diciendo:

—Quieta. Ya sé que te refieres al bueno de Amshorry Prag.

La muchacha emitió un gemido intraducibie. Smuts continuó:

—¿O quieres al hombre libre, todavía joven y rico que puede proporcionarte todos los bienes que deseas?

Bali, llorando mansamente sobre el pecho de Smuts, murmuró:

—Del poder del dinero, líbranos Señor.

—No. Bali. Ya sé que no es eso. Tú no podrías amar a un Mickey Golden. Pero sí, por ejemplo, al guapo Paco Villalobos, perseguidor romántico de una idea tras la que quema toda su vida.

—Del poder de la ideología política, líbranos Señor.

Después de hablar, Bali se zafó violentamente de su amante y quedó sentada y llorando en silencio. Las lágrimas que corrían por las mejillas daban un brillo irisado a la piel mate y delicada. Smuts se sentó a su lado, en el borde de la poltrona, y desciñó un poco más la toalla que todavía rodeaba la cintura de la muchacha, enjugándole los ojos con un pico de la misma. La somera sujeción del improvisado sari quedó libre y la toalla, cayendo por su peso a los lados del cuerpo de Bali, dejó este desnudo y oferente, como una delicada sinfonía de matices morenos, con las violentas manchas negras del sexo y la cabellera, junto a la desnudez más clara de Zacarías destacando las dos armoniosas figuras sobre el fondo verde del alicatado de la pared, componiendo un atrevido friso de termas

pompeyanas. Zacarías le ciñó los hombros sin intentar atraerla hacia sí, pero procurando con una suave tensión que volviera el rostro para poder mirarlo. Ya no tenía el particular brillo levemente sarcástico que matizaba casi siempre toda comunicación del doctor con sus semejantes. En su mirada no había más que una especial ternura cuando murmuró con un susurro ronco:

—No hay más poder para mí que el de tu cuerpo desnudo. Tienes toda la fuerza animal de tu raza para el amor de un primer Adán por una primera Eva. Eva salvaje como debió ser Eva hasta hacer perder al hombre su Paraíso. O para encontrarlo en esa jungla irresistible de tu sexo en donde querría desaparecer.

Mientras Smuts apasionado había tendido a Bali de espaldas y seguía hablando, entrecortadamente, recorriendo en cada pausa con veloces besos el cuerpo de la muchacha desde los pechos redondos que se habían enderezado como centinelas alerta de un campo invadido, por la suavísima depresión del vientre que se agitaba en leves oleadas convulsivas, sismografía de una pasión inconteniblemente despertada, hasta la repentina línea superior del vello negrísimo delicadamente rizado. Bali quería desmentir con la sonrisa de triunfo al cuerpo que se debatía al borde de la dulce entrega mientras oía a Smuts decir:

—A ti me entrego mujer-abismo, sirena del tercer mundo, donde quisiera perderme para siempre.

Bali resistía aún fingiendo una pasividad cada vez más difícil, mientras reía diciendo malévola:

—Del poder vengativo del tercer mundo, líbranos y líbrate… Me han dicho que Semembutu Doc tiene un sexo incomparable, grande y bello…

—Pero el mío está sobre ti. Nunca hay arma tan poderosa como la que nos está hiriendo. Y es esta arma la que va a penetrarte y no otra…

—Del poder de las armas del apuesto Pentahome, líbranos Señor —dijo todavía Bali, tras otra carcajada que sonaba nerviosa y ligeramente estridente.

—Putísima mía, no pronuncies más nombres que el mío, el de tu Chachari querido. Eres mía y nada más. Y mi posesión es exclusiva y excluyente…

Los cuerpos se habían entrelazado en un abrazo convulsivo de

los brazos y en soldadura violentamente ritmada de las bocas, los torsos, los vientres. Aún pudo Bali zafar un momento la cara de la sofocante voracidad del hombre para decir difícilmente y con gemidos que quitaban toda convicción a las palabras:

—Del nacionalismo… exclusivo y… excluyente, líbranos…

La lengua de Zacarías se abrió paso rudamente entre los labios de Bali, haciéndola callar, mientras los cuerpos, formando una sola unidad amatoria, ritmaban en el comienzo de los espasmos finales, la eterna y siempre nueva danza venérea.

Unos minutos después, yaciendo abrazados e inmóviles sobre la poltrona, Zacarías Smuts, preguntó:

—La última definición corresponde a Víctor de Lisle, ¿verdad?

—Sí —dijo susurrante—. Fue Marco Spaghetti quien la encontró.

—Nunca podrá suponer el viejo de Lisle que su evocación ha provocado el orgasmo más extraño de toda nuestra historia amatoria. Aunque, bien mirado, tiene aspecto el general del viejo falo de Príapo en perpetua y tiesa irritación.

—Aunque bien mirado —repitió riendo Bali— quiere a Francia como un amante siempre insatisfecho. Parece estar encamado constantemente con Marianne.

Zacarías Smuts parecía reflexionar sobre todo lo ocurrido. Al fin, sus pensamientos afloraron en palabras:

—¡Esos chicos son el diablo! Hay definiciones que nunca se me hubieran ocurrido y estoy por pensar que con su intuición provocada o directa están dándole la razón a mi IBM, al honrado Dupont. Y en más profundidad de lo que yo suponía. ¿Cómo era la evocación de Semembutu?… Del poder vengativo…

Bali no contestó. Se levantó de la poltrona sin ponerse nada encima y desapareció tras la puerta de los vestuarios con su habitual paso de gacela, que la desnudez acentuaba en su gracia y ligereza. Pocos segundos después salió, dirigiéndose de nuevo a Zacarías. Llevaba delante del sexo, sosteniéndola con la mano derecha una especie de agenda de hojas blancas. En la otra mano empuñaba un bolígrafo. Dijo:

—Soy tu Eva obediente. Y mi agenda es mi hoja de parra.

—Déjate de simbolismos. Vamos a recordar entre los dos. No, no te pongas nada. Mientras sigamos desnudos será más fácil…

Acostados uno junto al otro, Smuts de espaldas y Bali de bruces,

apoyada sobre el codo izquierdo mientras escribía en la agenda con la mano derecha, fueron anotando al lado de cada uno de los huéspedes actuales del sanatorio la advocación exorcizada en la letanía. Al terminar, preguntó Bali:

—¿Es muy importante esto?

—Mucho. ¿No te das cuenta de que la astucia del padre Damián y la intuición de esos chicos me han dado hechos mis *dramatis personae*? Definidos y enterizos para poder actuar si consigo…

—Pero, Chachari. Aquí solo hay diez.

—Sí… Es verdad… Siempre acabamos demasiado pronto. ¿Dónde está tu arte oriental para prolongar el placer?

—¡Cerdo!

—Podríamos…

Bali, de un salto, se separó de Zacarías poniéndose de pie.

—¡Oh, no! ¡Otra vez no!

—¿Adónde vas? ¡No seas tonta! Solo quería que habláramos de los otros gerontes.

—Chachari, te estoy empezando a odiar —dijo Bali enfurruñada sentándose en el borde de la poltrona.

—Me parece bien… de momento. Es la actitud que nos conviene. Me estás empezando a odiar y piensas en la manera de hacerme daño, de vengarte de mí…

—Es posible que lo haga.

—Muy bien. Lo vas a hacer. Y la mejor manera de herir al amante es acostarse con otro. Es la reacción tipo en la mujer.

—¿Adónde vas a parar?

—A acostarte con… Déjame ver la agenda… Con Li-Chiang. Te encuentras a solas con Li-Chiang en su cuarto y él sabe que podría acostarse contigo. ¿Cómo pasarían las cosas?

—En cuanto a mí, ya conoces mis recursos. Y me temo que demasiado.

—Vamos, Bali, ayúdame un poquito. Se trata de él. Suponte a Li-Chiang haciéndote el amor.

Bali, aún renuente, comenzó a participar de nuevo en el juego:

—Ante todo… con respeto. Los chinos de la revolución, aun los que tienen cara de mandarín, tratan con mucho respeto a las mujeres. Creo que me hablaría de nuestros antepasados comunes.

Zacarías preguntó escéptico:

—¿Tú crees que ese es el procedimiento de tumbarte de espaldas?

—Los chinos nunca tumban de espaldas —dijo Bali inclinándose sobre Smuts—. Solo esperan como el cielo a que la tierra les ofrende la primavera. Sus caricias son delicadas y como ausentes. En eso no han cambiado los chinos de la revolución.

—¿Y después?

Bali se había tendido junto a Smuts y hablaba en un susurro:

—Después el cielo y la tierra se aproximan. Las nubes bajan sobre los montes y los valles, confundiendo los relieves. La lluvia cae mansa pero insistente, mucho mucho rato. Nunca con violencia, nunca se desploma. Cae y cae horas y horas. Tiene como un propósito ese cielo bajo, acostado sobre la tierra en China. Quiere poseer la tierra, confundiéndose con ella, fertilizándola. La lluvia en China es como el amor. Y el amor solo se entiende como la lluvia para engendrar vida. Los chinos no sabrían hacer el amor si no pensaran de continuo en la promesa de las simientes.

Bali calló y Zacarías pasó sobre ella sus brazos mientras le decía en tono suasorio:

—Y entonces blandamente, mansamente, Li-Chiang te…

La muchacha se desasió del abrazo bruscamente al mismo tiempo que decía como reponiéndose de un sueño:

—Del poder proliferativo de los miserables, líbranos Señor.

Zacarías Smuts tomó el bolígrafo y la agenda y anotó las palabras de Bali. Esta, que había quedado tendida boca arriba, dijo ahora con tono cansado, casi soñoliento:

—Ahora debías ser tú el que representaras para mí.

—No tengo inconveniente si me explicas antes el argumento.

Bali sonrió, malévola.

—Laura Hedoni. ¿No querrás que sepa yo cómo hace el amor la Hedoni?

—No hace falta. Te lo contaré. Fue en Ginebra. —¡Chachari! ¿En Ginebra antes de venir aquí?

—No, no ha sido ahora. En otro tiempo. Cuando yo era un miembro muy joven e inexperto en aquella sociedad internacional. La Hedoni, con algunos años menos, se maquillaba muy bien, vestía en los mejores modistas… Estaba pasando ese sarampión de las viejas ninfómanas. El canto de cisne de su libido. Andaba

persiguiendo jovencitos en los cócteles de las Embajadas. Pero como no tenía dinero que ofrecerles resultaba una figura patética. Se engañaba a sí misma haciendo de cada presa joven que podía sostener con diez minutos de conversación un motivo de interés noticiable. Quiero decir que nos ofrecía a los jóvenes ocuparse de nosotros en sus artículos. De ese modo conseguía llevarse alguno a su apartamento sobre el lago Leman.

—¿A ti también, Chachari?

—Sí. A mí también. Me interesaba el tipo y luego no lo lamenté. Es el más estupendo caso de paranoica sexual que he conocido. Me sirvió un *whisky* excelente, apagó todas las luces del salón. Dejó nada más que penetrara por la ventana el resplandor intermitente del faro de Neufschatz. Se puso encima de las carnes desnudas una bata de gasa que no hubiera desdeñado Marlene Dietrich.

—¿Quién es Marlene Dietrich?

—Una *vamp* muy antigua. Pertenece a la prehistoria de la civilización occidental.

—Está bien, sigue. Se fue hacia ti…

—¡Ah, no! Es más complicado que todo eso. Me di cuenta de que era una paranoica sexual al creer que con todo aquel manejo estaba despertando en mí un deseo apasionado. Me miraba de reojo y con aire de triunfo. Destellaban sus ojos, y de pronto me dijo que conseguir su amor resultaba muy caro.

—¡La muy puta!

—Exacto. Eso es lo que su paranoia le impulsaba a hacer. Su sexualidad solo se satisfacía en la comedia de venderse. Me pidió, a cambio de sus favores, cierta información de los archivos de la OMS. Una información baladí que hubiera podido obtener sin más que ir a mi despacho por la mañana.

—Es una vieja prostituta. Hasta en lo más hondo de su ser es una vieja prostituta.

—¿Es así como piensan de ella tus amigos?

—Sí, más o menos. Ahora lo recuerdo. Del poder de la prensa prostituida al servicio del que más paga…

Smuts anotaba en la agenda. Bali le interrumpió para demandar:

—Termina la cochina historia.

—¿De verdad te interesa? Hay dos desenlaces posibles: por una parte mi historia clínica estaba completa; podía muy bien seguir el

juego, hacerme el funcionario incorruptible y renunciar a su amor en aras de mi deber.

—¿Y el otro?

—El *whisky* era bueno. El faro de Neufschatz iluminaba lo justo para ayudar a la imaginación a superar… imperfecciones. Y por otra parte había que contar con Laura Hedoni para conseguir muchas cosas.

—En fin. ¿Que la verdadera prostitución fue la tuya?

—¿Tú qué crees?

—Que eso me ayuda a seguir odiándote.

—En tal caso puedes quedarte con… con el segundo desenlace. Y en venganza prueba de acostarte con… Con Hans Liberano.

—Es un viejecito simpático. Me cae bien porque cree sinceramente en lo que dice. Pero no sé cómo llevarlo a la cama.

—Ten en cuenta que en la misión de Centroamérica tenía una hermosa mestiza que le ayudó a defenderse de los frailes maricas de Cuernavaca, cuando se refugiaron allí. Y recuerda que contribuyó a la redacción del segundo catecismo holandés. No le dejaron suprimir el sexto mandamiento, pero lo intentó.

—Si al menos fuera católico… Solo ha habido un misionero protestante que consiguió de mí lo que quiso.

—Es lo mismo. Hay cuestiones en que la unión de las iglesias resulta perfecta.

—Hablaba mucho. Y muy bien. Los cuerpos y las almas debían de unirse en comunión indistinta, para aproximarse a la divinidad. Toda divinidad era el resultado de la cópula mística de media humanidad con la otra media… Me leía las más encendidas poesías de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa.

—Son las lecturas preferidas de Hans Liberano.

—Hay algo en la mística que avasalla el espíritu, que te coloca por encima del bien y del mal…

—Es verdad. La mística encendió con la misma llama las hogueras de Torquemada y las de Calvino.

—Y un hombre que arde junto a ti, en una hoguera mística, te atrae con una sexualidad desconocida y muy fuerte. Irresistible. Quieres arder junto a él como un supremo bien. Comunión pasional que cuando se llega a un límite es lo mismo del alma que del cuerpo…

—Comunión pasional del componente femenino de las multitudes, arrastradas por los místicos igual a una cruzada que a una masacre…

—… Del poder del fanatismo místico, líbranos Señor.

Smuts anotaba en la agenda. Bali, remitiendo de su exaltación, le miraba hacer con un mohín indignado y le preguntó:

—¿No quieres saber en qué terminó la historia del pastor protestante y yo?

—No.

—¿No te importa? —preguntó Bali casi llorosa.

—No. No me importa —contestó Smuts brutalmente.

—Pues has de saber —dijo Bali con infantil malevolencia— que hay aquí un hombre que se le parece muchísimo.

Y que es el único hombre con el que haría el amor muy a gusto.

—¿Quién es?

—Teodoro Gil de Albornoz.

—¡Bah! Sería capaz de pedirte a cambio un óvulo para sus investigaciones. Y te lo extraería con la mayor frialdad.

—No lo creo. Es fino, es delicado… Esta mañana le he servido el aperitivo yo misma y en su sonrisa hay algo cordial y triste a la vez.

—Sí. Siempre está triste. Añora la hembra del frasco.

—¿Quién es la hembra del frasco?

—¡Ah! No lo sabes. Al parecer, en sus experimentos para producir embriones artificiales solo le salen hembras. Creo que su aberración sexual consiste en no poder enamorarse más que de un feto de mujer en una probeta.

—Exageras. Yo misma le acompañé a instalarse en sus habitaciones cuando llegó. Y te aseguro que sus miradas y sus palabras no eran de un aberrante sexual. Tiene algo de halagador para una mujer. Es apuesto, interesante… En cierto sentido un *latin lover* tradicional de los que ya no se ven. Por desgracia.

—Los genes de Don Juan todavía actúan. Todo español siente la obligación de representar a Don Juan cuando se encuentra a solas con una mujer.

—Estás divagando, Chachari. Hace poco me decías que no pensaba más que en las hembras de frasco. Y ahora le acusas de donjuanismo. De donjuán vulgar.

—No me extrañaría nada que todo eso estuviera relacionado.

Vamos, cuéntame qué te hizo.

—Es más importante lo que dice que lo que hace. Aunque no desentona nunca hablando y haciendo… Es agradable oír decir que una es muy femenina, que es una mujer completa, algo así como un arquetipo, adorable y deseable a la vez…

—¡El viejo zorro! ¡Así es como debió de convencerlas para que le prestaran sus óvulos!

—… y resulta excitante oír su grave voz dando un consejo paternal mientras mete la mano por el escote.

—Debe manejar como nadie el complejo de Electra. ¿Qué consejo te dio?

—Que no usara anticonceptivos como casi todas las mujeres de hoy. Dice que con ellos estropearía mi avasalladora feminidad.

—¡Anticonceptivos! ¡Es decir, anovulatorios! ¿Te das cuenta de que va por tus óvulos? ¡Y tú, Bali, la sabia, la fuerte, la que pretende estar en el centro del gran secreto, te has dejado engañar…! ¡Líbrate del poder de la ciencia pura!

—¡Chachari! ¡Es eso lo que han dicho de él esta tarde! ¡Esa es su definición!

—No me extraña. Es la que le corresponde.

—Pero ¿no te das cuenta?

—¿De qué?

—¡De que la has encontrado tú! ¡No he sido yo, sino tú! ¡No ha sido mi memoria compulsiva en trance, sino la tuya! ¿En trance de qué? ¿De celos?

Bali se había inclinado sobre Zacarías mirándole regocijada a los ojos. Smuts volvió la cara, molesto:

—¿Celos yo? ¿Y de un maldito y viejo biólogo?

—No sé qué tienes contra los biólogos. Antes te has empezado a poner salvaje cuando he nombrado el falo de Semembutu Doc, y ahora pierdes el aplomo solo porque Gil de Albornoz me ha metido la mano por el escote. En cambio, me mandas a acostar con cualquiera otro de los gerontes con toda tranquilidad.

Zacarías estaba en este momento apuntando en la agenda la definición del sabio español, pero atendía a Bali con cierta obstinada reflexión y al terminar de escribir, dijo:

—Quizá tengas razón. Zacarías el Viejo, mi padre, les tenía mucho respeto. Decía que por culpa de Freud, que odiaba a los

mecanicistas de su tiempo, los psicoanalistas nos hemos apartado de la ciencia objetiva. Sabemos nada más que lo indispensable de anatomía, de neurología, de hormonas… Y los biólogos saben mucho de esto; cada vez más. Ellos van por su camino ignorándonos. Y nosotros nos hemos perdido en el nuestro, por querer llegar demasiado lejos, demasiado pronto. Esta tarde he tenido la impresión de que el español y el negro sabían más de lo que estaban dispuestos a decir. Se entendían entre ellos por encima de todos los demás. Por encima de nuestros tanteos, nuestros temores, nuestros pasos en la oscuridad…

—Creo que será mejor que me dejes acostar con uno de ellos. Pero de verdad. Naturalmente preferiría al español…

—¡Cállate, puerca! En todo caso no es ese el camino. Y ellos no son los únicos que tienen secreto poder. Vamos a buscar el de… Cirilenko Orlov.

—Lo siento. No lo sintonizo. Por otra parte, creo que es marica.

—Es ambivalente. Practica el amor universal. Por eso su poesía es casi cósmica y distante. Como además es muy miope y no lo confiesa, tengo la impresión de que lo mismo le da… El unisexo debe ser su ideal. Se está trabajando a la Sedova sobre todo desde que esta ha confesado que le gustaría ser un híbrida haploide.

—¡Mierda, vida mía! ¿Cómo quieres que me interese un monstruo semejante? ¡A mí! ¡Con estos pechos tan duros y redondos como limones del Mekong! ¡Con estos muslos y este vientre siempre temblorosos con ansias de amor! ¡Con este cuerpo insaciable de hombres de verdad!

Bali se había lanzado fuera de la poltrona y estaba erguida, orgullosa y adorable en su fiereza femenina. Zacarías Smuts la miraba, recostado como un emperador romano benevolente y apreciativo:

—Lo más que conseguirías de él sería una parodia del Cantar de los Cantares. Te cantaría sin mirarte:

Qué bellos son tus pies sobre la hierba
¡oh hija de Bodisatwa!
Los contornos de tus caderas son como ajorcas
labradas por eunucos annamitas.
Tu ombligo es una crátera redonda.
Nunca te falta en ella el vino mezclado.

Tus dos pechos son dos crías
mellizas de gacela…

El recitado de Zacarías tenía la dulzura y el eco arcaicos de la lengua hebrea en la que iba modificando el sexto cántico de Salomón. Para escucharle, sorprendida y en cierto modo subyugada, Bali se había arrodillado junto a él, pero el hombre miraba al frente, como escapando de la belleza a su alcance en busca de una belleza ideal. Luego repitió verso a verso incluyendo entre ellos la traducción en francés. Ni una sola mirada recibió Bali durante todo el lento recitado, y al fin la muchacha hizo un gesto como queriendo escapar del encanto y dijo con rabia:

—No se puede ser poeta si antes no se es hombre.

—A veces el poeta consigue escapar a las trampas de su humanidad. Ese es su poder.

—¡Líbranos, Señor, de la creación poética que traiciona al hombre!

Zacarías Smuts tardó un poco en tomar la agenda esta vez; cuando lo hizo, dudó en lo que iba a escribir hasta que Bali le preguntó:

—¿Qué dudas tienes? Es eso lo que han dicho del maldito ruso.

—Estaba pensando en Marcel «*le Tahitien*». Salomón fue en cierto modo un poeta desintegrador como Marcel es un pintor desintegrador. No hay en todos los cánticos del Cantar de los Cantares una sola descripción completa de la amada. Ni un verso que la defina entera. Los dientes, los cabellos, el vientre, los pechos, cada una de sus delicias por separado. Un dibujante de la policía podría hacer (eliminando las metáforas orientales por supuesto) un retrato robot. Pero si se quisiera traducir en un lienzo eso de «dientes blancos como ovejas trasquiladas» o «tus ojos son palomas» o «tus labios cinta escarlata» saldría una pintura de Marcel «*le Tahitien*». Y no digamos si a eso le unimos las descripciones escandidas y sueltas del amado: «colorado y radiante, egregio entre todos» o «su vientre es como rollo de marfil cubierto de rubíes». Está visto que la Esposa no ve en el Esposo más que el falo, así como Marcel no ve en realidad más que el acento puesto sobre cosas sueltas de una realidad destruida. Salomón es el erótico destructor que busca el último goce en los pedazos de la esposa destrozada por una tremenda ansia de posesión. Marcel es el erótico

destructor del Cosmos, al que se siente incapaz de poseer entero…

—Pero ¿por qué los dos obran por erotismo?

—No hay que olvidar que el Cantar de los Cantares se ha interpretado por los exegetas de la Patrística como los amores de Dios con la tierra de Israel. La promesa, los desposorios, la posesión… Es más: algunos han identificado el delicioso y cantado ombligo de la Esposa con Jerusalem; la cabeza con el Carmelo; el vientre, la montaña de Judá; los senos, el Ebal y el Jerizim; la nariz, el Hermón… Para Salomón, como para Marcel, la Tierra, el Cosmos, la Mujer es todo uno. Es la realidad que debe de ser destruida porque el hombre ha fracasado en poseerla entera, en comprenderla según su medida… Solo destruyendo pueden ahogar su tremenda ansia de posesión. El dios en que Salomón se identifica es Yahvé el terrible, que del templo de Salomón no dejará más que el muro de las lamentaciones. Y unas obstinadas semillas por el mundo, Jesucristo, Marx, Einstein, los últimos justos, los hijos de Tailón, y más que verán nacer otras edades. Semillas que siempre son banderas subversivas o anuncio de destrucción… Marcel, sin semilla propia, no puede pasar más que de la desintegración a la nada…

—Del arte nihilizante y su poder, líbranos, Señor.

—Lo suponía —dijo Smuts escribiendo en la agenda.

Bali Sisowat se había tendido junto a Zacarías quedando en silencio. El hombre también calló por un tiempo, pero pronto se incorporó a medias, para preguntar a la muchacha:

—¿Qué ha ocurrido con tus chicas? Han huido de pronto como ratas de un barco apestado.

—Estaban hartas, como yo, de ir de un lecho a otro. Solo que ellas de verdad.

—Pero… si tú misma me has dicho que la oferta ha sido un fracaso.

—Por eso mismo. Las mujeres de mi raza se consideran insultadas si el hombre no las desea. Están hechas para el amor. Su cuerpo, sus manos, su boca… son instrumentos dóciles de un rito erótico muy antiguo que no entiende de moral occidental. Sirven a una naturaleza divinizada como las bacantes de vuestros ritos paganos. No entienden las limitaciones que entre vosotros encadenan el instinto.

—¿Ni siquiera la edad? Mis huéspedes son viejas y cansadas

máquinas.

—En una aldea cercana a Siem Riep hay un viejo patriarca que satisface a una esposa y tres concubinas. Un chamán de Phnom Penh le ha injertado en el dorso del pene tres perlas auténticas que al menor roce le provocan un priapismo pasivo. Resulta suficiente. Es la manera que tiene el viejo patriarca de mostrar aprecio a la buena voluntad y al amor de sus mujeres. Y ellas están encantadas de servirle para prolongar su juventud.

—Es un bello modo de corresponder. Pero dudo que sirviera entre nosotros.

—Desde luego que no. Siempre habéis acusado a nuestras mujeres de ser instrumentos de placer, o simples herramientas biológicas. Pero ejemplos como el del viejo y las perlas hay muchos entre mi pueblo. Porque sabemos que es más importante dar que recibir. Entre vosotros, en cambio, la mujer es un objeto. Una cosa que se deja o se usa según la ocasión.

—Hablas con mucha autoridad de nuestras costumbres amatorias. Creí que no tenías más experiencias que las juveniles e inmaduras de la Sorbona.

Bali se sentó en la poltrona y cogiendo bruscamente su agenda, dijo:

—Pero tengo aquí los informes de las masajistas. Mira, por ejemplo, ese gordo brasileño. Ese que se llama… Amaranto Goulardo. Tendido en la cama se ha dejado hacer con absoluta displicencia. Nerida es muy guapa y muy sensitiva, pero el muy puerco solo le ha hablado una vez: quizás algo le ha recordado en algún momento sus juergas de Francia y ha preguntado a Nerida que si era mestiza francesa. No es una ofensa en sí, la pregunta, pero resultaba improcedente en aquel momento. Sobre todo, teniendo en cuenta que luego, y como hablando para sí mismo, el viejo seboso ha hecho un discurso contra los franceses que no supieron poner sus testículos al servicio de una colonización más duradera.

Smuts se volvió a Bali con interés redoblado y le pidió:

—¿Cómo ha sido eso? ¿Tienes el informe completo? ¿Podrías…?

—Más o menos ha sido así: el brasileño agarraba su sexo que seguía fláccido, pero sus palabras eran altivas. «De aquí —ha dicho—, de aquí es de donde salen las familias que hacen la ley y el

orden en un país. Un fazendeiro en mi tierra siempre recoge lo que siembra. Y sus hijos, tomados o no de color, son una piña alrededor suyo para defender la tierra y el dinero. Nunca los suelta ni nunca se le van. Los franceses en cambio desprecian su propia simiente. Siempre les ha gustado ponerse los pantalones al terminar y marcharse a casa».

—Bueno… no te enfades con el viejo bastardo de portugués. Siempre he pensado que a tu madre le gustaron mucho los franceses. Pero el bueno de Amaranto nos ha dado una hermosa lección sobre la manera de fabricar una oligarquía nacional.

—Del poder de las oligarquías nacionales, líbranos…

—¡Ah, era eso!

Bali escribía en la agenda.

Luego continuó:

—Un día vuestras mujeres despertarán de un sueño milenario. Comprenderán vuestro desprecio disfrazado de galantería y es de esperar que hagan algo. Quizás os cierren sus alcobas y entonces…

—… Volveremos a morir en Sodoma y Gomorra. Pero me parece que eres injusta. No solo los pueblos occidentales han cosificado la mujer. ¿Qué me dices de todo el Islam? El Coram niega que las mujeres tengan alma.

Bali volvió a leer en la agenda con resignación:

—Laharbi Mossadeck les supone al menos inteligencia. Le ha tocado Yulia, la mestiza malaya. Ya sabes que es rubia por su madre inglesa, y calculadora por su padre chino. No ha conseguido desnudar a Mossadeck, entre otras cosas porque las abluciones matinales, según manda Mahoma, han de ser personales y sin ayuda. Pero le ha hecho hablar y le ha dicho cosas curiosas: le ha dicho que un emir sin emirato es como un hombre castrado, porque para el árabe tanto el alfanje como el falo solo están prontos si pueden ser usados con todo derecho en sus mujeres o en sus vasallos. Yulia, por su parte, piensa que la virilidad del hombre está muy unida a su poder y sobre todo a su dinero.

—¿Qué han tramado esos dos?

—Yulia, por su ascendencia china, dice que puede comprar a los protectores chinos de Laos una concesión de la llanura de los Jarros.

—¿No es ahí donde empieza a salir petróleo?

—Sí. Y Yulia sueña con el hombre que tenga bastantes riels para

eso…

—Un emirato petrolero en Laos sería como atrasar el reloj de la historia… O ponerle una bomba al tratado surasiático.

—Pero es factible. Hay muchos musulmanes sin jefe en esta parte del mundo. Y el Corán es un arma peligrosa para pueblos primitivos.

—La reacción de los pueblos primitivos. Del poder de la reacción de los pueblos primitivos…

—Así es. Ya ves cómo la lógica también puede llevar a las evocaciones definitorias. Nos hemos ahorrado en este caso la compulsión instintiva.

—Pero de todos modos, en el fondo de nuestra memoria ha hurgado el alfanje enhiesto de Mossadeck. El erotismo está siempre presente en todas las manifestaciones de poder opresivo.

Bali, después de escribir de nuevo en la agenda, repasó un momento la lista y dijo:

—Bien. Solo nos quedan cuatro.

—Tengo curiosidad por saber el comportamiento de ese pájaro pudoroso que es Jameson Fairplaying. ¿Qué ha ocurrido en su cuarto esta mañana?

—No estaba en su cuarto esta mañana.

—No me digas que ha dormido con otro…

—No. Aunque ha estado a punto de ser seducido violentamente.

—Esa historia me parece prometedora.

—Sí. Jameson ha madrugado mucho. Tiene hábitos de deportista matinal. Ha bajado en albornoz a la piscina y allí se ha quedado en *slip*. Un *slip* floreado que fue muy audaz quizás en los años sesenta. Pero seguramente no ha sido el *slip* lo que ha conmovido a Rabinshiva Memnom, que estaba mirándole desde la galería de su habitación.

—No. Seguro que no ha sido el *slip*. Yo más bien pensaría en el tono rojizo de su carne como de bacón a medio cocer. ¿Sabes que el mejor recuerdo amoroso de Rabinshiva es un rojizo oficial inglés en tiempos de la dominación de la India? Un rojizo y bello oficial a quien Rabinshiva hizo su *boy*.

—¿Un *boy* inglés y oficial? Sería al revés.

—No, no. Ese es el orgullo de Rabinshiva. Se había refugiado en la galería huyendo de la amabilidad de una de mis chicas, Fempa,

que se ha ido llorando. Creo que la mirada de desprecio de ese puerco indio le ha destruido la moral por mucho tiempo.

—Sin embargo, el indio no le hace ascos tampoco al otro sexo. Pero a condición de que sea siempre carne blanca. O rojiza a medio cocer.

—Es el caso que Rabinshiva ha bajado también a la piscina y se ha ofrecido a Jameson para untarle la espalda de crema protectora. El sol empezaba a quemar. Jameson ha mirado al sol, ha mirado al indio y con el mayor candor le ha alargado la cajita de la crema: «*Oh, thank you, sir!*». Si el indio se hubiera limitado a administrarle el unto, el candor de Fairplaying hubiera tardado cierto tiempo en ser destruido, pero Rabinshiva ha contestado: «*With pleasure, my love*», y estas palabras, junto al entusiasmo desplegado por el indio desde el primer momento del masaje, han hecho enrojecer de vergüenza y de pavor al inglés hasta un tono casi morado. Seila me ha dicho que parecía que le estaba frotando con violeta de genciana.

—¿Seila estaba allí?

—Sí. Ya sabes que es inteligente y ha comprendido la situación. Seila es la encargada de Jameson y le ha seguido hasta la piscina por si pedía sus servicios. Ha intentado suplir al indio en su campo de operaciones. Creo que estaba ya trabajándole la papadita. Pero Rabinshiva la ha rechazado brutalmente.

—¡Ju! Me imagino la escena.

—Pero no te puedes imaginar la reacción de Jameson. Ha visto en Seila una aliada y con la mayor educación ha sugerido a Rabinshiva: «Si no le importa y a partir de esa zona…» (le estaba manoseando el bajo vientre) «… prefiero la colaboración de la joven. Ya sabe usted que nuestros aliados de la Commonwealth son muy celosos de sus prerrogativas laborales». Y se ha zafado bruscamente de la agresión del indio que se ha quedado congestivo por la indignación y por otras cosas. Rabinshiva se ha revuelto contra Seila y ha mascullado unas palabras amenazadoras. Seila se ha refugiado en los brazos de Jameson. Más o menos así.

—¡Caramba con Seila! ¡Qué manera de refugiarse!

—Fairplaying ha hecho honor a su apellido porque ha seguido el juego de modo…

—¡Exacto, cariño! ¡Esa ha sido su jugada! Creo, mi vida, que el

heroico Jameson quería demostrar al indio, a Seila y a todo el que le viera desde las ventanas, su concepto ortodoxo del amor. Poco Victoriano, pero ortodoxo.

—Es posible que quisiera demostrárselo a sí mismo. Los ingleses siempre están temiendo encontrarse el retrato de Dorian Gray en los desvanes del cerebro.

—Es posible, mi amor… Pero olvídate ahora de esos tres. Calla.

—No puedo. Me siento Fairplaying. Y si me siento Fairplaying, necesito saber lo que el indio decía en este momento. De otro modo, me temo que mi virilidad…

—¡Cerdo, cerdo, cerdo!

—¿Eso le decía?

—¡No, no le decía eso! —Bali jadeaba y sollozaba a la vez—. ¡Le decía que estaba mancillado para siempre! ¡Que ya nunca podría ser un inglés del Imperio! ¡Que la carne amarilla mancha y degrada para siempre al bramán! ¡Que… que… nunca podría ni estrecharle ya la mano porque… porque a los leprosos y a los intocables…! ¡Que nunca podría salvarse el mundo tras de tanta vergüenza!

—Del poder de las castas discriminatorias, líbranos… Bali… Bali… Bali…

Minutos más tarde, Bali y Zacarías, de nuevo tendidos y relajados sobre la mesa de masajes continuaban desgranando la triste historia de Jameson Fairplaying, sumergido en el piélago ardiente de una Venus del Tehlo-Sap, al huir de otros peligros mayores.

—Rabinshiva —dijo Bali— se había marchado, tras de una larga lucha, con Seila, en la que Seila a la vez ha vencido y ha caído, Fairplaying se ha quedado triste. Seila ha respetado su tristeza y su silencio. Es inteligente. Pero aun así se ha sorprendido de las primeras palabras del exministro del Imperio.

—No me digas que le ha pedido excusas.

—No. Simplemente le ha preguntado, con el mayor interés si su… ofensiva podía traerle complicaciones. Como Seila no le entendía, Jameson le ha preguntado sin rodeos ya, si tomaba precauciones en estos casos para no quedar embarazada. ¿No te parece muy delicado por su parte?

Zacarías no contestó al pronto. Pero luego dijo, con cierta rabia en la voz:

—No. No es delicado, sino ofensivo. Estos malditos imperiales… Tienen más miedo al mestizaje que a una guerra nuclear.

—¡Ah! ¿Era por eso?

—Sí. Estoy seguro. Hubo un tiempo en que los ingleses creían firmemente en los peligros del mestizaje para la dominación de las colonias. El ejemplo español y el portugués parecían justificarles. Jameson Fairplaying tuvo durante algunos años un trabajo secreto en la Commonwealth. Le llamaban el *blanqueador* y su misión consistía en encontrar pequeños mestizos en el fondo de las chozas que rodeaban las guarniciones coloniales. Desde Burma hasta la Guayana, desde Gibraltar hasta las Malvinas, muchos soldados y funcionarios fueron repatriados, a la vez que muchas madres nativas se quedaron sin sus hijos.

—¿Los mataban? —preguntó Bali temerosamente.

—¡Oh, no! Su Graciosa Majestad nunca recurrió a la violencia sin antes probar todo el poder del dinero. Y los pequeños mezclados tuvieron colegios, o más bien, limpios y disimulados hospicios en Canadá, en Australia, en Irlanda… Cuidadosos y educativos hospicios donde les hacían olvidar hasta el último residuo ancestral de sus orígenes.

—¿Dónde están ahora todos ellos? ¿Qué fue de aquellos niños?

—Depende. Depende de la mayor o menor fuerza de las etnias. Los más blancos y más rubios fueron mano de obra barata para los telares de Manchester o voluntarios de escasa voluntad en el ejército. Los otros, los cafés con leche, amarillo turbio y pelo moreno, llanitos en Gibraltar, carceleros en la Guayana, pastores en Australia o delincuentes en el Soho.

—Del poder orgulloso de la raza blanca, líbranos, Señor.

—Cierto, Señor. Líbranos, Señor —dijo Zacarías fervientemente, escribiendo en la agenda. Luego miró algo en ella y comentó con cierta perplejidad:

—Es curioso que siempre se me queden estos dos para una última explicación que nunca puedo darme.

—¿De quién hablas?

—De los últimos gerontes. Marco Wenzel y Breckfield el galés.

—A mí me parece que tu IBM, el honrado Dupont, se equivocó con esos dos.

—No, no es posible… Aunque confieso que nada veo todavía en

su aspecto inocente… Breckfield parece un maestro de obras señalando con el mango de la pipa algo que se debe corregir.

—Un simbolismo fálico quizá.

—No. No en este caso. La usa como batuta. Indicación, corrección todo lo más. Agresividad ninguna. No es un pene agresivo o la batuta del maestro Wolfkosky dirigiendo la «Danza del andrógino». Por otra parte, Breckfield siempre lleva la pipa apagada.

—Con Marco Wenzel he hablado alguna vez. Salvo esa inocente manía de mezclar la arquitectura con la sociología…

—No es manía. Es una tesis. Se hizo famoso con ella.

La Sisowat miraba en la agenda, y comentó:

—No obstante es curioso que esos dos estuvieran juntos. Y esta mañana, precisamente; a la hora del amor.

—¿Dónde?

—Aquí. Bueno, no precisamente aquí, sino ahí: en la sauna.

—Sauna entre caballeros. Es una buena ocasión para conversar.

—Exacto. Estaban hablando. Estaban hablando en inglés. Pero aunque Anka y Lisa entienden el inglés…

—¿Son las dos chicas que les has enviado?

—Sí. Se han aburrido mucho porque no entendían nada. No han aceptado sus servicios, pero tampoco las han echado. Ellas se han quedado porque tales eran sus órdenes.

—¿Para qué, si no hacían nada?

—Para informar, ¿no?

—Sí. Es lo que deben hacer. Pero si no entendían lo que estaban hablando…

—¿Te olvidas de tus asquerosos recursos? En la sauna hay micrófono.

—Ya lo sé. Y el magnetofón está en el vestuario. Pero…

—Anka es muy lista. Tenía que rendirme un informe y para poder hacerlo le ha dado al interruptor.

—¿Dónde está la cinta?

—En el aparato todavía. No he pensado que fuera urgente oírla. Un bla, bla, bla entre intelectuales.

—Vamos. Trae todo eso. Nunca se sabe.

Bali se encogió de hombros y ciñéndose someramente una toalla fue hacia el vestuario con su ligero paso de gracia animal. Solo dos

minutos más tarde apareció de nuevo con un pequeño magnetofón-casete entre las manos. Lo puso encima de la poltrona, manipuló en él y se sentó junto a Zacarías para escuchar.

La primera que se oyó fue la voz apagada y con un matiz de temor de Marco Wenzel.

—¡Se están desnudando!

—Tienen calor. Nosotros también estamos desnudos.

—Pero ¿qué necesidad hay de que permanezcan aquí? Podíamos decirles que se fueran.

—Se están ganando su sueldo. Hay que respetar el modo de ganarse la vida cada cual. Si las echamos el que les pague podría pensar que no han sabido hacer su oficio. Y lo curioso es que también ellas lo pensarían. Las mujeres orientales son en eso muy pundonorosas.

—¿No cree usted que al desnudarse pretenden… animarnos? Yo nunca he creído demasiado en el masaje puramente higiénico.

—Es posible. Razón de más para que no les impidamos cumplir con su obligación. Después de todo no hay que negar que son un agradable espectáculo.

—Sí. Eso es verdad. La anatomía humana puede alcanzar límites insospechados de perfección.

—La más bajita es mucho más femenina. Sus curvas son rotundas. La otra quizás atraiga más por su ambigüedad. Es como un efebo. Líneas solo esbozadas pero de una delicadeza…

—¡Oiga! ¿Pero qué hacen?

—Acariciarse. Forma parte de su juego.

—Pero es que a mí eso no…

Zacarías Smuts paró el magnetofón, ahogando una carcajada y preguntó a Bali:

—¿Por qué hicieron eso?

—Se aburrían.

—Pero ¿son lesbianas?

—Más o menos lo son todas. Facultativamente, claro, y mientras no haya nada mejor.

El doctor encendió de nuevo el aparato:

—Bueno, Wenzel, no se lamente. Esto nos saca de dudas. No lo hacen por nosotros. No tenemos aspecto de gustarnos los platos fuertes.

—En todo caso sería más correcto que lo hicieran a solas.

—Empieza a parecerme que tiene usted demasiados prejuicios.

—Y a mí que usted tiene demasiado pocos. Cuando todo se haya derrumbado siempre quedará una moral natural, de defensa.

—¡Ah, sí! ¿Y dónde pone usted su ardorosa apología de la libertad sexual? Alguna vez le he oído decir que el sexo debía de ser liberado de su servidumbre a la especie si no queremos acabar comiéndonos los unos a los otros, como los náufragos de *La Medusa*.

Durante unos segundos ninguna voz humana salió del magnetofón, aunque eran audibles unos suaves jadeos y un gritito peculiar de mujer. De nuevo Marco Wenzel habló con voz ligeramente alterada.

—Confieso que no pensé jamás en una liberación… unisexual. Pero no obstante me sigue pareciendo excesiva su falta de asombro.

—No soy un aberrante sexual, si es eso lo que usted teme. Más bien por mi edad y por mi dedicación soy un asexuado.

—¿Por su dedicación? ¿Qué tiene que ver el socialismo de acción con el sexo?

—Amigo mío, hace muchos años que el socialismo de acción quedó castrado. Desde que los trabajadores se integraron en la sociedad de consumo y la lucha de clases perdió toda su agresividad, nosotros los líderes no hemos dirigido más que masas castradas.

—Las masas pueden estar castradas sin necesidad de que lo estén sus líderes. Más bien es necesario que no lo estén. Creo que fue Jung el que dijo que el eunuco nunca puede mandar y sí obedecer.

—Creo que usted mismo está explicando por mí el que siga considerando un bello espectáculo lo que estamos viendo. Es mi sexualidad no solo liberada y sin prejuicios sino además por delegación. Sexo jubilado sería el concepto exacto, y no olvide que por jubilados estamos en este sanatorio, todavía no sé bien para qué.

—No apostaría yo por su jubilación. Hay un extraño brillo en sus ojos. ¿Es por lo que ve o por lo que todavía espera hacer? Creo que cree poseer todavía el poder representativo de sus masas castradas como fuerte herramienta para transformar el mundo.

Esta vez fue Bali la que apagó el aparato y había cierta excitación en su gesto y en sus palabras:

—¡Chachari! ¡Es lo que han dicho en la misión! ¡Al nombrar a Breckfield! Del poder representativo de las masas castradas…

—Bien. Ya hay uno. Pon en marcha ese chisme.

En el magnetofón se oyó la voz del galés que hablaba con un extraño apasionamiento y como mascullando las palabras:

«—Mis gentes no saben que hay todavía un enemigo que vencer. Es la economía de mercado ahora el opresor. Y no lo saben porque no tiene cara de enemigo. Está dentro de ellos, dentro de sus condicionamientos mentales. No se sienten dispuestos a la lucha porque no hay agresividad contra una copia de nosotros mismos. Al igual que un hombre o una mujer naturalmente constituidos no ven en otro hombre o en otra mujer el adversario natural de una lucha sexual. Sí, tiene usted razón. En lo que estamos viendo, en esa… polémica de dos cuerpos y un solo sexo contemplo un símbolo de algo necesario. Fíjese usted, amigo, fíjese bien. Los protagonistas de la lucha son ambiguos, alternan constantemente en su agresividad, o en su defensa, el que hiere y el que se deja herir, pero la lucha sigue, porque en definitiva que la lucha siga siempre es lo que importa. Siempre habrá un enemigo. Siempre habrá un opresor…».

Se apagó la voz de Breckfield casi en un grito entre triunfal y sollozante. Del altavoz del magnetofón no surgían más que entrecortadas frases ininteligibles de agudo timbre femenino. De pronto predominó sobre todo lo demás una especie de queja casi animal, como de corza herida y se hizo el silencio. Pocos segundos más tarde se oyó la voz de Wenzel que hablaba en una especie de cantilena como gemebunda:

«—¡La violencia, la violencia siempre! ¡Violencia y sexo que es como nombrar la misma cosa! Nunca llegaremos a trascender, si no terminamos antes con el sexo y la violencia». Con un matiz de sereno apaciguamiento se oyó hablar a Breckfield:

—Sin sexo ni violencia no existiríamos ni siquiera como especie.

—Mírelas ahora. Sus rostros vuelven a ser humanos. Se miran como seres humanos otra vez. Ya no se acarician como antes. Solo se toman las manos. Tomarse las manos es el gesto lógico entre seres humanos, para caminar juntos hacia su destino. Es un gesto fraternal y no sexual. Ahí hay sociología y no instinto. La

integración social planetaria comenzará cuando todos podamos estrecharnos la mano sin propósito de continuar con una llave de judo o arrastrarnos a la cama.

—En todo amor, hasta en el fraterno, hay gérmenes de sexo y violencia.

—¿Quién habla de amor? La sociología no lo necesita. Es solo razón, limpia de instintos.

—Eso es una sociología deshumanizada. Nihilizante. Utópica.

Zacarías Smuts, que escuchaba muy atentamente paró de pronto el aparato y preguntó a Bali:

—¿Has oído eso? Ahí debe de estar la clave de Marco Wenzel.

—Espera, sí… quizá. Del poder, del poder… de la sociología lógica y…

—Y deshumanizada, líbranos, Señor.

Bali y Smuts sonrieron, pero Smuts volvió en seguida a poner en marcha otra vez la *cassette*.

Marco Wenzel hablaba:

—Sí, quizá. Quizá mis glándulas nunca han funcionado bien y por eso pienso así. Pero tengo que hablar con Gil de Albornoz. Creo que conoce el camino hacia una humanidad no sometida al sexo.

—Su antisexualidad es la manera más sofisticada que he conocido jamás de darle el protagonismo de toda la historia a un par de testículos y a una vulva de mujer.

—No le entiendo muy bien, pero todo es posible.

—Bien. Voy a la ducha. ¿O prefiere usted ir primero?

—No. Vaya usted, pero yo no me quedo aquí.

Se oyó el ruido de una puerta y casi a continuación unas risas femeninas mezcladas con frases en un rapidísimo lenguaje anamita, que alimentaban más y más las carcajadas. Bali apagó el aparato riendo también mientras decía:

—¡Qué par de locas!

Zacarías Smuts escribía febrilmente en la agenda. Al terminar quedó mirando la página, sumido en honda reflexión. Como Bali observara en él un estremecimiento, tomó un albornoz y se lo colocó sobre los hombros. Smuts hablaba ahora para sí mismo:

«—Todo está muy bien, pero ¿de qué me sirve? ¿Dónde puede saltar la chispa? ¿Cuál puede ser el psicodrama? El psicodrama revelador, claro. Todo lo demás es solo caldo de cabeza».

Bali quiso atraer su atención con suavidad, como temiendo sacarle de sus abstracciones:

—¡Chachari!

Y como Smuts había callado, aunque no parecía escucharla, continuó:

—Chachari, en la misión pasó algo más. O por mejor decir. Fuera de la misión. Funny Rioter reunió a los bonzos jóvenes y se divirtieron mucho haciendo una parodia…

Bali fue explicando la invención de Rioter para exorcizar a los gerontes en nombre de la panza de Buda. También le habló de la afición de los bonzos a imitar a cada uno de sus huéspedes, por medio del gesto y simples disfraces. Zacarías se volvía a Bali mostrando en los ojos el brillo de una revelación. Su rostro era el de Arquímedes segundos antes de su clásico grito.

Capítulo VIII

1

—*Viechio qui dorme molto mareta verso la morte*.

—¿Es algún verso del Dante?

—Parece. Pero es del pueblo. Lo dicen los italianos, mis vecinos y antepasados.

—Aquí nadie duerme mucho. Mira: son las siete y ya estamos casi todos levantados.

—Por eso lo digo. En ese tonto asunto de la muerte le tenemos miedo hasta a los proverbios.

Laura Hedoni estaba sentada en una hamaca en el borde de la piscina. A su lado, y con su eterno gesto de desabrido aburrimiento, Rabinshiva Memnom se disponía a dejar caer en el césped su largo cuerpo, pero pareció pensarlo mejor y añadió, mirando a Laura con ceñuda reconvención:

—De todos modos no es un saludo cortés el tuyo, para un viejo amigo.

—Es que me gusta ver a los viejos amigos, pero no a los amigos viejos. Vamos, siéntate de una vez y no temas que me dé cuenta de los pliegues de tu vientre. Después de todo, no puedes ir siempre sacando el pecho y metiendo el estómago.

—No. Lo he pensado mejor. Hace frío aquí a la sombra para ir en *slip*. Buscaré un poco de sol.

—Hay nubes y no solo en el cielo. Y si hay un poco de sol detrás de las palmeras te lo habrá quitado la rusa. Tendrías que cambiarle las manías a la pobre…

—De todos modos, de todos modos…

Rabinshiva se fue murmurando hacia el fondo del jardín, por donde deambulaban los demás residentes. Solo Jameson Fairplaying, tradicional maniático de la cultura física, nadaba a braza en la piscina, resoplando satisfecho al llegar a la escalerilla. Se habían formado, desganadamente, algunos grupos delante del parterre de las palmeras enanas, donde dos sirvientas ofrecían zumos de frutas tras una mesita. Semembutu Doc, el tercer hombre que mostraba su torso, porque no llevaba encima más que el desentonante *short* azul, se había tendido sobre la hierba. Los demás vestían su atuendo veraniego. Laharbi Mossadeck y Amaranto Goulardo habían aparecido juntos en la puerta del edificio central y miraban aprensivos al cielo tormentoso. El cardenal Dominici paseaba solitario, con un breviario en la mano, por el solarium del otro lado de la piscina.

Laura se había encogido de hombros ante la defección del indio y entrecerró los ojos, relajando las facciones, lo que acentuó el desplome de las arrugas de su rostro. Por lo demás, todos los rostros de los gerontes mostraban parecido gesto de hastío y desinterés. A la cruda luz de la nueva mañana aparecían viejos y cansados, sin esperar nada más que una absurda repetición de horas ya vividas, en el día que empezaba.

Por otra parte iba predominando entre ellos la opinión de que estaban perdiendo el tiempo. Y algunos como Víctor de Lisle, Amshorry Prag y Mickey Golden comenzaban a comentar en voz alta que todo aquello era una broma pesada. Podría serlo quizás en un sentido más profundo de lo que se hubieran atrevido a confesar, porque cada uno de ellos, separado de su ámbito de influencia y poder, abstraído del escenario habitual donde todavía podía sentir la ilusión del protagonismo, se consideraba en algún modo engañado. La verdadera broma estaba quizá en haberlos juntado allí, donde podían examinarse como en repetidos espejos unos a otros. Polvorientos espejos de un desván provisional premonitorio. Los saludos eran fríos y malhumorados, punteados por las toses de sus *toilettes* bronquiales matutinas y las agrias flatulencias de sus estómagos cansados. Necesitaban desesperadamente un culpable concreto para su inconfesado drama; por eso algunos espiaban la salida del director Smuts. Cuando este apareció, el primero que le interpeló a voces desde el otro lado de la piscina fue Dominici

Régula, quien cerrando el breviario, preguntó:

—¡Eh, doctor! ¿Cuál va a ser hoy su programa?

Zacarías Smuts hacía, por contraste, más juvenil su figura sobre el pórtico blanco de la residencia. Levantó la mano en alegre saludo general y mientras se dirigía a la mesita junto al parterre, contestó:

—Jugo de piña en el primer capítulo. Hay que empezar con algo poco sorprendente.

Amshorry Prag, que pelaba una naranja a gruesos pellizcos de sus dedos, le espetó:

—Tiene razón el romano. Necesitamos un *planning* de trabajo o de lo que sea. Nunca empiezo un solo día de mi vida sin saber lo que tengo que hacer hora por hora.

—¿Y ha podido usted cumplir siempre sus programas diarios? —preguntó sonriente Smuts.

—Siempre. Salvo emergencias, claro está.

—¿Y sus programas vitales?

—Eso lo juzgará la historia.

—Precisamente. Aquí estamos haciendo historia. Y por eso importan poco los programas diarios.

Dominici Régula se había acercado al grupo, e intervino en la conversación:

—¡Hum! Es un poco presuntuoso lo que usted dice. Nadie ha sabido nunca que ha estado haciendo historia, aunque de verdad la haya hecho.

—Tiene razón. Me excuso. Es la importancia histórica de todos ustedes lo que me aturde.

—¿Eso es un cumplido o un epitafio? —preguntó con una risa conejil Marcel «*le Tahitien*».

—No creo que usted se aturda fácilmente —siguió Régula—. Pero creo que nosotros sí que estamos un poco aturdidos. Estamos aquí reunidos para llevar a cabo, al parecer, un vago proyecto referido a la salud mental del mundo. Hemos tenido hermosas discusiones, en las que se han mezclado un poco embarulladamente la ciencia, la religión, la filosofía, la moral…

—¡Es verdad! —intervino Víctor de Lisle—. Ya va siendo hora de que nos digan a qué hemos venido.

—Por favor, general —pidió Smuts—. El cardenal estaba haciendo un resumen de la situación. Me refiero, claro, a la

situación de nuestras discusiones…

—¡Ahí está lo malo! —dijo Régula—. Que no sé cuál es esa situación. No hemos pasado de hacer elucubraciones alrededor de una piedra y de un monstruo de laboratorio que es poco más que una piedra. A este paso, y siguiendo esas curiosas ideas de algunos de ustedes sobre la cosmogénesis, vamos a tardar años en llegar a la sociedad humana, que es lo que debía interesarnos.

—Se olvida usted, monseñor, de que ayer era ya Cristo el que nos preocupaba.

Dominici Régula antes de contestar miró alrededor con aprensión. Cuando vio que Hans Liberano no estaba entre el grupo sino que se hallaba lejos, contemplando ensimismado el agua de la piscina, recobró su viveza y su sonrisa para añadir:

—Ahí, sí… Pero eso fue una polémica marginal entre un representante de la verdadera fe y un hereje.

Breckfield, el galés, que escuchaba la conversación no pudo por menos de intervenir, como siempre en defensa de la rectitud dialéctica:

—*I'm sorry*. No es justo lo que dice. Yo no soy creyente, pero no me encuentro eximido de una polémica en torno a Cristo. Y si la discusión hubiera continuado, pronto nos habría llevado a una problemática social.

El cardenal Dominici se volvió, sorprendido, a Breckfield:

—¡Es una curiosa manera de no creer! ¿Se da cuenta de que está a punto de declarar que Cristo es la base de la fraternidad humana?

—Bien, ¿y qué? Puedo no creer que es hijo de Dios, pero nada me impide pensar que Cristo fue un socialista intuitivo.

—¡Un Cristo desacralizado es imposible! Un Cristo sin carisma y origen divinos no sería más que un líder político de influencia muy limitada en el tiempo. Y vea cómo todavía cuenta algo, dos mil años después, hasta para ateos como usted.

—¡Como cuenta Sócrates y Espartaco y Confucio…! ¡Como cualquier arquetipo humano de cualquier tiempo!

—¡Señores, señores! —intervino el doctor Smuts—. ¿Vamos a privar al resto de nuestros amigos de tan esclarecedora discusión?

Marco Wenzel, el sociólogo, que escuchaba displicente a los polemistas, hizo un gesto negativo y opinó:

—No creo que estas discusiones aprovechen a nadie. Somos

demasiado viejos para cambiar de opinión y, por otra parte no hacía falta venir hasta aquí para hablar de cosas que en cualquier universidad europea se han tratado ya sin sacar nada en limpio.

—Pido perdón a los honorables señores —la voz de Li-Chiang se oyó mesurada y grave—, pero no creo que sea del todo inútil lo que se ha oído hasta ahora. Ayer podíamos haber llegado a la conclusión de que una civilización que lleva siempre a la muerte de Cristo, pudo tener algún error de origen…

—Tampoco ustedes parecen haber conseguido arreglar las cosas con las máximas de Confucio.

Ahora Dominici Régula había hablado un poco nerviosamente, revolviéndose contra el chino.

—Es verdad —aceptó humildemente este—. Pero ayer se estaba apuntando una tercera solución: la intervención directa del hombre y, de una manera inteligente, desde los orígenes. Es la misma idea de Mao, que no quería interpretar el mundo, sino transformarlo. Solo que Mao no contaba más que con sus jóvenes revolucionarios y no con pequeños dioses de laboratorio, carentes de prejuicios.

—¡Qué horror! ¡Una fábrica de hombres en China, siguiendo las instrucciones del Libro Rojo!

Zacarías Smuts intentó aplacar al cardenal diciendo:

—Creo que nuestro amigo Wenzel tiene razón. No vamos así a ninguna parte. Confieso honradamente que no es esta la forma que yo había soñado para nuestra convocatoria en este lugar.

Monseñor Régula, sonreía de nuevo:

—Es lo que le decía, doctor. Con nosotros no salen sus psicodramas.

—Es lo que le decía, cardenal. No ha surgido la chispa dramática, pero puede surgir todavía.

Paco Villalobos que, aun formando parte del pequeño grupo había estado silencioso hasta entonces, intervino diciendo:

—Yo pienso como Li-Chiang. Ha habido momentos en que podríamos haber hablado de cosas importantes. Pero siempre ha ocurrido algo…

Smuts se volvió vivamente hacia el cubano para secundar su opinión:

—Exacto. Algo ocurre siempre que corta el clímax. Algo que viene de fuera…

—¡Los malditos bonzos color de azafrán! —exclamó Mickey Golden, que solo había llegado al grupo para oír las últimas palabras—. O comienzan a correr entre los árboles, o tiran piedras, o se nos llevan a las chicas de servicio, o dan gritos subversivos…

—¿Y no será —siguió Villalobos— que su asechanza nos intimida? Estamos más pendientes de ellos que de nuestros propios problemas. Estamos aquí aislados y a solas con nuestras razones, después de haber librado una lucha de generaciones durante treinta años.

Luego añadió, señalando con un gesto los muros del jardín:

—Aunque muchos de nosotros nos sentimos muy cerca de ellos…

—¿Usted se siente bonzo? —preguntó Golden con asombro despectivo.

—Hablo de los jóvenes. La juventud está presente en todo el mundo, aunque aquí vista de color naranja.

Ahora fue Von Pentahome el que habló. Había un matiz irónico en sus palabras.

—No tiene más que probar. Salga y háblele. Yo ya probé, pero no escuchan.

—Creo —dijo Zacarías Smuts— que lo que quieren es que les escuchemos a ellos. Al menos es lo que me dijeron anoche.

—¿Usted ha hablado con ellos?

—Sí. Es decir, con algunos de sus representantes.

Víctor de Lisle conminó:

—Espero que les haya informado de las graves consecuencias que puede acarrearles su actitud.

—Yo encuentro su actitud muy natural. Hemos de comprenderlos. Ustedes saben que esta parte de Camboya quedó neutralizada después de la guerra que se extendió por toda Indochina en los años setenta. Neutralizada y bajo la administración de las Naciones Unidas. Gracias a ello podemos reunirnos aquí. Esta residencia pertenece a la
OMS
, organismo de la ONU. Pero, por otra parte, esta zona de condominio universal, sin Estado ni Gobierno, salvo el lejano y vago control de la ONU, pareció ideal a los chicos de esta parte del mundo para dar albergue a la central de la Internacional Juvenil

Asiática. Pretenden abrir su sede en
Siem Riep
y por eso les ha asustado nuestra presencia. Creen que venimos a disputarles su sitio. Creen que, como siempre, los mayores vienen a vigilar sus juegos. Y a interrumpirlos si no les gustan…

Von Pentahome inició una comprensiva sonrisa.

—Es natural —siguió Smuts—. Son ustedes demasiado importantes. VIP y todas juntas. Es condición juvenil atribuir a los mayores excesiva atención a sus cosas y a la importancia de lo que hacen. Su alarma ha sido tan grande que han llamado en su ayuda a dirigentes de la central mundial de la
I. J.
que, como saben, radica en la Sorbona.

—¡Los gamberros del *quartier* latino! —calificó despectivamente Víctor de Lisle.

—Le ruego que sea comprensivo, general. Uno de ellos va a venir a hablar con nosotros ahora y le aseguro que no es un gamberro.

—¡Adelante, doctor! —animó Marcel «*le Tahitien*»—. Si es preciso sujetaremos entre todos al impetuoso general. O mejor, póngale al lado dos loqueros.

Amaranto Goulardo, que en unión de Laharbi Mossadeck se había unido al grupo últimamente, expresó sus dudas:

—Ha platicado usted con ellos y con eso ya saben que nos importan una higa. ¿A qué vienen más explicaciones?

—Es una prueba de buena amistad. Quiere pedir disculpas por la pedrada de ayer, al mismo tiempo que darles la bienvenida.

Mickey Golden volvió a afilar sus constantes suspicacias:

—¡La bienvenida! ¿Adónde? ¡Esa es una petición de soberanía que no debemos aguantarles!

—Bueno… No creo que sea para tanto —intentó Smuts aplacar a Golden—. Lo que ocurre es que tienen un permiso de la UNESCO para dar representaciones de *Dialectic Theater* en la explanada del rey leproso y nosotros hemos empleado ayer ese lugar para nuestra reunión.

—¡He de enterarme de quién hace esas concesiones en la UNESCO! —siguió recalcitrante Golden.

Laharbi Mossadeck preguntó con sorna al griego:

—¿También funciona la UNESCO con sus dólares?

Paco Villalobos, que había escuchado con atención a Smuts, le interrogó:

—¿Sabía usted ayer lo de la concesión?

—No. Es muy reciente. Pero todo está ya explicado y podemos reunirnos en la explanada, si así lo acordamos, sin que nadie nos moleste.

Li-Chiang se volvió a los gerontes del grupo, que se había nutrido con la llegada del resto de los residentes. Les dijo:

—Creo, honorables señores, que lo que dice el doctor es muy satisfactorio. Debemos recibir al muchacho con la flor de la sonrisa en nuestros rostros.

Bali Sisowat hacía ya unos minutos que se había situado en el pórtico de la residencia y parecía esperar algo. Tras las palabras de Li-Chiang, hubo un cambio de explicaciones de los componentes del grupo con los que se hallaban menos enterados de lo tratado. Breckfield, el galés, preguntó a Smuts:

—¿Qué es eso del *Dialectic Theater*?

—Yo solo he visto una representación en la Universidad europea de Luxemburgo. Me pareció un experimento interesante. Los actores son mimos que no hablan. Los espectadores han de averiguar la significación de la mímica. Luego discuten sus respectivas interpretaciones.

Amshorry Prag emitió una corta carcajada sardónica:

—¡Nuestros ultramodernos jovencitos! ¡Eso es un juego de sociedad que se consideraba cursi y pasado de moda en mi juventud! Solo se practicaba en Boston y en los salones de las familias más aburridas.

—Creo que cambiaría usted de opinión —aclaró Zacarías— si viera una de las representaciones actuales. No tienen nada de inocentes en la intención… Un momento, amigos. Creo que está aquí el enviado de la

I. J.

El doctor hizo una seña a Bali, que, desapareciendo por unos instantes en el patio, volvió a aparecer acompañando a Denis le Plat.

Ya no vestía Denis la túnica de color azafrán, pero su atuendo no resultaba por eso demasiado convencional. Se había limitado a

colocarse un viejo *oreiller* de color rojo que hacía emerger su cara plana del cuello alto. Este disimulaba un poco las cortas proporciones de su pescuezo. Completaban su vestimenta unos pantalones de panilla *beige* y unas sandalias. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y mirando hacia delante con los ojillos vivaces, bajo las gruesas cejas continuas. Se divinaba su esfuerzo por no mirar a los lados, según la habitual desconfianza con que solía entrar en las situaciones nuevas. Zacarías Smuts se adelantó a recibirle y le estrechó la mano. Bali no avanzó más y se quedó en medio del jardín mirando con aprensión a Denis y al doctor, que se dirigían al parterre de las palmeras enanas.

Alrededor del parterre y de la mesa con las bebidas refrescantes, el grupo de los gerontes se había escindido discretamente, por lo que Denis solo fue recibido por Paco Villalobos, Semembutu Doc, Li-Chiang, Breckfield el galés, Laura Hedoni y Marcel «*le Tahitien*». Cirilenko Orlov andaba a grandes zancos por el césped, en círculos extravagantes alrededor de la piscina, sin dejar de contemplar alguna cosa en el agua, y la Sedova acababa de aparecer en el fondo del jardín en maillot escarlata, tendiéndose inmediatamente en el centro de una gran mancha de sol que vagaba por la hierba según el capricho de las nubes. Los demás huéspedes, observando de reojo lo que pasaba en el parterre, oscilaban, un poco distanciados, en sus pasos. Dominici Régula había abierto otra vez su breviario. Amshorry Prag se decidió por fin a unirse al grupo de recepción.

El doctor Smuts hizo las presentaciones inmediatas a los reunidos a la llegada de Denis, y ofreció a este:

—¿Un refresco, o algo más fuerte?

—Piña. Alcohol no tomo.

—¿Y drogas? —interrumpió Amshorry Prag con su directo modo habitual.

—En todo caso es muy temprano —sonrió Denis sin inmutarse.

Luego, y ya con el vaso de jugo de piña en la mano, se aproximó al borde de la piscina. Volviéndose a Smuts dijo:

—Tienen un agua muy limpia. Gusta mirarla. Nosotros nos bañamos en un remanso del río. Mucho barro y de vez en cuando algún perro muerto.

—Quizá le gustaría darse un baño —ofreció Zacarías.

—¿Puedo?

—*Of course!* —dijo Smuts—. Al fondo están los vestuarios. Encontrará algún *slip*…

—No hace falta —dijo Denis sacándose sin más los pantalones y el *oreiller*. Debajo llevaba un extraño bermudas con signos del zodíaco. Mostró el cuerpo lampiño y la juvenil y poderosa musculatura de su torso, sus brazos, sus piernas. Orlov dejó de andar alrededor de la piscina para mirarle. Denis le Plat, en una impulsiva e impecable zambullida, se lanzó al agua. En muy poco tiempo completó un largo, nadando con buen estilo *crawl*, y sin apenas tocar el muro opuesto volvió a surcar la piscina con igual impulso y ritmo. Los gerontes se habían aproximado a mirarle, aparentando indiferencia, displicentes unos, otros con cierta envidia quizás ante la fortaleza y naturalidad de su juventud. Cirilenko Orlov se había decidido por sentarse en el borde de la piscina, metiendo los pies desnudos en el agua y siguiendo atentamente a Denis en su recorrido. Katia Sedova Soleva se había levantado del césped, con un gesto amargo ante la defección del sol que había sido de nuevo tapado por las nubes; se aproximó también a la piscina con elásticos pasos. Rabinshiva Memnom, apoyado en una de las barras del trampolín, había revisado con la afilada punta de su zapato blanco las ropas abandonadas de Denis, y luego se dedicó a mirar las evoluciones de este que ya andaba por su cuarto largo.

Salió por fin Denis le Plat del agua entre sacudidas de brazos y resoplidos gozosos. Una muchacha anamita, a una orden de Smuts, le ofreció una toalla y Denis se sentó en la palanca del trampolín para secarse. Quedaba así un poco por encima de la cabeza de los gerontes que le rodeaban en un amplio espacio. Miró a todos con seriedad. Luego inició una leve sonrisa de indescifrable sentido y dijo con voz firme pero no arrogante:

—Bueno… Siento lo ocurrido ayer. Les prometo que no volverá a pasar.

Laura Hedoni se aproximó a Denis, le administró unas complacidas palmaditas en las piernas y le dijo:

—Olvídalo, muchacho. Estuviste a punto de darle a un cardenal, pero la Iglesia lo aprovecha todo. Improvisó una bella plática con tu piedra en la mano.

—No era mía. Quiero decir que no fui yo quien la tiró. Y lamenté mucho que lo hicieran. Me tuvieron que oír.

—¡Tonterías! —siguió la Hedoni—. Si nos divirtió mucho. Nos aburrimos, ¿sabes? Momentos después de caer tu piedra, el profesor Cohen había hecho sobre el mantel de su mesa la ecuación de la parábola de tiro, monseñor Dominici hacía la apología de la inconsciencia, el españolito Gil de Albornoz nos hablaba de electrones y sulfatos, el fraile Liberano aprovechó la ocasión para defender otra vez a Teilhard, el negro Doc se quedó en pelotas…

Denis miraba admirado a Laura y luego paseaba sus ojos regocijados por el resto de los circunstantes como preguntándoles qué clase de loca era la suiza-italiana. Pero la cháchara de esta quedó interrumpida por la abrupta intervención de Víctor de Lisle, que preguntó a Denis:

—¿Es usted el cabecilla de la algarada?

Denis abandonó instantáneamente su relajada actitud de regocijo; enderezando el cuerpo y endureciendo la gran mandíbula replicó:

—No hay cabecillas ni hay algaradas. Me llamo Denis Pertiaud y soy el secretario francés de la Internacional Juvenil.

—Ser joven no es una condición política. Solo es una enfermedad que se cura con el tiempo.

—A diferencia de la vejez que ya no se cura más que con la muerte.

—No es usted muy cortés con un compatriota. Y además, olvida que he sido su presidente.

—¿Cómo voy a olvidarme de usted? ¡Si de mi oficina salieron las consignas que le enviaron a usted a plantar coles!

Víctor de Lisle, congestionado de indignación, se volvió a Smuts, que escuchaba expectante la disputa:

—Creí que usted nos había prometido el sometimiento y las excusas de estos jóvenes.

Smuts se encogió de hombros:

—Excusas ya las ha dado. Sometimiento es una palabra que ya no se usa. Por otra parte es usted el que ha comenzado con una incorrección.

Dominici Régula se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ya comprendo lo que está ocurriendo! Este diabólico doctor recurre a todo para desencadenar su psicodrama. Víctor de Lisle retrocedió, mirando a su alrededor. Daba la impresión de alguien

que se había encontrado frente a las candilejas de un escenario sin darse cuenta. Por lo demás, en las miradas de los circunstantes y en sus gestos de disgusto no pudo encontrar ningún apoyo para su pleito. Intentó una salida airosa:

—Yo solo quería saber si las seguridades que nos da este joven son suficientes.

Denis sonrió generoso:

—En cuanto a eso no tema. Se ha disipado un malentendido. Sabemos ya que tienen ustedes tanto derecho como nosotros a andar por aquí.

—¡Naturalmente!

Víctor de Lisle había hablado impulsivamente, como dispuesto a mantener algún privilegio indiscutible pero inmediatamente pareció pensarlo mejor, lanzó una mirada aprensiva alrededor y calló. Fue Dominici quien continuó diciendo:

—¡Vaya! ¡Falló otra vez! ¿Está seguro, doctor, de que los psicodramas son posibles entre políticos?

—Empiezo a dudarlo —contestó Zacarías con una sonrisa incierta—. El político hace del riesgo calculado en la conversación y en la acción una técnica profesional. No obstante, aquí no somos todos políticos.

—Pero hay demasiados políticos y esto pesa bastante. Obran como el aceite sobre las olas embravecidas.

—En fin. Algo habrá que pensar. Entretanto podríamos divertirnos un poco asistiendo a alguna sesión de *Dialectic Theater*. Estamos invitados, ¿verdad, Denis?

—Desde luego.

Se oyó la risa comedida y grave de Teodoro Gil de Albornoz, quien, cuando los demás se volvieron a mirar, explicó:

—¡Esa es la carta que el doctor Smuts se guardaba en la manga!

Jameson Fairplaying inquirió, moviendo de uno a otro lado el arrugado pescuezo:

—¿Podría decirme alguno de ustedes a qué estamos jugando ahora?

—Todavía no jugamos a nada, *sir* —le aclaró Laharbi Mossadeck—. Luego, creo que vamos a ir a jugar a las adivinanzas con los chicos.

—Pero ¿cuándo vamos a empezar nuestro trabajo? —insistió

Fairplaying.

—Los conejillos de Indias no trabajan. Solo se dejan trabajar.

—Por favor —atajó rápidamente Smuts—. No aumente usted las suspicacias, Alteza. Aquí no hay conejillos de Indias, sino hombres de buena voluntad con plena libertad de acción y opinión.

—Me excuso, doctor —aceptó cortésmente Mossadeck—. Pero a muchos nos hace la impresión de que le resulta a usted difícil sacar de nosotros lo que quiere saber y recurre a todos los medios.

Iba a replicar Smuts cuando se le adelantó Gil de Albornoz pidiéndole, con un gesto, la primacía:

—Creo que mi exclamación ha tenido la culpa de este malentendido. No son trucos para sonsacarnos lo que emplea el doctor, sino recursos de psicoanalista para descubrir ocultas motivaciones.

—¿Ocultadas maliciosamente por nosotros? —preguntó Von Pentahome.

—No. Ocultas nada más. Y quizás insconscientemente, en el caso de que existan. El psicodrama podría hacerlas aflorar a la luz, pero parece ser que nuestras represiones son tan hondas que no resulta fácil el alumbramiento.

Smuts intervino para puntualizar:

—Yo más bien creo que la equivocación ha consistido en reunir a todos ustedes aquí y facilitar su convivencia. Se ha producido uno de los fallos del psicoanálisis de grupo: la cristalización en colectividad.

Zacarías Smuts hizo una pausa, durante la cual analizó rápidamente el silencio expectante de sus huéspedes y, quizás, el gesto de incomprensión de algunos de ellos. Se creyó obligado a continuar:

—Los psicoanálisis de grupo solo se puede hacer si se mantienen las individualidades disgregadas. Solo del choque o la fricción entre personas que no se identifican entre ellas, que no pueden encontrarse en plano alguno de entendimiento, puede surgir la frase o la situación reveladora. La chispa dramática, según monseñor.

Smuts señalaba a Dominici, que asentía. Laharbi Mossadeck intervino para preguntar:

—¿Y usted cree que ha habido una especie de… entendimiento entre nosotros…? ¿Cómo le ha llamado usted? ¿Una… cristalización

en colectividad?

—Exacto. Cuando un grupo de personas ante un psicoanalista se cierra sobre sí mismo, ya no es posible la utilización de cada una de ellas como camino o instrumento hacia el subconsciente de las demás. Forman una entidad impermeable a toda exploración.

—¿Pero qué es lo que nos ha podido unir? ¿Qué denominador común nos aproxima y nos… cristaliza?

Habló Hans Liberano. Se oyó su voz de bajo profundo matizada de honda tristeza:

—Nuestra vejez.

Rabinshiva Memnom protestó ardientemente:

—La vejez nunca aproxima sino que separa. Los viejos se hacen atrabiliarios y huyen de los otros viejos. Por otra parte la diferencia de edades entre muchos de nosotros es bien manifiesta.

Hans Liberano insistió:

—Es la vejez de nuestra presencia en el mundo. La vejez de ideas, de influencias. La vejez de nuestro magisterio o de nuestro poder. Yo le daría un nombre a esa colectividad de la que habla el doctor: los gerontes. La coagulada (y no cristalizada) colectividad de los gerontes.

Se hizo un silencio entre todos los circunstantes. Denis le Plat, que había estado escuchando muy interesado la discusión, se deslizó suavemente desde la palanca del trampolín al suelo, y sin dejar de mirar de reojo a los huéspedes del doctor Smuts se colocó los pantalones y el *oreiller*. Luego quedó apoyado contra la barra del trampolín sumido también en reflexivo silencio. No se oía más que el chapoteo de los pies de Cirilenko Orlov, pero el poeta dejó también por unos instantes de mover el agua para atender a lo que podía decirse de un momento a otro en el grupo mayor. Fue Gil de Albornoz el que habló:

—Creo que ahora lo entendemos todos. Por mí no hay inconveniente alguno en asistir a una sesión del *Dialectic Theater*.

Jameson Fairplaying pidió nueva aclaración:

—Al parecer, asistir a esa representación tiene un especial significado.

Fue el exemir de Kuwait quien le contestó:

—Significa un factor de disgregación. De algún modo el doctor espera que nuestra impermeabilidad se disgregue…

—¿A pedradas? —preguntó Laura Hedoni.

Denis le Plat levantó los brazos en un ademán tranquilizador, pero Smuts habló primero:

—Es una confrontación con la realidad externa. Siempre es beneficiosa una apertura. Como una ventana al aire libre cuando nos cansamos del aire acondicionado.

Nadie replicó a las palabras de Smuts, que después de esperar unos segundos alguna interpelación añadió:

—De cualquier modo no se obliga a nadie. Explanada del rey leproso, cuatro de la tarde. Y consideren el resto del día de hoy como de descanso.

2

No faltó ninguno de los huéspedes del doctor Smuts. Pero los motivos que llevaron a cada uno de ellos a la explanada fueron diferentes. Curiosidad en algunos, desafío por parte de otros, superación y vergüenza de su propio miedo en dos o tres, anhelo de entenderse y de entender a los demás en los de mejor intención… Si acaso podría atribuirse a todos los gerontes sin excepción un solo impulso más o menos consciente: el de emerger por encima de su aislamiento, por encima de la terrible soledad de muchos en compañía, mientras se tenía la dolorosa impresión de que, fuera, en el mundo que había sido su contrafigura, algo estaba pasando sin contar con ellos. Lo que se había hablado en la piscina por la mañana había hecho mella en su encostrado escepticismo.

Por otra parte fue tonificante para todos volver al incomparable escenario del recinto sagrado, donde se daba constantemente el drama del sincretismo naturaleza-arquitectura en secuencias que duraban siglos. Había caído al mediodía un copioso chaparrón tropical que refrescó algo la atmósfera, además de haber liberado al cielo de nubes, y el ozono saturaba el aire comunicando a los espíritus la sensación de placidez y de paz con el universo cuando el hombre se identifica con su entorno natural. Hasta el acecho demorado de la selva alrededor de los templos parecía menos hosco,

menos impaciente, casi más deseo de enamorado que abrazo de muerte. Las cúpulas a distinta altura de los sauces, los sicómoros, los plátanos, los abedules, los altísimos olmos… daban apoyo a perspectivas verticales mintiendo infinitos, mientras que los rayos del sol filtrados por el verde tamiz irisaban rompiendo su espectro en las gotitas de agua temblorosa de los extremos de las hojas, y luego diluían su pancromía en los innumerables tonos del verde.

Sobre la explanada del rey leproso una gran mancha naranja-azafrán a la derecha, en la parte más cercana al borde de la selva: los bonzos apiñados emergiendo sus cabezas rapadas móviles y repetidamente sonrientes, murmuradores y curiosos, contemplaban a los gerontes que de una manera como desganada y displicente se habían ido situando alrededor de la parte escalonada y más irregular, buscando cada uno un lugar cómodo para la espera y la observación. Los bloques levantados ofrecían diferentes versiones de tronos pétreos donde los gerontes fueron tomando acomodo. Esta ubicación disgregada contrastaba con el apiñamiento amistoso y un poco gregario de los bonzos jóvenes. A la izquierda y rodeando el grupo escultórico del rey sentado y del Buda bajo la serpiente naga, unos jóvenes de clara traza europea en sus *pullovers* y pantalones sin forma: Denis, Marco Spaghetti y Funny Riotter. Junto a ellos un rostro barbudo terminando un corpulento cuerpo envuelto en un impermeable gris; el padre Damián despertaba la curiosidad e incluso la suspicacia de algunos de los huéspedes de la residencia.

Brainfullen Cohen y Marco Wenzel estaban apoyados en el mismo bloque calizo de inclinadas facetas. El matemático Cohen opinaba:

—Nunca me han convencido estos experimentos teatrales de interpretación abierta. Me parecen refugios efímeros para la poesía. Efímeros e inadecuados. La poesía debe de ir por delante de las matemáticas en los conflictos del Universo. Por delante de la razón y no en las cloacas de lo intuitivo.

—De todos modos —dijo Marco Wenzel— pueden a veces ser interesantes desde el punto de vista sociológico.

—¿Qué sociología pueden enseñarnos unos bonzos jóvenes incorporados tan recientemente al movimiento juvenil?

—No sé. Aunque creo que ha habido en este caso algún guionista espurio. Quiero decir que tengo la sospecha de

intervención extraña a la iniciativa de los bonzos. Por lo demás, los bonzos son buenos mímicos. Están entrenados por su ritual, casi todo mimado, y por su teatro religioso, hecho de simbolismos y de actitudes corporales…

Calló Wenzel porque en aquel momento avanzaba hacia el centro de la explanada un primer personaje. Era un joven bonzo alto, que se esforzaba por hacer adoptar a su rostro un gesto entre vigilante y siniestro que desembocaba en el hieratismo. Toda esta pose más o menos solemne estaba desmentida por un sombrero tosco hecho de cartón, que recordaba el característico tocado de los *cowboys*, tal como se ven en los *westerns* de exportación. La túnica estaba anudada sobre el vientre como una camisa y llevaba las largas piernas envueltas, en unos pantalones muy ceñidos. Completaba su disfraz un cinturón colgante con un revólver de plástico y en la mano izquierda una cuerda arrollada en forma de lazo vaquero. Durante medio minuto, el personaje paseó su mirada por la concurrencia, despertó risas infantiles entre los bonzos espectadores y luego esperó inmóvil en el centro de la explanada. Hubo unos segundos de agitado murmullo entre los bonzos, y de pronto sonó unánime un grito de reconocimiento acompañado de risas:

—¡Amshorry Prag!

El expresidente de USA, que estaba contemplando la escena con escaso interés y sin suspicacia alguna, quedó muy sorprendido al oír su nombre lanzado como un alarido por más de un centenar de voces. Se incorporó mirando a su caricatura y luego a los rostros de sus compañeros más cercanos. Bali Sisowat, que estaba próxima, al lado de Zacarías Smuts, le contemplaba aprensivamente, pero Prag emitió una sonrisa insegura y volvió a recobrar su rostro de póquer cuando el bonzo imitador andando de espaldas quedó quieto y como fuera de escena porque un nuevo personaje apareció en el fondo del escenario.

Este era un bonzo achaparrado, de gesto inquisitivo, con la cara chata como husmeando algo. Se había ceñido la túnica con un cinturón de cuero y anudado sus pliegues inferiores a los tobillos, quizá para simular pantalones. Iba destocado y se veía claramente

que toda su identificación la había fiado a la pipa, descomunal imitación hecha con cañas que portaba en la mano y con la que apuntaba conminatorio a la concurrencia. De vez en cuando se la llevaba a la boca para darle grandes y casi salvajes chupadas. Cuando quedó inmóvil en el centro los murmullos y las risas fueron seguidas casi inmediatamente del grito de reconocimiento:

—¡Breckfield el galés!

El verdadero Breckfield estaba sentado en una escalera posterior, algo por detrás del resto de sus compañeros, y cuando algunos de estos se volvieron a mirarle pudieron ver cómo reía de buena gana al mismo tiempo que hacía un gesto alegre con la pipa en alto, gesto que despertó de nuevo el regocijo de los bonzos. Su imitador, también andando hacia atrás, se había alineado junto al primer personaje dejando el centro de la escena al siguiente, un bonzo pequeñito, de pasitos cortos y cara sonriente que no llevaba más modificación en su habitual atuendo que un cuello blanco de celuloide alrededor del suyo moreno y una corbata negra pendiendo por fuera de la túnica. Bajo el brazo derecho portaba un barco de juguete y cada tres o cuatro pasos hacía una profunda reverencia, sin dejar de sonreír. Hubo un corto silencio entre los espectadores jóvenes, como intentando la adivinanza hasta que unos pocos de entre ellos dieron la clave y su hallazgo fue secundado por las risas de todos los demás:

—¡Tju Ngoda!

Amaranto Goulardo, que se hallaba cerca de Marcel «*le Tahitien*», dijo:

—Esto parece un test directo de popularidad. Al japonés casi no lo pescan.

Marcel «*le Tahitien*», que tenía los ojos brillantes y se movía constantemente entre divertido y excitado añadió:

—En cambio el que viene ahora es muy fácil.

Era un bonzo también alto, quizás el más alto de todos. Llevaba en la cabeza una vieja gorra de gendarme francés que indudablemente había estado arrumbada en alguna casa de Siem Riep desde los tiempos de la colonización. Unas cuerdas a manera de correaje militar le ceñían la túnica y caminaba erguido en exceso, con la cabeza y la mirada dirigida a las nubes, el gesto hosco. Una

de las manos metida en el pliegue del pecho y la otra en la espalda, tenía todo el aire napoleónico deseable. Las risas y los gritos fueron inmediatos y unánimes:

—¡Víctor de Lisle!

Ahora no solo fue Bali, sino también Smuts, los que miraron de reojo al general. Indudablemente aquella imitación era el *tour de force* que daría o no daría luz verde a la continuación de la pantomima, sin defección de los gerontes. De Lisle estaba solitario, apoyado en un bloque de piedra, y aunque no sonrió, tampoco hizo gesto alguno de repulsa o indignación. Quizás estaba su rostro un poco más crispado que de costumbre, pero su actitud era más bien de aburrida espera y no participación. La caricatura del general pasó a colocarse junto a sus compañeros y los cuatro quedaron inmóviles durante unos segundos hasta que los bonzos cesaron su regocijo. Se hizo un silencio expectante y entonces se adelantó otra vez hacia el centro el imitador de Amshorry Prag. Quedó allí quieto, como aguardando algo, hasta que se adelantó hacia él con cierta prisa el doble de Breckfield, el galés. Amshorry abrió el rostro en una amplia y como mecánica sonrisa alargando la mano a Breckfield. Este, como atolondrado, le largó la pipa, que Amshorry lanzó de un manotazo al suelo, volviendo a sonreír de igual modo estereotipado cuando por fin pudo coger la mano del inglés. Una vez dado el primer estrechón, el caricato de Amshorry comenzó a forzar el brazo de Breckfield-imitación, hasta que este no tuvo más remedio que inclinarse con cara dolorida y caer de rodillas a los pies del tejano, que sonreía ahora ya siniestramente. Una vez en el suelo, el falso Amshorry le soltó y el otro, puesto a cuatro patas, comenzó a ladrar con considerable entusiasmo. Esta fue la señal para que se adelantara el imitador de Tju Ngoda corriendo con sus pasos cortitos a estrechar también la mano que le tendía el sonriente tejano. Se repitió la misma escena anterior hasta que el japonés cayó por el suelo y una vez a cuatro patas se inclinó ante el americano disponiéndose a lamerle los pies.

Cuando el caricato de Víctor de Lisle se adelantó hacia el imitador de Prag, este se dignó dar dos pasos hacia su encuentro, pero una vez juntos, mecánicas y unánimes las sonrisas, automático el estrechón de manos, también la sombra de Amshorry forzó el brazo del otro hasta que el falso De Lisle vino al suelo. Pero no cayó

en posición cuadrúpeda sino que quedó sentado con rostro de indignación y desafío; el pseudo-Prag se encogió de hombros y se dispuso a caminar, empuñando con una mano el revólver y con la otra el lazo, a punto de ser lanzado en busca de alguna presa. A cuatro patas le seguía la caricatura de Tju Ngoda, intentando siempre besarle los pies, y a cuatro patas le seguía también el segundo Breckfield ladrando sin cesar. El imitador de Víctor de Lisle seguía sentado y quedó por lo tanto a la zaga; sin embargo, y aunque con mayor dificultad, se agregó al séquito, dando unos difíciles y tremendos botes con el trasero, sin abandonar por ello el gesto de indignación y desafío. Los cuatro, desfilando de tal guisa, marchaban hacia el fondo de la explanada, acompañados por un coro alborotado de risas, gritos y silbidos. La complicada manera de progresar del imitador de Víctor de Lisle le hacía quedarse muy atrás, y como consecuencia era el que recibía en mayor proporción los equívocos homenajes de los bonzos espectadores, en forma de carcajadas, de burlas, de silbidos, y, de vez en cuando, algunas pieles de plátano.

Víctor de Lisle abandonó de pronto su actitud de aburrida espera, volvió bruscamente la espalda y se dispuso a marchar. Marcel «*le Tahitien*» estaba muy cerca y le encaró riendo mientras le decía:

—¿Se va ya, general? No ha acabado la representación. De Lisle no se dignó contestarle. Pero no le quedó más remedio que atender la cortés indicación de Breckfield, el galés, cuando este le dijo:

—Vamos, De Lisle… Lo peor ya ha pasado. Si esta pantomima infantil tiene algo de dialéctica, alguien tiene que hablar ahora para defendernos.

—O para insultarnos más.

Marcel se movía ahora muy cerca del expresidente francés, dispuesto a que este le hiciera caso:

—Me defrauda usted. Usted que soportó las más crueles caricaturas en la prensa francesa. ¿Será verdad que ha envejecido demasiado?

Impulsivamente y quizá contra su voluntad, De Lisle replicó:

—Yo tolero liberalmente cualquier caricatura de mi persona; el hombre no cuenta cuando anda en juego el servicio de la patria. Pero no puedo tolerar un insulto a Francia en cualquier forma que

este se perpetre.

Marcel exclamó, regocijado:

—¡Ah, ah! Es por ese bonzo tan gracioso pegando saltos con el culo detrás de…

—Es por todo el menoscabo de mi país que se ha hecho con esa ridícula chiquillada, sobre estas piedras que Francia ofreció a la historia y a la civilización.

Marcel inició unos compases de *La Marsellesa*:

—*Allons enfants de la patrie…!*

Breckfield intervino de nuevo conciliador:

—Pero ¡si no ha quedado tan mal su país! Inclinado ante la fuerza, pero no subyugado. Con la cabeza alta, aunque sea sentado en el suelo… Yo, en cambio, he encontrado muy graciosa esa imagen de Inglaterra ladrando a los enemigos de los Estados Unidos. Y muy propia.

Tju Ngoda se añadió al grupo y dio su opinión:

—En cambio, yo no puedo defenderme, porque no hay modo de identificar al Japón en la pantomima. El Japón nunca le ha besado los pies a la gran nación americana. Y hasta alguna vez, como en Pearl Harbor…

—¡Alto ahí, amigo! —Amshorry Prag, que hasta entonces se había mantenido al margen, aunque escuchando con cierta complacencia a los polemizantes, intervino con gesto agrio—. ¡Si saca a relucir a Pearl Harbor, le miento a usted ese pequeño escuerzo de su emperador que todavía vive gracias a nuestros dólares!

El japonés se volvió a Prag sin perder su compostura, pero endurecidas súbitamente sus facciones y distinto el tono de sus palabras:

—¡Querido señor! Me temo que no está usted bien informado. Nuestro venerable emperador no necesita el dinero de nadie, porque Japón ha arrojado de los mercados de casi todo el mundo a la querida y gran nación americana.

Se enderezó Amshorry Prag ante las palabras del japonés, que parecían haberle herido en alguna parte muy sensible:

—Nuestros dólares sostienen el yen porque nos interesa tener un amigo fuerte en este confín del mundo, pero todo lo que nos mandan ustedes, no pasa de ser pacotilla de imitación.

—¿Son también imitación las esposas que los americanos vienen a buscar en mi país? ¿Sabe que sus soldados y sus hombres de negocio y sus estudiantes no salen del Japón si no salen casados? ¿Ha oído hablar de la japonización de muchas ciudades del Oeste y hasta del interior? ¿Se da cuenta de que, en unos años, más de la tercera parte de sus compatriotas tendrán sangre japonesa?

—En eso tiene razón: nuestro problema es que nos estamos llenando de hijos de puta.

Tju Ngoda crispó la mandíbula y por un momento sus facciones y su mirada tomaron el aspecto siniestramente convencional de los japoneses que aparecían en las viejas películas de la segunda guerra mundial. Luego dijo con lentitud:

—Supongo que debió usted hacer averiguaciones con su madre. El segundo informe Kinsey asegura que ni una sola mujer americana se casa virgen.

El puño del tejano voló hacia la cara de Ngoda, sin conseguir alcanzarle, porque el japonés, pequeño y ágil, educado en judo, le hizo una finta que desequilibró a Prag, quien hubiera caído al suelo a no ser por el apoyo, un poco involuntario que le prestó Breckfield. El galés aprovechó la ocasión para retener al tejano sujetándole los brazos. Se armó un pequeño revuelo durante el cual lo más conspicuo fue la alta figura de Víctor de Lisle colocado en medio de los contendientes y exclamando:

—¡Caballeros! ¡Esto es indigno!

—¿Indigno, por qué, general? —preguntó Marcel «*le Tahitien*»—. Durante años estuvimos viendo cómo se mataban americanos y japoneses y nadie hablaba de indignidad. Solo se hablaba de heroísmos.

De Lisle no pudo aguantar más la intervención del pintor, y le voceó de arriba abajo como el militar de las viejas caricaturas al minúsculo recluta:

—¿Quiere callar de una vez, enano? ¿No se da cuenta de que estos jovenzuelos se nos están riendo?

Durante toda esta escena una transformación singular se había operado en la explanada del rey leproso. Los bonzos jóvenes, silenciosamente, deslizándose con sus pies descalzos sobre las losas habían cerrado un semicírculo alrededor de los gerontes. El movimiento envolvente había sido dirigido por Denis y sus

compañeros, aunque nadie advirtió más que el doctor Smuts. Con todo, lo que resultaba más extraño es que los bonzos ya habían cesado en sus risas, en sus gritos y en sus silbidos, y permanecían callados, atentos y serios, como interesados en lo que estaba ocurriendo. Marcel «*le Tahitien*» se dio cuenta de este silencio y más para sí mismo que para contestar al general comentó con estupor:

—Nadie se ríe ahora.

También Víctor de Lisle quedó desconcertado al comprobar la casi estática compostura de los bonzos y por unos segundos no supo en dónde apoyar su cólera, hasta que se volvió a Smuts para conminarle:

—¿No va a hacer usted nada para acabar con esta situación?

Zacarías, que había permanecido en una absoluta pasividad durante todos los sucesos, preguntó:

—¿Qué situación, señor?

Realmente nada crítico parecía estar pasando en aquel momento. Amshorry estaba junto a Breckfield y a Von Pentahome arreglándose un poco la figura, descompuesta por el amago de pelea. Tju Ngoda se había refugiado tras de Marcel, cerca del grupo general y miraba al tejano con ojillos entre aviesos y burlones. Los demás gerontes estaban en una actitud expectante y los bonzos silenciosos componían el fondo de la escena casi inmóvil. De Lisle insistió:

—En todo caso, alguien nos tiene que dar una explicación por lo sucedido. Por la burla y por este desagradable incidente.

Smuts contestó cortés:

—El desagradable incidente personal puede lamentarse como… eso, nada más. Un desagradable incidente personal.

Pero tenga usted en cuenta, general, que para nuestro empeño poco importan las personas. Ustedes son más bien símbolos y lo que ocurre entre símbolos es siempre aleccionador.

Breckfield rio contenidamente sin quitarse la pipa de la boca. Luego dijo:

—Me parece que la parte dialéctica de la representación nos la quiere adjudicar a nosotros. Pero…, estos chicos no entienden ni la mitad de lo que hablamos.

Como si las palabras de Breckfield hubieran sugerido a la

misteriosa voluntad que regía los movimientos de los bonzos, en la primera fila de estos se levantó un muchacho de clara apariencia anamita, con gafas y sesudo aspecto, que volviéndose a sus compañeros les explicó algo en voces guturales y hablando muy rápido. Cuando terminó, los jóvenes emitieron una sola sílaba afirmativa, todos a la vez y sin escándalo alguno:

—*¡Jat!*

Del centro del grupo de bonzos se levantó otro que hizo, al parecer, unas preguntas al que había hablado. Este se volvió al grupo de gerontes y les interrogó en perfecto inglés:

—Quieren saber por qué el americano alto ha querido pegar al japonés pequeño.

Smuts hizo un gesto a Amshorry como invitándole a que diera una explicación, lo que dejó a este estupefacto. También Tju Ngoda se movió inquieto como esperando que el engorroso encargo de explicar a los bonzos la causa de la pelea le pasara a él. Resultaba muy difícil explicar de un modo digno a unos jóvenes —ante los que se hallaban tan desnudos e indefensos como una colonia de microbios ante el microscopio de un investigador— que el americano alto había llamado putas a todas las mujeres oriundas del Japón y que el japonés pequeño se había metido con la madre del americano alto. Por un momento todos los gerontes tuvieron la impresión de su tremendo ridículo ante la mirada analítica de los jóvenes; lo ridículo de sus querellas, de su convencionalismo, hasta de los insultos; de todas las cosas estúpidas que habían mantenido durante siglos la incomunicación entre los hombres. Quizás el que más hondamente sentía la herida cruel de este ridículo fue Breckfield, porque fue el que tomó la decisión de hablar a los bonzos, justo en el momento en que Amshorry Prag daba media vuelta como intentando marcharse. Breckfield oyó el bufido y vio el encogimiento de hombros de Amshorry y tocándole en el brazo le dijo con firmeza cortés:

—No. No estaría bien. No debemos abandonar ahora.

Luego, volviéndose a los bonzos, habló:

—Voy a intentar explicarles lo ocurrido. Lo haré según las interpretaciones simbólicas que el doctor Smuts intenta hacernos comprender, sin demasiado éxito hasta ahora. Smuts sonrió francamente divertido; Breckfield siguió:

—Aquí no ha habido más que el conocido conflicto de los nacionalismos. Cada nación necesita constantemente afirmarse a sí misma, y para eso se atribuye originales virtudes y atribuye a las demás naciones no menos originales e incorregibles defectos. Nosotros, quizá más que cualesquiera hombres en el mundo, nos sentimos identificados con nuestras respectivas naciones y cualquier burla o insulto a nuestra nación o a nuestros connacionales se convierten inmediatamente en afrenta personal.

El bonzo de gafas traducía rápidamente para sus compañeros, a medida que Breckfield iba hablando. Funny Rioter se adelantó un poco para intervenir con amable voz que quizás engañó en principio al galés:

—Perdone, señor. Me parece que ha pasado algo más. Estoy conforme en cuanto a su explicación para el señor de Lisle. Pero la disputa del señor Prag y del señor Ngoda no ha empezado hasta que no han salido a relucir otras cosas. Otras cosas como las hazañas militares, la hegemonía en los mercados, y la discutible virtud de las mujeres. ¿Son esos también prejuicios nacionalistas?

—En un amplio sentido creo que sí…

—Muy amplio, es verdad. Tan amplio que ya se ha convertido en imperialismo. El señor Ngoda aspira a japonizar por el sexo y por los cachivaches fabricados en industrias que son como hormigueros, cualquier país que se deje. El señor Prag está claro que la emprenderá a puñetazos con todo el que quiera expulsar a su nación de los mercados mundiales y del otro mercado, el de la honorabilidad convencional. Es la lucha de las hormigas contra el elefante.

Pero lo malo es que entre las picaduras de las unas y el patear del otro nos están fastidiando a todos.

En este punto de la polémica, Víctor de Lisle pareció cobrar de pronto interés en lo que estaba pasando. Smuts, que le observaba, le instó:

—¿Tiene usted algo que decir, general?

Víctor de Lisle dudó un momento para aclarar con gesto remiso:

—Es una cuestión de puntualizados. No me gusta el procedimiento de esta discusión, pero yo puedo decir que el fortalecimiento de las patrias es el único freno contra el imperialismo de cualquier clase.

Denis le Plat se echó a reír de un modo un poco insultante:

—¡Pero si usted se quedó en nacionalista porque el fracaso de su *force de frappe* le impidió ser imperialista! ¿No recuerda su oposición a cualquier confederación europea que no tuviera como capital a París?

De Lisle se retiró a segundo término gruñendo:

—¡Ya decía yo que en estas condiciones la discusión es imposible!

El bonzo de las gafas seguía traduciendo en siamés todo lo que se estaba hablando, ante el silencio atento de sus compañeros. Breckfield intentó resumir:

—Bien. Parece que estamos llegando a alguna parte. Aunque esta sesión, más que de teatro dialéctico, es más bien una dialéctica un poco teatral, creo que han quedado ya condenados los nacionalismos y los imperialismos…

—¡Un momento! —interrumpió Funny Rioter—. Falta algo. Falta que usted nos explique por qué es el único que no se ha enfadado con la pantomima.

—Bueno… Pueden ustedes ponerlo en la cuenta de la veteranía parlamentaria. Nuestro Parlamento es el más antiguo del mundo y nuestras armas dialécticas el *fair play* y el humor…

—¿Fue juego limpio apoyar a Estados Unidos en la guerra del Vietnam y a la vez llevar a cabo la masacre de Biafra?

—Yo no estaba en el Gobierno cuando pasó todo aquello. Luego, en la primera ocasión en que pude hacerlo, repudié los compromisos anteriores…

—Pero usted, como representante del ala izquierda del laborismo, tuvo siempre a su disposición lo más sano del socialismo inglés ¿no es cierto?

—Sí. Creo que sí…

—¿Y qué hizo usted con sus masas proletarias, aparte de conseguirles vacaciones pagadas y facilitarles el pago de sus televisores?

—Me lo agradecieron entonces. Era lo que querían…

—Era lo que querían porque eran y son unas masas castradas, enganchadas a traición en la sociedad de consumo, insolidarias y tristes, sin mística ni capacidad de cambio; alienadas bajo la opresión de los *managers* y engañadas porque creían ya no ser

oprimidas, simplemente porque su opresor no tenía cara. Usted y lo que usted representa tienen la culpa de que la verdadera revolución mundial, la de la fraternal sociedad humana, esté aún inconclusa y el mundo al borde del desastre.

El bonzo traductor daba ahora a su rapidísima exposición gutural unos tonos vibrantes. Los bonzos miraban a los gerontes pero escuchaban a su informador. Amshorry Prag, que se había ya repuesto de su cólera, hizo unos gestos despectivos moviendo sus largos brazos y exclamó:

—¡Todo esto ya lo he visto en otra parte!

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Smuts cortésmente.

—A todo esto. La mojiganga imitando personajes, la crítica de la sociedad, la invocación a la revolución mundial… Luego acabarán quemando algún muñeco como toda solución… y se irán a casa. En los campus universitarios era siempre la misma diversión de fin de semana.

Casi a la par que Prag acababa de hablar terminó el bonzo con ganas de traducir y sin que mediara ninguna orden ni exclamación alguna, todos los bonzos se pusieron en pie y en amenazadora actitud de dirigirse contra los gerontes. Denis le Plat, haciendo un gesto apaciguador con sus manos, se volvió al expresidente de
USA
para decirle:

—¿Prefiere usted soluciones aplicadas o tan solo sugeridas?

Tenía una sonrisa de inequívoco desafío. Prag no contestó, aunque quedó casi solo en el grupo de los gerontes enfrentado a los bonzos. Algunos de sus compañeros, como Mickey Golden, como Amaranto Goulardo, como Rabinshiva Memnom… retrocedieron claramente asustados. Von Pentahome, que había estado al margen de toda la polémica, se adelantó para ponerse al lado de Prag. Zacarías Smuts propuso:

—Es mejor para todos seguir las reglas del juego que en este momento estamos jugando.

Denis movió las manos como aceptando y se volvió hacia sus huestes. El grupo de bonzos se escindió rápidamente y, dando casi la espalda a los gerontes, se volvieron a sentar en semicírculo, acotando una nueva configuración del escenario. Delante de ellos volvieron a aparecer los mismos personajes de la pantomima: el

falso tejano en pie, el imitador de Víctor de Lisle sentado y los de Tju Ngoda y Breckfield el galés, manteniéndose en posición cuadrúpeda. Los cuatro inmóviles durante unos breves segundos. El anamita de gafas gritó una especie de orden y los mismos comenzaron a animarse: el bonzo caricato de Amshorry Prag se sacó el revólver y simuló disparar contra los tres personajes que tenía a sus pies. Estos cayeron por tierra quedando yertos y el vencedor alzó la cabeza como interrogando a la concurrencia. Todos los bonzos, con variada unanimidad, repudiaron claramente la solución, ululando con desagrado y haciendo toda clase de gestos negativos. Volvieron a recomponer los mimos sus primitivas actitudes y tras de una orden del bonzo traductor que permanecía en pie, llevaron a cabo un rapidísimo cambio de posiciones quedando de pronto sentados en corro los cuatro, sonriéndose unos a otros con un gesto avieso: la mímica del rostro quedaba completada con unas miradas de reojo a los lados y atrás en dirección al grupo de bonzos espectadores. En determinado momento comenzaron a entregarse en rueda los objetos que llevaban encima: el personaje Amshorry Prag daba al personaje Tju Nogoda su revólver. Este pasaba su barco de juguete al personaje Breckfield el galés y este obsequiaba con su pipa a Víctor de Lisle, a la vez que este último completaba el ciclo entregando al falso Amshorry Prag su gorra de gendarme. Durante irnos segundos siguió el circuito de obsequios, pasándose unos a otros el objeto inmediatamente recibido, hasta que los bonzos que observaban atentos el juego prorrumpieron a la vez en otro ululante grito de repulsa. Al oírlos, los cuatro personajes volvieron hacia ellos las caras mostrando gran susto y cada uno escondió bajo la túnica el objeto que en este momento hubiera aceptado. Los gritos de protesta de los bonzos aumentaron y parecían tomar tan en serio su papel de coro opinante en la pantomima que se tenía la impresión de que iban a lanzarse contra los mimos, cada vez más asustados y más replegados sobre su tesoro. Se oyó otra voz de mando y de nuevo los actores recompusieron su atuendo, recobraron cada uno el objeto de su pertenencia y volvió a levantarse el personaje Amshorry Prag en actitud dominadora sobre los sumisos a cuatro patas y el pseudo-Víctor de Lisle sentado mirando hacia lo alto. Quedaron inmóviles, casi hieráticos. Los bonzos espectadores se

habían aplacado, pero de su grupo salía un ulular de tonos bajos, como contenido gruñido de fiera irritada, dispuesta a saltar, o como el retumbo lejano de una tempestad que no acaba de estallar y no se sabe si se acerca o se aleja. Bajo este efecto coral los actores fueron poco a poco modificando sus actitudes, con movimientos lentos y cambios sugerentes en la expresión de los rostros. Primero fue el personaje Amshorry Prag el que abandonó su arrogante rigidez, para bajar la cabeza y mirar a los demás con curiosa expresión de interés. A la vez los demás se fueron alzando del suelo, sin dejar de mirar al primero y cada vez cobrando más confianza, pero sin dejar de vigilar el lazo y el revólver. Sin embargo, el personaje Víctor de Lisle seguía en el suelo con su perpetuo gesto de indignación y no comenzó a levantarse hasta que los otros dos estaban ya en pie cara a cara con el que representaba a Prag. Por fin llegó un momento en que los cuatro estuvieron juntos y en pie mirándose a los rostros sin reserva alguna. El personaje Amshorry Prag comenzó a eliminar de su cuerpo todos los atributos, el sombrero tejano, el revólver y el cinto, la cuerda; los demás le imitaron y cuando ya nada postizo les quedó encima, los cuatro a la vez comenzaron a desnudarse, desanudando sus túnicas, y dejándolas caer al suelo. Quedaron completamente desnudos en el centro del escenario mirando cada uno al compañero de enfrente con plácida y amistosa sonrisa. Los cuatro mimos desnudos se parecían ahora extraordinariamente entre sí. El personaje Breckfield estaba frente al personaje De Lisle y de pronto le tendió las dos manos que el otro tomó en gesto fraternal. Igual hizo el pseudo-Prag con el pseudo-Tju Ngoda y así quedaron cruzados los cuatro brazos, en el centro del grupo. Con lentos movimientos fueron transformando el simple cruce de sus brazos en un entrelazado más firme, asiendo cada uno con su mano derecha su propio antebrazo y con la otra el antebrazo de su compañero situado a la izquierda, hasta que quedó formada lo que los niños llaman en sus juegos «silleta de la reina» pero formada con ocho lados.

Cuando brazos y manos quedaron fuertemente entrelazados pareció como si un invisible pero descomunal peso gravitara sobre el centro del grupo y como si los cuatro a la vez sintieran de pronto la pesantez, pero estuvieran decididos a soportarla. No obstante, daba la impresión de que claudicaban, de que no iban a poder

aguantar a pesar de la firme unión; se empezaban a doblar las rodillas, a congestionarse los rostros en un gesto de esfuerzo desesperado. No por ello perdían el entrelazamiento de brazos y manos, dando la impresión de que esto iba a ser lo único que les sostendría en pie, aunque pulgada a pulgada descendían cuerpos y extremidades hacia el suelo. En este momento se unió a la tensa escena un factor externo: los bonzos corales cesaron el sordo y cada vez más contenido ulular para prorrumpir de pronto en un unánime grito de aliento, que tenía parecido ritmo y secuencia que los hurras de partidarios en cualquier competición deportiva; pero resultaba más gutural y de tonos más bajos, por lo que el efecto de ánimo, de llamada a las más profundas fuerzas instintivas, resultaba más evidente, más impresionante. A partir de este cambio en la actitud del coro, los actores empezaron a recobrar el dominio de sus cuerpos, a enderezarse penosamente, apoyándose en su unión central, siempre acompañando la expresiva mímica de sus rostros al cambio de situación en su esfuerzo, hasta que todos los espectadores tuvieron la vívida impresión de que iban no solo a sostener sino a poder alzar el misterioso peso que gravitaba sobre sus brazos y manos. Fueron poco a poco, siempre con tensa expresión y con tensa energía, elevando sus extremidades unidas hasta que las tuvieron a la altura de sus ojos y, en este momento, doblaron los cuatro a la vez la rodilla, dejando en alto el entrelazado de los brazos, y apoyando en ellos los rostros sudorosos que se empezaban a relajar, en la gozosa sonrisa de triunfo; casi juntas las cabezas por las frentes, bajo la sombra de las manos unidas en lo alto. Los cuatro cuerpos desnudos componían ahora una admirable escultura tetramorfa, de clásica reminiscencia.

Los bonzos corales se levantaron dando gritos de entusiasmo, alzando brazos y túnicas con alborozo. Los gerontes que se habían agrupado para contemplar la curiosa pantomima con acendrado interés, quedaron en silencio. Li-Chiang fue el primero que comenzó a aplaudir con comedido entusiasmo. Le siguió más impulsivamente y sin reservas, Paco Villalobos y después Rabinshiva Memnom que contemplaba con ojos brillantes a los cuatro muchachos desnudos e inmóviles como bella y extraña escultura en terracota mate. Breckfield el galés era uno de los que con más decisión se unió a los aplausos, junto con Semembutu Doc, Teodoro Gil de Albornoz y

Marcel «*le Tahitien*». Más tímidamente, luego, Marco Wenzel y Brainfullen Cohen. Los demás no aplaudieron, pero tampoco manifestaron indiferencia o repulsa. Permanecieron contemplando el grupo de los mimos, y, aunque en los viejos rostros cada vez dejaban menos trazas denunciadoras emociones y pensamientos, en los ojos de algunos gerontes había brillos diferentes e inusitados. Katia Soleva Sedova contemplaba ahora con arrobo cómo unos rayos de sol al alcanzar el cenit en la claraboya central de las cúpulas vegetales, descendía para iluminar, como foco de diablas en un descomunal teatro, el cuadro plástico y vivo. A su lado Cirilenko Orlov, cuyos ojos también brillaban contemplando la escena, musitaba:

Sobre el osario inmenso de camaradas muertos
siempre hay brazos que alzan en vilo una esperanza.

Capítulo IX

De pronto, los cuatro jóvenes bonzos desnudos que componían la tetralogía plástica en el centro de la explanada del rey leproso, desentrelazaron sus brazos y manos, recogieron sus túnicas, con las que volvieron a cubrirse y se mezclaron con sus compañeros, hasta confundirse con ellos, entre sus cánticos y sus risas. Había en este momento una gran proximidad entre el grupo de los gerontes y el de los bonzos, a favor de un acercamiento iniciado por los que aplaudieron el final de la pantomima, pero todavía los grupos permanecían escindidos y un poco perplejos respecto a su mutuo comportamiento. La pequeña jugada maestra que Zacarías Smuts tenía preparada para este momento fue la llegada de las sonrientes sirvientas anamitas de la residencia, capitaneadas por Bali, y portando en unas bandejas grandes cantidades de pequeños vasitos de celulosa parafinada, rodajitas de limón y pastas de té, mientras que cerraban el avance del pequeño destacamento seis o siete muchachas sujetando con las dos manos grandes teteras de metal, que exhalaban por sus picos un suave y humeante aroma a té thailandés. Sin discriminación ni preferencia alguna, bonzos y gerontes tuvieron pronto cada uno su vaso de té caliente, y, a favor del imparcial reparto, se derribaron las últimas barreras de suspicacia que pudieran mantener la incomunicación.

Amshorry Prag fue el primero que dio una lección de campechanía tejana, preguntando:

—¡Eh! ¿Quién es el chico que me ha sacado tan bien en la mojiganga esa?

Mientras decía esto, paseaba su mirada y su abierta sonrisa por encima de las cabezas rapadas, entrecerrando los ojos con cierto aspecto de miope. Von Pentahome, cerca de él, pensaba que esa miopía era más bien mental, porque Amshorry era incapaz de distinguir una persona de otra a menos que se contara entre sus

inmediatos amigos, y por eso, en las convenciones del partido demócrata, hubo que implantar la costumbre de colocar el nombre de cada compromisario o participante en la banda del sombrero, regalado expresamente para la ocasión.

Un bonzo, muy cerca de Prag contestó:

—Yo, señor.

—Muy bien, chico, muy bien. Es lo que hay que hacer: arrimar el hombro a los demás cuando las cosas se ponen feas. Pero no te olvides de recuperar el lazo y el revólver cuando se haya pasado el apuro.

Las palabras de Amshorry originaron un considerable estupor en los bonzos y gerontes que las escucharon. Pero la sonrisa y la franca mirada del expresidente resultaban inatacables, por lo que —iniciada por el bonzo actor— una franca carcajada se generalizó entre los que rodeaban al tejano.

La indudable confraternización de los bonzos y los gerontes no se estaba realizando sin cierta orientación previsible: los grupos que se aglutinaban alrededor de los huéspedes de Smuts que habían sido parodiados. Así, alrededor de Víctor de Lisle unos atentos muchachos oían hablar a este en puro francés con cierta admiración por la pureza y la exactitud de sus locuciones, que les recordaban sus años infantiles en la escuela francesa. De Lisle peroraba sobre las virtudes del pueblo *Kmer*, que a diferencia de los thai, solapados comerciantes sin honor, o los revoltosos viet, nunca habían dado disgustos a Francia.

—Ustedes siempre amaron a Francia —afirmaba convencido.

Denis le Plat concluyó fervorosamente:

—Y Francia siempre tuvo para Camboya un afecto paternal.

Víctor de Lisle miró a Denis con cierta suspicacia, pero nada pudo encontrar de vituperable en sus palabras. Tampoco pareció apreciar en su justo sentido la risita contenida de algunos de los que le rodeaban, por lo que sorbió un poco de té mientras su mirada se perdía en lejanas nostalgias imperiales.

El doctor Smuts andaba con su vaso de té en la mano, buscando algo por entre los grupos. Cuando avistó a Teodoro Gil de Albornoz fue a él directamente para preguntarle:

—¿Qué le ha parecido la representación?

—Ingenua. Deliciosamente ingenua.

—Pero esclarecedora en algún sentido, ¿no?

—Cuando digo ingenua no le quito mérito alguno. Ha sido, en verdad, como un soplo de aire fresco y natural. Muy necesario. Pero… no creo que les sirva para nada.

Y señalaba a Prag y a De Lisle rodeados por los bonzos.

—No hace falta, en realidad. No busco lecciones personales.

—Ni las podrá dar. Esos viejos dinosaurios ya nada aprenden, pero a la vez nada olvidan.

—La catarsis colectiva desdeña personificar. Es a la colectividad adonde va dirigida la revelación. Es el chauvinismo, y el imperialismo, y el socialismo castrado, y el proletarismo subhumano los que han sido puestos en evidencia. El mundo se dará cuenta cuando se publiquen los informes.

—¿Usted cree? —Gil de Albornoz sonreía escéptico—. El hombre siempre es la unidad de cualquier ente colectivo.

—Sí, pero el hombre, cada hombre nunca aporta a la masa su razón, sino su pasión; nunca su lógica, sino su instinto. Por eso la masa nunca es una verdadera suma de hombres, sino algo diferente.

—¿Y se ha preguntado alguna vez por qué ocurre así?

—Yo esperaba que usted me lo dijera. Tengo la sospecha de que los biólogos se guardan algo en la manga.

Teodoro Gil de Albornoz reflexionó unos segundos antes de seguir hablando:

—Espero que seguirán las representaciones del *Dialectic Theater*.

—¿Es una forma de eludir la respuesta?

—O de contestarla. Ni yo mismo estoy seguro —dijo el español alejándose de Smuts. Se dirigía hacia un grupo donde Breckfield el galés y Tju Ngoda discutían, rodeados de atentos bonzos.

El japonés explicaba:

—En mi país, cuando una empresa industrial atraviesa dificultades económicas, se reúnen ejecutivos, técnicos y obreros y deciden disminuir sus salarios, a la vez que aumentar la productividad.

Funny Rioter, que se hallaba en el grupo, saltó:

—Ese cuento ya lo contaba el Padrecito Stalin. Lo llamaba stajanovismo.

—No —comenzó a hablar Breckfield el galés—, es algo peor…

Pero Tju Ngoda, súbitamente enfadado, le interrumpió:

—¿Qué hay de malo en una decisión tomada por las mismas fuerzas del trabajo en bien de su empresa y de su patria? El stajanovismo era una orden dictada por el Estado, mientras que en mi país…

—¡Deje ya de una vez de hablar de un país de esclavos satisfechos! —barbotó Rioter.

—Es algo peor —insistió Breckfield paciente—. Es el trabajo y la producción como fin y no como medio. Es el hombre olvidado y triturado en ese trastrueque de valores. Funny Rioter cambió su frente de ataque:

—¿Igual que sus sindicalistas vendidos a la publicidad y al consumo?

—Más o menos, igual —aceptó el galés—. Pero nosotros no tuvimos otra opción cuando el socialismo perdió el mordiente de la lucha de clases. Fue una estupenda trampa capitalista.

Tju Ngoda preguntó airadamente:

—Y nosotros ¿qué opción tuvimos en unas islas pobres y superpobladas?

—Siempre hay un nombre para la opresión. Por eso la opresión resurge siempre.

Tras estas palabras de Funny Rioter, Breckfield puntualizó:

—Diga más bien una razón. Una razón que no siempre inventa el opresor. Porque incluso a veces el opresor no tiene nombre ni cara.

Funny no supo qué contestar. Quedó pensativo. Al verle, Breckfield, añadió:

—No se apure. Me hace la impresión de que el doctor Smuts tiene el propósito de descubrir las caras y ponerles nombres.

Reía al decir esto con una risa exenta de alegría.

Sobre la terraza de los elefantes, apartado de los grupos formados en la explanada, Marco Spaghetti conspiraba con diez o doce jóvenes bonzos, entre los que se hallaban dos de los mimos de la pantomima anterior y el traductor de la dialéctica: este siempre con sus gafas que parecían animadas en la cara perpetuamente aplicada y atenta. Bali también estaba con ellos y en determinado momento fue ella la que vino hasta Smuts para comunicarle algo:

—Pronto se hará de noche, pero en la entrada del Bayon hay un

estrado con luz.

—Está bien —dijo Zacarías.

Y se dispuso a comunicar a sus huéspedes la continuación del *Dialectic Theater*, esta vez en un escenario diferente: el estrado donde las modernas apsaras, las danzarinas sagradas —antaño solo para reyes, hoy tan solo para turistas— trenzaban sus ancestrales danzas los sábados por la noche. Nadie pareció declinar la invitación, y se observó un movimiento de la concurrencia hacia el sitio señalado. Era un hermoso atardecer tropical, con una ligera y perfumada brisa, obsequio de la selva, que ya no resultaba tan acechante; la confraternización con los bonzos había disipado casi todos los recelos; los gerontes en general sentían una especie de instintiva repugnancia a confinarse de nuevo en la residencia, porque en cierto modo era tonificante para su cansada vejez aquella amistosa confrontación con una juventud que no parecía hostil. Tju Ngoda explicó su particular complacencia de otro modo:

—No hay que perderse la segunda parte. Ahora nos toca reír a nosotros.

La entrada del templo Bayon, acceso a la vez de la legendaria ciudad de Angkor Thom, era la parte de todo el recinto kmer mejor conservada y más respetada por la selva. Una calzada hecha de grandes losas de piedra blanca estaba flanqueada por unas portentosas esculturas de variada expresión y fantástica antropología; los genios del mal a la derecha y los genios del bien a la izquierda (el chiste de Laura Hedoni fue inevitable, porque en las derechas occidentales siempre se habían colocado los buenos). Al final de la calzada y ante la fantasmagórica luminotecnia del sol, acostándose allá lejos —quizá tomando su baño del atardecer en el lago Temlo-Sap— destellaban los perfiles de las torres brahmánicas, como tiaras de obispos ortodoxos, fingiendo perspectivas piramidales, a pesar de lo oriental de sus curvas; silueteaban sus masas cada vez más altas, hacia la lejanía, sobre el cielo azul turquesa.

El estrado de tablas lisas, someramente asentado sobre unos bloques de piedra nivelados, era una pobre contribución actual a la grandeza del decorado. Ante él se acomodaron los bonzos, sentados simplemente con sus posaderas en el suelo, y tras ellos los gerontes aguardaban con una displicencia curiosa el comienzo del nuevo

espectáculo. Alguien dio la luz de los focos que, disimulados entre las piedras, revelaban la conspicua simpleza del estrado. Tras este, unas toscas escaleras permitían el acceso y por ellas subieron cuatro jóvenes bonzos, en extrañas guisas, que despertaron risas y murmullos. Los cuatro se colocaron en pie, espalda contra espalda, rostro al frente, como los cuatro rostros de Brahma que podían encontrarse en lo alto de las estupas principales y en la culminación de la torre central del Bayon.

El bonzo que en este momento miraba a la concurrencia dejaba caer su túnica sin ceñir, y se había colocado sobre la cabeza un gorro de cartón que recordaba un birrete. Portaba en la mano izquierda un libro con todo el aspecto de un breviario católico. Un grito unánime salió del grupo de espectadores sentados, al observar cómo el actor, solemnemente, impartía una bendición *urbi et orbe*, signando las cuatro cruces de rigor, en el aire:

—¡Dominici Régula!

En cuanto el grupo de los mimos oyó el grito, giró sobre sí mismo como si formaran un solo cuerpo y quedó mirando al público otro bonzo actor, que no llevaba encima nada que pudiera identificarlo; pero cuando comenzó a hacer unos movimientos inconfundibles con la cabeza, llevándola hacia delante y hacia atrás, al mismo tiempo que los ojos dirigidos al cielo dejaban ver casi toda la blancura de la esclerótica, el grito surgió otra vez, más divertido y trufado de risas:

—¡Hans Liberano!

De nuevo volvió a girar el cuarteto de actores y ahora todos pudieron identificar al pintoresco Laharbi Mossadeck en aquel actor con un trapo blanco sobre la cabeza, bigotillo y perilla pintados, ceñidas frente y sienes por una doble guirnalda hecha de tallos vegetales y al cinto un sable camboyano que tenía un gran parecido con un alfanje sarraceno. El grito de reconocimiento, que no se hizo esperar, motivó otro giro del grupo para dar vista al cuarto actor, un bonzo alto y enteco, desnudo de medio cuerpo, que se sentó en posición de Buda, y comenzó a mirarse atentamente al ombligo. Hubo un silencio perplejo entre los circunstantes, matizado de murmullos interrogantes, hasta que él mismo se decidió a colocarse sobre la cabeza un turbante indio similar al de la casta guerrera de los sik, y colocó sus manos en la posición de plegaria característica

de los brahmanes. La concurrencia pasó por alto este extraño contubernio de simbolismos, cuando unos cuantos bonzos dieron con la solución y la gritaron para ilustración de los demás:

—¡Rabinshiva Memnom!

Los gerontes que estaban situados tras de los bonzos participaban en pequeña proporción en las risas, pero —quizá por convencional respeto— no en los gritos. De todos modos, colocados en una posición más cómoda, menos evidente de la que habían tenido en la explanada del rey leproso, y, además, protegidos por la semioscuridad que se iba cerniendo sobre la zona donde se hallaban, no mostraban en ningún momento señal de impaciencia o enojo. Por otra parte, los bonzos, apresada su atención por lo que ocurría en el estrado y con esa aptitud tan oriental de identificar rápidamente la figuración con la realidad, no hicieron en ningún momento gesto alguno que demostrase interés por lo que pensaban los gerontes acerca de lo que estaban viendo; ni uno solo de los jóvenes volvió el rostro para mirarles.

Tan solo Rabinshiva Mennom inició una comedida protesta:

—¿Qué hago yo ahí? Nunca he sido un hombre religioso. Teodoro Gil de Albornoz, cerca de él, le replicó:

—Aguarde. Aquí todo se explica; como en caballería. Indudablemente y a juzgar por el gesto de extrañeza, Rabinshiva no entendió en absoluto la expresión, tan hispana, del biofísico.

En este momento, comenzaba de verdad la pantomima. El grupo había girado de nuevo, y frente al público estaba ahora, otra vez, el actor que representaba al cardenal. Estaba sumido en la lectura del breviario. Por la escalerilla posterior, ascendió hasta el estrado un pequeño bonzo de aspecto desastrado y famélico. Se había esforzado en representar, por medio de los harapos que le caían sobre las carnes, y su caminar encorvado como por el peso de su hambre y sus penas, a un irredimible pobre. Llevaba en la mano un cuenco para las dádivas, de los que en los países orientales usan los pobres y los religiosos. Se acercó al pseudocardenal y le alargó el cuenco, en obvio gesto imploratorio. El del breviario tardó algún tiempo en darse cuenta de la existencia del pedigüeño, y en cuanto lo vio le largó una bendición ampliamente generosa, sin apartar la mirada del libro. El pobre no pareció satisfecho por esta muestra de piedad cristiana y le acercó el cuenco, hasta colocárselo casi debajo

de las narices. El falso Régula le dedicó una impaciente mirada y administró una nueva bendición, pero como el pobre no se iba, ni apartaba el cuenco, las bendiciones comenzaron a multiplicarse, cada vez más rápidas, más impacientes, mientras se protegía la cara con el libro piadoso, haciéndole de pantalla para no mirar al pobre. Hubo un momento, coincidente con los gritos, los silbidos y las risas de los bonzos espectadores, en que las bendiciones parecían más bien manotazos administrados contra un molesto y pertinaz insecto, aunque nunca perdían del todo, al iniciarse, la significación de la cruz en el aire. Una de las veces, el manotazo-bendición inició la figura de la cruz pero se acercó en exceso a la cara del pedigüeño, quien recibió una rotunda bofetada con el revés de la mano, que le mandó exageradamente lejos del pseudocardenal.

Entre la algarabía general, el grupo de actores se hizo de nuevo coherente, y giró en la acostumbrada forma hasta que, frente al público, quedó el actor que mimaba al extravagante Hans Liberano. El pobre, repuesto del tortazo anterior, volvió de nuevo al centro de la escena, acercándose esta vez al falso Liberano, que no dejaba de hacer sus movimientos de cabeza. Alargó el pequeño bonzo el cuenco y el otro le prestó atención inmediatamente, mirándole con compasivo gesto y echándole en seguida la mano por encima del hombro. Inmediatamente comenzó a hablarle en una rara melopea casi musical, en la que no se identificaba más que la repetida sílaba «bla, bla, bla»; con la mano que tenía libre, el actor señalaba constantemente al cielo sin dejar de hablar. El pobre le escuchaba, pero insistía en mostrarle su cuenco en claro gesto petitorio; sin embargo, su petición no recibía atención alguna del hablador, que le acariciaba la cabeza pelada, le mostraba amistoso interés ciñéndole el hombro, e incluso iniciando un abrazo fraternal. Llegó, no obstante, un momento en que el cuenco de las dádivas resultaba demasiado obvio para el pseudo-Liberano, porque se interponía en todo intento de aproximación hacia el pobre, y hasta hubo una vez que, al bajar la mano que señalaba al cielo la metió en el interior de la vasija, retirándola inmediatamente como si en su interior hubiera algo que quemara. Se interrumpió un breve instante la predicación y de pronto el apóstol del bla, bla, bla, arrancó el cuenco de manos del pobre y se lo puso a este por gorro. Así solucionada la situación, volvió a pasarle el brazo por encima del hombro, lo atrajo hacia sí y

recomenzó la plática. El pobre tenía ahora un rostro verdaderamente perplejo y lastimoso, con el cuenco sobre su cabeza, y mirando al público, en demanda de solución para su problema.

Casi no dejaron los mimos del estrado tiempo para que el regocijado tumulto de sus espectadores hiciera verdadero honor a la última pantomima, porque sin transición pusieron frente a ellos al actor que representaba a Rabinshiva Memnom, sentado en la posición del loto, contemplándose el ombligo con la característica actitud de los brahmanes en oración. El pobre del cuenco limosnero tuvo casi que arrastrarse por el suelo para poder colocar bajo la mirada del extraño sik-brahman el símbolo de su necesidad, pero su esfuerzo no tuvo recompensa. El falso Rabinshiva parecía sumido en sueño hipnótico. Cansado, el pobre se alzó, y osciló alrededor del meditante, haciendo signos con las manos, llevándolas a la boca y frotándose el vientre, para señalar su hambre y penuria. Ni un solo rictus de la cara o un movimiento del cuerpo del mimo sentado indicó que hubiera tomado conciencia de la presencia del otro, y por fin el mendigo, cansado de intentarlo todo para reclamar su atención, se le acercó y con tímido gesto le tocó con la mano derecha en un hombro. El contacto, aunque levísimo y temeroso, provocó una reacción desmesurada: el pseudo-Rabinshiva se echó hacia atrás, huyendo aterrorizado del contacto, su rostro denotó la repugnancia más absoluta, a la vez que un pavoroso miedo a la contaminación, y prorrumpió en gritos histéricos de timbre feminoide, escandalosamente irritados e irritantes. Seguía sentado, pero ahora solo sobre las posaderas, porque había extendido las piernas y los pies, y con ellos pegaba ridículas pataditas al aire, como para espantar a un repelente animalucho que hubiera osado acercársele. Los bonzos espectadores se sintieron indudablemente más identificados con esta pantomima que con las anteriores, porque ya no eran regocijados sus gritos y sus comentarios, sino que prorrumpieron en un unánime ulular de protesta colérica. Hacían temer una invasión del escenario, contra el que alzaban los puños y cuando algunos más indignados se ponían en pie, se recompuso de nuevo el grupo de mimos y cambió totalmente la situación, tanto en el estrado como fuera de él. Se apaciguaron los espectadores, que tenían ahora ante ellos al actor representando a Lahardi Mossadeck,

altivo, amenazador, con la mano derecha en el puño del alfanje.

Se hizo el silencio y durante unos segundos el del alfanje no abandonó su actitud desafiadora. Pero en determinado momento se oyó una voz que parecía provenir de lo hondo de la selva y que semejaba extraordinariamente la llamada del muecín desde los minaretes de las mezquitas; una especie de lamento musical vagamente imprecatorio y sostenido en las vocales. A su conjuro el falso Mossadeck abandonó su inmovilidad, pareció aprestar el oído y alzó los brazos al cielo, como respuesta a la llamada de su Dios. Luego comenzó a desplegar una actividad inusitada: llevándose la mano a la frente avizoró el horizonte, miró a las alturas y pareció dudar entre una y otra dirección de los puntos cardinales; se volvió a un lado y a otro, como dudando adónde asentar su atención. El actor que representaba a un mendigo volvió a aparecer sobre el escenario, siempre con su cuenco en la mano, e intentó hacerse ver del indeciso árabe, colocándose siempre frente a él, cuando parecía preferir una de las direcciones de la rosa de los vientos. En cada ocasión le tendía la vasija para pedirle la dádiva, pero el otro andaba muy preocupado por encontrar su verdadero norte y una y otra vez volvía a avizorar alturas y horizontes. Por fin, el pseudoárabe sacó de las profundidades de su faltriquera un tosco disco de cartón de gran tamaño con una flecha negra dibujada en un centro y que tenía todo el aspecto de remedar una brújula. Con ayuda de este adminículo pareció haber solucionado su desorientación, y, por fin, fijó su mirada en una precisa dirección, al mismo tiempo que emitía una sonrisa complacida, pero siniestra, por estar enmarcada por el bigotito negro y caído que dejaba su boca en paréntesis. El pobre del cuenco aprovechó que el otro había dejado de moverse de un lado para otro y se colocó frente a él, tendiéndole implorante su vasija. La interrupción del horizonte de su mirada, por el cuerpo del mendigo, enojó bruscamente al árabe; del enojo, en rápida transición de rictus bien mimados, pasó a la cólera, y se lanzó contra el intruso, sacando el sable de la vaina y enarbolándolo con clara intención asesina. El mendigo, aterrorizado, cayó de rodillas y pareció dispuesto a dejarse matar, pero en este momento sonó de nuevo la voz del muecín, en algún lado cercano de la selva, y el falso Mossadeck abandonó su actitud agresiva, envainó de nuevo el alfanje similor, y tomando al

resignado mendigo por el cuello lo arrastró hasta el centro de la escena. Una vez allí, y sin soltarlo, le humilló hasta el suelo, y, con duros tirones y algún manotazo que otro, le hizo encorvarse hasta lo inverosímil, plegándole sobre sí mismo, con las espaldas muy dobladas, las extremidades recogidas y la cabeza oculta bajo el cuerpo como la de una tortuga asustada. Diríase que lo había convertido en un astroso cojín por lo inmóvil y ovillado que quedó. Un cojín de alguna supuesta mezquita, sobre el cual el árabe dejó sus sandalias-babuchas y el cinto con el alfanje que se había desceñido del todo. Encima de las espaldas del pobre convertido en objeto estaban los arreos del creyente, y el cuenco de las dádivas había quedado completamente olvidado a un lado. El falso Mossadeck, no sabiendo qué hacer con el cacharro y como viera que el trasero del mendigo sobresalía un poco en exceso, le colocó el cuenco sobre las nalgas como tapadera. Luego se arrodilló al lado del cojín humano, volvió a sacar la brújula para reajustar la orientación, y una vez comprobada esta, comenzó a hacer amplias y piadosas genuflexiones en dirección a la Meca, y a la mayor gloria del glorioso Alá, que no tuvo más profeta que Mahoma.

Marco Spaghetti, con las manos metidas en los bolsillos del astroso pantalón y silbando el extraño motivo musical de la llamada del muecín, apareció sobre el estrado, procedente de la oscuridad que le servía de telón de fondo. Se adelantó hasta el borde, mientras los actores que componían el grupo de mimos abandonaban sus actitudes y descomponiendo el grupo fueron rápidamente a confundirse con sus compañeros. Marco, dirigiéndose a los gerontes preguntó:

—¿Tiene algo que decir, monseñor?

Dominici Régula, imperturbable y sonriente, en pie ante sus compañeros, replicó:

—Sí. Que me devuelvan el breviario. Lo he echado en falta y tengo sin cumplir las preces de la tarde.

Marco hizo una seña al grupo de los bonzos, se oyeron murmullos y risas contenidas entre estos, y se destacó el que había representado al cardenal. Ya no llevaba el birrete y se adelantó con indecisa timidez hacia Régula alargándole el libro piadoso.

El cardenal lo tomó y dijo en voz alta:

—Gracias. ¡Ah! Y gracias también por el espectáculo.

Tras de lo cual y haciendo un amistoso gesto de despedida volvió la espalda como disponiéndose a partir. Su mirada tropezó entonces con los ojos ardientes del padre Damián, que parecían brillar en la semipenumbra, destacando al lado de la negrura de sus cejas y de su barba.

—¿No le ha gustado lo que ha visto? —preguntó el jesuíta.

—Padre —dijo el cardenal riendo—. Tiene usted toda la ansiedad de un autor novel el día de su primer estreno.

—No le entiendo.

—Esa pantomima es suya, indudablemente. Tiene todos los ingredientes tan queridos a su antecesor de hace un siglo, el padre Leroy: primero arroz y después Dios.

—¿Y no le parece bien ese orden de cosas?

—¡Por el contrario! Me parece muy bien. Tan bien que no merece discusión, por lo que colijo que el espectáculo ha terminado.

—¡Pero es que al mendigo nadie le ha dado nada aún!

—Bueno. Pues llénele usted el cuenco. Para eso lo mandamos aquí.

En la réplica del cardenal había cierta dureza y en lo que añadió el padre Damián un trémolo de indignación:

—¡Con las manos vacías! —dijo abriendo las grandes palmas de sus manos ante los ojos de Dominici Régula.

Monseñor contestó, mientras los ojos le brillaban con un destello diríase que triunfal. Había cogido al tosco jesuíta en una trampa dialéctica:

—El padre Ferrer llenó en los años sesenta de pozos artesianos el sur de la India; el padre Dillard creó la Acción Popular y su marxismo cristiano antes de morir en Dachau; el padre Laurent, hacia el año setenta, abrió su misión en Vanves, un suburbio de París, y redimió varias promociones obreras; diez jesuítas fundaron el 1962 en Abidjan el Instituto Africano para el Desarrollo… ¿Qué es lo que ha hecho usted en Camboya hasta ahora?

El padre Damián dejó caer sus brazos con desaliento. Parecía no tener nada que responder. En este momento se adelantó hacia los dos Hans Liberano e intervino para decir:

—Yo le diré lo que ha hecho. O mejor, lo que no ha podido hacer, porque en Asia está Dios antes que el arroz. Pero no es el Dios de usted ni el de usted, monseñor, sino el Dios-omega hacia el

que todo va por el camino de cada existencia humana. El dios al que se le reza lo mismo sembrando que haciendo el amor, lo mismo levantando templos en la selva que abrazando al hermano solitario… Marco, desde lo alto del estrado movió aparatosamente los brazos y dirigiéndose a los bonzos que ahora rodeaban curiosos a los tres religiosos polemizantes les dijo:

—¡Hermanos, hermanos! ¡Hermanos con el cuenco vacío! Discuten pero nadie piensa en echar nada en la vasija del pobre.

—¿Y por qué había que echar nada? —preguntó Mossadeck desde el fondo del grupo de los gerontes—. Alá tiene un paraíso para el que lo merezca, pero no es más que una continuación del paraíso que goza el que ya lo mereció en la Tierra. Cada hombre tiene lo que busca y merece, porque todos llegamos desnudos a este mundo.

Una voz, la de Funny Rioter, salió tremante del grupo de los bonzos:

—¿Cuánto tardó en vestirte a ti la puta de tu madre en el harén?

Los que rodeaban a Lahardi Mossadeck miraron a este con aprensivo susto. Temían una violenta reacción del árabe, pero este se limitó a sonreír torcidamente mientras comentaba:

—¿Por qué los occidentales nombran a la madre cuando quieren ofender? Una mujer no es más que un molde o un instrumento. Si a mí me vistieron pronto, y bien, alguno de mi casta alguna vez estuvo desnudo detrás de una pita en el desierto hasta que alguien le echó encima una vieja piel de camello. El hombre es su casta y la casta es el hombre.

Rabinshiva Memnom intervino con voz un poco aflautada al tener que elevarla por encima del pequeño tumulto que originaron las palabras del árabe:

—¡La casta es algo más! ¡La casta es el orden divino en el que cada uno nos reencarnamos una y otra vez antes de purgar nuestro karma!

Alguien debió de traducir a la mayoría de los bonzos lo que el indio había dicho, porque el grupo de los jóvenes prorrumpió de nuevo en un amenazador ulular, que hacía temer una ofensiva similar a la que se insinuó durante la pantomima. Parecía evidente que lo que los bonzos jóvenes más odiaban era lo que estaba más cerca de la especial estructura religiosa de su mente.

—*Aaaa… chtung!* —ordenó Marco Spaghetti eligiendo quizá instintivamente la voz alemana por su contundencia en los oídos asiáticos.

Los bonzos callaron. En el silencio que siguió, la voz de Rabinshiva, al no tener que forzar su volumen, sonaba más grave y casi profética:

—¿Por qué esos gritos? ¿Por qué clamáis contra mí si soy también hijo de Brahma y seguidor de Buda? Si os sentís miserables y sojuzgados, sabed que mi karma es más pesado y más duro que el vuestro porque conocí otros mundos que se me cerraron, porque me acosté en la misma cama del dominador, y os aseguro que sobre esos mundos y ese lecho caerá bien pronto el brazo destructor de Shiva, arrasándolo todo, allanando el camino de nuestro nirvana… Pronto, muy pronto, porque la locura del hombre blanco nos ayuda, podremos confundirnos con la divinidad. Podremos, como la gota de agua en el mar, identificarnos con el poder creador del Universo…

Continuó el silencio de los bonzos. Rabinshiva Memnom, en actitud de iluminado, miraba hacia lo alto, con las manos unidas en actitud oratoria ante su pecho. En el grupo de los gerontes, Régula, con un matiz de tristeza en su voz, decía a Hans Liberano:

—Ahí tiene usted donde está el reino del Dios-omega. En la destrucción total, en la misma nada de los nihilistas, de los panteístas y los ateos…

Y como vio que Hans Liberano iba a replicar con su habitual vehemencia intransigente, hizo un gesto implorante con la mano y añadió:

—No, por favor. No más discusiones inútiles. No más alegatos estériles. Si alguien se propuso esta tarde demostrar lo mal que servimos al espíritu religioso de las gentes, lo lejos que estamos nosotros los intermediarios de Dios, de las verdaderas necesidades de los hombres, lo ha conseguido plenamente.

Hans Liberano calló al pronto, pero al ver que Dominici Régula parecía dispuesto a marchar de nuevo le dijo con un tono desprovisto de toda acritud:

—¿A dónde va, monseñor?

La contestación de Dominici Régula tenía algo de conmovido desconsuelo:

—A rezar, naturalmente. No puedo hacer otra cosa.

El cardenal iba vestido de blanco con un traje de corte clásico de tono crema como el hábito de los dominicos. El alzacuello almidonado y brillante destacaba ligeramente, aprisionando su noble sobrebarba de patricio. Al volver la espalda, la silueta blanca y corpulenta fue difuminándose en la penumbra del camino y nadie intentó hacer nada para detenerle. Amaranto Goulardo opinó:

—Sin monseñor no hay segunda parte. El espectáculo ha terminado.

Brainfullen Cohen a su lado dijo:

—Me parece que de todos modos no había nada más que decir.

—¿Cómo que no? —insistió el brasileño—. El cardenal tenía una buena carta en la mano. Esa pantomima está llena de tópicos. ¡El cuenco del arroz! Hay ya muy pocos pobres en la Tierra que pidan solo arroz…

—Creo que el cardenal es más inteligente que todo eso. Sabe muy bien que siempre hay cosas que pedir a Dios además de la comida. Explicaciones, por ejemplo. Explicaciones para la angustia del hombre. Razones para justificar su destino… La tragedia de su finitud… Siempre habrá un pobre pidiendo algo a la divinidad o a sus representantes en la Tierra.

Amaranto no contestó. Quedó mirando la amplia espalda del cardenal a punto de desaparecer en un recodo. Cohen añadió:

—Vea usted esa espalda. ¿Sabe lo que significa? ¿Sabe lo que representan para nosotros los hombres, los únicos seres interrogantes del Universo, los que siempre estamos mostrando un cuenco vacío de respuestas y de consuelos?

—Es también la espalda de un hombre.

—Cierto. Es la espalda de un hombre; y cruje y se encorva y sufre bajo el tremendo peso del silencio de Dios. El terrible, desesperante, perpetuo silencio de Dios.

Capítulo X

1

Los huéspedes del doctor Smuts comenzaban a bajar al comedor, procedentes de sus habitaciones, adonde se habían retirado para descansar cuando volvieron de Angkor-Thom. Algunos se habían vestido para cenar. Jameson Fairplaying, por ejemplo, seguía fiel a la costumbre contraída en las colonias de colocarse el *smoking* tradicional. Otros se habían limitado a darse un baño y cambiarse de camisa. Tomaron una copa de jerez, los más, antes de sentarse a la mesa y esperaron cortésmente que se completara el grupo. Solo faltaba el cardenal Dominici Régula y como pasaba un poco de la hora, el doctor envió a Bali para enterarle de que le estaban esperando.

En el primer piso, donde se hallaban las habitaciones de monseñor, la sirvienta anamita que le atendía informó a Bali que el cardenal acababa de comunicarle que no acudiría a la cena y pedía disculpas por ello. La enfermera Sisowat dispuso diligentemente en el *office* una bandeja con unas viandas ligeras y un vino italiano favorito del cardenal, ordenando a la sirvienta que se la pasara a monseñor.

Los gerontes, animados y discutidores, como si las horas pasadas en Angkor-Thom les hubieran traído nuevos ánimos y nuevas inquietudes, se sentaron a sus mesas respectivas. Zacarías Smuts paseó la mirada por el amplio salón y pensó, como una pequeña divinidad en cualquier día de la Creación, que todo estaba bien y que aquel día había merecido la pena ser vivido.

Estaban ya dando fin al primer plato —una admirable sopa de

tortuga— cuando sonó un grito agudo y aterrorizado en el primer piso de la residencia. Hubo un silencio brusco y expectante. Smuts y Bali, casi a la vez, se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia las escaleras del vestíbulo. Los comensales permanecieron sentados, a excepción de Teodoro Gil de Albornoz y de Semembutu Doc, que llevados por un instinto de ayuda, yacente en lo más hondo de su vocación, se dirigieron también hacia el *hall*. Hans Liberano resumió, quizá, el sentir general:

—En todo caso no es Dominici el que ha gritado.

Era esto una suerte de refrendo, para la cristalización de colectividad que Smuts había denunciado aquella mañana.

En el primer piso, la muchacha anamita que atendía al cardenal, corriendo por el pasillo tropezó con el doctor Smuts y Bali. Esta sujetó por los brazos a la muchacha y tuvo que zarandearla un poco para hacerle recobrar un mínimo de serenidad. La sirvienta llevaba en la mano una correa de cuero vieja y recia; su rostro reflejaba un susto descomunal.

—¡Está muerto! —dijo, llorando, mientras señalaba la habitación del cardenal.

El doctor Smuts, Semembutu Doc y Gil de Albornoz irrumpieron en el cuarto donde Dominici Régula, yerto y cianótico yacía en el suelo, desnudo de medio cuerpo. Lo alzaron hasta la cama. Entretanto, la chica, en dialecto viet, que quizás eligió instintivamente para explicar mejor y más de prisa lo ocurrido, fue contando a la Sisowat, entrecortadamente, que había cumplido la orden de llevar la bandeja con la cena al cardenal. Para poder entrar en la habitación había llamado discretamente a la puerta y al no recibir contestación, y comprobar que estaba abierta, asomó un poco el rostro y pudo ver a monseñor Régula arrodillado contra la cama, hundida la cara entre las manos. Llevaba encima tan solo el pantalón del pijama y mostraba descubiertos torso y espaldas. Sobre el lecho se hallaba una correa de cuero. La sirvienta, silenciosamente, depositó la bandeja en una mesita cercana y luego volviendo de nuevo a la puerta golpeó esta, otra vez, para llamar la atención del cardenal y poder comunicarle que le dejaba alimento y bebida. Monseñor volvió la cabeza. Tenía el rostro alterado y como lloroso. Al ver a la muchacha intentó sonreír y tomando la correa le dijo:

—Toma, hija. Tú eres fuerte. Pégame. En la espalda. Yo ya he perdido la costumbre y estoy demasiado gordo.

Ella dudó un poco antes de obedecer. Pero las órdenes de atender a los huéspedes en todos sus deseos eran suficientemente claras y, por otra parte, los vietnamitas, gentes que han vivido siempre en encrucijadas de caminos, de civilizaciones y de religiones, casi no se asombran de nada. Tomó la correa y administró sobre la amplia espalda un discreto golpe que enrojeció breves segundos la blanca piel. Monseñor no acusó la flagelación y dijo casi implorando:

—¡Más fuerte, más fuerte!

En una versión posterior, que la muchacha anamita hizo a solas para Bali, confesó que, desde el tercero o cuarto correazos, algo nubló su mente; estaba excitada por la flagelación que infligía a aquel gran señor, por la blancura de su piel que nunca había visto en los hombres de su raza y, sobre todo por los pelos, blancos y negros, salpicados por todo el dorso, pero mucho más abundantes en la cintura y sobre todo en el pecho, que entreveía cada vez que el cardenal se retorcía para encajar instintivamente los golpes. La vista de aquella selva pilosa que nunca había encontrado la pobre muchacha en los torsos masculinos de Oriente, acabaron de alterar la conciencia de lo que estaba haciendo; sentía algo así como una necesidad de castigar a un ser diferente, a un ejemplar de un mundo distinto que, de un modo o de otro, irrumpía en el suyo para traer la desgracia o la turbación. Sentía una especie de impunidad moral, como sí infligiera un daño debido y en alguna manera beneficioso para alguien… Creía que había golpeado, fuerte, muy fuerte… En determinado momento —no sabía si habían pasado segundos o minutos de flagelación— monseñor cayó de espaldas, contraído el rostro, en un rictus de dolor, agónico y, asombrosamente, la blanca piel se fue volviendo, con una rapidez turbadora, azul, morada, casi negra… Sobre el lecho y el cuerpo de Dominici Régula, la negra y magra figura de Semembutu actuaba con presteza y seguridad. Había echado la cabeza del cardenal hacia atrás en hiperflexión y después de intentar tomarle el pulso en la carótida, miró a Smuts y a Gil de Albornoz en demanda de ayuda. Los dos comprendieron lo que se pedía de ellos, y, mientras Semembutu aplicaba su boca contra la boca del inanimado, para comenzar la respiración forzada,

Teodoro Gil de Albornoz presionaba rítmicamente el tórax desde el esternón hacia el lado izquierdo y Zacarías salió de la habitación en busca de un botiquín de urgencia. Menos de medio minuto más tarde volvió con una jeringuilla cargada en la mano, que aplicó diestramente a una vena del antebrazo. El negro y el español continuaban; el primero con la respiración boca a boca y el otro con el masaje precordial, sincronizando sus movimientos. Así continuaron durante siete largos y angustiosos minutos. Bali había venido tras de Smuts con una bandeja clínica llena de ampollas y jeringuillas. En el pasillo, apoyada contra la pared, sollozaba la sirvienta que había dejado caer al suelo la vieja correa.

Semembutu Doc, al apreciar una resistencia anómala en la fase de insuflación, interrumpió por un momento su trabajo y esperó anhelante. Al verle, también Gil de Albornoz interrumpió su masaje, conservando la mano derecha sobre el tórax de monseñor Régula. Cuando sintió —casi más adivinó— un lejano latido bajo esa mano, dirigió una significativa mirada al doctor negro, y este, con ayuda de Zacarías Smuts actuaron rápidamente en la boca del cardenal colocando un tubo laríngeo, al mismo tiempo que fraccionaban la lengua hacia delante y conectaban con el tubo un respirador automático que Bali acababa de subir del cuarto de curas. Todavía insistió unos cortos segundos en su masaje el profesor Gil de Albornoz, como impaciente fustigación a un corazón recalcitrante en el abandono de la vida. El oxígeno, a presiones rítmicas del aparato recuperador, iba hinchando y deshinchando el amplio tórax del purpurado, y, Semembutu, tomando un fonendoscopio aplicó el auricular contra las costillas. Los expresivos ojos del negro, quizá un especial brillo de la escandalosa blancura de sus córneas, denunciaron a los circunstantes que algo comenzaba a funcionar de nuevo. Aleteaba otra vez, en el fondo de aquella jaula donde estaba encerrada, el ave fénix de una existencia que intentaba renacer. Los golpes primero débiles, luego más firmes, tras de las paredes de carne y hueso, eran también como los pasos órficos de un retorno desde el Más Allá. Zacarías se atrevió a pulsar el interruptor del respirador y confirmó con una leve sonrisa de alivio cómo las costillas seguían, ya sin ayuda, el ritmo inspiratorio y expiratorio deseado. En aquel momento, el cardenal, comenzó a mostrar dificultades para soportar el tubo laríngeo —su abdomen inició

unas leves arcadas— y el doctor Smuts lo extrajo con presteza y decisión. Los tres hombres, ahora inmóviles y anhelantes, quedaron mirando la yacente figura, las curiosas contracciones serpentinas de laringe y tráquea, bajo la temblorosa papada, las cada vez más amplias inspiraciones, y sobre todo, la rápida, casi milagrosa transmutación cromática de la piel que iba pasando del ominoso morado-negro, al
rojo-vino,
a un difuso bermellón, para quedar ya fijada en un rosa pálido con la especial carnación de la vida.

Semembutu Doc y el doctor Smuts tuvieron un rápido cambio de impresiones mientras examinaban la bandeja clínica de las urgencias y Bali, bajo sus indicaciones, comenzó a cargar unas jeringuillas. Era el tiempo de buscar el apoyo de la farmacología para amarrar la existencia recién varada en esta orilla de la laguna. El profesor Gil de Albornoz atendía al cardenal, comprobando la vuelta de los reflejos oculares, colocándole de nuevo la cabeza, que continuaba en flexión exagerada, en una situación más cómoda, y fue él también el que antes oyó las primeras palabras pronunciadas por Dominici, cuando al abrir los ojos brilló en ellos una rápida chispa de inteligencia, una rapidísima toma de conciencia de su situación:

—¡Confesor! ¡Quiero un confesor!

Smuts, el español y el negro se miraron perplejos. Evidentemente no estaban preparados para esta petición de un hombre recobrado tan penosamente para la vida. Semembutu inició un gesto de negación, como si su racionalismo, tan lejano del sentimiento religioso en aquel instante, le obligase a pensar en otras cosas más importantes y urgentes, pero sus compañeros, más cercanos en comprensión a la mente y al espíritu del cardenal, no le secundaron. Zacarías dijo al profesor español:

—No hay aquí más confesor católico que el padre Damián. Gil de Albornoz encogió los hombros perplejos, pero el cardenal había oído las palabras de Smuts y dijo, mientras una difícil sonrisa contraía los labios todavía muy pálidos:

—¿Por qué no el padre Damián? Me lo he merecido.

A un gesto de Smuts, Bali salió del cuarto. Muy poco después, y tras de cambiar unas rápidas impresiones con Semembutu y el

español, también salió Zacarías. En la habitación quedaron los otros dos junto a Dominici.

Para Zacarías era urgente, en primer lugar, poner al corriente a los gerontes de lo sucedido. El clima emocional de la residencia era aún lo bastante inestable como para temer alguna reacción inoportuna. Esta previsión fue confirmada al asomarse al comedor y observar el desacostumbrado silencio un poco opresivo. Solo se oía el tintineo de algunas cucharillas en las tazas de café o el carraspeo de algún valetudinario tosedor. Nada más la aguda y un poco irritante voz de Laura Hedoni se preguntaba a sí misma dónde se habría metido el españolito, único hombre guapo de su mesa. Brainfullen Cohen y Marco Wenzel, sus otros dos compañeros, se miraron resignados y un poco sorprendidos por la descortés observación de la periodista. Smuts, desde lo alto de la plataforma de los ventanales, solicitó la atención de sus huéspedes para decirles:

—Nuestro amigo el cardenal Régula ha sufrido un serio percance. Creemos que se trata de un colapso cardíaco…

Los gerontes levantaron asustados las cabezas. Algunos, echando hacia atrás sus sillas, parecieron dispuestos a levantarse, para ir no se sabe dónde. Se articuló en el grupo una exclamación de compasión matizada de miedo. El doctor Smuts alzó los brazos pidiendo calma:

—Por favor, señores. Déjenme terminar de explicarles… Por fortuna, parece que el peligro ha pasado. He tenido la valiosísima ayuda del profesor Gil de Albornoz y del doctor Semembutu. Nuestros esfuerzos han servido para algo. Les aseguró que monseñor está ahora mucho más recobrado y conversa tranquilamente con nuestros compañeros…

Alguien suspiró con alivio, pero casi todos los demás prolongaron algunos segundos su preocupación. Ante la siempre inoportuna recordación de un fin acechante en cada segundo de sus largas vidas, algo se quebraba en su equilibrio. Una amenaza sutil y subconscientemente rechazada hora tras hora de existencia se hacía de pronto conspicua y tremenda. Amshorry Prag resumió el sentir general, pero —como era de esperar— del modo más inoportuno:

—Normal. Entre tanto vejestorio algo había de ocurrir.

Al parecer, había hablado solo para su compañero de mesa Von

Pentahome, pero todos pudieron oírle y expresarle su repulsa con furibundas miradas sospechosamente unánimes. Víctor de Lisle fue el único que no le prestó atención y, levantándose de su mesa, pareció dispuesto a salir del comedor mientras decía a Smuts:

—Supongo que podré ir al lado de monseñor. Soy su mejor amigo aquí.

—Lo siento, general —manifestó Zacarías—. No está aún en condiciones de recibirle. Por otra parte, su deseo es hablar solamente con el confesor a quien he mandado buscar.

—¿Un confesor? ¿Tan grave es la cosa?

Estas preguntas de Mickey Golden comunicaron su alarma de nuevo a algunos, pero el doctor Smuts, con una fina sonrisa explicó:

—Es de suponer que un príncipe de la Iglesia tenga más razones para pedir confesión que el simple miedo a morir.

Víctor de Lisle, todavía en pie, encontró en las palabras de Smuts algo que discutir:

—¿Y dónde va a encontrar usted un confesor en esta tierra de paganos?

—Se olvida usted del padre Damián.

—¿Ese jesuíta renegado?

—Tengo la convicción de que tiene tan poco de renegado como de… jesuíta. Al menos, en el sentido que usted da a la palabra jesuíta.

—Ha de estar muy mal el amigo Régula para aguantar eso…

—Él mismo lo ha pedido. Y le aseguro, general, que con sus cinco y buenos sentidos bien despiertos.

Víctor de Lisle volvió la espalda a Smuts y retornó a su mesa. Zacarías, por otra parte, había apartado la mirada del expresidente al llamar su atención algo que ocurría al fondo, en la parte del *hall* que podía vislumbrarse desde el comedor. Un séquito formado por Bali, el padre Damián y una tercera persona cruzaba por allí y Zacarías, al reconocer a la tercera persona, frunció el ceño y se dirigió apresuradamente hacia el vestíbulo. Los gerontes, que habían terminado ya su colación, no encontraron ninguna razón que les retuviera en el comedor y salieron también hacia el *hall*. Algunos, observando el apresuramiento del doctor Smuts, le siguieron curiosamente.

Los tres recién llegados habían comenzado a remontar la

escalera noble que conducía a las habitaciones. El padre Damián, con un maletín negro en la mano, subía con prisa, sin detenerse a mirar a nadie. En cambio, Bali quedó parada en el cuarto tramo, como cubriendo al jesuíta y al parecer dispuesta a no permitir el paso del tercer personaje. Bali, al ver llegar al vestíbulo al doctor Smuts, explicó entre quejosa e indignada:

—No he podido evitar que nos acompañara.

Smuts preguntó con adustez:

—¿Por qué ha venido? ¿Qué pretende usted?

El que era objeto de este abrupto recibimiento, interrumpió su ascensión y se volvió altivo y colérico, mostrándose al asombro y la estupefacta curiosidad de todos los que iban llegando al *hall*. Un asombro repartido por igual entre su rara figura y las palabras que pronunció:

—¡Soy el médico del distrito!

Quien esto decía era un hombre de unos sesenta años, moreno y enjuto, con abiertos e inquietos ojos de iluminado, una amplísima frente bajo el pelo entrecano y ralo, bigotes intensamente teñidos de nicotina cayendo a los lados de una boca extremadamente gesticulante y personal que dejaba ver de vez en cuando una dentadura postiza muy blanca y movediza. Esta última circunstancia le obligaba a interrumpir sus frases a cada momento para reajustarse los dientes asestando al aire unas feroces mordidas, que se incorporaban a la gesticulación y a lo tajante de sus palabras, para dar a todo lo que decía un imperativo casi pontificante y amenazador. Pero lo que más asombraba en una primera observación era, sin duda, que iba vestido únicamente con una especie de albornoz de burda estameña parda, ceñida a la cintura por un cordón rojo de borlas, también rojas. La mano izquierda la llevaba prendida de este cordón y en la derecha, cubierta con un grueso guante de cuero marrón, descansaba un hermoso halcón de fiera mirada y pico amenazador.

Zacarías Smuts parecía dispuesto a no perder la paciencia con el raro médico de

Siem Riep,

por lo que explicó más para conocimiento de los gerontes que del hombre del halcón:

—Sabe usted muy bien que esta residencia y su territorio es un

enclave que está fuera del distrito sanitario.

—Eso es una decisión unilateral… ¡hamm! Nunca he aceptado tan ultrajante estatuto… ¡hamm!

Hablaba en francés arrastrado como solo los propios franceses pueden hablarlo. Por si cabía alguna duda, el extraño médico paseó la mirada por todos los presentes y preguntó, entre rotundos mordiscos al aire y miradas tan inquisidoras y vigilantes como las de su halcón:

—Creo que está por aquí el presidente que me nombró… hamm. Es una buena ocasión para que se disipen esas dudas… hamm. Nadie como los franceses para defender sus derechos… hamm.

Se refería indudablemente a Víctor de Lisle, pero este, quizá por primera vez en su vida, renunció a salir en defensa de los derechos de Francia y los franceses. Evidentemente, resultaba muy fuerte para su ordenancismo conservador y convencional el sacar la cara en favor de tan inesperado súbdito. El hombre del halcón afirmó indignado por tal abandono, sin dejar de mirar en derredor:

—¡Tengo en casa el nombramiento con su firma… hamm! ¡Soy tan buen médico como cualquier otro… hamm!

—Nadie lo duda, doctor —dijo Smuts con una sutil sonrisa burlona que el otro no debió de captar—. Soy el primero en reconocer la gran labor que usted desarrolla en

Siem Riep.

Pero aquí el médico soy yo por otro nombramiento supranacional.

—¡Y usted qué sabe de corazones viejos!

—Un poco —sonrió Smuts—. Tuve que diplomarme en cardiología geriátrica antes de aceptar esto. Además, usted sabe que para esta ocasión he dado licencia a mis dos médicos ayudantes. Pero están en el hotel de

Siem Riep

si los necesitara.

En este momento, descendían hacia el *hall* Semembutu Doc y Teodoro Gil de Albornoz. Smuts, llevado por una traviesa disposición de su espíritu a sorprender las reacciones bruscas de las gentes, añadió:

—Y a propósito, doctor Girard: le presento a otros dos colegas que me han asistido en este caso. El doctor Gil de Albornoz, el doctor Semembutu… Girard, el doctor Girard de

Siem Riep…
Como verá, nuestro enfermo está muy bien atendido.

El doctor Girard sonrió despectivo:

—¡Ya! ¡El negro y el español! —parecía estar muy bien enterado de lo que pasaba allí dentro—. ¡Un chamán y un una especie de alquimista!

Ni Semembutu ni Gil de Albornoz parecieron ofenderse por los calificativos del atrabiliario personaje. Más bien parecían divertidos, aunque un poco confusos. Por otra parte el doctor Smuts no gastaba muchos miramientos con el hombre del halcón:

—No creo que sus métodos sean demasiado ortodoxos tampoco, doctor Girard.

—¡Esa es su gran equivocación! ¡Siempre he sospechado que oye demasiadas habladurías! Pero no le consiento que dude de mi diagnóstico ni de mi terapéutica que son tan buenas y tan convencionales como las mejores. Honorato solo interviene en el pronóstico y eso no hace mal a nadie…

Teodoro Gil de Albornoz miraba a Smuts y a Girard intentando enterarse de qué hablaban. Preguntó:

—¿Quién es Honorato?

—El halcón —replicó Smuts, sin dejar por eso de enfrentarse a Girard, al que le preguntó:

—¿Dónde está Mireya? Porque no me dirá que ya ha dado el pronóstico sin reconocer al enfermo…

El doctor Girard, con una sonrisa astuta, depositó cuidadosamente el halcón en su hombro derecho y luego metió las dos manos con mucho cuidado entre los pliegues de la cintura de su extraño hábito. Volviendo el cuerpo y con ademán misterioso, mostró a Smuts una temblorosa paloma, que movía vertiginosamente la cabeza de ojillos asustados, única parte de su cuerpo que quedaba libre. El raro doctor volvió a esconder la pequeña ave entre su ropa y explicó:

—Honorato y Mireya no se llevan bien. Cuando tengo que ir con los dos, ella prefiere no dejarse ver mucho.

Semembutu Doc y Gil de Albornoz parecían dispuestos a preguntar alguna cosa, pero el doctor Girard no les dejó intervenir. Volvió a sus maneras bruscas tomando de nuevo el halcón con su mano derecha enguantada:

—Bien. ¿Dónde está el enfermo?

—En todo caso, ahora no podemos verle nadie. Está confesándose.

Estas palabras de Smuts parecían haber aumentado la indignación de Girard, pero el doctor Smuts le aplacó con un gesto de sus manos diciéndole:

—Es un cardenal. Y de su Iglesia… recuerde. Es natural que ponga por delante la salud de su alma.

—Ni esa es ya mi iglesia ni un enfermo es un cardenal. Es solo un enfermo.

Como el doctor Girard parecía dispuesto a subir las escaleras, Zacarías le dijo en un tono de súplica que asombró a los circunstantes:

—Por favor. Solo van a ser unos minutos, doctor.

En el vestíbulo se hallaban además Víctor de Lisle, Semembutu Doc, Amshorry Prag, Gil de Albornoz, Breckfield, el galés y Marco Wenzel. Bali seguía en lo alto de la escalera. Los demás gerontes se habían desentendido un poco extrañamente de lo que estaba ocurriendo, como impulsados por algo que les alejaba de donde se debatía una anciana vida. Habían salido a pasear al jardín o permanecían en la parte alta del comedor, cara a los ventanales abiertos sobre la selva. Amshorry Prag, con su habitual sistema directo de afrontar las cosas, preguntó:

—¿Pero es que va a dejar usted a Dominici en manos de este…?

—No siga, yanqui —interrumpió el doctor Girard con una aviesa sonrisa—. Puedo demandarle por insultos. Tengo mucha práctica en demandas por insultos. Casi no hago otra cosa desde que los yanquis empezaron a meter las narices en Camboya…

Víctor de Lisle movió los brazos como dos largas aspas de molino para exclamar:

—¡*Mon Dieu*, qué manicomio! ¡Si no lo impide usted, lo impediré yo! ¡O llamaré a los gendarmes!

—¡Ah! ¡Ya era hora! —se regocijó escandalosamente Girard—. ¡Ya ha asomado la jeta! ¡Esa jeta de patata que simulaba llorar cuando me abrazaba después de Diem-Bem-Fu! De Lisle asestó sus ojos sobre Girard multiplicando las arrugas radiales que rodeaban las huesudas órbitas. En su rostro se mostró de pronto el asombro mientras exclamaba:

¡No puede ser! ¡El comandante Girard!

¡El mismo, general! ¡O mejor dicho, el que fue! Antes era tonto.

—¡El mejor médico de las fuerzas coloniales…! ¡Pero! ¿Cómo…?

—Dejemos eso, de Lisle. ¿Cree usted o no que puedo ver al cardenal?

—En cuanto a mí…

Amshorry intervino con acritud:

—Me estoy preguntando con asombro si Indochina dejó de ser colonia francesa hace casi medio siglo. Un confesor francés para el pobre Dominici y ahora le quieren imponer un médico francés, por cierto bastante raro… ¿Qué hace usted, Smuts? ¿Creí oírle decir que esta residencia es terreno internacional?

—El bueno de Smuts hará bien en dejarme tranquilo. Es listo y calla. Y espera que yo calle.

Breckfield, el galés, se movía inquieto porque su hábito dialéctico se encontraba a disgusto entre sobreentendidos y misterios; preguntó por fin al doctor Smuts, directamente:

—Creo que necesitamos alguna explicación.

—Yo se la daré, inglés —intervino Girard cada vez más agresivo—. Estaba en la misión cuando la enfermera Sisowat explicaba al jesuíta que Dominici ha caído bajo los latigazos de una chica anamita.

Todos los presentes se volvieron hacia Smuts con asombro y horror. Zacarías se volvió contra Girard diciéndole en tono incisivo:

—Eso tiene mala fe, Girard. Usted sabe que no debe explicarse así…

—¿Y cómo si no? —rio ominosamente el doctor Girard—. ¿Quién va a creer en estos tiempos que Dominici Régula se flagela?

—¡Yo puedo creerlo, viejo loco!

El padre Damián, desde lo alto de la escalera donde había aparecido de pronto, hablaba con grave voz. Tenía el semblante triste pero no apagado; brillaba una extraña luz en sus ojos. Llevaba la estola del confesor, todavía sobre los hombros.

—¿Ya has acabado, páter? —preguntó con desfachatez Girard—. ¿Te ha soltado todo el paquete?

—¡Calla!

—¿Puedo subir?

—Sí. Le he hablado de ti. No tiene inconveniente en que le veas.

El doctor Girard con un brillo de triunfo en su mirada se dispuso a subir. Pero antes el padre Damián le conminó:

—Un momento. Deja tu pajarraco en cualquier parte. Nada de tonterías.

—Bueno… —dudó el doctor Girard—. Para eso siempre hay tiempo. ¿Por qué no te lo quedas tú? Con cualquier otro armará escándalo.

Y sin esperar el consentimiento del jesuita le colocó con cuidado el halcón sobre el hombro izquierdo. El pájaro debió de encontrar áspero el tejido de la vieja estola deshilachada y escarbó en ella con las patas engarfiadas hasta que se quedó tranquilo. El padre Damián comenzó a descender hacia el vestíbulo. El doctor Girard antes de ascender hacia las habitaciones superiores pareció recordar algo, y con una sonrisa burlona se volvió hacia Smuts, Gil de Albornoz y Semembutu Doc, que estaban juntos, para decirles:

—Con ustedes, señores. Aún me acuerdo de los convencionalismos profesionales. Consulta de doctores… ¡pues no faltaba más!

El doctor Smuts no dudó en iniciar la subida. Gil de Albornoz miró a Semembutu y a Girard para decir sonriendo:

—Lo que menos entiendo, entre otras muchas cosas, es por qué tanto interés en ver un enfermo que no le corresponde.

—Le ocurriría a usted igual —replicó el doctor Girard— si se hubiera pasado la vida auscultando simples criaturas selváticas. Quiero volver a oír antes de morirme un viejo corazón sofisticado. Y romano, además.

Marco Wenzel, tímidamente, se acercó al padre Damián que cruzaba el vestíbulo camino de la puerta, para decirle con apurada súplica:

—Por favor… ¿es verdad que nuestro amigo Régula se flagelaba o se hacía flagelar? No puedo entender…

El jesuita se detuvo. Se había dulcificado el rostro apretado por la tristeza. El halcón asestó sus duros ojillos un momento sobre Wenzel para apartarlos luego con indiferencia. El padre Damián, pensando un poco las palabras, contestó al sociólogo:

—Supongo que será difícil de entender para usted… y para muchos. Pero Dios está metido en nosotros, para siempre, lo queramos o no… Impregna la carne y la sangre del sacerdote…

Cuando tenemos que sacar la cara por Él… cuando el mundo nos pide que lo mostremos en nosotros para que los demás lo puedan reconocer y… y no podemos o… no sabemos…

El padre Damián tuvo que callar porque una extraña emoción le agarrotó la garganta. Wenzel, viendo que dos gruesas lágrimas surcaban las mejillas curtidas del misionero, se apartó de él en respetuoso y también emocionado silencio.

2

Cerca de la residencia del doctor Smuts, casi en el borde de la selva, había una vieja capilla abandonada. Se edificó en los tiempos en que la residencia se utilizaba como hotel para turistas franceses que podían así asistir cómodamente a los oficios divinos si lo deseaban y dar gracias a Dios por haberles regalado tan ubérrimas y pintorescas tierras. Cuando el padre Damián quedó solo en la misión de Siem Riep no intentó restaurar ni siquiera conservar la elegante capilla, donde ahora la selva solapada y paciente iba penetrando, segura de que su trabajo de demolición y absorción le costaría mucho menos tiempo del que empleaba para integrar en su monstruoso cuerpo los templos de Angkor-Tom. Quizás el jesuíta pensase que no debía continuarse el culto en aquel solitario símbolo de la colonización en nombre de Dios. Sin embargo, allí fue donde cayó postrado de rodillas una vez que salió de confesar a monseñor Régula; sobre las viejas losas casi cubiertas de musgo y ante un Cristo de bronce casi descolgado de la cruz por uno de los lados, donde la madera se había carcomido. Al entrar en la capilla estaba esta en penumbra húmeda y matizada de verde por las altas plantas que iban cubriendo las convencionales ojivas laterales, pero el tiempo fue pasando y un rayo de sol, ya un poco sesgado incidió en su cara como intentando despertarle de su largo fervor. El sol todavía ardiente, también molestó al halcón que había permanecido hierático e inmóvil sobre el hombro del jesuíta y cuando este sintió el leve aleteo y el escarbar de las patas del ave, se sobresaltó. Miró

al pájaro y algo recordó que le hizo levantarse de pronto para salir a largos trancos de la vieja capilla. Como en otras ocasiones de su solitaria vida, el padre Damián hablaba solo mientras caminaba rápidamente hacia la residencia:

«¡La paloma, la paloma! ¡Ese viejo loco llevaba también la paloma!».

El vestíbulo del sanatorio del doctor Smuts estaba desierto. Tampoco podía verse ninguno de los gerontes ni al fondo en el jardín, ni en los salones también abiertos y silenciosos. El jesuíta ascendió de dos en dos los escalones y oyendo voces en un gabinete cercano, que correspondía a la antesala del despacho de Zacarías, se introdujo en él. Se hallaban reunidos Smuts, Gil de Albornoz, Semembutu Doc y el doctor Girard. Este, al ver al misionero, se dirigió hacia él diciendo:

—¡Honorato, pobre Honorato! ¡Seguro que ese astroso fraile no te ha dado de comer en toda la tarde!

Tomó el halcón en la mano y sacando de las profundidades de su extraña vestimenta un papel de periódico con el que envolvía unos trozos de carne, los ofreció al pájaro, que los tomó con el pico y los engulló rápidamente.

—¿Dónde tienes la paloma? —preguntó bruscamente el padre Damián.

El doctor Girard rio brevemente como comprendiendo lo que el fraile estaba pensando y dándose unos golpecitos en el tórax dijo:

—Aquí, aquí. No ha volado… todavía.

El rostro del padre Damián, por razones que escapaban a todos menos al parecer al doctor Girard, expresó algún alivio. Se volvió hacia los demás y sin dirigirse a alguien en particular preguntó:

—¿Cómo sigue monseñor?

Contestó el doctor Smuts diciendo:

—Vive… al menos. Lo hemos colocado en una cámara hiperbárica de oxígeno. Acusa déficit de riego sanguíneo.

—Pero… ¿Puede hacerse algo más?

—Aquí no. Hemos pedido un avión ambulancia a Phnom Penh. Muy pronto va a llegar.

Semembutu Doc contemplaba fascinado el halcón, que de nuevo se había aposentado en la mano enguantada de Girard. Este, al ver el interés del negro, movió la cabeza tristemente:

—Me temo que Honorato va a ponerse nervioso con la cámara hiperbárica. Nunca ha visto una. Mejor será que no la vea.

Semembutu preguntó:

—¿Qué hace… Honorato delante de un enfermo? Un enfermo sin cámara ni trastos alrededor.

—Engarabita las garras, abre las alas despacio, despacio, aguza el pico y los ojos… ¡Si viera los ojos! Se ponen rojos y brillantes; feroces. Pero todo eso es un *bluff*. Honorato es muy bueno, y precisamente lo que pretende es evitar que el alma salga de su jaula. El pobre no sabe otro procedimiento que asustarla para que se quede dentro… En cambio, Mireya…

—¿Mireya es la paloma?

—Sí. ¿Quién dijo algo bueno sobre el corazón de la paloma? Cuando Mireya levanta alegre la cabeza y bate las alas, yo ya sé que el enfermo va a morirse; hasta el segundo en que muere. Un segundo antes de que Mireya eche a volar para no volver nunca.

—Pero…

El doctor Girard se adelantó a la pregunta de Semembutu:

—Sí, Mireya está aquí. Pero ha habido antes muchas Mireyas que no volvieron más. Y esta volará más pronto o más tarde detrás de alguna cosa que sale de un cuerpo muerto. Y supongo que tampoco volverá.

—¿Por qué va a volver una vez que se vea libre?

Girard movió la cabeza, como si estuviera explicando cosas a un niño de escasas entendederas:

—¡Son palomas mensajeras! ¿No entiende? Todas las palomas mensajeras vuelven. Menos las que se van en el momento que un hombre muere. Y no me pregunte por qué. Ni a dónde van. El día que lo sepa…

—El día que lo sepas ya no habrá remedio para ti. No le hagan caso. Lleva demasiados años aquí y ya no sabe si es más verdad lo que aprendió en la Facultad, o lo que le han enseñado los brujos kmer.

El profesor Gil de Albornoz preguntó:

—¿Toda esa historia del halcón y la paloma pertenece al folklore local?

—Lo del halcón, sí —replicó el jesuíta—. Lo he visto en las ceremonias kmer, para conjurar a los enfermos. Pretenden que el

alma, asustada, no salga de su prisión… Lo de la paloma… me parece que se lo ha inventado él.

El doctor Girard, a quien el fraile señalaba, se indignó, congestionando ligeramente el rostro, y como de costumbre cuando se enfadaba, la dentadura empezó a bailarle en la boca:

—¿Inventado? ¡Hamm! De todos los embusteros jesuítas que hay en el mundo, tú, ¡hamm!, eres el más embustero. ¡Hamm! ¿Es verdad o no que las palomas no vuelven? ¡Hamm! ¿Es verdad o no, hamm, que tú y yo nos hemos pasado largos amaneceres esperando verlas volver? ¡Hamm!

El padre Damián hizo un gesto de cansancio diciendo:

—Bueno, dejemos eso ahora. Voy a quedarme un rato con monseñor.

Y se dirigió hacia la puerta de las habitaciones de Dominici. Esta quedó abierta y se vio a Bali que daba algunas explicaciones susurradas al padre Damián. Se acercaron todos, y Bali les explicó:

—Me ha pedido dictar algo… He suprimido la conexión del amplificador y la he pasado a un magnetófono. ¿No le perjudicará? Los controles de pulso, respiración y demás siguen normales…

Con discreta atención los cinco hombres se acercaron a mirar al cardenal Régula a través de la ventana de la cámara hiperbárica. Parecía esta un extraño sarcófago de la era espacial, con sus redondas líneas de cápsula astral, sus metales brillantes y las luces de los controles que parpadeaban o señalaban las oscilaciones de las agujas en los diales. A un lado un electrocardiógrafo recogía con perseverancia y exactitud un rollo de papel donde quedaban inscritos los mensajes eléctricos de aquel corazón en apuros. Detrás del curvo vidrio de la cámara, el cardenal Régula, cuyo rostro permanecía sereno, pero con un especial afilamiento de los rasgos y un tinte ligeramente violáceo, movía los labios pronunciando palabras inaudibles para los circunstantes. Smuts interrogó con la mirada a sus compañeros que parecían perplejos. Smuts, con acento de reconvención, dijo a Bali:

—Debías habernos consultado.

—Me rogó que no lo hiciera. A través del micrófono. Eran sus palabras tan inquietas y suplicantes… Pensé que se tranquilizaría así… Los controles iban peor antes.

—Es posible que le haga bien hablar —opinó Gil de Albornoz—.

Pero no debe fatigarse, en todo caso.

Zacarías se acercó a la cámara y a través de un micrófono exterior habló con el cardenal en un susurro discreto. Se vio a Régula que sonreía suavemente en el interior y hacía un signo de aquiescencia con la cabeza. El doctor Smuts volvió al lado de sus compañeros y les dijo:

—Parece conforme en terminar dentro de unos minutos.

Junto a la cámara hiperbárica, un pequeño magnetofón giraba en silencio recogiendo las palabras que el cardenal iba vertiendo en el micrófono del interior. El doctor Girard se acercó un poco a la cámara y observó atentamente al halcón. Este permanecía quieto sobre la mano de Girard, y aunque el médico de Siem Riep intentó aproximarlo a la cúpula superior de la prisión de Régula, no fijó sus ojos erráticos ni un momento sobre la figura del cardenal que se veía a través del vidrio. Girard dijo:

—No hay manera. Y es que Honorato tiene que aprender aún mucha técnica. A no ser que…

El doctor Girard asestó sus ojos en los brillantes y enrojecidos ojos del pájaro. Este, por un momento, inmovilizó su mirada, casi como en el principio de un trance hipnótico. Luego, sacudió la cabeza agitándola nerviosamente de derecha a izquierda.

El padre Damián miraba a Girard y a su pájaro con gesto de aprensión. Los demás solamente con curiosidad. Fue Smuts el que decidió cortar la escena proponiendo dejar en penumbra la habitación de Dominici para que este descansara, pasando todos al pequeño *hall* de la *suite*. Bali quedó vigilando los controles.

Fue también Zacarías Smuts el que propuso un poco después a Gil de Albornoz y a Semembutu Doc que acudieran a Angkor-Thom para asistir a una nueva sesión de *Dialectic Theater*, donde los gerontes habían ido por propia y al parecer gustosa voluntad:

—Ellos no saben la gravedad de monseñor. He preferido callar lo del traslado. Después de todo nada pueden hacer y todo esto disgregaría quizás el grupo.

—¿Está usted dispuesto a seguir a pesar de lo ocurrido? —preguntó Gil de Albornoz.

—Precisamente por lo ocurrido… ¿No tiene usted el pálpito de que estamos llegando a alguna conclusión?

—La verdad, no.

—Eso es porque para usted… para ustedes —y Smuts señaló también a Semembutu— las conclusiones están en otra parte. Pero ya les llegará la vez.

—De todos modos —siguió el profesor español— Dominici Régula era demasiado… conspicuo, para que todo resultara igual…

Smuts miró de un extraño modo, entre curioso y sardónico, al padre Damián, que vuelto de espaldas contemplaba por la ventana el jardín. Le dijo:

—¿No prefiere usted, padre, acompañar a estos señores a Angkor Thom?

Semembutu, que había permanecido indiferente a toda la conversación, porque estaba investigando descaradamente los movimientos del halcón de Girard, dio una muestra de aguda percepción al comentar:

—Entre mi pueblo, cuando alguien está en peligro de muerte mira fijamente a un amigo. De ese modo quiere pasarle todo lo que de su persona ha de quedar aún vivo sobre la tierra. Creo que al padre Damián le ha mirado alguien hoy. Parecía que el jesuita iba a replicar al negro, pero lo pensó mejor y dijo:

—Les acompañaré.

Luego, volviéndose a Girard, le espetó, con cierta brusquedad, que no era sin embargo hostil sino amistosa:

—¿Qué vas a hacer tú?

—Me quedo con Smuts. Tenemos que esperar la ambulancia. Semembutu, sin embargo, tenía algún reparo que hacer; preguntó dirigiéndose a Zacarías Smuts:

—¿Y usted? Se supone que dirige las actividades dramáticas de Angkor.

Zacarías sonrió al contestar:

—Precisamente por eso, no hago demasiada falta en el momento del… estreno.

Miró el reloj de su muñeca y añadió, acentuando la ironía:

—Creo que llegará para la parte que está fuera de programa.

3

Los jóvenes bonzos habían atraído a los gerontes hacia un lugar más recóndito de la ciudad sagrada. Era una zona sombría entre grandes estupas, quizás en sus tiempos un jardín interior que ahora estaba ocupado por grandes bloques de piedra desplazados por las enormes raíces, elevados de su cólera y por fin arrojados a un caótico derrumbadero central, donde quedaban formando algo así como un rompeolas de desordenadas piedras contra un mar inexistente. En una parte más llana, en el extremo norte del derrumbadero, habían llevado una gran piedra tallada, representando las cuatro caras de Brahma. La gran talla estaba montada sobre una plataforma con pequeñas ruedas de las que usaban los restauradores de los templos para trasladar los bloques pesados. Al parecer, las caras de Brahma tenían mucho que ver con el espectáculo alrededor del cual se apiñaban, como siempre, los bonzos, constituyendo desde lejos una gran mancha de color naranja, mientras que los gerontes, diseminados por entre los bloques, asistían a la escena un poco menos integrados en ella.

Cuando Semembutu Doc, Teodoro Gil de Albornoz y el padre Damián llegaron, la tercera sesión de *Dialectic Theater* había empezado. Había un silencio expectante, y, en ningún momento, mientras los recién llegados se acercaban, habían oído los unánimes y siempre significativos gritos de los jóvenes bonzos. Solo eran visibles tres de las caras de Brahma y ante cada una de ellas se movía un actor. Pero esta vez no eran bonzos los mimos actuantes, sino Funny Rioter, Marco Spaghetti y Denis le Plat, sin caracterización alguna, vestidos con sus habituales pantalones de pana y jerséis descoloridos. Denis le Plat ante la cara Este de la imagen estaba escribiendo en el suelo con tiza una especie de fórmula matemática muy larga, llena de letras, signos y números; en cuanto acababa una línea, con gran rapidez daba un paso hacia adelante y continuaba escribiendo con la celeridad de un matemático loco, persiguiendo alguna cabalística solución solamente soñada por él. Ante la cara Sur del dios, Funny Rioter dibujaba también en el suelo, con tiza de varios colores, disparatadas composiciones ininteligibles, que en determinado momento podrían parecerse lejanamente a las creaciones infantiles de Miró, en otras, a composiciones cubistas sin reconocible motivo central, y, como rellenando todo esto, sinuosas curvas, grecas, y

volutas, entre cuerpos humanos retorcidos, como reminiscencias del «pop» o del «camp» de los años setenta; Rioter, a medida que pintaba sus disparatadas invenciones, también se iba acercando a la cara del dios. En el lado oeste, y, asimismo, caminando lentamente hacia Brahma, Marco Spaghetti parecía recitar algo que iba leyendo en un papel; este no era más que un rollo de papel higiénico que desplegaba y dejaba caer al suelo a medida que iba leyendo y acercándose al dios, dejando de este modo señalado su camino con una, poco digna, alfombra. Parecía recitar, pero no decía nada; solo movía los labios y hacía grandilocuentes gestos con la mano libre.

Teodoro Gil de Albornoz comentó, al darse cuenta del extraño silencio de los bonzos, que estos pudieran estar perplejos al no reconocer por carecer de disfraz a los representados. El padre Damián movió la cabeza denegando:

—No, no es eso. Esos diablos son muy vivos. Saben perfectamente que el de las fórmulas y los números es Brainfullen Cohen, y los otros el pintor Marcel y el poeta Orlov.

—¿Por qué están tan callados? —preguntó Semembutu—. Ellos tienen muy fácil la risa, al menos.

—No sé —replicó el jesuíta—. Algo raro pasa.

Los gerontes también permanecían silenciosos y solo los más afines entre sí se miraban con leves gestos de perplejidad. Denis le Plat fue el primero que llegó al basamento de la imagen; no había levantado ni un solo momento la mirada del suelo, siempre aplicada a la larguísima expresión de su fórmula. Incluso cuando tropezó con la plataforma de madera donde el dios se alzaba siguió escribiendo en el corto trecho que había desde el borde hasta la piedra, pero al tocar esta, alzó la vista, y tuvo sobre él, imponente, casi amenazador, el hierático rostro del dios. A partir de este momento su actitud cambió: siguió empleando la tiza, pero esta vez, para hacer unas inconexas rayas como infantiles signos, sin apartar la mirada de la imagen, como asustado por su presencia; habiendo perdido toda la seguridad mostrada en las complicadas formulaciones dejadas tras de él y que habían marcado su camino; ahora la mano actuaba independiente de sus ojos, no hacía signo alguno que tuviera sentido, seguía mostrando cada vez más una cara empavorecida, como hipnotizada por la vigilancia divina, y, por fin, casi sin mirar, escribió una suma con inseguros trazos

infantiles: 2 + 2. Pasó una raya por debajo y no escribió nada. Miraba a veces al dios, a veces a la suma y así quedó como idiotizado en una expresión catatónica de patético abandono. El falso Brainfullen Cohen había quedado impotente ante lo inexpresable.

Frente a la cara sur, entretanto, Funny Rioter, que había seguido pintando, comenzaba a comportarse de un modo muy parecido al de Denis le Plat. Rioter, en sus últimos trazos había conseguido, meritoriamente, hacer algo así como una caótica pintura imitación de los cuadros de Marcel «*le Tahitien*», a quien estaba representando. Pero cuando comenzó animosamente a decorar el basamento de la imagen sucedió algo imprevisto: se quedó sin tiza de colores; rebuscó en sus bolsillos; miró alrededor, y por fin alzó la cara para afrontar al dios. Mantuvo firme el gesto pero retrocedió un paso como en instintivo comienzo de huida. No obstante, se acercó de nuevo, abrió las manos como pidiendo algo, y al no obtenerlo metió de nuevo las manos en sus bolsillos, las sacó manchadas con un poco de polvo de tiza y extendió este sobre la base del rostro de Brahma, intentando en vano prolongar sus pinturas. No lo consiguió aunque intentó también, desesperadamente, mancharse las manos con lo último pintado, y aplicarlas contra la parte inferior de la imagen; solo dejó una vaga huella de sus dedos. En un gesto de desesperación abarcó con sus brazos abiertos la piedra y aplicada la cabeza vencida sobre ella quedó quieto, confundido con la roca; como un Prometeo sin cadenas.

Entretanto, el falso Cirilenko Orlov, Marco Spaghetti, había llegado ya a la plataforma de madera sin dejar de mimar el recitado ni de dejar tras de él, un largo rastro de papel higiénico. En sus últimos pasos, su comportamiento iba siendo más inseguro; cada vez, más a menudo, cesaba en su recitado, quedaba quieto, dejaba caer los brazos y cerraba los labios en un gesto de dura renuncia. Un poco después alzaba otra vez ante sus ojos el rollo de papel, volvía a mover los labios y a azotar el aire como en cómica oratoria, con el brazo izquierdo. Cuando estuvo ya encima de la plataforma de madera calló otra vez, quedó mirando la imponente cara de Brahma con gesto intimidado, y ya no volvió a recitar: sin apartar la mirada de la imagen, fue cortando trocitos de papel en el rollo y,

lentamente, simulaba limpiarse con ellos el trasero. Seis veces repitió la limpieza innoble, antes de sentarse casi dejándose caer, con desespero, sobre el basamento, apoyada en él la cabeza y mostrando en las convulsiones de su cuerpo y de la cabeza rendida que estaba llorando. Mientras así lloraba a los pies de Brahma, iba poco a poco recogiendo la larga tira de papel higiénico, volviéndolo a enrollar desmañadamente, entre sus manos temblorosas.

Se oyó el zumbido de un avión de hélice que llegaba al cercano aeropuerto; casi simultáneamente una ambulancia, haciendo sonar la sirena, dejó ver por entre los árboles su silueta blanca. Los bonzos no se movieron, pero entre los gerontes hubo algún signo de inquietud. Víctor de Lisle, prominente como siempre en el grupo, volvió la cara a la carretera. Sin embargo, todos siguieron atentos al espectáculo, tras unos instantes de indudable tensión.

Denis, el falso Brainfullen, seguía idiotizado e inmóvil frente a la suma irresoluble; Funny Rioter, abrazado a la imagen, estaba como yerto componiendo un simple friso de derrota. Marco había cesado en sus sollozos y enrollaba lentamente el papel. Los bonzos callaban y los gerontes también. Quizás estos estuviesen más atentos al ominoso silencio de los bonzos que a lo que sucedía en escena, y por ello, tampoco mostraban reacción alguna, porque en cierto modo, los gerontes se habían acostumbrado en las sesiones del *Dialectic Theater* a reaccionar de acuerdo con aquel gregario humor juvenil, que siempre les desconcertaba en sus expresiones.

No obstante, no había desinterés con referencia a lo que los tres enviados de la Sorbona querían representar, y por esta razón se hizo más tenso el silencio, más evidente la quietud de los cuerpos cuando Rioter, Denis y Marco abandonando de pronto sus actitudes se entregaron a la faena de darle la vuelta a la plataforma de ruedas sobre la que estaba montada la gran imagen del dios de cuatro caras. De este modo, y en pocos minutos, estuvo frente a los espectadores la cuarta cara, el rostro hasta ahora oculto de Brahma. Los bonzos siguieron callados, aunque del grupo de los gerontes salió un murmullo de sorpresa, cuando todos pudieron ver que la cuarta cara del dios no existía. La superficie donde debían mostrarse los rasgos, entre sensuales y hieráticos, de Brahma, era una superficie lisa, sin relieve alguno, ligeramente abombada, como si fuera un inmenso huevo de algún reptil antediluviano incrustado en

la piedra caliza. El cuarto rostro de Brahma, aquel que miraba al Septentrión de todo lo creado, había sido borrado por el azote de las aguas de los monzones y de las arenas volanderas arrastradas por los vientos alisios, año tras año, siglo tras siglo, mientras permaneció a la intemperie, en lo alto del templo, dominando a los más altos árboles de la selva. Al Señor de toda la Creación, las fuerzas norteñas e incontrolables de esta misma Creación le habían dejado liso, ciego, inexpresivo, reducido a la estulticia mineralizada y pasiva de la piedra, donde se sume e integra el polvo de la eternidad sin esperanza.

Denis-Brainfullen, Rioter-Marcel y Marco-Orlov parecieron revivir a su pasada energía creadora, ahora que el dios ya no podía mirarles, ahora que, en cierto modo, la divinidad había muerto. La creación activa del hombre rebelde, que intenta prevalecer allí donde la creación pasiva, bajo la mirada de la divinidad, ya no surge ciega y caótica. Denis reemprendió sus complejas fórmulas matemáticas, que bien pronto fueron llenando un costado del gran huevo; a su lado Rioter recomenzó sus disparatadas pinturas con tiza de colores que de pronto salieron abundantes de sus bolsillos, y, en el costado derecho de la lisa superficie desacralizada, el pseudopoeta Orlov-Marco comenzó a cortar grandes trozos de poema escrito en un rollo de papel higiénico, y, escupiendo previamente en la piedra sin rostro, los fue pegando a fuerza de saliva y puñetazos. Los tres estaban encaramados sobre el basamento de la imagen, y tenían casi cubierto de fórmulas, de pinturas y de papeles el gran huevo, cuando algo empezó a suceder bajo ellos, que les obligó a cesar en su trabajo y a mirar: unos cuantos bonzos —quizá diez o doce— habían surgido del apiñamiento silencioso, y ascendiendo a lo alto de un bloque de piedra menos descabalado que los demás, comenzaron a fingir un trabajo agrícola, para lo cual sacaron de debajo de sus túnicas pequeñas herramientas hortelanas, cortos azadones y palas. Encorvaron las espaldas y se aplicaron a su trabajo, pero uno de ellos quedó en pie, dominándolos, y extrajo también de lo hondo del ropaje un látigo que hizo restallar en el aire. Al oír el látigo, los trabajadores bajaban más las cabezas hacia el suelo y apresuraban el ritmo de su trabajo. Tras el bonzo del látigo apareció entonces una extraña figura; era también un bonzo joven pero llevaba sobre

la cabeza una peluca de mujer —seguramente la peluca de alguna danzarina apsara residente en el poblado— se había ceñido femeninamente la túnica con un cinturón de colores chillones y llevaba en la mano una máquina de escribir portátil. Tenía la cara pintada al estilo de una vieja prostituta, con exceso de carmín en los labios y más exceso de *rimmel* en los ojos. Se sentó al lado de donde el joven del látigo vigilaba a sus peones, y, colocando sobre sus piernas la máquina de escribir abierta, comenzó a teclear sobre ella a velocidad vertiginosa. Por un par de minutos solo se oía este furioso teclear y de vez en cuando el restallante látigo sobre las espaldas de los trabajadores.

Se oyó de nuevo el zumbido del avión en el aeropuerto de Siem Riep. Algunos gerontes levantaron el rostro intentando inútilmente ver el aparato a través de la cúpula verde discontinua.

Semembutu comentó, sin dirigirse a nadie en particular:

—No cabe duda de que quieren representar a Laura Hedoni escribiendo. Pero ¿quién puede ser ese del látigo?

Gil de Albornoz a su lado replicó:

—Me hace la impresión de que están hoy representando más para ellos que para nosotros. Y en ese caso ellos funcionan con símbolos ya familiares y sobreentendidos aceptados. Aunque, si procedemos por eliminación, el del látigo solo puede ser Amaranto Goulardo.

No contestó Semembutu, seguramente aceptando la explicación y atento a lo que pasaba. El bonzo que mimaba a la Hedoni de vez en cuando, mostraba al falso Goulardo lo que había escrito y este hacía un signo de aprobación y seguía haciendo restallar el látigo. En un momento dado pareció golpear con más fuerza a uno de los peones que cayó al suelo. Los demás cesaron en su trabajo, quedaron unos instantes viendo al compañero caído, y, luego, alzando sus herramientas se lanzaron contra el hombre del látigo. Este retrocedió asustado y volviendo la cara en demanda de auxilio, silbó como llamando a alguien. Por detrás de unos bloques de piedra, alzados, apareció una nueva figura: era también un bonzo joven que llevaba una tosca metralleta en la mano, la cintura ceñida con pistolera, con dos revólveres colgando y en la cabeza un viejo y típico gorro de *marine*. A nadie entre el público le cupo duda que quería representar a Von Pentahome, sobre todo al ver lo pronto

que dominó la situación, haciendo como que disparaba sobre el grupo de rebeldes. Entre ellos cayeron dos al suelo, que fueron retirados por sus compañeros y, luego, de nuevo todos, se aplicaron al trabajo. Seguía estando el pseudo Amaranto restallando el látigo, pero ahora sobre él en un bloque posterior y más alto, el falso Von Pentahome permanecía alerta con la metralleta empuñada. Al anterior silencio de los bonzos habían sucedido ahora en el grupo de espectadores, unos murmullos sordos, como de amenaza; otra vez el lejano bramido de una tempestad que se acercaba; este murmullo se acentuó cuando la falsa Hedoni abandonó su ubicación junto al dueño de la peonada, y ascendiendo al bloque superior, se sentó al lado del hombre de las armas. Allí, en primer lugar, rompió los papeles que, al parecer, había escrito antes, y comenzó de nuevo su vertiginoso teclear. Cada vez que terminaba una cuartilla la mostraba al falso Von Pentahome que ni se dignaba mirarla. Subrepticiamente, y sin que nada sucediera en el conjunto de la escena, de los personajes en acción surgió uno nuevo: era un bonzo, pequeño y nervioso, cargado con un gran saco que depositó ante él. Pudo verse entonces que el saco llevaba pegado un gran trozo de papel con el signo del dólar, toscamente pintado en rojo.

—Mickey Golden, sin duda alguna —opinó Gil de Albornoz.

El pequeño bonzo del saco extrajo de este otro saco más pequeño, con el signo del dólar también, y se lo alargó al bonzo armado. Este metió la mano en su saco y extrajo del mismo otro más pequeño aún y también marcado con el dólar, pasándoselo en la punta de la metralleta al bonzo del látigo. El personaje que representaba a la Hedoni, al ver este trasiego, cesó de escribir, rompió otra vez los papeles que tenía ya terminados y fue con su máquina a situarse junto al falso Mickey Golden. Una vez junto a él recomenzó a aporrear la maquinita.

Una voz salió del grupo de los gerontes que tuvo la virtud de interrumpir la representación. Era Laura Hedoni que decía con sardónica voz chillona:

—¡Tópicos y más tópicos! ¡Una infantil ensalada de tópicos!

Como un taumatúrgico personaje aparecido en el momento oportuno, llegó en silencio, incorporándose al grupo de los residentes, el doctor Smuts. Unos minutos antes se había oído el motor de su *jeep*, en el límite del recinto de Angkor-Thom. Iba

acompañado de Bali y del doctor Girard. Nadie los vio al principio más que el padre Damián, que estaba situado atrás del grupo. El jesuíta fue hacia ellos, en demanda de noticias, pero Zacarías se llevó un dedo a los labios, como pidiendo atención a lo que sucedía en el escenario. Curiosamente, la intervención de Laura Hedoni no había producido una discrepancia entre los actores y el público, sino de los actores entre sí. Los bonzos espectadores permanecían quietos aunque murmurantes, en su ya habitual manera de hacer de fondo de tempestad. En cambio, Funny Rioter, Denis le Plat y Marco Spaghetti que seguían encaramados en el basamento del dios Brahma, discutían ahora con los jóvenes de la pantomima, en la que Laura Hedoni, Amaranto Goulardo, Von Pentahome y Mickey Golden habían sido puestos en cuestión. Los gerontes interesados en la disputa se acercaron. Pudieron ver cómo el bonzo que había representado a Goulardo sacaba de los fondos de su túnica unas gafas y se las colocaba con un brusco gesto, como si las necesitara para discutir; era el joven bonzo traductor que había intervenido siempre como intermediario en las anteriores sesiones del *Dialectic Theater*. Estaba interpelando ahora a Funny Rioter que había descendido a la plataforma de madera. Polemizaban los dos en inglés:

—Tiene razón la plumífera —decía Rioter—. Eso es infantil y simplista.

—Son las ideas simples las que mueven a los pueblos.

—A las masas, más bien, si es que quieres citar de verdad a Lenin. Pero ya hace tiempo que nosotros no contamos con las masas sino con los hombres.

El bonzo de las gafas se encrespó, contestando rápidamente.

—¡Los occidentales ya no sois casi hombres! ¡Sois solo especímenes humanos a amortizar!

Marco Spaghetti se dejó caer en la plataforma mientras emitía un silbido agudo y prolongado. Luego preguntó abriendo mucho los ojos:

—¿Qué dice esa calabaza con gafas?

Denis le Plat intervino para aplacar los ánimos:

—Nunca la dialéctica ha de ser personal. Recordadlo.

Y luego, volviéndose al joven bonzo le interrogó:

—¿Qué es lo que había de malo en nuestra representación?

¿Irreverencia a vuestro dios?

—Eso no importa —replicó el otro—. Solo que creemos inútil la polémica sobre la existencia o la inexistencia de Dios. Dios a lo sumo es un problema de conciencia individual.

Rioter intervino:

—Para vosotros, quizá. Para nosotros, todavía no. Dios es todavía, en gran parte del mundo, una base de interpretación social que debemos eliminar. O al menos controlar.

—Ya se ha pasado el tiempo de interpretar el mundo. Ahora es preciso transformarlo.

—Eso ya lo dijo Marx en un tiempo en que ni siquiera había nacido la dialéctica marxista, que es pura interpretación. ¿No os dais cuenta de que lo sucedido hoy, aquí, con el cardenal Régula, nos obliga a volver por las antiguas armas dialécticas? Régula seguirá siendo poderoso como intermediario. Debemos demostrar que no importa si hay o no divinidades suprahumanas. Lo importante es que hayamos ya tomado su relevo.

—¿El relevo de algo inexistente? —arguyó con una sonrisa irónica el bonzo.

—Nietzsche certificó la defunción de Dios, sin haber creído nunca que existiera.

El padre Damián se adelantó hacia los bonzos para decir con voz llena de honda convicción:

—Os pesan los hombres que tienen fe en Dios porque solo ellos son capaces de tener fe en los hombres. Tenéis miedo a un poder que solo nace de esta fe.

Marco Spaghetti volvió a silbar para añadir luego:

—¡Vaya! No ha venido Régula pero ha mandado a su acólito.

Smuts se adelantó entonces mientras hablaba:

—Régula no vendrá ya. Ese avión que habéis oído se lo ha llevado. Pero no ha delegado en nadie. Él mismo os quiere hablar.

Funny Rioter lanzó una carcajada de tono casi insultante y dijo:

—¿Desde el cielo?

—No —contestó Smuts—. Desde este magnetofón.

Y mostró un pequeño aparato magnetofónico que le había alargado Bali.

—No nos hace falta —barbotó Denis le Plat en un tono desacostumbrado en él—. Es el truco de siempre: decir la última

palabra y no quedarse a escuchar a los demás.

Se oyó la risa infantil y chillona del bonzo de las gafas que añadió:

—Bien. ¿A qué tenéis miedo? ¡Vosotros, los que estáis haciendo a vuestro gusto un nuevo rostro de Dios!

El doctor Smuts, haciendo caso omiso de la discusión entre el bonzo y los representantes de la
I. J.
, había puesto en marcha el magnetofón de pilas, depositándolo encima de un bloque de piedra. Ajustó el aparato dejando pasar un trozo de cinta, para, comenzar en donde convenía oír. Con el altavoz a pleno volumen se oyó la voz de monseñor Dominici Régula, sensiblemente modificada por un estertor contenido, como de fatiga que quería ser vencida; sonaba ronca pero profunda y con un efecto de lejanía casi sobrenatural: «He sido cobarde, amigos, hermanos. Os he vuelto la espalda y no porque no tuviera nada que decir, sino porque tenía miedo a que mis palabras os sonaran falsas. De pronto me he dado cuenta de que mi Dios ya no hablaba por mi boca como había estado creyendo toda la vida. Pero ¿desde cuándo me había abandonado? ¿Y por qué? ¿Desde qué momento de mi vida, una vida que creí dedicada por completo a Dios, comencé a hablar en nombre mío y no en nombre de Dios? Quizá desde el momento en que abandoné la humildad de mi primer curato para empezar a trepar hasta las cumbres de la jerarquía. Quizá, desde que, para mejor dominar a los hombres, empecé a despreciarlos. Desde que empecé a perder la fe en ellos… ¿Qué misterio más profundo es este de la fe en Dios, que no puede separarse de la fe en los hombres? ¿Es que Dios y los hombres son la misma cosa? Pero ¿de qué forma? ¿En qué sentido? ¿Dónde, cuándo se han confundido o van a confundirse?… No puedo daros una respuesta que a mí también Dios me la está negando. ¡Dios mío, ilumíname! ¡Un solo segundo de la luz de Tu eternidad! Deja que por última vez en mi vida pueda volver a hablar en Tu nombre…».

La voz del cardenal Dominici había ido venciendo el estertor de fatiga para imponerse como en un triunfo del espíritu sobre el vencido cuerpo y había sonado tremante, conmovedora, como de un ser que verdaderamente exige de Dios una respuesta. Pero en las últimas frases vencía de nuevo la fragilidad humana y volvía a

aparecer el estertor ominoso, amenazador, terrible en su significado, como el rechinar de los goznes en la puerta del Más Allá. El magnetofón ahora no reproducía más que una difícil respiración. Se había cercenado la voz, quizá como resultado de la fatiga, quizá porque el cardenal estaba meditando cómo continuar. Pero el doctor Smuts se acercó al aparato y, al parecer, para desconectarlo. El bonzo de las gafas preguntó, en medio del silencio de todos:

—¿No ha dicho nada más?

—No —contestó Zacarías—. Los controles de la cámara de oxígeno han señalado un momento crítico y le hemos ordenado reposar.

En este momento se oyó a través de los árboles de la cercana selva el petardeo de una motocicleta. Tanto los gerontes como los jóvenes bonzos que permanecían en silencio le prestaron poca atención, hasta que, procediendo de los senderos abiertos entre los árboles, la motocicleta conducida por Sebastián, el jefe del aeropuerto, apareció bruscamente en el recinto interior de Angkor. Sebastián dejó casi caer el pequeño vehículo al pie del primer acúmulo de bloques y corrió sorteando las grandes piedras hasta llegar junto a Smuts. Habló apresuradamente con él ante la expectación de todos, y luego Zacarías, dirigiéndose a bonzos y gerontes, dijo con tono desprovisto de solemnidad pero matizado de una vaga emoción:

—El médico que acompaña a monseñor Régula a Phnom Penh acaba de comunicar por radio que el cardenal ha muerto.

No se alteró el extraño silencio, casi religioso, de jóvenes y viejos. Solo Funny Rioter, Marco Spaghetti y Denis le Plat que habían permanecido sentados en la plataforma que sostenía la cabeza de Brahma, se levantaron y se dirigieron lentamente para integrarse al grupo. Se oyó la voz un poco destemplada del doctor Girard que preguntó, dejando ver en su interrogación una rara ansiedad:

—¿Cuándo ha muerto?

—Poco después de despegar, al parecer —contestó Sebastián—. Hará casi media hora.

El doctor Girard, visiblemente alterado, se empinó sobre uno de los bloques más altos y comenzó a escrutar el cielo. Entretanto iba

diciendo:

—¡Hamm! ¡Narices! Mireya voló mucho antes. ¡Hamm! Y Mireya sabía a dónde iba.

El padre Damián prorrumpió, indignado, yendo hacia Girard:

—¿Quieres dejar eso ya, viejo loco? ¡Baja de ahí si no quieres que…!

Pero Girard no le hizo caso. Continuó mirando entre las cúpulas vegetales al cielo, que iba perdiendo su brillante azul con la caída de la tarde. Todos miraron con él y muchos no sabían a qué. Pero Girard parecía saber dónde fijar sus ojos que brillaban y parecían querer salirse de las órbitas. El padre Damián parecía dispuesto a ir hacia él cuando el extraño médico de Siem Riep levantó lentamente la mano y apuntó a un lejano confín del azul mientras decía, esta vez con contenida voz, abandonando su habitual vehemencia, como si alguna rara emoción le venciera:

—Vuelve. Mireya vuelve. Es la primera vez que vuelve. Todos miraron intensamente adonde Girard señalaba. Pasaron unos segundos antes de que un bonzo de mirada más aguda exclamara:

—¡Es la paloma del doctor!

La paloma mensajera de Girard, en efecto, estaba planeando, como indecisa, por encima de los más altos árboles de Angkor-Thom. El doctor Girard levantó los brazos agitándolos rítmicamente por encima de su propia cabeza, mientras emitía un curioso sonido, entre siseo y murmullo, muy parecido al zureo de las palomas. El ave que, por unos momentos se había posado en una de las altas ramas de un enorme álamo, se lanzó casi en picado sobre el recinto sagrado. Muy pocos segundos después estaba en las manos de Girard que la acariciaba con expresiones infantiles, de conmovedora ternura. Luego dijo como para sí:

—Ahora podré saber. Ahora me lo contarás, Mireya. Por fin has vuelto. Me lo dirás todo, Mireya.

Funny Rioter preguntó abruptamente a Girard:

—¿Pero es que usted entiende el lenguaje de las palomas?

El doctor Girard levantó la cabeza hacia Funny, que desde la cima de una gran piedra tallada le afrontaba cínicamente sonriente. El rostro del médico de Siem Riep expresó primero una gran sorpresa, que se fue convirtiendo poco a poco en un dolorido gesto de perplejidad. Un triste velo de desilusión pareció ensombrecer su

cara. Luego se metió a la paloma entre los pliegues de su extravagante saco y, descendiendo del gran bloque calizo, llegó a tierra. Una vez allí dirigió una mirada a Funny, que seguía allá arriba contemplándolo irónicamente, paseó también los ojos que parecían no ver a nadie por el resto del grupo y haciendo un patético gesto de impotencia con las manos abiertas se volvió de espaldas y comenzó a caminar por uno de los senderos que conducían al poblado. Iba encorvado como por el peso de una gran desesperanza.

Capítulo XI

1

En el jardín de la residencia del doctor Smuts había una zona donde pocos de sus huéspedes se aventuraban. Era un espacio abierto hacia la selva que, aunque cerrado en sus confines con disimuladas alambradas, se había diseñado para sugerir una salida hacia la libre naturaleza, y el ingenioso jardinero, seguramente oriental, que lo imaginó, había confundido especies selváticas y domésticos árboles y parterres en una combinación muy armónica, que se perdía en la perspectiva de los rústicos senderos hasta hacerse una con la selva próxima ya sin planificación humana. Así, al lado de una gigantesca sequoia había un entramado de graciosos tamarindos de fresca sombra, que prolongaban su humedad y su protección para evitar que el césped de unas glorietas abiertas al sol se quemara con el furor tropical de este. Los gerontes, gregarios, por una instintiva necesidad de apoyo mutuo, solían quedarse alrededor de la piscina, en grupos más o menos aislados, durante la prima mañana, que aquel día estaba llena de ocio sin esperanza. Solo Paco Villalobos y Marco Wenzel, que habían encontrado un buen motivo de conversación en la evolución del socialismo castrista en Sudamérica, habían llegado paseando casi hasta los confines del jardín, sin darse demasiada cuenta de dónde se hallaban. Al llegar a una de las glorietas verdes tuvieron que pararse en seco e iniciar una retirada brusca al ver, tendida sobre la hierba y completamente desnuda, a Katia Soleva Sedova. Pero la exastronauta rusa los había visto, debido a que su cabeza estaba un poco más elevada que el cuerpo, sobre el inicio de un talud, y por ello, Paco Villalobos, el primero que se dio cuenta de la situación, se sintió obligado a decir:

—Perdón, no sabíamos…

Katia Soleva se sentó con gran naturalidad sin intentar cubrir su cuerpo con las cercanas ropas y contestó en inglés un poco demasiado académico:

Soy ya la que debo excusarme. Esto no es para mí sola.

—¡Oh, no! Es muy grande. Podemos ir por otro lado. Marco Wenzel, más turbado que Villalobos, no encontró más solución digna que quitarse las gafas en la seguridad de que todo el que viera sus acuosos ojos de pez, sin cristal delante, se consideraría discretamente libre de sus miradas.

—Como quieran —dijo la rusa volviendo a acostarse y mostrando así de nuevo su cuerpo por entero, espléndido en su longitud y proporción, milagrosamente libre de grasas superfluas, y tan solo insinuando una especial sequedad en los pliegues de los muslos, en las curvas de las nalgas y en los declives laterales de los senos, anuncio de las diferidas arrugas de la edad. Una imprecisa edad que solo se podía suponer por el transcurrir de su historia, aunque los pechos todavía continuaran erguidos, aunque la tersura y suavidad del vientre mintiera juventud. Paco Villalobos, un poco turbado pero también sorprendido por la naturalidad y la falta de pudor de Katia, sintió una suerte de atavismo latino, como si hubiera sido desafiado a arrostrar dignamente la situación, sin recurrir a una poco digna huida y no volvió su espalda con la prisa que lo hizo Wenzel, sino que siguió mirando con cierto descaro ya a la Sedova, diciendo en un tono banal:

—De todos modos, Katia, permítame que le dé un consejo: tenga usted cuidado con este sol del trópico. Es terrible.

Katia volvió a sentarse ahora sonriente y replicó:

—Sin embargo, a usted no parece darle miedo. Le he observado y he visto que le es indiferente, cuando pasea, ir por el sol o la sombra. Y siempre tan bien vestido como si estuviera en un salón.

—Bueno… He nacido en el trópico. Los hijos del trópico somos casi hijos del sol.

—Casi hijos del sol —repitió la rusa, suavemente—. No lo había pensado así.

Marco Wenzel, al comprobar que Villalobos no le seguía, se volvió, quitose de nuevo las gafas y dijo, con impaciencia:

—¿No nos vamos?

—¡Oh! No es necesario —dijo Katia—. En el caso, claro está, de que no les desagrade mi compañía.

No había en estas palabras desvergüenza alguna, y ni siquiera asomo de coquetería. Pero Paco Villalobos, fiel a sus atavismos raciales, no podía dejar de aceptar el desafío.

—¿Por qué no? —dijo.

Y se sentó sobre el pequeño talud sin dejar de proteger convenientemente la raya de sus pantalones color crema.

—¡Vamos, amigo, tranquilícese! —dijo Katia después de una risa agradablemente musical.

Se dirigía a Wenzel, que no sabía qué partido tomar y parecía estar ya optando por una franca y vergonzosa huida. La rusa añadió:

—Siempre he pensado cuál sería la verdadera cara de un occidental colocado en la situación de los personajes de Manet. Ya saben… en *Dejeuner sur l'herbe*.

Wenzel se repuso algo para replicar, con cierto aire polémico:

—Es mucho más difícil de imaginar la cara que pondría un ruso. El puritanismo comunista ante el sexo no ha sido superado ni por el Victoriano en Inglaterra.

—Vamos, Marco —intervino Villalobos—. Ha corrido mucha agua por el Moscova desde Stalin hasta aquí.

—Stalin es solo un chivo expiatorio. Pero cuando Marcuse denunció la represión sexual como motor de la sociedad industrial pensaba sobre todo en Rusia, con Stalin o sin él. La sonrisa de Katia, sin estar del todo desprovista ahora de coquetería, tenía un encanto especial lleno de serenidad. Dijo:

—Creo, amigos, que no debía de ser esa la conversación apropiada para *Dejeuner sur l'herbe*.

Marco Wenzel había recobrado del todo su aplomo y ahora se sentía incluso contento consigo mismo por haber sabido estar a la altura de la situación. Una situación que promovía un extraño cabrilleo en su mirada de pez, como insólitas burbujas en agua demasiado mansa.

—No obstante —dijo— permítame que siga hablando de algo que entiendo. Me ayuda a… Bueno. ¿Me permite que me siente?

—¡Claro que sí! —rio Katia.

Se había puesto cómoda, doblando una rodilla, y abarcando con sus largos y elegantes brazos la pierna, en una actitud muy parecida a la de la mujer desnuda en el cuadro de Manet. Marco Wenzel continuó:

—En cierto modo, usted es la confirmación de lo que siempre he pensado. En Rusia todavía se emplea la represión sexual como instrumento para la construcción del comunismo, que está durando ya demasiado. Usted, por ejemplo, una bella mujer, ha sido convertida en un eficiente técnico. Está especialmente dotada para las más arduas empresas de control, de resistencia, de supervivencia en las peores condiciones. Pero todo eso no se ha podido hacer a no ser por una brutal coerción e inhibición de su biología y psicología femenina. Toda su energía vital ha sido canalizada por otro cauce distinto al natural.

—En realidad, ha sido mi elección —contestó plácidamente la Sedova—. Tenía que elegir entre ser un objeto erótico o un ser humano de utilidad abierta y libre.

—¿Libre? —ironizó Wenzel—. Y en cuanto a lo de abierta, se olvida usted de la gran puerta que se le cerró. La del amor. El amor es también una forma de realización humana y no la menos digna.

—Prejuicios masculinos. Ustedes solo llaman amor al destinado al hombre. Yo le aseguro que se puede amar cosas más grandes y más duraderas que un amante o un marido.

—¡Cosas!; usted lo ha dicho —replicó Wenzel.

—De todos modos —siguió Katia sin abandonar su suave modo de polemizar— usted me está viendo. He tenido… tengo aún un espléndido cuerpo. Un buen instrumento de placer para mí y para quien yo haya querido elegir. Creo que mis caminos han sido muchos, lo son aún, y solo he cerrado la puerta que he querido cerrar, cuando me ha convenido…

Paco Villalobos intervino para decir:

—Creo que Marco ha decidido de una vez por todas que usted es una frígida irredimible.

—¿Y usted no lo cree? —preguntó Katia.

—Como buen latino, me niego a creerlo. Para nosotros no hay

mujeres frígidas, sino amantes inexpertos.

—En cuyo número no entra usted, por supuesto —inquirió la rusa con curiosidad extraña.

—Tampoco ha existido nunca un latino que no se considere en posesión de los más exclusivos secretos en el arte de amar. Aunque no lo diga siempre, lo da a entender por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso hay quien se decida a probarlo.

—Eso puede resultar un vil engaño.

—Sí. Pero hay que probarlo.

—Dijo usted antes que era hijo del sol. Solo el sol podía tener hijos así…

En las palabras de Katia había cierta rabia que hizo enmudecer a Villalobos. Marco Wenzel hizo ademán de levantarse al ver cómo Katia, a la vez que miraba al cielo para observar cómo una solitaria nube velaba el sol, ensombrecía también su rostro. Wenzel quedó en pie unos instantes mientras Villalobos seguía observando con anhelosa y rara atención la reflexiva actitud de la Sedova. Luego esta, como volviendo a darse cuenta de dónde estaba, miró a Marco Wenzel y dijo:

—No, no se vayan ustedes. Me iré yo.

Paco Villalobos fue a protestar, pero la rusa se levantó ágilmente, se colocó con rapidez una falda ancha y una blusa blanca y marchó hacia la residencia a grandes trancos de sus largas piernas. Los dos hombres quedaron quietos y un poco sorprendidos por tal reacción. De pronto, la Sedova se volvió hacia Villalobos y le dijo:

—Pues bien. Sea. Le espero esta noche en mi cuarto. A las diez.

Por algunos segundos, los dos hombres estuvieron viendo cómo se alejaba la rusa. Marco Wenzel preguntó:

—¿Va usted a ir?

—¿Y a usted qué le parece? —contestó Paco Villalobos con un matiz de desafío en la pregunta.

—Sí, ya sé, ya sé… «No ha existido un latino que haya rehusado una invitación así». Pero…

Villalobos le interrumpió, un poco abruptamente:

—Ustedes los sociólogos modernos se pasan la vida intentando demostrar que el mito o el tabú sexual ha sido ya vencido, que la

nueva sociedad ha de edificarse sobre otras bases, y se escandalizan ante toda *liasion* desprovista de misterio.

—No me escandalizo. Solo me preocupa un poco ese uso de los cuerpos en una polémica sin sentido. Para demostrar no se sabe qué. Creo que ha de dejar, en el mejor de los casos, un mal gusto de boca. En el peor, un daño, quizá grave para alguna de las dos personalidades.

—No es muy cortés para mí lo que insinúa, profesor. Siempre cabe la posibilidad de un buen entendimiento más o menos duradero. Los cuerpos no son un medio despreciable para la comunicación entre dos seres. Y si no fuera así, todo se reduciría a pasar un buen rato sin daño para nadie. ¿No fue usted mismo el que sacó unas conclusiones muy plausibles sobre la sustitución del tabú sexual por el principio del placer en la sociedad futura?

—Puede haber periclitado el tabú pero no debemos matar la trascendencia. Hay un cuadro de valores para el placer, según su carga de trascendencia, y la coyunda sexual está en la parte alta de la tabla. Nunca será igual que rascarse o comer, por ejemplo…

—Bien. Le prometo echarle a mi… polémica con Katia toda la trascendencia que pueda.

—No podrá. Es falso el binomio mujer fría-amante inexperto. La frigidez en la mujer es un hecho consumado a lo largo de toda nuestra civilización. En nuestra época ha alcanzado las cotas más altas. Ya casi no se encuentran mujeres capaces de alcanzar la gratificación del orgasmo más que en los países subdesarrollados del tercer mundo. ¿Conoce el informe Tocaven?

—Sí. Es casi compatriota mío. Pero todos hemos creído que exagera.

—No exagera. Su casuística es fiel y honrada. Sus razones muy firmes. Pero, en fin. Ya discutiremos de esto otro día. No pretendo arruinar su encuentro con la rusa. Que pasen una feliz velada.

—Gracias, profesor —contestó Villalobos con ironía risueña—. ¿Vamos a ver qué ocurre en la residencia?

2

La residencia y los huéspedes, después de la muerte de Régula, habían caído en una especie de marasmo. Gran parte de los gerontes hablaban ya claramente de inmediatos proyectos de marcha. No había nada programado para hacer, porque hasta las sesiones del *Dialectic Theater*, por razones ignoradas, se habían interrumpido. En cambio, había más animación en todo el capítulo de relaciones con el exterior; la centralita telefónica funcionaba todo el día, suministrando comunicación con todo el mundo. Los carteros y telegrafistas de Siem Riep hacían varios viajes a la residencia durante todo el día, y, no se sabe cómo, Mickey Golden había conseguido usufructuar casi en exclusiva el viejo teletipo del Administrador del poblado. Los lazos que a aquellos viejos especímenes de animales políticos y económicos les unían con el mundo, todavía, habían vuelto a tensarse.

A Smuts se le veía poco. Al parecer, andaba negociando con los bonzos y los representantes de la Internacional Juvenil, que andaban divididos. Durante la comida de aquel día el doctor Smuts hizo un pequeño discurso a sus huéspedes, en el que confesó tranquilamente que su viejo propósito de conseguir un psicoanálisis colectivo de la sociedad, a través de sus más conspicuos representantes —hizo una cortés y elegante, casi irónica, inclinación para señalar a los presentes— no marchaba por buen camino. Quizás el propósito era demasiado ambicioso, quizá no había sabido llevar bien la confrontación o no había podido encontrar la chispa dramática en el momento clave de fricción que iluminara el oculto sendero. Confesaba que las conclusiones obtenidas eran demasiado pobres, y que algo escapaba en el fondo de todo esto y no sabía qué. Pero, por otro lado, la confrontación con los jóvenes bonzos y con los delegados de la Internacional Juvenil estaban resultando prometedores, y se había demostrado una posibilidad de diálogo entre ambos grupos de presión mundial. El conflicto de generaciones que ya estaba caminando hacia su primer siglo de edad, bien podía haber encontrado en aquel rincón de Camboya, y entre las piedras milenarias de sus templos, un instrumento de entendimiento y sana dialéctica; indudablemente beneficiosas para el reajuste del mundo. Por esta razón, el doctor Smuts rogaba un poco de paciencia, quizá unas horas nada más, para intentar la continuación de las sesiones de *Dialectic Theater*.

En todo caso, si por razones que todavía no podía aclarar, no hubiera más representaciones, estaba seguro de conseguir al menos una especie de conferencia conjunta, dentro de la residencia, que estableciera los puntos de una colaboración en el inmediato futuro.

Las palabras, llenas de convencionalismos pero no de convicciones, de Zacarías Smuts, fueron recibidas en silencio por los gerontes, que siguieron tomando los postres. Solo en una mesa alguien dijo:

—No habrá más sesiones de *Dialectic Theater*.

Era Gil de Albornoz. La mesa se había segregado últimamente de las demás por una especie de convención tácita. La formaban Teodoro Gil de Albornoz, Semembutu Doc, Li Chiang y Paco Villalobos. Cada uno de ellos había huido de otros compañeros menos gratos y se hallaban a gusto juntos. Pero además, con aquel comentario y lo que siguió, del profesor español, quedó demostrado que había otra razón, quizá inconsciente, que había llevado a reunirse a aquellos hombres.

—¿Por qué cree usted que se han acabado las pantomimas? —preguntó Li-Chiang.

—Les faltan elementos dramáticos. Ya se han quedado sin personajes.

—¡Caramba! —exclamó Paco Villalobos—. ¡Faltamos todos nosotros por lo pronto!

—Sí. Vean qué coincidencia. Sin ponernos de acuerdo nos hemos reunido en esta mesa los únicos, casi, que quedaron sin caricaturizar.

Semembutu Doc, que pelaba laboriosamente una manzana preguntó:

—¿Cree usted que ha sido por un subconsciente impulso de apoyo y defensa?

—No —continuó Gil de Albornoz—. No, porque en el fondo sabemos que nosotros somos muy difíciles de poner en escena. Usted y yo —continuó dirigiéndose a Semembutu— solo podríamos ser discutidos, desmenuzados y quizá denunciados, en un congreso científico, pero nunca es un escenario dramático. Nuestra íntima personalidad está ya tan marcada por nuestra dedicación profesional que es sumamente difícil separarlas sin que se perdiera toda relación con la realidad. Ustedes dos, Li y Villalobos, causan

respeto y quizá admiración a esos chicos que, en el fondo, postulan un comunismo dialéctico para sus países. Y la dialéctica tampoco es amiga de la dramática. En realidad, hay en todo esto el conocido conflicto de intuición y razón; solo lo intuitivo, lo emocional es susceptible de originar drama, tragedia o comedia. El teatro es pura intuición y sugerencia oculta. La lógica científica, la dialéctica política o social son antiteatrales. Esa es una de las causas del fracaso de esta última intentona de Zacarías Smuts.

Paco Villalobos paseó su mirada por el comedor y dijo:

—Pero aún faltan algunos personajes más. Por ejemplo, Marco Wenzel.

—¿Y cree usted que hay alguien capaz de poner en escena la sociología casi geométrica de Wenzel?

Villalobos seguía buscando:

—Falta también la rusa, Katia.

Gil de Albornoz se quedó unos instantes pensativo mientras decía:

—Sí, es verdad.

Como el profesor español no daba más explicaciones. Li Chiang añadió:

—En todo caso, no sé qué representación podría dar la buena Sedova sola. ¿Quizá un *strip-tease*?

Paco Villalobos emitió una sonrisita que sus compañeros no comprendieron y dijo:

—Sí. A la buena Katia le hace mucha falta un *partenaire*.

—Pero no lo hay. ¿O sí? —preguntó suspicazmente Semembutu Doc.

Nadie contestó y siguieron aplicados laboriosamente a terminar su comida.

3

Tras de una tarde caliginosa y aburrida en el jardín, y una cena con velada subsiguiente, igualmente desanimada, los gerontes se retiraron a sus habitaciones, cansados de juegos de salón, de

televisión japonesa o thailandesa y de conversaciones. Habían esperado en vano a Smuts, que no había acudido a cenar, y alrededor de las diez ya no quedaba un huésped en la veranda, ni en el gran salón. Hacia las once llegó, procedente de Siem Riep, al doctor Smuts. Se extrañó un poco de que ya no hubiera nadie en la planta baja prolongando el insomnio y la velada, pero más le sorprendió el ver luz y oír voces alteradas en el piso primero. Subió rápidamente las escaleras y encontró un grupo de residentes en pijama o batín que se agolpaba en la puerta de las habitaciones de Katia Soleva.

—¡Al fin viene usted! —dijo con acritud Amshorry Prag—. Hemos oído un grito ahí adentro, pero nadie contesta. Un grito como de agonía.

Smuts observó rapidísimamente las caras de los gerontes que le rodeaban. Indudablemente estaban sensibilizados para temer lo peor por lo sucedido a Régula; toda su impaciencia se originaba en el deseo de que no fuera la muerte sino un motivo más tranquilizador la causa del grito. Zacarías, sin hablar palabra, abrió con un llavero propio una alacena cercana a la puerta de la Sedova, y extrajo un manojo de llaves. Con una de ellas franqueó el vestíbulo, a oscuras, de la *suite* de la rusa. Los demás quisieron entrar con él, pero Smuts lo impidió con firmeza, alegando:

—Es la habitación de una señorita; además, quizá solo sea una pesadilla.

Cerró la puerta del pasillo tras él, encendió la luz del *hall*, y luego tocó discretamente en la puerta de la alcoba. Para su sorpresa, al cabo de pocos segundos, abrió con precaución y un susto descomunal Paco Villalobos. Llevaba un batín color cereza colocado aprisa sobre las carnes desnudas. Destacaba la palidez mate de su rostro.

—¡Dios mío! ¡Menos mal que es usted! Pase, pase, no sé lo que le ha ocurrido. ¡Está sangrando!

Entraron en la habitación de Katia Soleva Sedova, que yacía sobre la cama, completamente desnuda y como yerta, aunque una rápida mirada aprensiva de Smuts pudo comprobar que respiraba con regularidad. Se acercó a ella, le tomó el pulso y al sentir el contacto de la mano del doctor, Katia volvió a él la cara con una sonrisa equivalente a la de una jovencita que le gustara ser atendida

y compadecida.

—¡Pero si no es nada!

—¿Cómo que no? ¡Mire, mire doctor! —barbotó Villalobos.

Y le mostraba la sábana bajo los muslos de la rusa, con las escandalosas manchas de sangre, formando unos rosetones amplios que se iban difuminando en los bordes. Smuts, aunque sin recobrar del todo su habitual aplomo, se hizo cargo de la situación, rogó a Villalobos que le esperara en el vestíbulo y cerrando la puerta del dormitorio quedó a solas con Katia. Unos minutos después salió para afrontar al cubano que, impaciente, no había dejado de pasear por el pequeño *hall*. Le dijo:

—No se asuste, no es nada. La sangre es muy escandalosa, aún en mínima cantidad.

—Pero… ¿Por qué ha sangrado? ¿De dónde sale esa sangre?

Zacarías Smuts, de nuevo asombrado, miró a Villalobos, esta vez con un poco de suspicacia, aunque bien pronto hubo de abandonarla porque el cubano reflejaba en su rostro la más pura inocencia.

Le espetó sin más:

—Pero ¿es que no lo sabe? Era virgen.

—¡¡¡Virgen!!!

—Sí, ya ve.

—¿A sus años?

—No me extraña demasiado. Es una mujer muy especial. Recuerde lo que nos dijo en el salón acerca de las mujeres haploides y de la generación sin cópula.

—Si yo lo hubiera sabido…

—No parece muy contento. Creí que en los pueblos latinos todavía tenía vigor el viejo mito de la desfloración. Me refiero a la ofrenda que le ha hecho.

—Si le he de decir la verdad no recuerdo haberme acostado nunca con una mujer virgen. Ese es un mito que se ha perdido por falta de virgos que ofrecer.

—Sí. Me he dado cuenta de su ignorancia. Se ha comportado usted como si hubiera asesinado a alguien.

Paco Villalobos no parecía escuchar a Smuts. Siguió diciendo con aire de preocupación:

—Hasta tenía la sospecha de que esa… membrana se había ido

atrofiando en las últimas generaciones de mujeres. O que alguien procuraba eliminarlas en las niñas del mismo modo que se circuncida a los niños actuales sean o no judíos.

—Es posible. En muchos sitios se hace. Pero Katia Soleva no pertenece ni mucho menos a las nuevas generaciones.

—Si yo lo hubiera sabido…

—Pero ¿qué es lo que le preocupa? No creerá que le va a exigir matrimonio por el desprecintado.

—No. No es eso. Es que mi comportamiento tendría que haber sido diferente. Compréndame… He pensado que las dificultades se debían a mi propia insuficiencia… Los años, pensaba. Me he enervado y me temo que he sido brutal. Luego, cuando ella se ha quejado y he visto la sangre…

—Total: que no ha sido divertido. Casi un quirófano en vez de un tálamo. Otra vez será.

—No habrá otra vez.

—¿Por qué no? Sería una lástima, una vez que… A propósito: eso me recuerda una cuestión. Una cuestión importante. ¿Es usted el de la iniciativa? ¿Ha habido…? Bueno, espero que me comprenda. No podía imaginarme a la Sedova en esta situación a no ser que un amante persistente y hasta un poco violento le forzara a aceptar…

—De ningún modo. Ha sido ella la que esta mañana me ha pedido que fuera a su habitación. Y… para esto sin duda alguna.

—Bien. No creo que se plantee el problema. Pero ¿puede probar lo que dice?

—Desde luego. Marco Wenzel estaba delante cuando ella me lo ha pedido.

Zacarías Smuts frunció las rubias cejas mirando con cierta sorpresa a Villalobos. Luego siguió:

—¡Vaya, vaya! ¿Estaría dispuesto usted a acreditar todo eso si hiciera falta?

—Por favor, doctor. Espero que no sea necesario. Es una cuestión de delicadeza. Algo íntimo.

—Me temo, amigo, que nos interesa a todos. Ahí afuera hay unos cuantos impacientes señores que empiezan a preguntarse qué pasa en esta casa. Alguien grita y nadie les explica nada.

Como si hubiera conjurado las impaciencias, sonaron en la

puerta de la *suite* unos golpes dados con dureza. Smuts abrió con cierta precaución para afrontar al grupo del pasillo.

—No ha sido nada. Una falsa alarma.

Breckfield el galés empujó la puerta con tesón, aunque sin violencia.

—Creo, doctor —dijo— que se nos está tratando sin demasiados miramientos. Nada sabemos de la señorita Sedova. Smuts no pudo evitar que Breckfield y Mickey Golden, que metía su pequeña cabeza por el hueco vieran en el pequeño vestíbulo a Paco Villalobos, por lo que, encogiéndose de hombros, abrió del todo la puerta, y todos pudieron ver al abogado cubano en batín, los ojos muy abiertos con un gesto entre el susto y la indignación. Amshorry Prag cargó toda su aversión a la rebelde Cuba, cuando preguntó despectivamente:

—¿Es que este individuo le ha hecho algo a la señorita?

—Es una cuestión que no le interesa a usted —respondió desafiador Villalobos.

—Eso me gustaría que me lo confirmara la interesada.

Hablaban ya a gritos. La puerta de la alcoba se entreabrió suavemente y todos pudieron ver el rostro tranquilo, un poco pálido de Katia, que dijo en un tono inexpresivo:

—Nadie me ha hecho nada. Les agradezco su interés.

Y volvió a cerrar, con la misma suave determinación. Smuts, y sobre todo Paco Villalobos, oyeron claramente el golpe seco del pasador al otro lado de la puerta, que parecía poner punto final y definitivo a lo sucedido. Los gerontes, que se apelotonaban en la puerta del pasillo se miraron unos a otros perplejos, pero en realidad nada habían ya que hacer allí. Sobre todo teniendo en cuenta que tanto Smuts como Villalobos no parecían querer añadir ninguna explicación, y permanecían silenciosos y pacientes, esperando a que todos se fueran. El cubano inició por su parte la retirada, y todo el mundo se apartó de la puerta; con gesto adusto algunos; otros con curiosidad insatisfecha o casi como si se sintieran defraudados por algo. Teodoro Gil de Albornoz, que estaba en el pasillo un poco retirado, dijo a Zacarías Smuts, cuando este abandonó también las habitaciones de la Sedova, cerrando tras de él la puerta:

—Esta sí que hubiera sido una potente chispa dramática. Para

sus fallidos psicodramas me refiero. Y con dos personajes todavía no puestos en cuestión.

—Es verdad. Pero difícil de escenificar para todos. Difícil y muy delicado.

—En todo caso me parece que si ha habido chispa ya se apagó.

—Es posible. Aunque no seguro.

Gil de Albornoz se quedó mirando con irónica curiosidad a Smuts, que estaba depositando en este momento la llave de la *suite* de Katia en la alacena.

4

La hora del desayuno aquella mañana estuvo muy concurrida. Había entre los gerontes una curiosidad, entre morbosa y divertida, por ver a Katia Soleva. Pero la rusa no bajó, aunque sí Villalobos, que se sentó con sus habituales compañeros de mesa en un mutismo ceñudo. La mesa de la Sedova era como de costumbre la que compartía con Cirilenko Orlov, que se había sentado solo. Estaba también ceñudo y con un gesto entre agresivo e impaciente. Cuando la sirvienta quiso servirle el té le dijo en voz bastante alta, para que le oyeran todos, que tenía que esperar a la señorita Soleva. Cirilenko Orlov, por tener su habitación en la tercera planta, no había participado en los sucesos de la noche, pero resultaba evidente que alguien —quizá el equívoco Rabinshiva Memnom— le había informado de lo ocurrido.

Pasó el tiempo. Algunos gerontes habían terminado su desayuno pero nadie se levantaba de la mesa. Cirilenko Orlov seguía inmóvil, sin desayunar. Fue la Hedoni quien rompió el silencio y el clímax, diciendo con su estridente voz de siempre:

—Yo me voy. Esto se va pareciendo demasiado a un escandalito sexual en una pensión de señoritas.

A las palabras de Laura Hedoni, Cirilenko reaccionó apartando la silla con violencia y levantándose como para encararse a todos.

—¡Tengo derecho a saber qué le ha pasado a mi compatriota! ¡Y a pedir responsabilidades si las hubiera!

Zacarías Smuts, que apareció en aquel momento en la entrada del comedor, dijo a Cirilenko, señalando hacia el vestíbulo:

—Nada más fácil. Pregúnteselo a ella misma.

Katia apareció en el comedor serena y arrogante, como siempre, vestida con las inevitables falda y blusa, de las que debía de tener un buen *stock*.

—¿Qué te pasa, Macha? —preguntó Katia a Cirilenko.

Este no respondió y se dispuso a sentarse de nuevo. Pero los demás huéspedes miraban ahora con todo descaro a la Sedova, que no se inmutó y dijo plácidamente dirigiéndose a todos:

—Comprendo que sientan ustedes curiosidad por los problemas de… bueno, digamos de mi biología. Sobre todo después de lo que dije aquí mismo hace unos días. Pero no tengo inconveniente en hablar de ellos, si les interesa.

Víctor de Lisle hizo honor a la galantería francesa y dijo:

—No es necesario, en absoluto. Aunque aquí se hayan perdido muchos respetos, todavía sabemos ser caballeros.

—¿Pero qué dice esa momia? —dijo indignado Marcel «*le Tahitien*»—. ¡Estaría bueno que nos privara del último acto de la mojiganga!

Katia inclinó un poco la cabeza en dirección a Víctor de Lisle y le dijo:

—Gracias, señor. Pero tengo entendido que estamos aquí más o menos para llevar a cabo un psicoanálisis colectivo. No hay nada raro ni vergonzoso en una confesión de grupo. Los eslavos, por otra parte, sabemos mucho de eso.

Salvo la Hedoni que explicó, para todo el que la quisiera oír, lo poco interesantes que le parecían los problemas de un útero loco, los demás gerontes empezaron a mirar con simpatía y cierta admiración a la Sedova. Intervino Smuts para aclarar:

—La señorita Soleva y yo hemos acordado que lo que haya que explicar sea explicado según las normas.

—Las del psicodrama, naturalmente —dijo riendo Gil de Albornoz.

—Más o menos, profesor —le contestó Smuts—. Y perdone mi… manía. Pero todavía confío en sacar algo en limpio de todo esto. ¿Están ustedes conformes?

Como nadie parecía poner objeción alguna, Smuts continuó:

—Supongamos, y no es mucho suponer, que, en lo sucedido anoche, exista la sospecha por parte de algunos de ustedes que se ha producido alguna violencia. Un comportamiento violento exige una investigación. Ha podido haber una lesión para el cuerpo o para la dignidad de alguien…

—¡Un momento! —saltó Villalobos—. ¿Está usted proponiendo montar un juicio?

—Solo fingido, señor. No pretendemos juzgar, sino solo representar.

—Fingido o no ¿quién va a ser el acusado?

Algunos de los gerontes se volvieron hacia Villalobos con perplejidad y sorpresa. Laharbi Mossadeck se rio sordamente. Víctor de Lisle comenzó a indignarse sin saber muy bien por qué. Katia, que se había sentado y azucaraba en este momento su té, sonrió con suave ironía, para levantar la cabeza luego y decir:

—La pregunta del señor Villalobos está bien planteada. Si se habla de violencia, parece inevitable que el hombre asuma la culpa o la sospecha. Pero hay muchas clases de violencias. Y además ya va siendo hora de que el hombre vaya perdiendo sus complejos de autoacusación. La acusada voy a ser yo.

Marco Wenzel dijo, con reflexiva parsimonia:

—Creo que la voy comprendiendo. Y el tema me gusta. Me gusta mucho.

—¡Excelente! —manifestó Smuts con entusiasmo—. Porque usted va a ser el acusador. Un fiscal con buenas razones para serlo.

Marco Wenzel emitió una risita conejil. Paco Villalobos no parecía satisfecho con el arreglo. Dijo:

—No debo ser acusado, pero no quiero ser acusador. Lo primero sería injusto, lo segundo sería grosero.

—¡Vamos, hombre! —le tranquilizó Smuts—. No se trata de una querella personal. Solo una divertida representación. Y quizás útil. Pero eso no lo sé.

Aguardó unos segundos esperando alguna réplica de Villalobos, pero como este guardó silencio, consideró la cuestión zanjada y añadió:

—Por otra parte va a tener usted una buena defensa. Dos defensores bien informados: el profesor Gil de Albornoz y el doctor Semembutu. Verá usted cómo eliminan toda cuestión personal del

pleito y elevan su causalidad a la especial estructuración del ser humano.

Semembutu Doc alzó los brazos al cielo como para pedir a alguno de sus dioses tribales auxilio para su perplejidad. En cuanto al profesor Gil de Albornoz, solo dijo con una sonrisa especial:

—Le felicito, Smuts. Lo ha conseguido usted.

—¿Qué he conseguido?

—No puedo decirlo todavía. Pertenece al secreto del sumario.

Luego de una pausa, el español indagó:

—Supongo que el juez va a ser usted.

—De ningún modo —contestó Smuts—. No me asiste ningún derecho. El juez puede muy bien ser el señor Li-Chiang. Su dialéctica marxista, unida a su milenaria sabiduría oriental, le hacen merecedor del puesto.

—¡Ah, sí! Era de suponer —concedió el biofísico.

Capítulo XII

Aquella misma tarde comenzó en la residencia del doctor Smuts el extraño juicio de la sociedad planetaria contra Katia Soleva Sedova, exastronauta rusa, por haber atraído a su lecho a Francisco Villalobos, abogado cubano, con sobreentendidas promesas de placer sexual, sin haberle ofrecido otra cosa que un duro virgo para romper.

Al oír este anuncio de la causa, dado por el chambelán Smuts, algunos gerontes rieron. Otros, como Amshorry Prag y Víctor de Lisle, se encogieron de hombros, dando a entender que no podía esperarse otra cosa en aquella especie de manicomio.

Sin embargo, todos, sin excepción, callaron y mostraron insólito interés…

Lo de sobreentendidas promesas fue un magistral concepto, hallado por el fiscal Marco Wenzel y que probó, constituyéndose él mismo en testigo y refiriendo a los jurados —todos los gerontes— la conversación que la Sedova, Villalobos y él mismo sostuvieron en el jardín. No obstante, uno de los defensores, Semembutu Doc, que había tomado su papel con un entusiasmo casi infantil, quiso rebatir desde su mismo principio la acusación llamando como testigo a la acusada.

Katia ascendió a la plataforma del salón comedor donde se había constituido el estrado del tribunal, con el conspicuo Li-Chiang, cada vez más parecido a un venerable mandarín, como juez tras de una mesa. Katia se sentó de cara al público-jurado en una silla lateral y Semembutu comenzó el interrogatorio:

—Cuando el señor Wenzel le dijo en el jardín que para usted estaba cerrada la puerta del amor, ¿no se sintió usted desafiada en su femineidad?

—¡Protesto! —dijo Wenzel—. El defensor pretende incriminar en la acusación a este ministerio fiscal. Eso es, por lo menos, una

anomalía de procedimiento. Mi actuación como testigo solo debe anotarse en beneficio de una mejor información.

—Se acepta —concedió Li-Chiang.

Semembutu reflexionó unos instantes y luego contraatacó, preguntando a la acusada:

—Hemos oído que el señor Villalobos habló de la relación entre mujer fría y amante inexperto. ¿Qué impresión le hicieron a usted esas palabras?

Katia sonrió con cierta despectividad:

—Una fatuidad masculina muy común.

—Una fatuidad así ¿puede ser considerada por una mujer, como un desafío digno de respuesta?

—Quizá… si es una mujer corriente.

Semembutu parecía dar por buena esta respuesta, pero Marco Wenzel apuró el tema preguntando a la rusa:

—¿Se considera usted una mujer corriente?

Katia reflexionó unos instantes para decir luego:

—No.

El profesor Teodoro Gil de Albornoz, al ver en peligro la línea defensiva de su adjunto, repreguntó, sin preocuparse demasiado por la corrección de su procedimiento:

—¿No es verdad también que el señor Villalobos le manifestó que los nacidos en los trópicos son como hijos del sol?

—Sí.

—¿Cree usted que esta afirmación pudo ejercer en usted una especie de sugestión especial?

Katia dudó antes de responder:

—Sí… En cierto modo.

Luego, recobrando el aplomo que le había hecho perder la pregunta de Gil de Albornoz, añadió:

—Para los que somos hijos de Septentrión, el sol es algo así como una divinidad cósmica que se nos niega. Todo lo que a él se refiera nos seduce y atrae.

—En cuyo caso parece posible que las palabras del señor Villalobos fueran para usted una invitación a sensaciones desconocidas y deseadas.

—¡Protesto! —exclamó Wenzel—. Está sugiriendo a la acusada lo que debe de contestar.

—Bien. Retiro la… sugerencia. Pero creo que entre mis compañeros y yo hemos demostrado que en aquella conversación hubo «sobreentendidas promesas» por las dos partes al menos. Cosa por lo demás muy habitual en esta clase de escarceos galantes.

Hubo entre el público-jurado un murmullo de aprobación. Li-Chiang pidió orden con un gesto de sus aristocráticas manos; luego, ante la falta de más testigos, concedió permiso a la acusación fiscal para su presentación del caso. Marco Wenzel, que había tomado unas notas tras de la última escaramuza con el defensor, se levantó para hablar así:

—Agradezco a la defensa la conclusión que ha pretendido extraer de las palabras cambiadas entre acusada y víctima. No es preciso perder el tiempo en rebatir tal conclusión, porque todo escarceo posible queda oscurecido y es baladí ante las palabras de la acusada cuando invitó a su víctima a acudir a su cuarto por la noche. No hay un solo hombre en el mundo que ante invitación tan directa y tan… poco equívoca, no entienda que la promesa de placer va implícita. No hay un solo hombre en el mundo, que ante invitación tal no se haga las mayores ilusiones con respecto a la mujer que la hace, sobre todo si esta es bella y deseada. Pero sí que me sirve la conclusión de la defensa para sentar por mi parte una premisa necesaria y esclarecedora: Katia Soleva Sedova fue, en efecto, sometida a una atracción especial; ella misma dice que no es una mujer corriente. Solo algo poco corriente, solo la posibilidad de sensaciones no conocidas podría haberle impulsado a tomar la iniciativa de la oferta, que tradicionalmente está reservada al hombre. Katia Soleva Sedova, por esa especial y sofisticada sugerencia que la víctima no hizo más que insinuar de una manera casi insconsciente, se comportó como un hombre, y ¿saben ustedes por qué? Porque Katia Soleva Sedova es el prototipo de la intersexual frígida, constantemente ansiosa de gratificaciones sexuales que siempre se le han negado, producto lamentable de una sociedad que tiene, que ha tenido durante siglos su fundamento y su motor en la represión del sexo. La acusada no solo es el último resultado de una estructuración social antinatural, equivocada, funesta para las posibilidades de supervivencia del mundo, sino que esta misma sociedad la ha configurado de tal forma frente a las exigencias de su propia biología, que del sexo lo ignora todo; todo,

menos la trampa que para el hombre normal supone el pasivo sexo de la hembra fría y, por esta razón, mujeres como Katia Soleva Sedova, mujeres casadas únicamente con la tecnología deshumanizada de nuestro tiempo, robots unisexo o mejor asexuadas (al menos psicológicamente), son una amenaza para la integridad del hombre común que posea un cuadro de valores todavía humano. La acusada sabía ya ayer mañana que el presunto amante invitado a su lecho iba a fracasar, iba a ser herido profundamente en su dignidad y en su condición viril. Sí, es posible, que la intencionalidad aparente de su acto de ofrenda no fuera hacer daño; es posible incluso que la invitación fuera hecha por una vaga necesidad de nueva experiencia; quizá para mitigar una angustia y un anhelo siempre defraudado. Pero muy en el fondo de su conciencia sabía perfectamente que el hombre, su víctima, iba a perecer (moralmente, se entiende) en el intento. La acusada, en su desprecio por el insignificante colaborador de su experiencia llegó a ocultarle que existía un obstáculo de tal importancia como la membrana himenal íntegra. Esta ocultación dolosa, en el contexto general del daño inferido, con desprecio de la condición masculina, es mi conclusión a la vez que mi acusación. Permítanme que para apoyarla la documente un poco con argumentos sociológico-sexuales.

Marco Wenzel tomó un poco de agua, alzó los ojos al techo en un gesto de recapacitación y continuó:

—Cuando en 1877 *sir* Stanley volvió de su viaje por África manifestó ante los prohombres e industriales de Manchester su turbación al ver a hombres y mujeres en el Congo completamente desnudos, tanto en público como en privado. «Rescatar a estos seres para la decencia y la moral cristiana va a ser ahora nuestro más importante empeño. Si tan solo conseguimos que se pongan calzones y faldas para la conmemoración del Día del Señor podremos dar salida a unos 350 millones de metros de algodón inglés». Los aplausos entusiastas que acogieron sus palabras refrendaron la alianza de la moral burguesa con la más intransigente represión sexual. Por segunda vez se había perdido la inocencia del Paraíso, aunque esta vez el tabú sexual se insertaba ya sobre una práctica de siglos, tantos como duraba la era de Cristo. Sin embargo, no fue Cristo defensor de la Magdalena, por la cual se

dejó enjugar los pies, sino san Pablo, muchos años más tarde, el que postuló para el sexo la cualidad de abismo de tentación, y para la mujer el papel de instrumento del infierno. Del infierno y de la especie, por lo que no debería de ser del todo rechazada de la sociedad humana, ya que esta, aun manchada con el pecado original habría de seguir prevaleciendo, para ser redimida y conducida a Dios. San Pablo, que en la opinión de algunos freudianos tenía sus razones, o, mejor dicho, sus impulsiones reprimidas, para condenar así sexo y mujer en el mismo anatema, fue pues el primer promotor de la actitud defensiva de la mujer ante el mundo, hecho por hombres y para hombres. El primer promotor de frígidas sexuales, porque solo en la fría administración de su sexo la mujer ha podido sobrevivir a tal maldición. Maldición, prolongada en la Edad Media, cuando la mujer es objeto de trueque y cambio, moneda de alianzas y compromisos; en la Edad Moderna, cuando es convertida en objeto erótico de la sociedad de consumo. En la Edad contemporánea, cuando la planificación socialista y neocapitalista del mundo exige el mantenimiento de la represión sexual, ya sin fundamento religioso moral, para poder emplear todas las energías humanas en la construcción de un mundo nuevo, o más bien en el mantenimiento de un mundo que se resquebraja. La mujer, o ha de ser mantenida, como en las antiguas edades, al margen, para que no interfiera con sus exigencias de realización personal en el trabajo prometeico, o ha de ser incorporada a la lucha bajo el escudo protector del unisexo.

Señaló ahora a la rusa acusatoriamente:

—Katia Soleva Sedova es aquí, entre nosotros, el exquisito producto de esta tecnología de la manipulación de cuerpos y espíritus. Robotizada en sus reacciones, liberada sin embargo en sus apetitos, autocontrolada en sus angustias, automatizada en su biología, peligrosa siempre por el depurado diseño casi industrial de su anatomía, es la triste representación actual del sexo superado. Pero, por desgracia, por infinita y funesta desgracia, no superado para la liberación de lo mejor de la persona, no superado para una mejor expansión de la condición trascendental humana, sino reducido a su peor y más ancestral naturaleza de trampa insoslayable, donde vuelven una y otra vez a recobrarse con daño y dolor las más hondas angustias de la animalidad. Trampa mortal y

alevosa, cuyo funcionamiento y efectos hemos podido ver a lo largo de lo sucedido y de lo expuesto en esta causa.

Smuts asistía deslumbrado a la exposición magistral de Wenzel. Comprendía ahora perfectamente la peligrosidad de sus generalizaciones, el hondo impacto que en un universo que intentaba curar sus enfermedades, gargarizando estadísticas e ingiriendo informes, tendría que producir —estaba produciendo ya— esta sociología lógica deshumanizada. Tanto mayor era el peligro, cuanto más se parecían las sugestivas y sugerentes interpretaciones de Wenzel a alegatos humanistas, como cantos de sirena para buscar al hombre entre la niebla y tragárselo después en las más voraces fauces de una ciencia que no tenía al hombre como referencia y medida. De pronto, Smuts se dio cuenta de que los seres humanos habían superado, como decía Wenzel, el mito sexual, pero no solo ese mito, esa superstición, sino otros muchos. Toda la historia del hombre era el relato de esas superaciones y, sin embargo, el hombre no era más feliz ni la sociedad más perfecta. ¿Eran los seres humanos más sabios? Sí, pero indudablemente, y al no ser más felices, al estar por el contrario en las proximidades peligrosas de su destrucción, otro mito, el platónico de que la sabiduría habría de traer la felicidad, había vencido; sin embargo, ¿en qué sentido equivocado, divergente con su propia naturaleza el hombre era más sabio? Quizá dominaba el mundo, el entorno, incluso las fuerzas cósmicas que le acosaban y que condicionaban desde antiguo su supervivencia, pero ¿se dominaba a sí mismo? O, mejor aún: ¿había llegado a conocerse a sí mismo del todo? Ese pobre Villalobos, a quien había visto la noche pasada aterrorizado por unas manchas de sangre sobre una sábana. Ese pobre Villalobos, que durante unas horas creía estar casi en el umbral del gran misterio solo porque tenía permiso para cohabitar con una menopáusica fría. Un hombre lógico, de acerada dialéctica, seguro del poder de su ideología política como instrumento para cambiar el mundo, y que sucumbía, moral y psíquicamente, por no haber sabido distinguir entre su instinto y su razón. También el viejo Villalobos era peligroso a su manera, porque del mismo modo que había corrido por los pasillos de la residencia hacia una derrota de su virilidad, en la seguridad de que era él mismo y no el mono que llevaba dentro el que corría, podría también en alguna ocasión

llevar a las masas a una catástrofe en nombre de la dialéctica histórica, que quizá no fuera más que un instinto de agresividad ineluctable. El mono que llevaba dentro… ¿pura cuestión de biología? ¡Ah, esos biólogos silenciosos y tenaces que mantenían sus secretos no se sabe si por temor lógico, o, también, por instintiva defensa de chamán celoso de su poder! ¡Habría que hacerles hablar!

Y Smuts volvió a prestar atención a lo que ocurría en aquel simulado juicio, en la esperanza de que, tal como había proyectado, Gil de Albornoz y Semembutu Doc se vieran obligados a intervenir, y quizá a revelar algo que arrojase alguna luz sobre la enfermedad desconocida que aquejaba a la sociedad planetaria, atacando a su célula primaria, el hombre. Pero para desesperación suya, ninguno de los biólogos hablaba, sino el extraño y mandarinesco juez, Li-Chiang:

—Creo —decía— que según las costumbres jurídicas occidentales, el que preside una causa tiene la potestad de intervenir cuando le parece que el debate no transcurre por los cauces debidos, o cuando alguno de los litigantes se sale de la cuestión. ¿No es así?

Paco Villalobos, como técnico en la materia, había sido consultado tácitamente por el juez, al hablar dirigiéndose al abogado. Por tanto, informó al margen de la discusión:

—Eso solo puede hacerlo durante la presentación de testigos.

—Bien —insistió Li-Chiang—. Pero ¿y si durante el alegato del fiscal, o de la defensa, el juez cree que se está desviando la causa de su verdadero objetivo?

Villalobos reflexionó, un poco asombrado de la pretensión de Li-Chiang, pero al fin dijo:

—En ese caso, creo que el juez puede solicitar un receso y durante el mismo pedir al fiscal y al defensor que le expliquen lo que pretenden.

—Es precisamente lo que voy a hacer. Les ruego que consideren esta conversación como un intermedio de la causa, aunque dada la carencia de verdadero público, no es necesario que hagamos ningún aparte.

Villalobos seguía perplejo y señaló:

—Pero es que tiene usted que manifestar por qué razón pide el receso.

—Muy justificado. El fiscal está hablando de cosas que nada tienen que ver con la causa. Y no solo eso: quizá llevado de su… vehemencia sociológica, ha encontrado un nuevo acusado sin darse cuenta. Es la estructura social que conoce; y que, al parecer, no le gusta.

Smuts, desde su posición retirada intervino para decir:

—Bueno. Pero en cierto modo esas son libertades convenidas en este caso. No se olvide de que no es un verdadero juicio. No se olvide tampoco de que no pretendemos poner en evidencia a la señorita Sedova ni al señor Villalobos, sino más bien decir lo que pensamos o lo que sentimos en lo más hondo, valiéndonos de este juego dramático.

—Aun así —siguió recalcitrante Li-Chiang—. Y quizá por eso mismo. El señor Wenzel ha lanzado unas generalizaciones sobre el sexo y la mujer, que han de limitarse a una pequeña parte de la sociedad occidental. Las mujeres no son como el señor Wenzel las pinta en el mundo comunista, y mucho menos en el mundo comunista chino.

—¡En China les va mucho peor! —saltó con escasa mesura Wenzel—. ¡Pero si ni siquiera les dejan usar la píldora anticonceptiva! ¡Si son, no ya instrumentos de la especie, que al fin y al cabo fue uno de sus cometidos naturales! ¡Son instrumento del Estado, que es mucho peor! ¡Son el poderoso instrumento del poder proliferativo de los miserables!

Zacarías Smuts tuvo un sobresalto al oír cómo Wenzel calificaba el poder representado por Li-Chiang en la misma forma que lo habían hecho los jóvenes de la

I. J.

Pero estaba demasiado atento a calibrar las reacciones de unos y otros como para medir toda la importancia de esta extraña coincidencia. Los gerontes se habían enderezado en sus sillas con una especial tensión en sus rostros, habitualmente impasibles. Li-Chiang, entrenado toda su larga vida para mantener su propio dominio, solo crispó su mandíbula en una inquietante sonrisa. Respondió:

—Nuestras mujeres son dulces y ardientes en la hora del amor. Precisamente porque saben que todo, hasta este amor, está al servicio del bien común. Aman más y mejor, porque no solo se

entregan a un hombre sino porque la entrega es al país, a su pueblo entero.

—Puedo citarle, señor Li-Chiang, y perdone mi vehemencia anterior —dijo más comedidamente Marco Wenzel— la última estadística recibida en el Instituto Jung de Viena, y que procede de unos psicólogos encuestadores destacados en
Hong-Kong:
el porcentaje de frígidas sexuales en la campiña china es sensiblemente igual al de las zonas industrializadas occidentales, y en las grandes ciudades es algo superior. Li-Chiang hizo un gesto despectivo con la mano diciendo:

—¡Estadísticas, estadísticas!

Smuts, algo más tranquilo, intervino:

—Creo, señor Li-Chiang, que ahora es usted el que se aparta de la cuestión. Solo se trataba de ver qué relación hay entre el alegato del fiscal y la acusación, pero usted está abogando ahora por una colectividad a la que representa y que no entra en la cuestión.

Li-Chiang se encogió de hombros y dijo:

—Bien. Sea. ¿Qué tiene que ver la condición sexual de la señorita Sedova con la situación de la mujer en la sociedad? En todo caso, creo que el acusador ha trasladado la culpa a todo el género femenino. O, quizá, a los que han puesto en tal condición al género femenino.

—En todo caso esa es una cuestión a debatir por la defensa. ¿No cree?

Smuts hablaba ahora con cierta impaciencia. El chino volvió a encogerse de hombros y señaló como invitándoles a expresarse a Semembutu y Gil de Albornoz.

El profesor español dudó un poco antes de levantarse, y luego lo hizo pero con cierta vacilación, diciendo:

—No sé si será o no correcto. Desconozco bastante el mecanismo jurídico. Pero creo necesario, en vista del sesgo que ha tomado la discusión, solicitar la presencia de un testigo más.

Li-Chiang miró a Villalobos. Este sonrió un poco perplejo, pero no pareció hallar inconveniente alguno. En vista de ello, Gil de Albornoz solicitó:

—Pido que pase a deponer como testigo de nuevo la señorita Sedova.

Esta ascendió a la silla destinada a los testigos y esperó. El español comenzó a preguntarle:

—¿Qué sentía usted cuando esperaba en su cuarto la llegada del señor Villalobos?

—¿Sentir? —Katia se encogió de hombros—. Nada.

—Permítame que le insista. A veces creemos que no sentimos nada porque lo que sentimos no tiene para nosotros la relevancia suficiente como para detenernos a pensar en ello. O también ocurre que sentimos algo, pero no encontramos la manera de expresarlo. Usted tuvo que experimentar alguna inquietud… algún impreciso anhelo, agradable o desagradable, ante lo que iba a suceder.

—Creo que entiendo a qué se refiere. Pero no sé si sabré traducirlo a palabras. Era como una especie de… emoción visceral, indeterminada. Algo que parecía originarse en mi biología más honda, pero que no llegaba ni siquiera a calificar como positiva o negativa. Quiero decir, que no llegaba a cobrar para mí aspecto placentero o desagradable…

—Muy bien expresado. Y ahora, díganos usted lo que pensaba.

—Bueno… Eso… también es difícil de decir.

—¿Por qué razón? ¿Por resultarle también inexpresable?

—No. Muy al contrario. Estaba perfectamente claro. Pero no sé si debo… por cortesía ante el que pasa por mi víctima.

Li-Chiang intervino para decir:

—Creo que es correcto advertirle que está en su derecho si se niega a manifestar algo que pueda incriminarle.

—Por favor —dijo Gil de Albornoz sonriendo—. Se supone que soy su abogado defensor. Y por otra parte espero que el señor Villalobos sabrá comprender.

Katia adoptó un gesto de encantador embarazo, pero ante la mirada penetrante de Gil de Albornoz habló:

—Pensaba que estaba haciendo un experimento en relación con mi femineidad puesta en duda. Pensaba que los hombres son algo así como paranoicos que transfieren a las mujeres sus propios deseos y apetencias, lo que les da la seguridad de someterlas en el juego amoroso. Pensaba en el aspecto intelectual de la confrontación como único medio de alcanzar algo positivo de la experiencia. Al fin y al cabo, iba a polemizar… en el juego sexual con un hombre cultivado e inteligente…

—¿Pensó usted en algún momento en su condición de virgen, digamos, anatómica?

—No —dijo la rusa tras un momento de reflexión—. Esa cuestión quedó fuera de mis meditaciones. Quedó como relegada al fondo biológico de todo.

—Es suficiente —manifestó Gil de Albornoz—. Y ahora, si se me permite, quiero interrogar al señor Villalobos.

El abogado cubano ascendió a la silla de los testigos, en medio del interés general, por la manera como orientaba su actuación el profesor.

—Le repito las mismas preguntas que a la señorita —le dijo Gil de Albornoz— y confío en que sepa usted darme unas respuestas tan esclarecedoras. ¿Qué sentía usted cuando iba hacia la habitación de nuestra compañera?

Paco Villalobos pareció sorprendido de la pregunta:

—¡Lo que sentiría cualquier hombre! —dijo, con gesto de estar perfectamente claro.

—No obstante —insistió Gil de Albornoz— ¿podría usted explicarlo?

—¡Caramba! Nunca se me había ocurrido. Tengo entendido que eso solo lo intentan con mayor o menor éxito los poetas eróticos.

—Precisamente. La poesía, usted lo sabe bien, es el lenguaje de la intuición y de la emoción, difícilmente expresables por el lenguaje lógico.

—De acuerdo… —concedió el cubano—. Pero con la salvedad de que no era para tanto como para ponerme a hacer versos, aunque supiera hacerlos. Y pido perdón a la señorita. No pretendo ser descortés.

Hubo risas entre el público-jurado. Pero al biofísico en funciones de abogado parecieron interesarle las palabras del verdadero abogado.

Insistió:

—¿Cree usted, pues, que lo que sentía solo podría expresarse poéticamente, si hubiera tenido para usted suficiente carga afectiva?

Paco Villalobos meditó unos instantes y luego dijo con cierta premiosidad:

—Es curioso. Tiene usted razón. Lo que sentía era algo así como

una inquietud… ¿visceral?… ¿No es esto lo mismo que ha dicho la señorita? Supongo que debería situarlo en la escala de… los apetitos fisiológicos. Pero, sin embargo, solo con cierta trascendencia afectiva hubiera podido sublimarlo hasta un lenguaje poético. Es curioso.

—Poético, nunca lógico, no se olvide de esto —aclaró el español—. Ahora dígame: Olvídese de lo que sentía y explíquenos lo que pensaba.

—Supongo que pensaba en lo extraño de aquella cita. En lo difícil que era clasificar, como mujer, a la señorita Sedova. En mis propias condiciones de amante, quizá un poco olvidadas ya… En fin; no tengo ninguna dificultad para enunciar todo lo que pensaba pero no me parece que sea interesante…

—Lo es. Pero tengo suficiente.

—¿Suficiente para qué? —dijo con descaro Villalobos, saliéndose de su papel de dócil testigo.

—Para explicar a mi modo lo sucedido. A mi modo quiere decir según mis conocimientos biológicos. Si el acusador ha empleado su sociología para dar una versión propia de los hechos, no creo que se me prohíba a mí emplear la interpretación que me ha de resultar más fácil.

—¡De ningún modo! —saltó Smuts con impaciencia, causando sorpresa en todos.

—Está bien —dijo Gil de Albornoz—. Han visto ustedes como nuestros dos litigantes, acusada y víctima, han mostrado un curioso embarazo, casi una extraña imposibilidad para expresar lo que sentían, pero una gran fluidez y seguridad para decir lo que pensaban. No es este ningún descubrimiento: nos pasa a todos, y nos pasa porque los sentimientos, las emociones, las intuiciones y los instintos obedecen a una parte de nuestro cerebro, filogénicamente más antigua, lo que quiere decir que es una parte de nuestro cerebro que queda como residuo de nuestra animalidad. En cambio el pensamiento, el raciocinio, el establecimiento de juicios lógicos está comandado por la parte de nuestro cerebro de más reciente adquisición en la línea evolutiva de nuestra especie: es un cerebro típicamente, exclusivamente humano, y, por ello, dotado de conciencia explícita y traducción a palabras; de expresión verbal.

El profesor recapacitó unos segundos para continuar:

—Podría decirse, coincidiendo en esto con muchos biólogos y psicólogos modernos, que nosotros tenemos tres cerebros: uno que procede de nuestros antepasados los reptiles, y otro que nos queda de nuestros antepasados menos lejanos, pero que ya se separaron de nuestro tronco en el Pleistoceno, los mamíferos inferiores. Estos dos cerebros están en lo más hondo y escondido de nuestro cráneo, limitando con las formaciones nerviosas puramente vegetativas, encargadas de las funciones involuntarias de nuestra fisiología como la digestión, las secreciones, el metabolismo… Todo este viejo conjunto de cerebros animales, está envuelto y limitado por arriba por el tercer cerebro enorme, complicado y milagroso; cerebro propiamente dicho que nos da la conciencia de nuestra existencia en el Cosmos y que empezó a desarrollarse de una manera casi explosiva nada más que anteayer, hablando en términos paleontológicos, es decir, en el Cuaternario. Para expresarlo de un modo vulgarizado pero eficaz, podría decirse que dentro de nosotros funcionan los cerebros de un cocodrilo, de un caballo y de un hombre… Los dos primeros forman el paleocórtex, o cerebro antiguo, y el tercero, el neocórtex o nuevo cerebro. Córtex es la palabra latina correspondiente a corteza porque solo en la corteza cerebral se localizan las funciones activas.

Los gerontes escuchaban con un interés casi anhelante. Se daban cuenta de que el reservado y un poco orgulloso representante de la inquietante ciencia, que era a la vez la amenaza y la esperanza de la Humanidad, iba a hacerles importantes revelaciones. El más interesado era Smuts, que cuando Gil de Albornoz calló, intervino para solicitar algo:

—Profesor. Perdone la poca correcta intervención. Si queremos no salimos de la representación, podría considerarse que hablo en nombre del jurado profano en biología, al objeto de pedir una aclaración.

Zacarías miró a Li-Chiang, luego a los gerontes y como no viera oposición a continuar, interrogó a Gil de Albornoz:

—¿Quiere usted decir que paleocórtex y neocórtex funcionan dentro de cada uno de nosotros a la vez, y sin que haya predominio de uno sobre otro?

—Es una cuestión esa muy interesante —sonrió Gil de Albornoz— pero si se la contesto ya me arruina usted el informe. De

todos modos, no tengo inconveniente en lanzar la hipótesis de que tanto la señorita Sedova como el señor Villalobos han actuado en esta ocasión obedeciendo a instintos o emociones inexpresables a la vez que a lógicas razones de polémica y enfrentamiento puramente humanos. El fallo en su enfrentamiento ha sido ocasionado precisamente por la incapacidad del paleocórtex en traducir a expresión verbal sus impulsos y a iluminar con lógicas razones su actuación. Una intervención a tiempo del neocórtex, hubiera quizá impedido el lamentable encuentro, o bien lo hubiera encauzado por vías y modos más exitosos. Pero es indudable que hasta el momento de la crisis era el paleocórtex el que mandaba.

Inesperadamente fue el propio Villalobos el que intervino ahora:

—Está usted enunciando una doctrina científica de la irresponsabilidad de nuestros instintos y emociones.

—Sí. En cierto modo. Como mi oponente el profesor Wenzel, no me queda más remedio que trasladar a otro sitio la acusación…

—¿A dónde? —preguntó Smuts en tono tenso.

El profesor Teodoro Gil de Albornoz dudó un momento antes de contestar. Luego, tras un suspiro de resignación pareció dispuesto a decir algo, pero fue Semembutu, hasta entonces callado, quien vino a prestarle ayuda:

—No puede escapársele a ustedes un hecho clave en lo que el profesor ha dicho hasta ahora: ¿por qué esos cerebros residuales siguen funcionando? Eso no suele ocurrir en ningún otro caso de la evolución. Nuestro estómago, por ejemplo, es el resultado último de una larga lista de perfeccionamientos a través de toda nuestra genealogía animal, pero no hay viejos estómagos al lado del nuevo, interfiriendo en sus funciones. Nuestras manos son unos instrumentos depurados a través de millones de años, durante los que garras y pezuñas han ido dando lo mejor de su estructura para conseguirlas; pero no hay garras ni pezuñas al lado de nuestros dedos, ni siquiera como excrecencias inútiles. ¿Por qué esos cerebros animalescos, residuales, al lado del verdadero cerebro humano y además interfiriendo en la conducta del hombre?

Smuts, intervino tímidamente:

—Bueno… Antes se ha dicho aquí que el lenguaje poético podía originarse en la intuición y en la emoción… ¿No podrían esos cerebros quedar ahí todavía como una reserva poco conocida de

expresiones subconscientes?

—No —dijo tajantemente Gil de Albornoz—. La poesía, el lenguaje poético, no puede ser más que un producto del cerebro netamente humano. Sus balbuceos, sus dificultades, no traducen más que el esfuerzo de humanizar lo que el cerebro animal siente o sufre. La poesía es el esfuerzo de la inteligencia para sublimar el instinto.

—Entonces —siguió Zacarías—, ¿cómo explican ustedes la persistencia anatómica y funcional de esos cerebros?

Gil de Albornoz se irguió solemnemente y con voz grave y decisivo gesto afirmó:

—Como un error, un tremendo error de la evolución al construir al hombre.

Se oyó un murmullo de sorpresa y casi escándalo por parte de algunos gerontes. Otros callaron, en un silencio ominoso.

—¿Están seguros de lo que dicen? ¿Pueden darnos alguna prueba de tan grave afirmación?

Las preguntas de Smuts tenían un matiz de ansiedad y sonaban casi como una impetración de la verdad. El biofísico español contestó:

—Usted mismo puede darlas, si reflexiona un poco. Usted es psicoanalista y es seguro que cuando acuesta en el sofá a un paciente sabe cuán difícil le va a ser llegar a lo más hondo de aquella mente enferma. Muchos obstáculos le dificultarán el camino que a veces será inencontrable. ¿Sabe usted por qué? Porque en el sofá ha acostado usted a un cocodrilo, a un caballo y a un hombre. El cocodrilo llorará, el caballo relinchará; solo el hombre intentará explicar lo que pasa, pero con las mismas dificultades que usted para saber lo que les ocurre a los animales que con él yacen. Zacarías Smuts vaciló en su estrado. Algo que venía de lo más hondo de sus recuerdos le golpeó la conciencia entonces: eran las palabras que un día pronunció su padre adoptivo, el viejo Smuts: «Me hace la impresión de que siento en mis sillas, para el psicoanálisis en grupo, a un verdadero parque zoológico». Reponiéndose a medias dijo al profesor:

—¡Pero eso es una tremenda e irremediable esquizofrenia! ¡Un desdoblamiento terrible del hombre en su condición y en su naturaleza!

—¡Ese es el nombre! ¡Y usted en cierto modo lo intuía! ¿No estamos aquí para intentar averiguar la enfermedad mental de la sociedad formada por hombres? ¡Usted le ha dado el nombre! ¡Habitamos un planeta poblado por locos irremisibles! ¡Locos por un funestísimo error de su creación! A partir de este momento pareció abandonarse todo formalismo en la representación. O más bien podría decirse que todos olvidaron el primer motivo de la reunión y convinieron tácitamente que, lo que allí se había dicho y se estaba diciendo, desbordaba los límites de una pantomima más o menos divertida. De todos modos, Smuts había por fin conseguido lo que estaba persiguiendo hacía tantos días: obligar, en el calor de un psicodrama, a producir revelaciones iluminadoras del problema humano y social que les había congregado. Pero es de suponer que ni el mismo Smuts pensara en aquel punto si había o no conseguido su objetivo porque la alborotada discusión que se originó a partir de las palabras de Gil de Albornoz y la propia participación en la polémica del mismo Zacarías le dejaba fuera de toda objetividad. Rompió el fuego de la participación general, Breckfield el galés diciendo:

—¡Bah! ¡No está loco el que dice que lo está!

—Eso es lo peor de nuestro *impasse* —afirmó Semembutu—. El mundo es un manicomio lleno de cuerdos. Uno por uno de nosotros podemos hacer prevalecer la lógica de nuestro cerebro humano, pero juntos, formando colectividades, grupos, sociedades, naciones, religiones… estamos locos de remate, porque en estas colectividades no podemos unir más que lo que tenemos en común: nuestra animalidad. ¿Ustedes saben por qué la masa es peligrosa, incontrolable y a veces explosiva? Porque en ella nunca se suman razones sino que se unen emociones, instintos. Los cerebros lógicos son inmiscibles, no se pueden sumar, porque son lo único verdaderamente «único» que tenemos, lo que marca nuestra individualidad, nuestra personalidad. No se pueden unir personas, solo los animales son gregarios, porque solo los cerebros animales son como agua madre intercomunicable e indiscriminada. Cada uno de ustedes es una persona aparentemente razonable, que controla su sexo, que conoce los peligros de la agresividad, que odia la guerra, que postula la fraternidad, que es capaz de reconocer la razón de un adversario… Pero cada uno de ustedes en el seno de una comunidad

nacional, en el areópago de las naciones, en la intercomunicación de una secta, en el misterio de una alcoba imantada por un sexo, en la soledad de una selva… vuelve a sus atavismos, viola, agrede, invade, roba, lucha… El hombre es lobo para el hombre… desde el mismo momento en que algo externo o interno le libere de sus controles humanos y deje en libertad al cocodrilo, al caballo, al tigre, al mono…

Brainfullen Cohen fue la voz de la mesura y de la vuelta al concreto hecho matemático del error…

—Si ha habido un error en el programa de la evolución, ¿por qué precisamente ese? ¿Cómo es posible que en una milagrosa secuencia de aciertos, surja de pronto un error de tal calibre?

—No ha habido ese solo —dijo Gil de Albornoz—. Ha habido muchos, muchísimos. Nunca podremos saber cuántos, porque nunca podremos contar las especies que perecieron por culpa de esos errores. Nunca sabremos cuántos dinosaurios muertos rubrican el paso de una caótica mente universal que prueba constantemente fórmulas de vida. Pero sí, podemos, en cambio, inventariar y conocer a fondo errores vivos: por ejemplo, usted debe de saber que en la Era Terciaria el mundo era de los artrópodos: las arañas, los ciempiés, los grandes insectos, los animales marinos de esqueleto externo… Parecía que los artrópodos iban a recibir en usufructo de privilegio el mundo entero… Pero no fue así y hoy sabemos por qué: el cerebro de estos animales estaba atravesado por el conducto digestivo, de tal modo que si crecía el cerebro, quedaba oprimido el conducto y por consiguiente limitado el desarrollo del artrópodo y sus posibilidades de vida. Si crecía la boca y el esófago, disminuía el cerebro y el animal perecería por atrofiarse sus instintos y su memoria animal. No perecieron, pero no pasaron de ahí. Las chinches fueron las que consiguieron un mejor equilibrio y así gozaron de un mayor cerebro en proporción a su tamaño, pero en cambio solo pudieron ya alimentarse por succión de la sangre de sus víctimas, unas víctimas que el cerebro les ayuda a buscar. Ahí, en una chinche repugnante, acabó el prometedor reinado de los artrópodos. ¿Cabe un más significativo ejemplo de error de construcción?

Amshorry Prag emitió una risita que no tuvo el menor eco, mientras guiñaba un ojo como cuando iba a decir un chiste:

—Bueno. En todo caso ya hemos batido el récord de las chinches.

Fue Marco Wenzel el que le replicó. Marco Wenzel se había puesto evidentemente de parte de Semembutu y Gil de Albornoz:

—No es un buen récord. Nuestra capacidad de chupópteros está ampliamente desbordada por nuestras capacidades de destrucción masiva.

Víctor de Lisle, algo menos combativo que de costumbre, tenía un gesto triste cuando dijo:

—Este jubileo de la desesperanza que aquí estamos celebrando no hubiera sido posible si viviera todavía Dominici Régula.

Fue también Marco Wenzel el que acompasando su réplica a la triste evocación del general habló:

—El cardenal, en sus últimas palabras había intentado darnos la razón en cuanto a la posibilidad de una sociedad planetaria, que caminara hacia Dios. Dijo algo sobre la fe en los hombres para poder tenerla en Dios, verdaderamente conmovedor por lo que tenía de humilde reconocimiento de las razones de Teilhard; y por lo que suponía como esperanza de una divinidad emanada de la fraternidad humana. Hoy, aquí, hubiera quizá tenido que volver a su vieja y tradicional idea de un Dios suprahumano, enderezador de entuertos, y taumaturgo… Un Dios omnipotente y milagroso que nos sacara de este terrible pozo… Una esperanza desesperada.

Smuts, que había quedado pensativo, encaró a Gil de Albornoz para decirle:

—Profesor: ¿tiene algo que ver con este defecto de… construcción del hombre, sus experimentos con el ser nacido de un frasco?

—Verá, amigo… Todo el problema de la coexistencia de los tres cerebros está en su falta de relaciones entre sí. Es seguro que si el cerebro del reptil, el del caballo y el del hombre estuvieran bien comunicados por vías nerviosas y tróficas amplias… se hubieran integrado en uno solo, y naturalmente a mayor beneficio del mejor. Sería un cerebro entonces sumamente perfecto, capaz de conocer y expresar sus apetitos, sus instintos, de controlar sus impulsos, un cerebro en donde todo sería conciencia; nada misterio, nada mito, ni tabú. El tabú sexual, por ejemplo, sería inconcebible con un cerebro así, y el amor no tendría solución de continuidad con el

sexo… sin perder por ello las más sublimes condiciones de su esencia… Los hombres seríamos como los mejores entre los antiguos dioses… Solo por una mayor facilidad de comunicación entre los cerebros residuales y el cerebro humano. No habría habido nada residual, mejor dicho, porque lo mejor de cada uno de ellos hubiera quedado en la integración de los tres… Pero…

Ante la interrupción de Gil de Albornoz se impacientó Smuts:

—¿Pero?

—Esta comunicación está impedida por estructuras muertas de nuestra anatomía. La fosita ósea donde yacen los cerebros residuales es pequeña, incapaz de creer y dar más volumen a lo que soporta. Además, su ubicación dificulta el paso de grandes vasos y de vías nerviosas amplias…

—¿Quiere usted decir que bastaría una pequeña modificación de nuestro esqueleto para lograr esa maravillosa integración?

—Quizá…

—¿Y es eso lo que quiere conseguir en sus niños de frasco?

Gil de Albornoz abrió las manos en un ademán de impotencia sin pronunciar una sola palabra más. Ante este mutismo, Smuts conminó a Semembutu:

—Bueno. Díganos usted algo. Usted también parece estar en la conjura de los nuevos magos.

—Mi línea de acción es otra. Yo estoy seguro de que la esperanza, si la hay, está en mi tierra, en África. Teilhard de Chardin afirmó que Adán era negro. Yo confío que en África nacerá también el nuevo Adán de una humanidad que tenga posibilidad de salvarse.

Con gesto despectivo, Amaranto Goulardo preguntó:

—¿Funda en algo esa creencia?

—Sí. Y después de lo que aquí se ha dicho van a comprenderlo ustedes. Los negros somos seres mucho más cerca que ustedes de las fuentes de la evolución. Ustedes tienen detrás largos siglos, milenios de historia. Nosotros solo tenemos detrás antropología. Esa historia de la que ustedes están tan orgullosos y con la que pretenden justificar una superioridad, no sería más que un monstruoso error si fuera el relato de una sociedad condenada a perecer. Esa historia llena de guerras, de degradaciones, de sangre, de brutales masacres, de falsedades, de traiciones… parece en efecto una historia de

locos… Viendo las cosas así, no puede haber motivo de orgullo, y si nosotros no tenemos historia, si no somos seres tan diferenciados y tan comprometidos con nuestro pasado, es evidente que nuestra posibilidad de error todavía puede soslayarse. ¡Ay, si pudiéramos volver, conscientemente desde luego, al momento aquel en que la evolución cayó en tan monstruoso error!

Marco Wenzel, que escuchaba muy interesado a Semembutu Doc, le preguntó:

—¿Cómo podrían conseguirlo?

—*Reculer pour mieux sauter*. Hace ya años que Koestler encontró esta fórmula para corregir las desviaciones de las sociedades en su estructura. Ahora se trata de retroceder algo más para poder saltar mejor…

Semembutu hizo una pausa meditativa para continuar luego:

—Hay una evolución llamada evolución noética que camina paralela a la evolución biológica. La evolución noética es el conjunto de huellas y configuraciones que la sociedad, tribal, familiar o de cualquier otro tipo, imprime en el individuo y que este deja en la sociedad, para formar a los nuevos seres que en ella han de nacer. Es como la impronta del útero social sobre el individuo después que ha abandonado el útero materno.

—Pero eso son caracteres adquiridos. Creo que las leyes de la herencia afirman que no pueden heredarse los caracteres que se adquieren después del nacimiento.

Semembutu dejó pacientemente que Marco Wenzel terminara de hablar y luego replicó:

—La solución es… no dejar nacer del todo. Mantener a los neonatos en estado de larva, en un infantilismo sostenido por cualquier medio. Hay un fenómeno zoológico que se llama neotenia. Se descubrió por primera vez en un renacuajo mexicano, de nombre axolote. El axolote es capaz de llegar a rana adulta, pero también es capaz, según las condiciones del medio, de permanecer siendo renacuajo mucho tiempo, llegar a la edad de la procreación, siendo todavía renacuajo, es decir, larva, y por tanto capaz de recibir cualquier modificación que el medio ambiente le imprima y trasmitirlo a sus descendientes… Mi pueblo es capaz más que ningún otro pueblo de persistir en un infantilismo biológico y social, porque no está diferenciado, porque no tiene ningún

compromiso con el pasado, con su historia. Mi pueblo, si le dejaran en paz, si no le obligaran a pasar bruscamente desde la Edad de Piedra a la Edad Contemporánea, mostrándole las delicias del refrigerador, el automóvil y el televisor, estaría en situación de transformarse, para predominar sobre el resto de la sociedad planetaria. Todo un continente negro, volviendo hacia antropológico pasado, elaborando noéticamente su propia evolución, en un infantilismo deliberado para hacer nacer niños nuevos, sin taras ni pecados originales… Niños que no precisarán lavarse ya en su primer día el pecado de Caín.

Marcel «*le Tahitien*» levantó la mano, como si pidiera la palabra, pero la tomó sin esperar a que nadie le diera permiso:

—Lo siento, moreno —dijo con su acostumbrada desfachatez—. Ese sistema de la reculada ya está inventado hace más de treinta años. Inventado y puesto en práctica. Las colonias *hippies* que han permanecido puras, las que se refugiaron en las montañas de la India, en Tormentera, en las calas más ocultas de la costa californiana… aquellas que cambiaron el amor por la guerra, ya sabían todo eso, sabían que el juvenilismo sostenido, la vuelta a la naturaleza pura, la negación de la sociedad de consumo, de la economía de mercado y demás porquerías, permaneciendo niños, jugando mejor que viviendo, les llevaría más tarde o más temprano a cambiar no solo la sociedad sino también la raza. Esta mañana he acompañado a Mickey Golden al pueblo. No es mal chico. Solo que está equivocado. Él solo ha conseguido poner en marcha el teletipo prehistórico que hay en la *Poste*…

Mientras iba hablando, Marcel «*le Tahitien*» comenzó a extraer de su bolsillo caóticos ovillos de cinta de teletipo y a esparcirlos a su alrededor como si fueran serpentinas de una fiesta.

—El bueno de Mickey solo esperaba recibir noticias de cotizaciones de bolsa y demás mierdas, por lo que me ha regalado todas las noticias del mundo. A él no le interesan. No le interesa saber, por ejemplo, que en un laboratorio de Inglaterra se ha conseguido llegar ya a obtener un niño en una botella. Es del sexo masculino y está a punto de nacer… Supongo que romperán el casco ceremoniosamente. Tampoco le importa nada a Golden el asunto ese de la tribu centroafricana que rompió relaciones con todas las naciones, que vive en autarquía y que está gobernada por

un niño de ocho años… Y esta otra cosa de la aparición de los primeros niños de la tercera generación *hippie*. No son muy guapos en el sentido convencional de la belleza infantil. Tienen la cabeza demasiado gruesa, con una especie de doble occipital… ¡Estos niños! Parece que los teletipos de todo el mundo están celebrando el día del niño, porque también es gordo que la Sorbona haya sido tomada por una especie de cruzados infantiles, como aquellos que san Bernardo envió a morir a Tierra Santa durante la Edad Media. Los de la Sorbona son pipiolos de bachiller y primera enseñanza y ¿a que no saben ustedes lo que piden? Pues ni más ni menos que la cultura audiovisual permanente y la reivindicación de los cómics… A los bonzos y a los chicos de la
I. J.
les ha caído muy mal la noticia. Los bonzos se han sepultado en sus templos para pedir consejos nuevos a Buda. Los otros se han marchado bufando… Creo que voy a tener que pintar cuadros con traseritos de niños y pezones lácteos. Todo antes que poner orden en este divertido manicomio, donde hasta los niños parecen estar ya locos…

Todos los gerontes se lanzaron a tomar trozos de las cintas de teletipo. Todos hasta los que en el estrado habían llevado el peso del último psicodrama en el sanatorio de Zacarías Smuts. Buscaban en las largas secuencias de palabras. Los más impacientes arrancaban a sus vecinos las partes de noticia que les interesaban. Otros, se reunían en grupos intentando establecer un sistema de orden informativo. Tan solo Jameson Fairplaying, que abandonó pronto la empresa de enterarse de algo, dejó caer un trozo de cinta que no le interesaba y aprovechó el hallarse cerca de Marcel «*le Tahitien*» para preguntarle:

—Oiga, señor. Usted que parece saber algo de lo que está ocurriendo. ¿Tiene usted idea de por qué no me han invitado nunca ni los bonzos ni nuestros compañeros a participar en sus juegos? Creo que soy el único. ¿Es raro, no?

Marcel «*le Tahitien*» miró a Jameson Fairplaying, con el mismo asombro que hubiera contemplado al último dinosaurio preguntándole la hora en una calle de Nueva York. Cuando se repuso, le contestó:

—Escuche, amigo. Escuche e intente comprender. De todos los

amortizables que aquí nos hemos reunido (todavía no sé para qué), usted es el único que no es amortizable. Usted está ya amortizado hace mucho tiempo.

—*I don't understand*. ¿Amortizado? ¿Amortizable?

—¡Sí, sí! Amortizable y amortizado. Tienen esas palabras la misma raíz que mortandad, mortalidad, muerte… ¡muerto está el que nada entiende! Y los que aunque entiendan algo nada pueden hacer ya para cambiar las cosas.

—¿Muerto? ¡Yo no estoy muerto!

—¿Está usted seguro? ¿Pues qué es ese maldito olor a podrido que ha llenado de pronto toda la casa?